

**La Enseñanza esotérica de la Fraternidad Blanca Universal**

**Omraam Mikhaël Aïvanhov**

# **Los Esplendores de Tiphéret**

*Tomo X de las Obras completas*

**Ediciones Prosveta**

*El más importante de los ejercicios espirituales dados por el Maestro Omraam Mikhaël Aïvanhov es el de la práctica de las salidas de sol, el Surya-yoga. Sus discípulos van, todas las mañanas, desde el primer día de primavera hasta el otoño, a contemplar la salida del sol.*

*Desde 1937, el Maestro dio sobre la salida del sol un gran número de conferencias. En este Tomo X de sus Obras Completas sólo se han recogido un número limitado de éstas, de un periodo que va desde el 31 de julio de 1967 hasta el 1 de mayo de 1968, periodo en el que el Maestro encontró útil hacer una síntesis de los principales temas concernientes a la filosofía y a la práctica de las salidas de sol.*

## NOTA DE LOS EDITORES

Llamamos la atención del lector sobre el hecho de que la Enseñanza esotérica de la Fraternidad Blanca Universal dispensada por el Maestro Omraam Mikhaël Aïvanhov es una Enseñanza oral, lo que explica ciertos aspectos de los textos que constituyen el presente volumen.

Quisiéramos también que quede claro para el público que en la denominación “Fraternidad Blanca Universal” el término “Blanca” no se refiere en absoluto al color de la piel propio de una raza. Lo mismo que el color blanco es la síntesis de todos los demás colores, la idea de “Fraternidad Blanca Universal” concierne a todos los hombres sin excepción. Les invita a realizar en la tierra entera una vida fraternal, armoniosa, respetando cada raza, cada religión, cada nacionalidad.

## **Capítulo I**

### **Surya-yoga**

#### **El sol, centro del universo**

#### **Todo lo que existe en la tierra**

#### **está contenido en estado etérico en el sol**

Sin duda lo habéis observado, mis queridos hermanos y hermanas: cuando el sol aparece, la naturaleza está silenciosa, atenta; se recoge como si quisiera recibir algo del sol. Durante unos minutos, la tierra, los animales, los insectos, los árboles, todo se serena y se calla, incluso los pájaros... Los pájaros se despiertan antes de la salida del sol, están contentos, vuelan, cantan, pero, cuando el sol empieza a salir, se paran un momento... Sólo los hombres siguen haciendo ruido; son los únicos que no han comprendido nada. Toda la naturaleza se calla, pero ellos siguen dando golpes, hablando, gritando, como si este acontecimiento que afecta al universo entero no tuviese ninguna importancia. Ahí es donde se ve qué irrespetuosos e ignorantes son, porque no saben aprovechar todos los beneficios que aporta esta presencia del sol...

Y vosotros, que venís cada mañana a la salida del sol a la Roca<sup>\*</sup>, ¿por qué venís? Algunos, para hacer como los demás; otros, para admirar un bello espectáculo... ¿Pero cuántos vienen para hacer un trabajo grandioso y comprender, por fin, lo que es el sol? Muy pocos. Por eso, me gustaría hablaros del significado y de la importancia del sol, de las posibilidades y de las riquezas que nos da, para que tengáis nociones claras que os ayudarán a hacer un gran trabajo espiritual.

---

<sup>\*</sup> En el Bonfin, toda la Fraternidad se reúne en un promontorio rocoso para meditar viendo la salida del sol (Nota de los editores).

Actualmente, se habla mucho del yoga. Ya os hablé algo sobre él, al presentaros las diferentes clases de yoga que existen y que proceden, sobre todo, de la India y del Tibet, pero también de China, Japón, Egipto, Persia... Porque todas las religiones tienen su yoga, incluso el cristianismo. Sí, los cristianos han practicado siempre la adoración, la oración, la contemplación, la abnegación, el amor para con el Creador, éste es el aspecto predominante de la religión cristiana, y, en la India, a esto se le llama Bhakti-yoga, el yoga de la devoción, de la adoración, del amor espiritual. Sólo que este yoga conviene a ciertos temperamentos, mientras que otros tienen unas cualidades y unos dones diferentes y hay que darles, por tanto, otras posibilidades. Numerosos son los caminos que llevan al Señor. Los cristianos se han limitado a una sola vía, que es, por otra parte, maravillosa, no hay que criticarla; pero los hindúes, en cambio, son más ricos, han dado muchos otros métodos.

Para aquéllos que están más bien hechos para el estudio, la reflexión filosófica, el trabajo del pensamiento, han dado el Jnani-yoga, el yoga del conocimiento, para que puedan unirse al Señor por la vía de la inteligencia.

Hay otros que no tienen esta inclinación por la ciencia y la filosofía, ni ninguna gana de arrodillarse, de contemplar y de adorar: tienen una voluntad poderosa, energías que gastar, una gran abnegación. Quieren servir a los demás, quieren trabajar. El Karma-yoga está hecho para ellos, es decir, el yoga de las obras, de las realizaciones, de los deberes que hay que cumplir sin esperar pago ni recompensa. El Karma-yoga es el yoga de la acción gratuita y desinteresada.

Para aquéllos que quieren dominarse, controlar sus instintos, sus impulsos y sus tendencias inferiores, existe el Radja-yoga: gracias a la concentración y al autodomínio,

también ellos llegan a alcanzar al Eterno, a fundirse con El, y se convierten en “reyes” (radja significa rey) de su propio reino.

El Kriya-yoga es el yoga de la luz: pensar en la luz, conocerla, comprenderla, rodearse de colores, introducirlos dentro de uno mismo y proyectarlos a su alrededor. Este es un trabajo magnífico, es el yoga de Babadji.

El Hatha-yoga es para aquéllos a los que les gusta hacer ejercicios físicos, realizar toda clase de posturas, de *âsanas* como se les denomina: doblarse, retorcerse, hacerse un ovillo, estirarse, ponerse boca abajo, levantarse, hacer pasar las piernas por detrás de la cabeza, etc... Estos ejercicios, que están basados en el conocimiento preciso de los centros que ponemos en funcionamiento al tomar tal o cual postura, exigen mucha voluntad y perseverancia. El Hatha-yoga es el más propagado en occidente, pero los pobres occidentales no tienen el temperamento y la constitución de los orientales, ni las condiciones de calma y de silencio para practicarlo, y muchos acaban desequilibrándose físicamente y psíquicamente. ¡Cuántos me han confesado que habían abandonado el Hatha-yoga porque sentían que se estaban desequilibrando! Hay que ser muy prudentes. Yo nunca he aconsejado a los occidentales que practiquen este yoga.

El Agni-yoga es el yoga del fuego: pensar en el fuego, trabajar con el fuego, despertar el fuego en uno mismo. Puesto que el fuego es el origen de toda la creación, el Agni-yoga es también un camino que conduce hacia el Creador.

El Chabda-yoga, el yoga del Verbo, consiste en pronunciar ciertas fórmulas -o mantras- en tal momento, tantas veces, con tal o cual intensidad... El Verbo es un poder, y aquél que sabe cómo actuar con este poder obtiene grandes resultados.

Me gustaría hablaros ahora de un yoga que supera a todos los demás: es el yoga del sol. Ya era conocido en el pasado: los griegos, los egipcios lo practicaban, así como los persas, los aztecas, los mayas, los tibetanos... Ahora ha sido abandonado, sobre todo

en occidente. Puesto que en sánscrito sol se dice “surya”, le damos a este yoga el nombre de “Surya-yoga”. Este es mi yoga preferido, porque reúne y resume por sí solo a todos los demás yogas. Sí, ¿por qué no juntar todos los yogas en uno sólo?

El discípulo de la Fraternidad Blanca Universal no puede seguir siendo un ser estrecho, limitado, porque representa al hombre de la nueva vida que debe desarrollarse en todos los terrenos. Debe actuar con un desinterés absoluto, y esto es hacer Karma-yoga. Debe buscar a Dios, amarle, adorarle, y esto es hacer Bhakti-yoga. Debe meditar, concentrarse, para llegar a dominarse, a gobernar todo el pueblo de sus células, y esto es hacer Radja-yoga. Cuando está sentado en meditación en la Roca, o cuando ejecuta los movimientos de nuestra gimnasia por la mañana, o los de la Paneurritmia, hace, si queréis, ¡Hatha-yoga!... Proyecta luz y colores, se rodea con un aura luminosa: hace Kriya-yoga. Se concentra en el fuego, y éste le da la posibilidad de quemar todas las impurezas que hay en él: hace Agni-yoga. Procura, sin cesar, ser dueño de su palabra, no pronunciar palabras que separen a los seres, que introduzcan en ellos la duda o el desánimo, y se esfuerza, al contrario, en ser un conductor de la nueva vida, lo que es hacer Chabda-yoga. Finalmente, se concentra en el sol, lo ama y lo busca, lo considera como una puerta que comunica con el Cielo, como la manifestación de Cristo, el representante de Dios: y esto es hacer Surya-yoga. El discípulo que lo practica no rechaza ninguno de los otros yogas, al contrario, es un ser completo, vive en la plenitud.

Os muestro el ideal nuevo, el nuevo modelo de la humanidad que se crea en la Fraternidad Blanca Universal: el de unos seres cuyo ideal es desarrollar todas las cualidades y virtudes. Porque, en el Surya-yoga están comprendidos la adoración, la sabiduría, el poder, y también la pureza, la actividad, la abnegación, la luz, así como el fuego sagrado del amor divino. Por eso voy a ocuparme los próximos días de

presentaros este yoga del sol, para que sepáis lo que es y qué beneficios recibís viniendo cada mañana a ver la salida del sol.

Con los otros yogas sólo desarrolláis una parte de vosotros mismos, mientras que, con el Surya-yoga, ponéis en actividad todos los centros que hay en vosotros, porque os conectáis con el poder que dirige y anima a todos los planetas de nuestro universo, el sol, y, así, obtenéis obligatoriamente resultados. Por eso puedo decir que todos estos yogas, que eran considerados en el pasado como magníficos, y que siguen siendo magníficos, cederán el sitio al Surya-yoga que los supera a todos, porque, a través del sol, trabajamos con Dios mismo. Algunos, que lo han experimentado, han tenido resultados, y no podéis imaginaros todo lo que han ganado, ¡en qué luz, en qué claridad, en qué maravilla viven! Hasta os diré que lo que nadie ha podido enseñarme me lo ha revelado el sol, porque ningún libro puede daros lo que el sol os dará si aprendéis a entrar en relación con él.

Esto es muy fácil de comprender, y os daré un ejemplo muy sencillo. Imaginaos que leéis un libro, el mejor: la Biblia, o los Vedas, o el Zend-Avesta, pero es invierno, no tenéis calefacción, y cogéis frío y tenéis que acostaros. Sí, ¡el mejor libro no puede calentaros! Y si os habéis vuelto anémicos, porque habéis leído o trabajado demasiado, tampoco el libro puede volver a daros vitalidad. Mientras que el sol, en cambio, os da calor, luz y vida: es, pues, el mejor de los libros.

Nadie se da cuenta aún de la importancia del sol. La ciencia se ocupa de él, claro, pero para utilizarlo, para embotellarlo, para venderlo. Sólo ven siempre el aspecto material, financiero. Del aspecto espiritual están lejos, ¡tan lejos!... Incluso los religiosos, y sobre todo los religiosos. Y es justamente este aspecto espiritual el que quiero mostraros: lo que representa el sol, sus rayos... cómo desarrollarse

espiritualmente gracias al conocimiento del sol, a la práctica del sol, sabiendo cómo mirarlo, cómo contemplarlo, e incluso cómo penetrar en él...

El sol es el origen y el padre de todas las cosas, es la Causa primera; la Tierra y los demás planetas han salido de él, él es quien los ha engendrado. Por eso la Tierra contiene los mismos elementos que el sol, pero en estado sólido, condensado. Los minerales, los metales, las piedras preciosas, las plantas, los gases, los cuerpos sutiles o densos que se encuentran en el suelo, en el agua, en el aire y en el plano etérico, han salido del sol. Así pues, los productos farmacéuticos, que han sido fabricados a partir de sustancias minerales o vegetales, vienen del sol... Sí, todos los medicamentos, todas las quintaesencias que los químicos han logrado extraer y preparar, vienen del sol. Veréis en un momento qué camino se abre ahora para el discípulo, cómo, concentrándose en el sol, puede apropiarse, captar en su pureza original los elementos necesarios para su equilibrio y su salud.

Actualmente, los hombres se atiborran de medicamentos, se tragan farmacias enteras con la esperanza de curarse. Nunca piensan en ir a buscar más arriba, en las regiones sutiles, otros elementos mejores; se contentan con tomar en el plano físico las sustancias que necesitan. ¿Y de dónde vienen estas sustancias? Del sol. ¿No es preferible, entonces, ir a buscarlas directamente, arriba, a la fuente?

Para comprender esta idea, debemos saber que el universo en el que vivimos se ha formado por condensaciones sucesivas. Al principio había fuego. El fuego, poco a poco, emanó de sí mismo una sustancia más densa, el aire, que, a su vez, emanó el agua. Y el aire quiere volver hacia su padre, el fuego, pero el fuego le dice: “No, no, estoy harto de ti, vete, ¡eres muy feliz allí abajo!” Y el aire se pone a llorar, a llorar, ¡y ahí está la lluvia! Diréis: “¡Vaya explicaciones!” Sí, son explicaciones... ¡ “de la casa” !...

El agua, a su vez, se desembarazó de los elementos más densos, y se formó la tierra. Además, ahora se tienen pruebas científicas de que la vida en la tierra salió del agua. Cada elemento es una condensación de otro elemento más sutil: el aire del fuego, el agua del aire, la tierra del agua. Pero, más allá del fuego que nosotros conocemos, existe otro fuego, la luz del sol, que es el origen de todas las cosas y en la que podemos encontrar en estado sutil, etérico, todo lo que existe en la tierra.

Diréis: “Pero, ¿qué sucedió para que todos estos elementos se condensasen?” Bastó con que se saliesen del centro. El centro, es el sol. Cuando los elementos contenidos en el sol se alejaron hacia la periferia, se condensaron, se volvieron opacos, pesados... Y lo mismo sucede con nosotros, mis queridos hermanos y hermanas: al alejarnos del centro, del seno de Dios, nos volvimos apagados y pesados. Para volver a encontrar nuestra pureza y nuestra luz, debemos volver hacia el centro.

Vais a ver cómo todas las religiones coinciden en esta búsqueda del centro, o, si lo preferís, simbólicamente, del sol. Cuando el hombre decide volver hacia el centro, se producen cambios en todo su ser... Os he hablado a menudo de este artefacto que vi, hace años, en Luna Park. Era una plataforma redonda, giratoria, a la que se subían los jóvenes... La máquina se ponía en marcha, el movimiento se aceleraba cada vez más, y, pronto, los que se encontraban en la periferia eran atrapados por el torbellino de las fuerzas centrífugas que les desequilibraban y les proyectaban por todos lados hacia el exterior, mientras que los que permanecían en el centro, se quedaban en su sitio, de pie, inmóviles, sonrientes. Gracias a esta imagen, os mostré que, cuanto más os alejáis del centro, tanto más os veis sometidos a una fuerza desordenada, caótica, y, poco a poco, perdéis vuestro equilibrio y vuestra paz. Pero, cuando os acercáis al centro, al contrario, el movimiento cambia, y os sentís en la calma, el gozo, la dilatación.\*

---

\* Ver la conferencia: “El círculo (el centro y la periferia)” (tomo VIII).

A partir de este tipo de observaciones los Iniciados descubrieron unos estados de conciencia extraordinarios que les permitieron establecer una ciencia, una filosofía, unos métodos. Sus investigaciones, sus descubrimientos han llegado hasta nosotros, y ahora os los transmito para vuestra utilidad y vuestro perfeccionamiento. Pero, debéis comprenderme: yo tengo el privilegio de disponer de un lenguaje muy claro, muy sencillo, casi infantil, mientras que todo lo que encontréis en las obras de los religiosos y de los filósofos ¡es tan abstracto y oscuro! Pero ¿por qué no simplificar la expresión de las grandes verdades?... Esta es una cualidad que Dios me ha dado: la de saber presentar las cosas clara y sencillamente.

Al venir cada mañana con el deseo de contemplar al sol, de extraer fuerzas de él, de penetrar en él, pero también de encontrarlo dentro de nosotros mismos, abandonamos la periferia para volver hacia la fuente, en la paz, la luz, la libertad, en unión con Dios. El sol es el centro de nuestro sistema solar y todos los planetas gravitan a su alrededor en un movimiento armonioso. Este movimiento armonioso de los planetas alrededor del sol es el que debemos imprimir a nuestras células. Pero, para ello, tenemos que encontrar el centro en nosotros, el sol, el espíritu, Dios. Entonces, todas las partículas de nuestro ser entran en el ritmo de la vida universal y las sensaciones y estados de conciencia que experimentamos son tan maravillosos que no hay palabras para expresarlos. Hoy os presento el aspecto filosófico de esta cuestión del centro; después veremos el aspecto práctico, mágico. Todavía no lo conocéis, y nada es más importante.

“Pero, diréis, ¿es absolutamente necesario ir a ver la salida del sol? ¿No es lo mismo rezar en casa?” En vuestra habitación podéis, desde luego, rezar, conectaros con Dios, encontrar el centro; podéis tener los mismos resultados, los mismos éxtasis, por supuesto. Pero, si al mismo tiempo que rezáis, respiráis el aire puro, si os exponéis a los

rayos del sol, realizáis esta unión con Dios, no sólo intelectualmente, con el pensamiento, sino también físicamente, con el aire, con la luz, y entonces vuestra oración es más completa. Aquí, en la salida del sol, sois ayudados por unos factores muy poderosos: el aire puro, la paz, todo este espacio, este calor, esta luz... ¡Es la plenitud! ¿Veis?, queridos hermanos y hermanas, si sabemos situar correctamente las cosas y apreciar su valor, nos acercamos más rápidamente, más eficazmente, más maravillosamente a esta fuente de la vida que todos necesitamos.

Todos los seres sin excepción tienen necesidad de volver hacia la fuente. Lo comprenden de diferentes maneras, pero, en realidad, todos buscan al Señor: los que no hacen más que comer y beber, los que buscan a las mujeres sin saciarse nunca, los que desean la riqueza, el poder o la ciencia... todos buscan a Dios. Mi interpretación ofuscará quizá a los religiosos, porque son a menudo estrechos de miras y están llenos de prejuicios, y dirán. “¡Es imposible que los hombres busquen a Dios por estos caminos tortuosos!” Sí, no existe ninguna criatura que no busque a Dios. Sólo que cada uno comprende y busca a Dios a su manera. Sería preferible, claro, que supiesen dónde está y cómo encontrarle en perfección, pero Dios está un poco en el alimento, un poco en el dinero, y también en el amor de los hombres y de las mujeres... Sí, estas sensaciones de plenitud, de dilatación, de maravilla es Él quien las procura. Y desear la autoridad, el poder, es también querer poseer un atributo de Dios. Querer ser bellos, y arruinarse incluso en los institutos de belleza en operaciones de cirugía estética, o de no sé qué, también es tratar de tener una cualidad de Dios: la belleza. Y hasta los glotones, que se pasan todo el día en comilonas, si no fuese porque así degustan un poco al Señor, no sentirían este placer del paladar o de las entrañas. No existe nada bueno, hermoso o deleitable que no encierre por lo menos algunas partículas de la Divinidad. Sólo que, para encontrar verdaderamente al Señor, nosotros no preconizamos todos estos caminos

tan costosos, groseros y deplorables. Mostramos el mejor camino, el que nos lleva a Él directamente.

Lo primero que hay que hacer, es ser conscientes de la importancia del centro y comprender cómo la búsqueda de este centro provoca grandes cambios en nosotros, incluso sin que nos demos cuenta. Cuanto más nos acercamos al sol con todo nuestro espíritu, con toda nuestra alma, con todo nuestro pensamiento, con todo nuestro corazón, con toda nuestra voluntad, más nos acercamos al centro, que es Dios, porque, en el plano físico, el sol es el símbolo de la Divinidad, su representación tangible, visible. Y todos estos nombres abstractos y alejados de nosotros que se le dan al Señor: Fuente de vida, Creador del cielo y de la tierra, Causa primera, Dios Todopoderoso, Alma universal, Inteligencia cósmica... pueden resumirse en la imagen del sol, tan concreta y próxima a nosotros. Sí, podéis considerar al sol como el resumen, la síntesis de todas estas ideas sublimes y abstractas que nos sobrepasan. En el plano físico, en la materia, el sol es la puerta, la conexión, el médium gracias al cual podemos unirnos al Señor.

Tomad lo que hoy acabo de deciros, consideradlo, meditadlo... Y, sobre todo, no digáis: “¡Ya lo sé, ya lo he oído, ya lo he leído!” Aunque sea verdad, haced como si no lo fuese, porque, si no, no evolucionaréis jamás. Esta es la actitud del mundo entero: para mostrarse superiores, todos se amparan y refugian detrás de esta reacción. Cualquiera cosa que se les diga, ya lo saben siempre, ya lo han oído, ya lo han leído. ¿Por qué, entonces, no han realizado nada? ¿Por qué siguen siendo débiles, enfermizos, limitados? Si tuviesen el verdadero saber, saldrían de sus dificultades, vencerían los obstáculos. ¡El verdadero conocimiento hace triunfar en todo! Pero no han hecho nada, ni siquiera han vencido ciertas pequeñas debilidades, chapotean siempre, ¿cómo queréis, entonces, que crea en su superioridad?... Debéis cambiar de actitud, dejar de

interpretar estos papeles. Vuestro orgullo oscurece tanto vuestra inteligencia que os impide evolucionar. Así que, expulsad este orgullo, sed más humildes, haced como si acabaseis de oír lo que os digo por primera vez, y decid: “¡Qué interesante!, ¡qué descubrimiento!, ¡qué revelación!” y veréis, entonces, qué progresos haréis. Sí, yo sé qué es lo que os impide evolucionar.

Tomad lo que hoy os he dicho como una verdad muy importante; anotadla, medítadla, y no la olvidéis jamás, porque cuanto más avancéis en este nuevo yoga, desconocido o despreciado, más descubriréis su eficacia: os dará las posibilidades de aclarar numerosas cuestiones, y de actuar después en consecuencia. Empezad, pues, por aprender que, al mirar el centro del sistema solar, restablecéis dentro de vosotros mismos un sistema idéntico con su propio sol en el centro: vuestro espíritu, que vuelve, que se instala y toma el mando. De momento, dentro de vosotros hay desorden y caos, no hay centro, no hay gobierno, no hay cabeza: todos vuestros inquilinos comen, beben, gritan, saquean; los pensamientos, los sentimientos, los deseos se pasean todos en desorden. ¿Cómo queréis resolver vuestros problemas con esta anarquía? ¡No lo conseguiréis! Debéis ser primero, interiormente, como un sistema solar, poseer interiormente el sol, para que todo gravite alrededor de un centro, pero de un centro luminoso, caluroso, y no aceptar más un centro que sea apagado, débil, sucio, estúpido... ¡Vamos, limpieza! A todos aquéllos que habíais tomado como guías, ignorantes o sabios, gentes de vuestro entorno o personajes históricos, debéis verificarlos uno tras otro diciendo: “¿Acaso eres tan luminoso como el sol? ¿No? Entonces, ¡fuera, vete!... ¿Y tú, eres tan caluroso como el sol? ¿No? ¡vamos, fuera!” Después de este barrido, de esta purificación, instaláis al sol. Y, cuando el sol se presente, cuando vuelva a tomar su lugar central, cuando esté presente en vosotros, real, vivo, veréis de lo que es capaz. A

su llegada, todos los habitantes que hay en vosotros sentirán a su jefe, a su amo, a su señor.

A menudo os he dado el ejemplo de los niños en una clase: riñen, se pelean... pero en cuanto llega el maestro, todos los niños vuelven a su sitio con un aire inocente y cándido, y le escuchan en un silencio formidable. Tomemos también el ejemplo de los cantantes de una coral o de los soldados de un cuartel: mientras que falta la cabeza, el director de la coral o el capitán, cada uno hace lo que quiere, pero, cuando la cabeza llega, todos se ponen en su sitio y empieza el trabajo... De momento, en el hombre, el corazón ha bajado al lugar del vientre y el vientre se ha puesto en el sitio de la cabeza... y el cerebro se ha caído a los pies. Esto es lo que yo veo: las piernas arriba, la cabeza abajo, ¡todo al revés!

Tomemos otro ejemplo: una familia que está discutiendo... De repente, un amigo al que todos estiman y respetan viene a hacerles una visita; entonces, veis cómo se esfuerzan los pobres por olvidar sus rencillas y adoptar unos formas y unas actitudes decorosas: “Pero siéntese. ¡Qué felices estamos de verle! ¿Qué tal está?”... y hasta se miran amablemente para que el amigo no se dé cuenta de que se encontraban en plena tragedia. Pues bien, ¿por qué no utilizar la misma ley, e introducir dentro de nosotros mismos la “cabeza” más luminosa, la más calurosa, la más vivificante: el sol? Entonces, instintivamente, mágicamente, todos encontrarán su sitio, porque tendrán vergüenza de mostrarse groseros ante este amigo o este superior... Cuando estallan dentro de vosotros discusiones, tumultos, revoluciones, si os ponéis a rezar con mucho ardor, de un solo golpe todo se serena, y volvéis a encontrar la calma y el gozo: es porque ha venido dentro de vosotros un amigo, y, gracias a él, todos los habitantes se han callado. ¿Cuántas veces lo habéis verificado, verdad? Y si le rezáis a este amigo con más asiduidad y fervor todavía para que no se vaya, para que se quede y habite en vosotros

para siempre, para que se instale en el centro de vuestro ser y ya no se mueva más, entonces, la paz y la luz reinarán eternamente en vosotros.

Los hombres viven como si se encontrasen en una caverna iluminada solamente por una velita: ven justo lo suficiente para salir del paso, y ni siquiera saben dónde están. Pero, cuando el sol llega con su luz, de repente se dan cuenta de que estaban rodeados de tesoros, de riquezas, de esplendores, pero, como no los veían, nunca habían tratado de acercarse a ellos. Es como aquél que está sumergido en el agua hasta el cuello y que grita: “¡Tengo sed! ¡Tengo sed!”... Toda su vida grita “tengo sed”; tiene agua y no es consciente de ello. Cuando el sol penetre en vuestra alma, en vuestro espíritu, podréis ver todas las riquezas que poseéis.

La presencia del sol os aporta la luz, pero también el calor. Toda la vida, los hombres tiritan, tiritan: “Tengo frío, nadie me ama, necesito amistad, afecto”, y todos buscan un poco de calor en las mujeres o en los hombres. Qué queréis, ¡para calentarse se arriman unos a otros! Pero el verdadero calor no se encuentra en esta clase de acercamientos, porque, en cuanto cesan un poquito, de nuevo vuelve el frío y tiritan como antes.

No, mis queridos hermanos y hermanas, las cosas no son así. Para poseer el verdadero calor, ¡debemos introducir el sol dentro de nosotros! Hará tanto calor que sudaréis y hasta os veréis obligados a desnudaros enteramente. Evidentemente, esto es algo simbólico, significa que conoceréis la verdad. Sabéis bien que se dice: “Ver la verdad desnuda”. Actualmente, los hombres son como los esquimales, están tan congelados que se arropan con espesos abrigos de pieles de donde les sale apenas la nariz. ¿Cómo queréis que se conozcan, que vean su belleza y se manifiesten su amor? Hace demasiado frío, no hay sol, es decir, amor. Cuando venga el sol, calentará y vivificará tanto a los seres, ¡que se verán obligados a desnudarse, simbólicamente

hablando! Verán su rostro, su belleza, su esplendor. Estarán liberados. Porque la liberación es eso: ser vivificado.

Alegraos de tener semejantes condiciones y de poder venir cada mañana a la salida del sol para saciar vuestra sed, calentaros, aligeraros, liberaros. Sí, en mi opinión, el Surya-yoga supera a todos los demás yogas, porque os permite practicarlos todos juntos aquí, a la salida del sol, y sentís el efecto favorable del calor, de la luz, de la pureza del aire. Y aunque no hayáis obtenido resultados con los demás yogas, que son difíciles, os queda al menos una cosa: que el sol os ha calentado, os ha acariciado e incluso os ha dado unas pepitas de oro. Aunque no hayáis tenido resultados, el sol os ha magnetizado, os ha curado, os ha colmado con todos los bienes. Rezáis, meditáis, respiráis, y, al mismo tiempo, ¡sois ayudados por el sol!

Bonfin, 31 de julio de 1967 (por la mañana)

## **Capítulo II**

### **Cómo captar los elementos etéricos contenidos en el sol**

#### **Al mirar al sol, nuestra alma toma la forma del sol**

El sol es el origen de todos los planetas, que han salido de él; por eso podemos decir que todo lo que existe aquí, en la tierra, los elementos químicos, las sustancias minerales o vegetales, existe ya en estado sutil, etérico, en el sol. La cuestión es, pues, ahora, saber cómo captar estos elementos, en particular cuando queremos remediar las enfermedades, las deficiencias. Sí, porque es preciso que el hombre se habitúe a tomar lo que le falta en las regiones sutiles. Cuando siempre buscamos remedios abajo, en el plano físico, sin hacer ningún esfuerzo para elevarnos, no ganamos nada en el plano espiritual: nos volvemos perezosos, nos apoltronamos, porque lo tenemos todo al alcance de la mano; ni siquiera nos desplazamos, llamamos por teléfono o mandamos a alguien a la farmacia... Es mucho más provechoso hacer el esfuerzo de remover todo nuestro ser para ir a buscar estos elementos, estas quintaesencias, arriba, en el plano etérico.

La medicina oficial no conoce aún estos elementos etéricos, que son a la vez más sutiles y más eficaces que todos los que ella ha descubierto hasta ahora. La medicina piensa actualmente que las glándulas endocrinas, con sus secreciones, son las que gobiernan todo el organismo. No, no son las glándulas endocrinas las que juegan el

papel esencial: son otros factores, en el plano astral y en el plano mental, los que gobiernan, desencadenan y dirigen el funcionamiento de las glándulas endocrinas. Porque, para que una glándula endocrina secrete demasiado, o demasiado poco, y produzca anomalías en el organismo, sin duda debe de haber una causa. ¿Y dónde se encuentra esta causa? La Ciencia iniciática responde: en el campo de los pensamientos y de los sentimientos.

Yo no estoy de acuerdo con la medicina materialista que cree que la salud del ser humano depende exclusivamente de la cantidad de vitaminas o de hormonas que absorbe. En realidad, existen en los planos astral y mental otros factores más poderosos que excitan o perturban el organismo, y es ahí donde hay que armonizarlo todo y ponerlo todo a punto, en vez de ocuparse únicamente del cuerpo y de buscar siempre las causas de las enfermedades en el plano físico. Estas dos regiones, astral y mental, en donde se forman los pensamientos y los sentimientos, todavía no han sido exploradas ni dominadas, y desde ellas son proyectados los elementos nocivos que van a perturbar después los otros aparatos: las glándulas endocrinas, el sistema nervioso, el simpático, los ganglios... Hay que ir a buscar, pues, mucho más arriba las causas de las enfermedades y sus remedios. Poco a poco, la ciencia los descubrirá.

Hace unas decenas de años, los médicos decían: “Si tomáis cada día tanto de prótidos, tanto de lípidos, tanto de glúcidos y tanto de sales minerales, tendréis tantas calorías que os darán tantas energías”. Y todo el mundo creía que eso bastaba para tener buena salud, hasta el día en que la medicina se puso a hablar de unos elementos más sutiles e imponderables: las vitaminas. Entonces, ¡todo el mundo se atiborró de vitaminas! Pero un Iniciado, en cambio, no tiene necesidad de ocuparse de calorías ni de vitaminas: en sus trabajos espirituales logra elevarse hasta muy arriba para captar otros elementos todavía más sutiles y necesarios que se encargan de ordenar y de poner todo a

punto en su organismo, incluso la asimilación de las vitaminas mismas. Por otra parte, el descubrimiento de las glándulas endocrinas y el misterio de su funcionamiento prueba que le quedan aún a la medicina otros campos más sutiles que explorar.

Por eso nosotros insistimos tanto en la calidad de los pensamientos y de los sentimientos: porque los pensamientos y los sentimientos son unas fuerzas que ponen en marcha ciertos centros sutiles, los cuales actúan, a su vez, sobre las glándulas endocrinas, sobre el sistema nervioso, y, después, sobre todos los demás sistemas, y de ello se deriva tal estado de equilibrio o de desequilibrio, de orden o de desorden. Hay, actualmente, algunos investigadores que trabajan en esta dirección, pero no son escuchados. Sin embargo, pronto la medicina se verá obligada a admitir oficialmente sus conclusiones, y sólo se estudiarán estos factores sutiles que son el pensamiento y el sentimiento: se crearán nuevas ramas de estudios, con laboratorios y técnicas especiales, y todos reconocerán que la Ciencia esotérica tenía bases sólidas y verídicas. Mientras tanto, se burlan de ella.

Os diré ahora cómo podéis tomar estas partículas etéricas que el sol envía a profusión cada mañana. En realidad, es muy sencillo, ni siquiera hay que saber qué elementos restablecerán vuestra salud, eso no tiene ninguna importancia. Os esforzáis solamente en subir... en subir con el pensamiento hasta las regiones más sutiles: allí, os exponéis, esperáis... y, entonces, vuestra alma y vuestro espíritu, que son unos químicos y unos médicos muy competentes, que conocen exactamente la naturaleza de todas las sustancias etéricas, captan lo que os es necesario y dejan a un lado todo lo demás. Os concentráis, esperáis, con amor, con sumisión, con gozo, con confianza, y, un tiempo después, cuando volvéis, sentís que algo se ha restablecido, serenado, reforzado.

Poco importa, pues, si, de momento, no conocéis la naturaleza de estos elementos. Lo que puedo deciros, en pocas palabras, es que se encuentran en el prana. El prana es una fuerza viva, es la vitalidad que viene del sol y que el hombre respira con el aire, y absorbe con todas sus células. Si queréis, podemos comparar al prana con el agua, un agua que fluye de las altas montañas, un río que contiene muchos elementos nutritivos para los peces, así como para los animales y los hombres que viven en sus orillas. El prana es un río que viene del sol hasta nosotros, y debemos extraer de él, mediante la respiración y la meditación, los elementos que necesitamos.

Aquéllos que prefieran no tener que hacer otra cosa que abrir la boca para tragarse una píldora son libres de hacerlo, pero deben saber que esta solución es nociva y perjudicial para ellos, porque les impide desarrollar su voluntad; y, por otra parte, esto sólo les procurará un alivio pasajero y superficial, en lugar de una mejora profunda y duradera. Comprendedme bien, no digo que no haya que tomar medicamentos, digo solamente: no lo hagáis nunca sin haber captado primero estos elementos vivos, espirituales, que están en el prana. Porque el esfuerzo que ello os exige, psíquicamente y espiritualmente, refuerza vuestra voluntad, os pone en comunicación con unas regiones superiores, vivifica, estimula y pone en marcha ciertos centros que preparan el terreno, y, después, cuando tomáis el remedio físico, el efecto es mucho más poderoso y duradero. Preconizo, pues, los dos: el remedio del farmacéutico y el remedio espiritual, pero doy la preponderancia al espiritual. Evidentemente, ya os lo he dicho, los medicamentos contienen sustancias vegetales y minerales que vienen del sol, y, si Dios ha depositado estos elementos en la naturaleza, es para que nos sirvamos de ellos, sin ninguna duda. Pero creer que todo está en eso y que únicamente el remedio físico puede restableceros, es ir en contra de la Ciencia esotérica. ¿De qué sirven, entonces, el pensamiento, el sentimiento, la voluntad?

Veis, pues, mis queridos hermanos y hermanas, que no es algo sin importancia mirar al sol con amor, comprensión y agradecimiento. Diréis: “Sí, pero las partículas que captamos son imponderables”. Es cierto, son imponderables, pero son la quintaesencia más viva que el sol envía al universo. Y el hecho de que la medicina homeopática haya descubierto que las dosis muy diluidas son, a menudo, mucho más eficaces que las dosis muy concentradas, prueba la veracidad de lo que os digo. ¿Por qué no absorber estas partículas muy diluidas, imponderables, esta especie de vitaminas de una naturaleza muy sutil que nos aportan los rayos del sol?

En el futuro, el sol será la primera fuente de energía. Hace ya muchos años, os dije que, un día, todas las fuentes de energía como el petróleo, el carbón, se agotarán, y, entonces, los hombres se servirán del agua, del aire, y, sobre todo, del sol, que es una fuente inagotable de la que podemos extraerlo todo, absolutamente todo. Ya se han hecho algunos intentos en este campo de la técnica. Pero nosotros, que vamos a extraer del sol la vitalidad, la salud, pero también el amor, la sabiduría, la paz, vamos varios siglos por delante de la humanidad. Además, algunos me lo han dicho: “Con sus ideas, lleva varios siglos de adelanto”. Es verdad, lo que nosotros pensamos hoy, el mundo entero lo pensará en el futuro.

Me gustaría ahora presentaros otro aspecto del sol. Esta mañana, al mostraros la importancia del sol como centro de nuestro universo, os decía que, yendo a verle por la mañana, nos acercamos a nuestro centro interior de forma natural y, por así decirlo, automática. Porque, ¿sabéis lo que sucede cuando miramos un cuadro, un rostro, un pájaro, una montaña o el sol? Sí, ¿qué sucede cuando nuestros ojos se posan sobre un objeto? La mirada... Nada hay más vasto, más profundo, más significativo que el acto

de mirar. Parece que sea algo sencillo, sin secretos, pero estudiad lo que es la mirada, descifradlo: todo el universo está ahí, desvelado. Es la magia más alta.

Cuando miráis un objeto, no tenéis conciencia de que éste ya representa un peligro o una suerte que os acecha. Sí, eso depende de la naturaleza del objeto, de su forma, de sus radiaciones, y también de vuestro estado interior: porque todo vuestro ser toma, entonces, la forma, las dimensiones, y las cualidades del objeto. Diréis: “Pero el hombre no cambia de forma”. Exteriormente, claro, sigue siendo el mismo, pero interiormente, en el plano psíquico, se identifica con aquello que mira. Se trata de una ley natural, biológica.

Observad a ciertos animales, el camaleón, por ejemplo, la mantis religiosa, las mariposas, las ranas, las serpientes, los osos, etc...: a fuerza de habitar en un determinado medio natural, se parecen a él, toman los colores y las formas de su entorno, y, a veces, se confunden con él. ¿Veis el oso polar?: es blanco como la nieve en la que vive. Su naturaleza ha llegado a parecerse a esta blancura que le rodea... Y la mantis religiosa: está ahí, en la hierba, en donde podemos apenas distinguirla; porque se parece a una ramita, o a un tallo. Un día vi también un pulpo que cambiaba de color según el color de la arena: según que la arena fuese rosa, verde, azul o gris, cambiaba de color; ¡era formidable! Me diréis: “Es por razones estratégicas, económicas, políticas”. Es cierto, la naturaleza quiere salvaguardar las especies animales y les da la posibilidad de esconderse, de pasar desapercibidos y estar en seguridad.

Sea lo que sea, el mimetismo es una ley natural que no podemos negar, y el mismo hombre no escapa a esa ley. Si habita en unos lugares sucios, apagados, oscuros, también él se volverá, poco a poco, en sus pensamientos y en sus sentimientos, triste, sombrío, pesimista. No es su cuerpo, claro, sino su alma, su psiquismo, el que se deja

influnciar: se produce una especie de ósmosis, de penetración del medio ambiente. Pero en otro lugar, lleno de flores, de verdor, de riachuelos, ahí aparecen poetas, pintores y músicos, porque son influenciados por el encanto, por la luz y los colores.

Y ahora, cuando miramos al sol, incluso sin que nosotros lo sepamos, nuestra alma toma la forma del sol: se vuelve una esfera incandescente y luminosa. Es la misma ley mágica la que entra en acción: al mirar al sol, todo nuestro ser empieza a ser semejante a él. Con la mirada, el hombre se asocia con el objeto o con el ser al que mira, se pone a su nivel de vibración, le imita, incluso inconscientemente. Cuando vemos a alguien que se ríe, que hace muecas o gesticula, ¿no tenemos, acaso, tendencia a imitarle? Observad a los niños: ¡imitan todo lo que se hace delante de ellos! Y cuando veis a una persona que sufre, ¿acaso no empezáis a sentir también los mismos dolores o penas que ella? Es algo contagioso. Esto sucede más aún con los mediums: cuando entran en estado de trance, sienten exactamente los mismos dolores que las personas enfermas o desgraciadas que se encuentran ante ellos; hasta hay que despertarles, porque sufren demasiado.

Así pues, más o menos, claro, según la sensibilidad, la mediumnidad o el desarrollo de las facultades psíquicas, al mirar a alguien, tomamos sus enfermedades, sus debilidades, sus dolores, o bien sus cualidades y sus virtudes. La ley es absolutamente verídica. Y cuando miramos al sol, esta ley mágica entra también en acción, y empezamos a parecernos al sol. Todos vosotros, que vais a ver la salida del sol, seréis un día como el sol... sí, ¡pero siempre que sepáis cómo mirarle! Para parecerse al sol hay que mirarle con mucho amor, con mucha confianza. Y entonces os volvéis más luminosos, más calurosos, más vivificantes y, cuando pasáis entre los humanos, igual que un sol, irradiáis sobre ellos luz, calor y vida. Sí, si durante años

seguís yendo conscientemente hacia el sol, esta ley se manifestará con un poder real y os volveréis verdaderamente un sol.

¿Veis, queridos hermanos y hermanas, qué importante es ir cada mañana a la salida del sol con una conciencia iluminada, sabiendo el significado y el valor de lo que hacéis? Y, sobre todo, sabed que, puesto que el sol es el centro de su sistema, al mirarlo, os acercáis a vuestro propio centro, cuya conciencia habéis perdido, pero que sigue estando ahí dentro, en vosotros. El sol va a restablecer este centro, a despertarlo mágicamente en vosotros, porque él mismo es un centro. Y cuando hayáis encontrado vuestro centro, todas las corrientes que pasan a través vuestro, de manera desordenada todavía, empezarán a armonizarse a su alrededor...

¿Veis, pues, mis queridos hermanos y hermanas, la utilidad de las salidas de sol? Y, si seguís viniendo cada mañana con mucho amor, con mucha devoción, comprenderéis que el sol es verdaderamente... ¡una magnífica persona! Sí, sí, os lo aseguro, es alguien muy distinguido, muy bien trajeado, muy rico, muy desinteresado. Verdaderamente, ¡hasta os diría que es alguien perfecto!... ¿Encontráis que ésta es una curiosa forma de hablar del sol? Quizás, pero emplearé todos los medios para que me comprendáis.

¿Y sabéis que el sol también hace yoga? Sí, todos los yogas. Por ejemplo, el Karma-yoga, el yoga de la acción desinteresada, lo practica: da, da sin esperar recompensa, no quiere ni pago ni agradecimiento, da gratuitamente. Es más, los Iniciados descubrieron el Karma-yoga mirando al sol, cuando vieron que lo da todo gratuitamente, que hace que todo germine y crezca, que alimenta al mundo entero, y que en su generosidad encuentra su felicidad. ¡Ahora nos toca a nosotros practicar, como él, este gran y excelente yoga, el Karma-yoga!

¡Y también practica el sol el Jnani-yoga, el yoga del conocimiento! Mira, observa, lo conoce todo; nada está oculto para él, porque envía sus rayos como la luz de un proyector, de un proyector extraordinario que ilumina hasta 150 millones de kilómetros, y nos ve.

Y el Bhakti-yoga, el yoga del amor y de la adoración, también lo practica, porque hace su trabajo adorando al Señor. Vive sin cesar en una efervescencia y en una adoración tales que su luz, su amor y toda su gratitud para con el Eterno se manifiestan con ardor a través del espacio llegando hasta nosotros.

Y el Kriya-yoga, ¿dónde lo encontraréis mejor que en el sol, puesto que es el yoga de la luz? Ser luminosos e irradiantes, proyectar luz a nuestro alrededor, ¡si el sol no hace más que eso! Y puesto que lo logra perfectamente, que es un maestro en este yoga, tenemos que ir a instruirnos con él.

¿Y el Agni-yoga, el yoga del fuego? ¡Pero si el fuego es él! Y el que distribuye el fuego con el que todo el mundo puede encender su corazón, su hogar, su llama. El es la perfecta encarnación del Agni-yoga.

En cuanto al Chabda-yoga, todavía mejor, ¡puesto que el sol es el Verbo! Lo que todavía no han comprendido los hombres es que el sol canta; sí, canta, habla, explica, pero todavía no han llegado a oírle. Desde hace poco, hay sabios que tratan de descifrar las ondas sonoras que salen del sol; con sus aparatos ya han captado ciertos sonidos, pero todavía no han llegado a comprenderlos... Hay una música que sale del sol, la más bella de todas las músicas. El sol habla, canta, crea... Un día, los astrónomos podrán grabar la música del sol y de los planetas...

Me diréis: “¿y el Hatha-yoga? ¿no lo practica?” ¡Ah! Me parece que, en efecto, ha ignorado este yoga y que ha dejado para los humanos el trabajo de doblarse, contorsionarse, replegarse... Sin embargo, dicen que sale y se pone... No lo hace muy

rápidamente, no tiene prisa, ¡pero son, de todas formas, pequeños ejercicios de Hatha-yoga!

Esto es lo que os quería decir hoy, mis queridos hermanos y hermanas; es algo muy breve, pero importante. Cuando miráis al sol, vuestra alma toma la forma del sol. Pronto os explicaré cómo mirarle, y os diré en detalle lo que es el sol. Porque el sol es todo un mundo, un mundo con seres, con viviendas, con palacios, con árboles, con ciudades, con océanos... ¡un mundo con una cultura que supera todo lo que os podáis imaginar! Es la tierra más bella, es la Tierra de los Vivos de la que hablan los Salmos cuando dicen: “Caminaré ante el Eterno en la Tierra de los Vivos”. Los Vivos son los seres inmortales, eternos, los que ya viven en la luz... Viven en el sol, y son ellos los que nos envían esta luz. El sol es un mundo extraordinario, poblado de ángeles, de arcángeles, de Divinidades. Desde el sol, van a visitar los otros planetas para trabajar, para ayudar a las criaturas, y después se vuelven a él... Es toda una organización increíble... Y hasta, a menudo, seres muy inteligentes y muy bellos, muy poderosos, vienen hasta aquí para visitarnos.

¿Creéis que el universo es una máquina absurda, sin alma ni inteligencia...? No, ¡todo es inteligente en el universo, todo está vivo, todo es sensato, todo es bello! ¿Cómo lo sé?... Yo no tengo el don de los videntes o de los cartománticos para deciros lo que hay en vuestros bolsillos, cuántos hijos ilegítimos tenéis, o cuántas deudas: esto no me lo pidáis, no lo sé, ni me interesa. Pero lo que sí veo es esto: un universo poblado por criaturas muy inteligentes, muy bellas, muy poderosas; vienen, se van, transmiten mensajes, aportan ayuda... Por todas partes, por todas partes, en las piedras, en las plantas, en los animales, en las aguas, en las estrellas, hay seres que trabajan sin cesar...

Poco a poco vais a tener una idea de lo que es el Surya-yoga, el yoga del sol. Si verdaderamente lo practicáis con todo vuestro corazón, no puede dejar de ayudaros; porque el sol es el alimento más sustancial, el más necesario para nuestra época. En el futuro, el mundo entero irá a extraer fuerzas, calor, amor, ánimo, del sol. Abandonarán también las otras fuentes de energía, porque ya empiezan a agotarse, y se dirigirán hacia la fuente inagotable; se iluminarán las ciudades, se calentarán, viajarán, gracias a la energía solar; y hasta se alimentarán de la luz del sol, harán alimentos con ella.

Buenas tardes, mis queridos hermanos y hermanas. Procurad pensar en el sol, más que en todas estas cosas que os arrastran hacia la periferia, en donde sois siempre mordidos, aplastados... Dirigíos hacia el sol, hacia la unidad, hacia la simplicidad, ¡hacia la claridad!

Bonfin, 31 de julio de 1967 (por la tarde)

## Capítulo III

### Nuestro Yo superior habita en el sol

Debéis saber que hemos venido a la tierra para evolucionar y que, por tanto, no hay nada más importante que trabajar sobre nosotros mismos para mejorarnos; ésa es la base de nuestro éxito, de nuestro futuro, de nuestra felicidad. Fuera de este trabajo, no hay que esperar nada...

Y ahora, puesto que estamos ocupándonos del sol, también añadiré hoy algunas palabras... Os he dicho, a menudo, que teníais que prepararos ya desde el día anterior para la salida del sol: no comer demasiado, no acostaros demasiado tarde, no hacer nada que sea susceptible de preocuparos o de atormentaros al día siguiente, sino arreglar todas las cosas de forma que podamos estar libres, con el pensamiento límpido y el corazón en paz, sin tener nada que resolver, que lamentar o que reparar. Esto es muy importante.

Y así, por la mañana, en este reposo, en esta paz, lentamente, suavemente, empezáis a meditar, sin concentraros de inmediato fuertemente en el sol. Echáis primero un vistazo en vuestro fuero interno para ver en qué estado se encuentran sus habitantes, si hay ruidos, barullos, revoluciones, y procuráis serenarlo y equilibrarlo todo, porque sólo después de haberos liberado, después de haber instalado la armonía y la paz en vosotros, podéis proyectaros hacia el sol, imaginarlo como un mundo maravilloso, poblado por las criaturas más perfectas, por unos seres absolutamente luminosos, que viven en la inteligencia sublime, en el amor absoluto, en la pureza absoluta, y pensar

que, allí arriba, reinan un orden, una cultura, una civilización que sobrepasan toda imaginación...

Anteayer, os decía que, allí arriba, existen ciudades enteras, palacios, montañas... y estabais asombrados, horrorizados. “¡Cómo!, ¡esto es algo insensato!, ¿cómo pueden vivir seres en este calor, en este fuego?” Pero, ¿qué conocéis vosotros de las posibilidades de la vida, de las condiciones en las que ésta puede aparecer, mantenerse y desarrollarse? La vida está difundida por todas partes en el universo, ¿por qué no en el sol? Evidentemente, son unas condiciones inimaginables para los humanos y, de momento, nadie querrá creerme... Entonces, hay que verificarlo. Por eso, preparaos para ir a verificarlo: cada uno hará personalmente estas verificaciones, ya no debéis creer a los demás, ni escuchar historias, ¡ahora debéis equiparos para ir de excursión hasta el sol! “¿Pero cómo?, diréis. No hay aviones, ni cohetes para ir allí”. Es cierto, pero el Señor nos ha dado todos los aparatos, todos los medios necesarios: ¿no tenemos, acaso, el pensamiento y la imaginación, que son unos poderes formidables? Con el pensamiento y la imaginación, vamos directamente al sol.

¿Y si os dijera que, sin daros cuenta, ya estáis en el sol? No lo sentís, pero hay una pequeña parte de vosotros, un elemento muy, muy sutil, que ya habita en el sol. La ciencia todavía no ha llegado a estudiar realmente al hombre, no sabe todo lo que éste representa de inmenso, de rico, de vasto y de profundo. Lo que vemos de él, su cuerpo físico, no es él todavía, ya lo sabéis; el hombre posee otros cuerpos que están hechos de materias cada vez más sutiles. Os decía lo mismo a propósito de la tierra: la tierra no es únicamente lo que vemos de ella. Alrededor de ella existe una atmósfera que se eleva hasta decenas de kilómetros y que la ciencia ha dividido en diferentes capas a las que ha dado nombres. Pero, lo que no sabe la ciencia, es que en estas capas se encuentran una

infinidad de elementos, de entidades, y que, más allá de la atmósfera, la tierra posee aún un cuerpo etérico que va hasta el sol, que toca el sol...

El cuerpo etérico de la tierra se fusiona, pues, con el cuerpo etérico del sol, porque el sol posee también un cuerpo etérico que se extiende más allá de su propia esfera, hasta la tierra, y más lejos aún, hasta los demás planetas. Por eso el sol y la tierra se tocan, están ya fusionados. Y como el hombre está construido a imagen del universo, posee en el mundo sutil emanaciones, rayos, que van hasta el sol... Y así es como el hombre, considerado en su aspecto superior, sublime, divino, habita ya en el sol, pero sin ser consciente de ello, porque sólo hace trabajar su cerebro, y las posibilidades del cerebro están limitadas al mundo físico.

Lo que aquí os digo os parece increíble, porque estáis habituados a unas concepciones demasiado prosaicas y limitadas para comprenderme y aceptar una filosofía semejante. Estas son, sin embargo, mis queridos hermanos y hermanas, unas verdades que hay que conocer y estudiar. Cuando el hombre empieza a estudiar en la Escuela divina de la Fraternidad Blanca Universal, se desplaza progresivamente desde esta región limitada de la conciencia únicamente sensorial y física hacia una región superior, que es la de la supraconsciencia. Esta región de la supraconsciencia es inmensa, tiene miles de grados que hay que recorrer hasta sentir que ya somos habitantes del sol, que ya existimos en el sol.

Esta parte de nosotros mismos, este ser, esta entidad que habita en el sol, es nuestro Yo superior. Nuestro Yo superior no habita en nuestro cuerpo físico, porque, si así fuese, éste realizaría prodigios; de vez en cuando solamente, viene, se manifiesta, toma contacto con nuestro cerebro. Pero, como el cerebro todavía no está preparado para soportar sus vibraciones y ponerse al unísono con él, el Yo superior se va. El Yo

superior trabaja sobre el cerebro, lo prepara, y, el día en que el cerebro sea capaz de albergarle, el Yo superior se instalará en nosotros.

Nuestro Yo superior no es otra cosa que Dios mismo, una parte de Dios; por eso, en las regiones superiores, somos Dios mismo, porque fuera de Dios no hay nada. Dios se manifiesta a través de la creación y de las criaturas, y nosotros somos, por tanto, una parcela de El, no existimos separadamente de El. La verdadera ilusión es creernos separados. Cuando los sabios de la India hablan de *maya*, de la ilusión, no hablan del mundo material: el mundo no es maya, es nuestro yo inferior el que es maya porque nos da la ilusión de existir como seres separados de la Divinidad. El mundo, en cambio, es una realidad, la materia también, y hasta las mentiras y el infierno son realidades; la ilusión, os lo repito, viene de nuestro yo inferior que nos incita siempre a considerarnos como seres separados. Mientras existimos demasiado abajo, al nivel de nuestro yo inferior, nos engañamos, vivimos en la ilusión, no podemos sentir esta vida única, esta vida universal, este Ser cósmico que está en todas partes; nuestro yo inferior nos impide sentirle y comprenderle. Y, justamente, el trabajo que hacemos, por la mañana, con el sol, mediante las oraciones y las meditaciones, tiene el objetivo de restablecer la conexión, de construir un puente entre el yo inferior y el Yo superior que está en el sol. Cuando el puente esté construido, se establecerá la comunicación y volveremos hacia nuestro Yo superior que vive en la dicha, en la felicidad, en una libertad sin límites, que vive junto a Dios. Sí, una parte de nosotros habita ya en Dios en una felicidad indescriptible.

Esta es una cosa que debéis comprender, mis queridos hermanos y hermanas. Ya sé que habéis sido educados e instruidos en unas concepciones que no tienen ninguna relación con estas verdades y que es difícil para vosotros aceptar una idea semejante, pero, si vivís únicamente con la conciencia de la separatividad, con la convicción de

estar siempre desconectados, alejados de la vida colectiva, de la vida universal, entonces estaréis siempre en las ilusiones, las aberraciones y las mentiras; lucharéis, os pelearéis, sufriréis, y nunca encontraréis la paz, porque, en este estado de separatividad, la paz está absolutamente excluída. Mientras que, si salís de esta filosofía, si hacéis al menos esfuerzos para salir de ella, empezareis a sentir os penetrados por la vida universal, viviréis en el espacio infinito, en la eternidad. Se trata de algo tan extraordinario que no comprendemos al principio lo que nos sucede... Pero lo único que nos sucede es que hemos encontrado, por fin, la realidad, la vida divina.

Miles de personas han llegado a encontrar este estado de conciencia, entonces ¿por qué no vosotros? Es muy sencillo, muy fácil, mis queridos hermanos y hermanas, sólo que es algo imposible de realizar mientras conservéis la idea de la separatividad, la idea de que sois seres exteriores, extraños a los demás, que los demás no están en vosotros, y que podéis impunemente hacerles daño, destrozarles, perjudicarles... Entonces, sin tener conciencia de ello, os hacéis daño a vosotros mismos, porque vosotros habitáis también en los demás. Pero ésta es una cosa que todavía no podéis comprender. Un día, cuando empecéis a acercaros a vuestro Yo superior que habita en el sol, que habita en los demás planetas, que habita en la tierra, en los árboles, en los océanos, en las montañas, y también en todos los seres, este día, los sufrimientos que inflijáis a los demás serán también vuestros sufrimientos, cuando les hagáis daño, vosotros seréis los que gritéis, porque sentiréis que este daño os lo habéis hecho a vosotros mismos. Sí, lo sé, os hablo de cosas inhabituales, pero son absolutamente verídicas y conocidas por los Iniciados desde hace milenios. Toda esta luz me ha llegado a mí desde el fondo de las edades, y yo os la transmito.

Sabed, de ahora en adelante, que el sol nos ayuda enormemente a restablecer este puente entre nosotros y nuestro Yo superior. Sin esta ayuda, el hombre pasaría quizá aún miles de años en la filosofía de la separatividad, y no encontraría nunca esta plenitud que busca. Debe introducir en él esta filosofía de la unidad universal, este punto de vista que consiste en sentirse uno con el Creador, con todas las entidades luminosas, con los ángeles, los arcángeles, las divinidades... Gracias a esta filosofía, se acerca rápidamente, eficazmente a la fuente, quema las etapas...

Os daré ahora un método que os ayudará: cuando vayáis a ver la salida del sol, pensad que ya estáis en el sol y que, desde allí arriba, miráis, sobre la Roca, a este ser que sois vosotros; os desdobláis, os separáis de vuestro cuerpo, os entretenéis mirándoos y sonriándoos a vosotros mismos diciendo: “¡Pobre!, ¡mírale qué pequeño, qué curioso! ¡Y decir que soy yo!... Pero voy a ayudarle, ¡voy a ayudarle!” Y ya, con este ejercicio de imaginación, empezáis a restablecer el puente, cada día... Cuánto tiempo os llevará esta reconstrucción, no lo sé, porque no debe hacerse con hierro, con cemento o con acero, sino con otra materia, con la más sutil, la del plano mental. Todos estáis invitados a hacer este trabajo, pero ¿hay muchos candidatos para ir hasta allí?...

Y, una vez llegados al sol, os imagináis aún que hacéis una visita al Arcángel que lo gobierna, que habláis con él, que os toma en sus brazos, os revela secretos, os da su luz, y que vosotros enviáis unos rayos de esta luz a este ser que está ahí abajo, sentado en la Roca, a este ser que aparentemente sois vosotros, pero que realmente no lo sois. De esta manera, empezáis a sentir una gran expansión de la conciencia, una paz celestial, y, después, llegan revelaciones, revelaciones... Así desarrolláis nuevas facultades y comprensiones y, poco a poco, os convertís en un ser excepcional que exteriormente sigue pareciéndose a los demás, pero que interiormente ya no es el mismo, puesto que nuevas posibilidades se han desarrollado en él.

Pero, evidentemente, no podemos concentrarnos todos los días en el mismo tema; por eso os daré aún otros métodos que podréis practicar sucesivamente: cada día pensaréis en el sol de una manera diferente, y habrá tal variedad de métodos que no os aburriréis nunca. No podemos hacer el mismo ejercicio cada día: se diría que el intelecto está construido exactamente como el estómago, que tiene necesidad de un alimento variado y, si le imponemos todos los días la misma comida, no puede soportarla, se encabrita, da coces... ¿Qué hacer, pues, cuando sentimos que el mental ya no quiere concentrarse en los mismos temas que los días precedentes? Buscad otro tema, siempre que sigáis, simbólicamente hablando, en los temas “vegetarianos”, es decir, espirituales. Sí, buscad un tema que os diga algo. Echad un vistazo al menú: “¿Peras? No... ¿Huevos? No... ¿Limonas?... sí, muy bien”, y os lanzáis a por los limones... Y al día siguiente... ¿Pimientos? Vale, ¡vamos, pimientos! Y así sucesivamente: tenéis un surtido indescriptible. Veis, pues, que en el trabajo espiritual también hay que tener experiencia, hay que conocer los factores psicológicos, porque, si no, es imposible avanzar. Y yo estoy aquí, precisamente, para indicaros medios, métodos que os facilitarán el trabajo, pero siempre en la misma dirección. Debemos variar los métodos, pero trabajar siempre en la misma dirección, es decir, dirigirnos siempre hacia el centro, hacia el Creador, hacia la luz, hacia la libertad, hacia el esplendor...

Estas revelaciones sobre vuestro Yo superior pueden aportaros una gran esperanza, aumentar vuestro ánimo. Ahora, ya no podéis sentirnos miserables, insignificantes, perdidos. Todos vosotros, sin excepción, tenéis vuestro Yo superior en el sol. La única diferencia, es que unos lo encontrarán antes, y otros más tarde, porque eso depende de numerosos factores, y, entre otros, del estado en que se encuentra el cuerpo físico: aquéllos que han trabajado durante mucho tiempo para preparar su

cuerpo, su cerebro, sus pulmones, para acercarse a estas verdades, llegarán mucho antes a la realización de sí mismos. Pero esto que os revelo debe alejar de vosotros la amargura y el desánimo, y daros una esperanza absoluta para vuestro futuro: sí, un día, todos llegaréis a puerto.

Lo que deseáis lo obtendréis, no puedo deciros en cuanto tiempo, pero lo obtendréis, porque, de acuerdo con las leyes de la Naturaleza viviente, todo aquello que el hombre desea ardiente y constantemente, acaba por obtenerlo. Seguid, pues, deseando las mejores cosas. El que desea la belleza, por ejemplo, llegará a ser tan bello, tan expresivo, que, por dondequiera que vaya, todos estarán maravillados y dirán: “Señor Dios, hoy te he visto, te he contemplado, te he sentido. ¡Qué bello eres, Señor Dios!” Al que le gusta el poder, pero un poder que, por todas partes, restablece, cura, serena y mejora a los hombres, un poder que lleva a todas partes la armonía, lo obtendrá, y las criaturas dirán a su paso: “Señor Dios, te he sentido, hoy has pasado por aquí. ¡Qué feliz soy! Quiero seguirte, quiero ir hacia ti.” Y otro, que haya deseado la ciencia, la inteligencia, proyectará por todas partes la luz, y con sus revelaciones llevará a los hombres hacia el Creador. El que desea el amor, será la encarnación del amor divino, de su calor, de su perfume, y, dondequiera que pase, derramará en los corazones y en las almas algo bueno, caluroso y afectuoso. El que ama la pureza, se volverá una fuente y, por todas partes, a su alrededor, hará desaparecer todas las manchas, todas las suciedades. Llegar a ser como un río, como una cascada, como un lago, ¿acaso no es maravilloso?

Así que, concentraos, escoged la virtud que os atraiga más, y trabajad con ella. Más tarde, trabajaréis también con las demás virtudes, porque debemos llegar a ser perfectos como nuestro Padre Celestial, debemos llegar a ser seres de pureza, de luz, de inteligencia, de bondad, de amor, de poder, de belleza...

Vale la pena, pues, venir a la salida del sol, para tender, para subir con todas nuestras fuerzas, con toda nuestra energía hacia semejante ideal... Mirad qué ideal os dan los hombres: el dinero, los placeres, la rebeldía. Aquí, caminaís hacia el esplendor, hacia la plenitud, hacia la verdadera riqueza... Si abandonáis estas maravillas para seguir filosofías extravagantes, ¿dónde está vuestro discernimiento?

Saciaos, pues, de estos alimentos celestiales. Y cuando venís a la Roca, dad gracias, dad gracias por tener estas posibilidades, dad gracias por tener estas buenas condiciones, esta paz, esta pureza, este frescor. ¡Qué purificación, qué limpieza se hace en vosotros! Es esta purificación la que trae y suscita todas las otras cualidades divinas.

Os daré, además, ejercicios para hacer con los cuatro elementos, y aprenderéis a trabajar con el fuego, con el aire, con el agua y con la tierra.\* ¡Si supieseis qué trabajo hace la tierra, y, sobre todo, esta Roca sobre la que estamos! Todavía no os he hablado de ello. Esta Roca es un ser vivo, inteligente, está ahí para servirnos, toma muchas de nuestras impurezas, las engulle, las envía hacia el centro de la tierra en donde se encuentran unas fábricas y unos obreros que trabajan para transformar estas impurezas y devolvernos después una materia cristalina, sutil. ¿No lo sabíais? Yo quiero a esta Roca, porque, a menudo, nos quita nuestra fatiga, nuestras impurezas, pero hay que saber dirigirle la palabra; no acepta ayudar a cualquiera y hay que estar muy atentos, ser muy respetuosos con ella.

Sí, sí, creedme, ¡hay tantos trabajos que hacer! Sólo que, un ser que está sumergido en preocupaciones prosaicas no puede consagrarse a ellos, ni siquiera sospecha que existan. Hay que liberarse para poder dedicarse a estos trabajos. Yo no invento nada: estos ejercicios los practico desde hace mucho tiempo. Pero, generalmente, no lo digo,

---

\* Ver la conferencia: “Cómo trabajar con los Ángeles de los cuatro elementos durante los ejercicios de respiración” (tomo VII).

espero a que el mundo invisible me pida que os hable de ellos. ¡Cuántos ejercicios hago, desde hace mucho tiempo, de los que no tenéis ni idea!

Dad gracias al Cielo, preguntaos qué le habéis hecho al buen Dios para recibir tales revelaciones. Nos olvidamos siempre de dar gracias al Señor por el buen lado de la existencia; cuando se produce una desgracia es cuando decimos: “¿qué he podido hacerle al buen Dios para que me suceda una cosa así?” En realidad, la cosa está clara, ni siquiera tenemos que preguntárnoslo: hemos sido demasiado tontos, o demasiado malos, o demasiado débiles; no hay otra explicación.

¿No os estaré atormentando reteniéndoos a pleno sol, en esta Roca? Hay, de todos modos, un poco de frescor, una brisa agradable que viene a visitarnos... Bueno, no temáis, vamos a bajar, continuaremos en otra ocasión. De momento, retened sólo esto: cuando lleguéis, por la mañana, dejad todo de lado, y tomad al sol como lo más importante, concentraos, buscaos en él, y construid el puente...

Bonfin, 1º de agosto de 1967

## Capítulo IV

### El sol hace crecer las simientes depositadas en nosotros por el Creador

#### Cómo encontrar la Santa Trinidad en el sol

Para empezar, volveré a la idea que os presenté ayer sobre la necesidad de cambiar vuestros temas de meditación para que no corráis peligro de estar saturados. Sucede como con la comida, se necesita variar. Me veo, pues, obligado a daros numerosos métodos, presentándoos sin cesar nuevos aspectos del sol y, cuando meditéis en la Roca o en otra parte, encontraréis lo que os conviene para ese día.

Para serviros mejor de los métodos que os doy, os aconsejo que los anotéis, que llevéis una pequeña lista, como hacen las cocineras con los menús. Cada día consultaréis vuestra pequeña lista: “Veamos, esto no me dice nada... ¡Ah!, ¡esto sí que es sabroso! ¡Es lo que necesito!” Y vais a disfrutar, porque, entonces, vuestra meditación dará resultados. Y como no es seguro que el mismo ejercicio sea el adecuado para el día siguiente, a la mañana siguiente cambiáis de menú, escogéis un nuevo tema de meditación. Así, poco a poco, recorreréis todo el ciclo de las maravillas, y evolucionaréis mucho más rápidamente que si os empeñáis en un solo método de trabajo.

Además, si os ponéis cabezones, si os obstináis, tendréis dolor de cabeza. A veces queréis concentraros en cierto tema, sin comprender que el cerebro no quiere saber nada de él y que hay que cambiar, buscar otra cosa. Algunos pensarán: “¡Ah! ¿hay que cambiar? Bien, como hasta ahora he sido sobrio y casto, voy a comer, a beber, y a ir detrás de las mujeres (o de los hombres)...” Y aparece el desenfreno. No, debemos

quedarnos siempre en los menús “vegetarianos”, como os decía ayer, es decir, no descender por debajo de esta línea de demarcación que representa el diafragma. Hay caminos, senderos hasta el infinito; podemos escoger, pero no debemos descender por debajo de la frontera del “diafragma”. Cuando los hombres quieren cambiar, no saben cómo hacerlo sin peligro; en vez de quedarse por encima de la línea de demarcación y de seguir los radios para explorar este espacio que, de todas formas, es muy vasto-180º-, descienden verticalmente a las regiones inferiores y, ahí, lo que se desencadena en ellos ya no es tan favorable para su tranquilidad y su evolución. Y, justamente, en nuestra Enseñanza se os enseña en qué dirección cambiar.

¿Qué puedo deciros aún sobre el sol? Os lo presenté como centro de nuestro sistema solar, explicándoos la importancia que tenía este centro en nuestra vida y cómo contenía en estado etérico todos los elementos que necesitamos. Os revelé también que nuestro Yo superior está en el sol... Hoy, si queréis, os hablaré un poco de agricultura. ¿Por qué no?

Observad a los labradores. Labran la tierra, la siembran y después la abandonan durante un tiempo: esperan el calor. Y cuando llega la primavera, el sol calienta la tierra, y las semillas que estaban enterradas en ella, silenciosamente acurrucadas, sienten que el sol las acaricia, las llama, las invita, y entonces se despiertan y empiezan su trabajo. “¡Oh!, diréis, pero ¿qué nos cuenta? La germinación, el crecimiento son unos mecanismos automáticos e inconscientes en las plantas...” Ya lo sé, hago un poco de poesía para embellecer las cosas, pero de todas formas hay en la planta una vida escondida que dormita, y esta vida se pone en movimiento. Entonces, todas estas semillas, todas estas simientes crecen, y los hombres se alegran porque saben que cosecharán los frutos y podrán subsistir.

Estáis decepcionados porque pensáis que todo eso ya lo sabéis desde hace mucho tiempo. No dudo que ya sepáis todo lo que os digo, pero os lo digo de todas formas para mostraros que no habéis comprendido bien este asunto. Lo sabéis, lo sabéis, pero no lo habéis comprendido. El saber y la comprensión son dos cosas diferentes. Lo sabéis, pero ¿qué ha dado, hasta ahora, este saber formidable? Nada. Si lo hubieseis comprendido, habríais visto que vosotros también poseéis unas semillas que debéis hacer crecer.

En el alma, el espíritu, el corazón, el intelecto y el cuerpo físico de los hombres, el Creador ha depositado unas semillas, unos dones, unas virtudes, unos poderes mágicos, todos los esplendores del Cielo, que únicamente el calor del sol y su luz pueden despertar y hacer crecer. El día en que el hombre comprenda esto y se decida a acercarse al sol espiritual, todas las semillas depositadas en él empezarán a crecer, a desarrollarse y a dar frutos.

Espero que estas palabras aumenten todavía más vuestro deseo de ir a ver el sol. Exponeos a estos rayos ¡y dejadles hacer su trabajo! Sentiréis, entonces, que nacen en vosotros pequeñas yemas, pequeños brotes... Después tenéis que regarlos, claro, porque si no los regáis pueden secarse. El sol envía su luz y su calor, pero no puede regar las plantas; necesita, pues, de una colaboradora, el agua, y esta colaboradora está en nosotros. El sol hace una parte del trabajo y nosotros debemos hacer la otra; a nosotros nos corresponde regar las plantas, que el sol ha calentado, con nuestro amor, nuestra confianza y nuestro entusiasmo. Debemos echarle una mano al sol. Si dejáis que el sol os caliente sin participar en su trabajo, no habrá grandes resultados: lo que haya hecho crecer morirá reseco.

¿Y cómo participar en este trabajo?... Cuando estáis bajo los rayos del sol debéis ser activos como él, es decir, meditar, contemplar, rezar, dar gracias al Señor o

pronunciar algunas palabras. Así regaréis estos pequeños brotes con vuestro corazón, con vuestro amor, y todo estará bien encaminado. Mis queridos hermanos y hermanas, ¡aprended a ser los cultivadores de vuestra propia tierra! Sin el sol nada crece; por eso es preciso que todas las mañanas cada uno se presente conscientemente ante él y se exponga a sus rayos para que despierte los gérmenes, las simientes que Dios ha depositado en su alma. Es muy claro, muy sencillo, el sol puede despertar en vosotros todas las cualidades, todas las virtudes.

Cuando os dije que en el sol hay ciudades, palacios, ríos, montañas, estabais escandalizados, porque nunca habíais oído una cosa así. Como la ciencia afirma que el sol es una bola incandescente, un mundo en fusión en el que no puede haber vida, lo que os cuento no es científico... Pero ¿qué dice Hermes Trismegisto?: “abajo es como arriba”, es decir, que todo lo que vemos aquí (ríos, montañas, lagos, rocas, árboles, animales, etc...) no podría existir si no hubiese arriba un modelo según el cual nuestro mundo ha sido creado. Quería decir que arriba existe un mundo, modelo de nuestro mundo, con montañas, ríos, animales, hombres... pero hecho de otra materia, con otras formas...

Hermes Trismegisto no dijo que lo de abajo es absolutamente idéntico a lo de arriba, sino que es “como”. Todo lo que vemos aquí, pues, no es más que un reflejo, una repetición, una imitación de otro mundo; es, si queréis, como la sombra, que se parece al árbol pero que no es el árbol mismo, o como el reflejo en un espejo, que es la imagen del hombre pero que tampoco es el hombre mismo. Todos los Iniciados han presentado el mundo terrestre como una sombra, una imagen, una ilusión, como el reflejo de un mundo superior, del mundo divino, un reflejo que puede indicar el camino a seguir para

volver a encontrar esta realidad, arriba, que es semejante a él, pero de un esplendor indescriptible.

El sol es el “arriba” y la tierra el “abajo”. El sol representa el cielo, y en el cielo (o más bien los cielos) hay toda una vida, unos habitantes que tienen, como nosotros, viviendas, que se alimentan, que nacen, que hacen intercambios y se aman, pero divinamente. En el sol también hay ciudades, montañas, ríos, plantas, toda una vegetación, pero de otra materia.

Si no fuera así, las palabras de Hermes Trismegisto, lo mismo que las de Jesús, serían insensatas. Al decir: “hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo”, Jesús rezaba para que todo lo que existe arriba: la armonía, el orden, la belleza, la luz, la perfección, el amor, la fuerza, el poder, la vida eterna, descieran a la tierra para que los humanos vivan en la misma armonía, la misma abundancia, el mismo gozo que los habitantes del Cielo. Si Jesús no hubiese conocido la estructura perfecta del mundo de arriba, no habría expresado este deseo.

Y, puesto que el sol simboliza el cielo, y es su imagen, su resumen, su reflejo, ¿qué puede enseñarnos si lo miramos? Vemos su luz, sentimos su calor, recibimos la vida que emana de él. El sol está vivo, vibra, brota, calienta a todas las criaturas, ilumina el mundo. Estas tres nociones: luz, calor y vida, podemos encontrarlas en los Libros sagrados de todas las tradiciones. En todas partes encontramos esta trinidad, la Santa Trinidad. Sólo que en el espíritu de los cristianos la Santa Trinidad sigue siendo una noción abstracta, fría, alejada de nosotros, y los teólogos se niegan a representarla sencillamente por miedo a devaluarla. Por el contrario, nosotros nos alegramos cada día de la presencia de esta Santa Trinidad, la frecuentamos, la saludamos, comulgamos con ella.

En la religión cristiana la Santa Trinidad es un elemento esencial, pero está relegada en alguna parte, no se sabe dónde; se contentan con mencionarla, no la frecuentan cada día para hacer intercambios con ella. Como la Santa Trinidad es un misterio, no tenemos derecho a ocuparnos de ella. Decid a los cristianos que es accesible y hasta tangible, os responderán que estáis blasfemando, porque en general, para ellos, la Divinidad debe estar perdida a lo lejos, en alguna parte; nosotros no podemos ni verla, ni contemplarla, ni acercarnos a ella... No es de extrañar, pues, que los humanos se hayan alejado de Dios, que ya no lo sientan, que ya no estén habitados por Él, y que después, claro, se entreguen a los actos más inmorales e insensatos.

En la nueva moral, en la nueva filosofía que se acerca y que va a invadir el mundo, las realidades espirituales estarán tan próximas, serán tan accesibles, tan tangibles, que cada día podremos comprenderlas, vivirlas, sentirlas, unirnos a ellas, comulgar con ellas; cada día nos alimentaremos con un alimento tan extraordinariamente luminoso que nos veremos obligados a transformarnos. Porque el hombre sólo puede transformarse realmente si absorbe otro alimento en todos los ámbitos.

La trinidad aparece bajo nombres diferentes en todas las religiones; la encontramos en Egipto, la India, en los Cabalistas, los Tibetanos, por todas partes, salvo en los Persas, que eran dualistas. Pero ¿cómo comprender esta trinidad? En el origen siempre hay un ser que engendra a otro ser, quien a su vez engendra a un tercero. En la cristiandad se les llama Padre, Hijo y Espíritu Santo; en otras partes les han dado nombres diferentes que ya os mencioné en otras conferencias, pero quedémonos con Padre, Hijo y Espíritu Santo. El Padre es la vida que inunda el universo, la fuente de la que brotan todas las creaciones. El Hijo puede ser asimilado a la luz, puesto que Cristo dijo: “Yo soy la luz del mundo”; pero eso no le impide manifestar también el amor. Y el

Espíritu Santo, que desciende bajo forma de lenguas de fuego, representa el calor, el amor; pero eso no le impide ser también la luz que ilumina las inteligencias, que da la facultad de hablar en lenguas, de profetizar, de conocer y de penetrar los misterios. En realidad, poco importa quién de ellos es el amor y quién la sabiduría: el Hijo y el Espíritu Santo son uno, se transforman el uno en el otro, tienen los mismos poderes.

La cuestión esencial es comprender que estos tres principios: Padre, Hijo y Espíritu Santo, se encuentran también en la vida, la luz y el calor del sol. Diréis: “Pero, ¿tenemos derecho a reconocer a estas altísimas entidades en la luz, el calor y la vida?” Claro que sí, y esta correspondencia es una ventaja práctica formidable, porque nos permite contemplar cada mañana a esta Santa Trinidad, comulgar con ella, conectarnos con ella para recibir todas las bendiciones. Es una promesa de resurrección y de vida.

¿Por qué no quieren comprender los cristianos que las más grandes verdades están ahí, expuestas ante nuestros ojos por todas partes en la naturaleza? Todos comprenderán, salvo los cristianos que dirán: “¡Ah! El sol... Aunque el sol no existiese, basta con ir a misa para salvarnos”. No se han dado cuenta de que sin el sol nadie estaría vivo para decir misa, y de que hasta ellos estarían muertos, ¡petrificados y helados desde hace tiempo! Sólo los cristianos son, hasta este punto, inconscientes del vínculo vivo que une al hombre con la naturaleza. Diréis: “Pero, ¿qué tiene Vd. contra los cristianos?” Nada, nada, yo también soy cristiano. Si les zarandeo de vez en cuando es sólo para invitarles a que abran un poco los ojos, a que reflexionen más y a que comprendan que Dios se manifiesta en todas partes, en todas las cosas. Todo es una manifestación divina: las flores, los pájaros, los árboles, las montañas, los lagos, las estrellas, y el ser humano también. Bajo diferentes formas, en grados diferentes, es siempre Dios el que se manifiesta. En cuanto hay un ser vivo Dios está presente, porque fuera de Dios no hay vida.

Únicamente Dios infunde la vida en el universo, Él es la fuente de la vida y nadie más que Él puede crearla o distribuirla. El hombre mismo es solamente el conductor de esta vida que viene de más lejos. Cuando un padre le dice a su hijo: “Yo te he dado la vida” y cree tener derecho de vida y muerte sobre él, se equivoca. Esta vida ha sido creada por Dios, el padre sólo es su conductor. Si pudiese crearla, ¿por qué no se crea más años de vida cuando le llega el momento de morir? La prueba de que no crea la vida es que es incapaz de prolongarla. Le ha sido dada una cierta duración de vida y no puede añadir ni una hora más. La vida pasa a través del hombre, pero es Dios quien se la da.

Por todas partes en donde aparece la vida se manifiesta la presencia de Dios. Y, como en la tierra toda la vida viene del sol, nos vemos obligados a reconocer que Dios se manifiesta mucho mejor a través del sol que a través de cualquier otra criatura. ¿Quién, además del sol, posee el poder de alimentar a la humanidad, de hacer crecer la uva y el trigo? Escriben algunos libros, hacen algunos discursos, pero al final todo desaparece sin dejar huellas, mientras que el sol está siempre ahí para vivificar, iluminar y calentar la tierra entera.

Cuando el mundo de arriba creó el mundo de abajo, dejó por todas partes su sello, signos, para que los humanos pudiesen encontrarle. Y en el sol también se manifiesta esta Inteligencia cósmica, esta Trinidad que no quiere permanecer absolutamente oculta e inaccesible, para dejar a los humanos la posibilidad de encontrarla. En realidad, la Santa Trinidad no está enteramente contenida en la luz, el calor y la vida del sol, está más allá del sol. Pero, a través de esta luz, de este calor y de esta vida que nos visitan cada día, podemos alcanzarla, hablarle, comulgar con ella, amarla y hacerla penetrar en nosotros. Y, puesto que hemos sido creados a imagen de Dios, cada uno de nosotros debe ser también una trinidad. Sí, con nuestro intelecto,

nuestro corazón y nuestra voluntad ya somos una trinidad que piensa, que siente y que actúa. Evidentemente, esta pequeña trinidad está un poco apagada, petrificada, helada, pero a fuerza de frecuentar al sol va a reanimarse, a iluminarse, a calentarse. Ahí tenéis, de nuevo, la utilidad de asistir a la salida del sol: poco a poco nuestra trinidad se vuelve luminosa, calurosa, vivificante como el sol, se acerca a esta gran Trinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Cristo dijo: “Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto”. Pero, si nunca hemos visto al Padre, ¿de dónde tomaremos el modelo de su perfección? Aquí tenemos un modelo: el sol. Dios está muy arriba, muy lejos, pero en su misericordia ha querido dar a los humanos la posibilidad de reencontrarlo; ha dejado huellas, como un hilo de Ariadna, y si tomáis este hilo, pasando por el sol, iréis hasta el Padre. El sol indica el camino.

Cada día vemos un reflejo, una imagen sublime, perfecta, de la Santa Trinidad y, si sabemos trabajar con este modelo, nuestra pequeña trinidad puede llegar también a ser santa. Podemos repetir cuanto queramos las palabras de Cristo: “Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto”, pero nunca hemos visto al Padre, no sabemos cómo se manifiesta, cuáles son sus vibraciones, sus colores, su poder, y todo esto se queda en teoría. El sol nos da una pequeña idea de lo que es el Padre Celestial, nos explica que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son uno, inseparables. Si los distinguimos es para comprenderlos mejor, pero en realidad son uno, los tres son uno. En la Cábala, 1 es 3, y 3 es 1. En el hombre, igualmente, el intelecto, el corazón y la voluntad nunca están separados; están soldados, caminan, galopan juntos. El intelecto hace proyectos y el corazón le echa una mano, le anima: “¡Venga!, ¡estoy contigo!”, y la voluntad galopa para realizar estos proyectos. Y vemos a los tres que corren, corren... A veces, al contrario, es la voluntad la que arrastra a los demás y el hombre se rompe la crisma,

porque el intelecto se ha quedado en la cola. Por mucho que grite: “¡Esperadme, cometéis un error!”, la voluntad replica: “¡Cállate. Tú no sabes nada!” Sí, ¡los tres tienen unas discusiones formidables!... Pero esta trinidad todavía no es santa.

Para que nuestra trinidad se vuelva santa debemos tomar al sol como modelo y tender hacia él para llegar a ser luminosos, calurosos y vivificantes como él. Claro que es imposible llegar a conseguirlo, pero este trabajo está en la línea de la Iniciación. En vez de quedarnos estancados en unas nociones viejas e inútiles, es preferible ir cada mañana a la salida del sol y tener el ideal de parecernos a él. Existe, ya os lo dije, una ley de mimetismo según la cual toda criatura se parece, a la larga, al medio en el que se encuentra. Si el hombre mira a menudo y durante mucho tiempo al sol, si lo comprende, si lo ama, si se deja penetrar por sus rayos, se vuelve poco a poco semejante a él. E incluso, si sabe condensar sus rayos, acumularlos, hacer reservas de ellos en el plexo solar, en el sistema simpático, puede utilizarlos luego a lo largo de toda la jornada y ser infatigable. Es toda una ciencia, todo un aprendizaje el que hay que hacer, y aquéllos que lo han tomado en serio reciben bendiciones cada día.

Mis queridos hermanos y hermanas, ¿veis todo lo que puede enseñarnos el sol? Algún día, a fuerza de contemplarlo, de meditar sobre él, estaréis armados para atacar a vuestros enemigos, a los enemigos que tenéis dentro de vosotros mismos, les desalojaréis y la Santa Trinidad vendrá a establecer su morada en vosotros.

Bonfin, 2 de agosto de 1967

## Capítulo V

### Todas las criaturas poseen su morada

#### El rosario de siete perlas

¿Cómo podemos separarnos de este sol? Mirad esta mañana, ¡qué esplendor!... Somos verdaderamente privilegiados.

Cuando veo la rapidez con la que los rayos del sol viajan a través del espacio para venir hasta nosotros –en ocho minutos están aquí- me pregunto: “Pero ¿qué es lo que les impulsa a venir tan rápidamente?” Y entonces descubro que es su amor. Sí, ¡el amor formidable, del que están llenos, les empuja a traernos todos estos regalos! Si no me creéis, id a verificarlo, preguntad allá arriba si es verdad o no. Yo creo que mi descubrimiento es absolutamente exacto: es el amor el que empuja a los rayos del sol a venir tan rápidamente hasta nosotros.

Pero en el origen de este amor, ¿no hay, acaso, otro elemento? Sí, para tener tal amor, es preciso que estos rayos hayan ido a instruirse: han estudiado y han comprendido que no hay nada por encima del amor. La sabiduría, es, simplemente, comprender que el amor está por encima de todo. Si los estudios de los hombres no les han conducido a descubrir esta verdad, es porque su inteligencia no es suficiente todavía. Una inteligencia que no llega a comprender que el amor está en primer lugar, que todo debe ser para el amor, con el amor, por el amor, pues bien, todavía no es inteligencia. Los hombres deben comprender ahora que el amor está en el centro de todas las cosas, y que si lo consideran a lo largo de su vida como único móvil, entonces,

esta amor, que posee un calor formidable, se volverá tan poderoso que se transformará en luz e iluminará su inteligencia. Sólo podemos ser iluminados por el amor. Si falta el fuego del amor podemos estudiar y leer todo lo que queramos, pero nunca seremos verdaderamente inteligentes e iluminados, porque no poseeremos suficiente calor.

Diréis: “¡Ah! Esto no es cierto, porque mi amor por tal persona es un amor formidable y todavía no he hecho brotar la luz.” Bueno, vamos a examinar un poco este amor: si es un amor interesado, personal, si deseáis comer, beber y disfrutar a expensas de esta persona, mientras que ésta se desmorona, se ensombrece y se empobrece, entonces, este amor, por cálido, ardiente y apasionado que sea, no puede todavía hacer brotar la luz. Mientras que los rayos del sol, en su deseo de vivificar el universo entero, se desprenden del sol, y, a causa de este amor desinteresado, se vuelven luminosos. Estaban en el horno del sol, cociéndose a fuego lento durante un cierto tiempo, y, después, un día, se han dicho: “Tenemos que hacer algo, tenemos que salir para ayudar a los humanos”, y gracias a este pensamiento, de pronto, se han vuelto luminosos... Evidentemente, reconozco que mis explicaciones son un poco curiosas y no se parecen a nada de lo que leemos en los libros, pero de todas formas son verídicas.

Además, observaos; cuando experimentáis sentimientos negativos: tristeza, celos, rencor, miraos en el espejo: vuestra cara está apagada, crispada, vuestros ojos no brillan; es como si pasase una nube que os ensombrece. Pero en cuanto os vienen ciertos impulsos, ciertas inspiraciones divinas, de repente brota una luz y resplandece en vuestra cara. Esto lo vemos hasta en las caras de personas extremadamente feas. Por eso yo he sacado la conclusión de que es el amor el que hace que los rayos del sol sean luminosos. ¿Y cómo lo he comprendido? Sabéis cómo encendían fuego los primitivos: tomaban dos pedazos de madera y los frotaban el uno contra el otro. Este frotamiento producía primero calor, y después, finalmente, fuego, luz. Así que, primero hace falta

un movimiento, este movimiento produce calor y el calor produce luz. Si los rayos del sol son luminosos, es porque han sido calentados por el sol, y porque, para ser calentados, se han desplazado, han hecho un movimiento para ir al centro del sol, “al horno”.

Porque el sol es un horno (se trata de una imagen), y al mismo tiempo, como os decía ayer, es un mundo maravilloso en el que se encuentran ciudades, casas, palacios, montañas... Evidentemente es difícil que lo aceptéis, puesto que la ciencia oficial todavía no lo ha reconocido. Esperáis a que ella se pronuncie. Pero yo no espero, no tengo tiempo, ¡avanza tan lentamente! ¿Queréis que os dé la prueba de que hay habitantes en el sol? Todos los hombres en la tierra viven en casas, en refugios, o al menos en grutas; todos tienen necesidad de tener un habitáculo y trabajan para procurárselo, lo sabéis, pero ¿sabéis por qué?, ¿sabéis de dónde les viene esta idea?... Simplemente se sienten impulsados a imitar, a reproducir lo que aprendieron antes de reencarnarse, durante los nueve meses de la gestación, cuando trabajaron con el espíritu de la madre para construir su futura casa, el cuerpo físico... un palacio o una choza, según su grado de riqueza espiritual. Antes de que el alma humana se reencarne, se le enseña que, para poder residir en la Tierra y resistir las condiciones, las corrientes, las intemperies, se verá obligada a construirse una pequeña casa: el cuerpo físico, Y esto no es todo, también tiene necesidad de otras tres casas, una en el plano etérico, otra en el plano astral, y otra en el plano mental (y digo tres para simplificar; en realidad hay muchas más).

Todas las criaturas, pues, se ven obligadas a tener una casa, una envoltura. Hasta los espíritus muy elevados tienen una “casa” que transportan consigo, lo mismo que nosotros transportamos nuestro cuerpo físico, y gracias a la cual pueden manifestarse. Esta casa está hecha, claro, de una materia extremadamente sutil, pero sin ella

desaparecerían en el océano cósmico, en la luz primordial, dejarían de tener existencia individual. Cuando decimos “espíritu puro” es una forma de hablar, porque un espíritu puro no puede existir en el terreno de la manifestación, de la polarización: vuelve a fundirse en el océano cósmico. Para poder manifestarse necesita un cuerpo, es decir, un vehículo, o si queréis, una “mujer”. ¿Estáis extrañados? Pues no, mis queridos hermanos y hermanas, el cuerpo físico es nuestra mujer, y a través de él hacemos intercambios con el mundo exterior, podemos trabajar, manifestarnos y expresarnos de todas las formas posibles. Cuanto más sublime es el espíritu que se manifiesta, tanto más su cuerpo, es decir, su vehículo, la materia que lo envuelve, es tenue, sutil, luminosa, hasta el punto de que los dos, espíritu y materia, se confunden; pero en realidad el espíritu y la materia siguen siendo dos polos diferentes, porque si no, no habría manifestación.

Así que, hay seres que habitan en el sol. El sol todavía no es la suprema manifestación de la Divinidad; incluso existen soles mucho más grandes que el nuestro, mucho más poderosos, mucho más luminosos, pero, en nuestro universo, nuestro sol es el más grande y el más próximo a la Divinidad. El sol es un mundo en el que habitan unos espíritus de un poder tal que ni siquiera podemos hacernos una idea; estos espíritus son de fuego, de luz... pero ellos también tienen su cuerpo como morada en la que poder habitar. El sol posee una organización, una estructura, unos compartimentos, pero en un estado tal de sutilidad y de luz que no se puede distinguir nada. Si fueseis clarividentes, comprenderíais que las clasificaciones, las divisiones del mundo invisible son análogas a las del mundo físico. El mundo físico no sería lo que es si no hubiese tenido su origen y su modelo en el mundo divino. Pero el mundo divino, de momento, encuentra su mejor expresión en el sol, que es, para nosotros, su mejor imagen, lo que más nos acerca

a él. Claro que el mundo divino no está limitado al sol, está fuera de él, más allá, por encima de él, es infinito, indecible, pero el sol es para nosotros su mejor representación.

Quizá todavía no llegáis a comprender lo que os revelo, pero vendrá poco a poco, volveremos a estas ideas y al final tendréis unas nociones muy claras y verídicas. Yo vivo continuamente con todas estas verdades que el cielo ha querido revelarme; me las ha dado para que os las distribuya y las comparta con vosotros, porque, en el nuevo mundo que se crea, habrá un nuevo tipo de hombres que tendrán otros puntos de vista, otras concepciones. Sin estas grandes verdades el hombre nunca llegará a reflejar el mundo divino, a expresarlo, a manifestarlo y a presentarlo a los ojos de los demás. Por eso, hay que construir ahora unos sistemas filosóficos nuevos a partir de elementos y de materiales nuevos. Ahí tenéis estos materiales, os los doy: vais a construir nuevas casas, a forjaros nuevas concepciones, a vivir unos estados de conciencia nuevos, y sentiréis entonces que entráis en el mundo divino, en un mundo de esplendor, de belleza, de gozo, de felicidad, de inteligencia, de libertad.

Todo hombre posee, por lo menos, dos casas en el plano físico: su cuerpo y su casa; pero posee también otras casas en los otros planos: astral, mental, causal, etc... Antes de dejar a sus discípulos, Jesús les dijo: “Hay varias moradas en la casa de mi Padre... \* Voy a prepararos un sitio allí...” Quería decir que la casa de su Padre es todo un mundo con compartimentos, o pisos, si queréis, y que cada ser, cualquiera que sea su grado de evolución, ya está preparado, predestinado a habitar en el lugar que le corresponde; allí cada uno recibe una vivienda apropiada según las cualidades y virtudes que haya desarrollado. Así, el hombre que ha trabajado con la pureza está predestinado a vivir en un apartamento que corresponde al esplendor, a la extensión, a la belleza de esta virtud en él. Al que ama la ciencia, la sabiduría, la filosofía, le dan un apartamento

---

\* Ver la conferencia: “Hay varias moradas en la casa de mi Padre”, tomo IX.

con bibliotecas y laboratorios en los que va a poder hacer investigaciones, reflexionar, escribir. Sí, ¿cómo podéis pensar que la Inteligencia cósmica, que es previsor y generosa, ponga a alguien a quien le gusta leer y escribir en una vivienda en la que no hay ni papeles, ni libros, ni lápices? ¡Sería espantoso! La sabiduría y el amor divinos prevén para cada uno aquello que le corresponde. Y a los que aman la música, a los que quieren cantar y tocar, no les pondrán en las bibliotecas, en donde se aburrirían, sino que les darán estancias llenas de instrumentos de música y de partituras. Y así sucesivamente, con los pintores, los bailarines, los poetas... ¡No creáis que la Inteligencia cósmica es tan avara y estrecha que quiere amontonar a todo el mundo en la misma cuadra!

Esto es lo que Jesús pensaba cuando decía: “Hay varias moradas en la casa de mi Padre”, porque conocía todas estas leyes de correspondencias, todo este reparto de las moradas en el mundo divino. La casa del Padre es vasta, inmensa, y Dios ha pensado en dar mucho espacio a cada criatura... Así que, no os inquietéis, no seréis molestados por el ruido de los vecinos. Pero, primero, preparaos como Dios manda, porque sin preparación no podréis ir allí donde todo es vasto, suntuoso, grandioso, rico y bello. Si uno no está preparado será enviado a un mundo estrecho donde todos se apretujan como renacuajos... Sí, un lugar ¡de una estrechez!... Como el Infierno de Dante... Porque la extensión, la dilatación, son atributos del mundo divino, mientras que la estrechez, el apretujamiento, la contracción, son características del Infierno.

Jesús sabía, pues, que cada uno recibe una morada según las cualidades, las virtudes con las cuales ha trabajado. Preguntaréis: “ Y si alguien tiene todas las cualidades a la vez: la pureza, el amor, la bondad, la inteligencia, la voluntad, la luz, la paz, entonces ¿dónde habitará?” ¡Ah, qué curiosos sois! Pero la cuestión está resuelta de antemano: la Inteligencia cósmica ha previsto eso y ha preparado para este ser una

vivienda, una morada que lo abarca todo, que lo contiene todo... ¡Y aquéllos que puedan ir enviarán a los demás buenas noticias!

“Hay varias moradas en la casa de mi Padre.” ¿Veis cómo descifra la Ciencia iniciática el significado profundo de las palabras de Jesús? Han sido publicadas, citadas, repetidas desde hace 2000 años, pero nunca se ha dicho lo que eran estas moradas del mundo divino. Y ahora ya no os resultará ni raro ni extraño si os digo que existen moradas, hasta en el sol.

Sí, los espíritus que habitan en el sol, con toda su luz, con toda la intensidad de su amor y la riqueza de su vida que propagan por todas partes, también tienen habitaciones, no están amontonados unos sobre otros. Todos son luminosos, calurosos y vivificantes, pero todos son distintos en su expresión, sus cualidades, sus actividades, todos están clasificados según su función, su misión. Hacen un trabajo extraordinario en todos los planetas, se unen para enviarnos bendiciones, pero todos son distintos: no son los mismos los que nos envían el calor que los que nos envían la vida y que los que nos envían la luz... Además, esto no es todo, el sol difunde también, sobre la tierra y los demás planetas, unas corrientes de energía desconocidas todavía. De momento los hombres sólo conocen la luz que ven, el calor que sienten, y la vida que penetra en ellos, pero estos son unos conocimientos demasiado limitados, incompletos, e incluso burdos. Algún día la ciencia descubrirá que el sol envía otras corrientes, otras radiaciones, otras emanaciones que no son tan fáciles de captar. Cuando se den cuenta de ello, empezarán a evolucionar, porque, para captar estas energías, estas bendiciones, será preciso desarrollar otros centros, otros aparatos que hay dentro de nosotros, que se llaman chakras, lotos.

Conocemos muy pocas cosas del sol, pero tiene representantes, enviados: sus rayos, que son también una pequeña trinidad de vida, de calor y de luz. Por eso

debemos acogerlos con mucho amor, inteligencia y buena voluntad. Os daré un ejemplo: cuando recibís un paquete por correo, si no lo abrís para probar lo que contiene, no sacaréis ningún provecho de él. De la misma manera, si queremos probar todos estos paquetes, todos estos regalos que el sol nos envía con sus rayos, tenemos que desembalarlos y abrirlos. Eso significa que nuestra conciencia debe estar despierta para comprender que se trata de regalos maravillosos, nuestro corazón debe estar inflamado, deseoso de recibirlos, y nuestra voluntad debe estar activa para desencadenar un movimiento, un impulso, una decisión. Los rayos del sol quieren ser bien recibidos, bien acogidos. Y si el hombre es inconsciente, si no tiene buena voluntad, inteligencia y amor, no sentirá nada ni recibirá nada... o muy poco, porque, a pesar de todo, el cuerpo, la piel, están preparados para captar un poco de calor y de luz, aunque sea de manera inconsciente. Si dormís a la salida del sol, al menos recibís luz; pero esto es poca cosa en comparación con todo lo que podríais recibir estando despiertos y conscientes.

Sabed, pues, de ahora en adelante, que los rayos del sol son una bendición; debéis recibirlos con mucho amor, inteligencia y buena voluntad, porque, entonces, tienen un poder formidable, son capaces de llevaros hasta muy arriba y de traeros revelaciones.

Os daré ahora un método que podrá seros muy útil. Os he dicho ya lo que significan desde un punto de vista simbólico estas perlas que se ensartan en un hilo de algodón, de seda, de metal, etc... y que se cierra en círculo para llevarlo en el cuello o servirse de él como rosario. Si les preguntáis a los fieles de diversas religiones: “¿Sabéis quién inventó los rosarios que utilizáis, en qué época, cuál es su significado profundo y por qué se pasan las cuentas pronunciando oraciones?”... ¿creéis que sabrán responderos? Hay toda clase de rosarios, su materia, su forma, su color son muy

variables, tienen granos más o menos gruesos, redondos, cuadrados, ovalados... Algunos tienen 108, otros 72, 50, o solamente 12, depende de bajo qué influencia se ha querido ponerlos. Pero el rosario del que os hablo hoy tiene 7 perlas. Se trata de un rosario que el discípulo crea con su pensamiento y en el que el sol juega un gran papel. Diréis: “¿Cómo? ¿Hasta el sol está ensartado en él? ¿le han hecho un pequeño agujero y lo podemos llevar sobre nosotros?” ¿Por qué no? Con el pensamiento todo es posible, con el pensamiento podéis llevar toda la Tierra y hasta llevar al sol sobre vosotros como una perla, ¿quién os lo impide si esto puede ayudaros a evolucionar?

Así que, ahí tenéis el rosario del pensamiento del discípulo. Escogéis un momento en que os encontréis bien dispuestos y empezáis por tomar conciencia de vosotros mismos, porque vosotros sois la primera perla que ensartáis. Decís: “¡Ah!, ¿yo soy una perla?” Sí, todavía no os reconocen como perla, ¡pero no importa! La perla es aún pequeña, pero crecerá, porque las perlas también crecen. Sí, en mi historia la perla crece.

La segunda perla es vuestro padre. “¡Ah! , no vale mucho: bebe...” No importa, vais a ponerlo en el rosario porque es necesario que esté. Vosotros sois el centro de vuestro reino, y él es el centro de vuestra familia, y aunque de momento no sea nada extraordinario, en tanto que símbolo es muy importante: representa al Padre Celestial. Bebe, fuma, escupe, reniega... no importa, a pesar de todo es vuestro padre, el cabeza de familia, el Cielo le ha dado estas prerrogativas. Como símbolo, pues, vais a ensartarlo para conectarlo con vosotros, hacerle bien y conectarlo también con las otras perlas.

Después, buscáis al jefe de vuestra ciudad: es el alcalde, y lo ensartáis. “Pero no es muy representativo, no está a la altura...” Tampoco importa: desde el punto de vista simbólico es la cabeza, la gente se dirige a él para expresar sus necesidades, y cuando

los delegados del gobierno vienen de visita él es quien los recibe... Simbólicamente, pues, a pesar de todo, tiene un papel central.

Después buscáis al que está a la cabeza del país, el jefe de gobierno, y lo pasáis también por vuestro hilo de plata: es una perla un poco más gruesa... Después del jefe del país, buscáis al jefe del planeta, al regente de la tierra; si conocéis su nombre, tanto mejor, iréis más rápido, y lo ensartáis también. Él es una gruesa perla, porque es mucho más inteligente, más noble y más grande que los precedentes. Después necesitáis al jefe del sistema solar, y añadís a este collar al sol mismo, que es grande, luminoso, caluroso, perfecto... Pero no os detenéis ahí, y os conectáis también con el Señor de todo el universo, pasáis a través de Él, es la última perla.

Así habéis ensartado, pues, las siete perlas: vosotros estáis en un extremo del hilo y Dios está en el otro. Ahora, juntáis estas dos extremidades, y se establece una corriente que parte de Dios, pasa a través del sol, del regente de la tierra, y así sucesivamente hasta vuestro padre y vosotros, y después de vosotros a Dios. De esta manera hacéis un trabajo vivificante, luminoso, y ayudáis también a vuestro país, porque contribuís a que sus jefes estén bien inspirados: al desempeñar sus funciones recibirán pensamientos luminosos porque alguien les habrá conectado con el Cielo. La mayoría de la gente no hace más que lanzar críticas y maldiciones sobre los que gobiernan. Entonces, los pobres, acosados por estos pensamientos negativos y maléficos, se sienten empujados a tomar malas decisiones para el país y sus errores caen sobre el pueblo. Para ayudar a vuestro país debéis llegar hasta el que está a su cabeza y enviarle luz, para que siempre esté bien inspirado. No podéis ayudar a todo un país, es una tarea demasiado inmensa, pero basta con ayudar a un hombre, a uno sólo; esto es más fácil y él hará bien a todos, porque muchas cosas dependen de él. Si logra hacer

votar leyes justas en lo que concierne a la salud pública, trabajo, vivienda, instrucción, ¡todo el pueblo recibirá beneficios porque uno sólo a su cabeza estaba bien inspirado!

He ahí la Ciencia iniciática, la única que es verdadera, justa, completa. Ahora mi rosario os parecerá menos ridículo ¿verdad? Pensar que el sol envía sus rayos hasta vosotros y que, volviendo a salir de vosotros, la corriente sigue circulando... éste también es otro método para trabajar con el sol. Probadlo cuando no tengáis otra cosa que hacer. En vez de bostezar y de aburrirlos, pensad en este rosario, desgranadlo, y después llevadlo sobre vosotros, ¡veréis los resultados! Por todas partes sólo vemos gente que está contra algo o contra alguien: contra sus padres, su marido, su mujer, contra el jefe, el alcalde, el ministro, el presidente de la República, etc... Pero si los humanos supiesen la importancia de enviar buenos pensamientos a sus dirigentes, la situación mejoraría rápidamente en los países.

Bonfin, 3 de agosto de 1967 (por la mañana)

## Capítulo VI

### El Maestro en el rosario de 7 perlas

#### Todas las criaturas deben poseer una morada y protegerla

#### El aura

Esta mañana, en la Roca, cuando os hablé del rosario de siete perlas, algunos de vosotros se han acordado quizá de que ya había hecho una conferencia sobre este tema, y se han dicho: “Algo ha cambiado; la última vez no se hablaba del alcalde sino del Maestro.” Sí, en este rosario somos libres de reemplazar una persona por otra, lo único que no debe cambiar es el número de perlas: 7. Esta vez, si queréis, se trataba de un rosario un poco más administrativo, ¡pusimos al alcalde! Un Maestro es más difícil de situar, porque el lugar que ocupa no tiene significación social. Un padre de familia, un alcalde, un presidente o un rey tienen un cargo, mientras que un Maestro no tiene función oficial. Ser Maestro es, más bien, haber adquirido un cierto estado de conciencia.

Cuando hablamos de “Maestro” pensamos en alguien que organiza, dirige, gobierna, manda, instruye: un amo de casa, un maestro de escuela, un maestro carpintero... Se le llama también “Maestro”<sup>\*</sup> a un hombre de ley, a un abogado, a un director de orquesta, a un gran escritor, a un gran pintor. En realidad, un Maestro es un símbolo que resume, que expresa y concretiza toda una inmensidad de riquezas, como el

---

<sup>\*</sup> Nota del traductor: El término "Maître", en francés, abarca todos estos significados.

sol. Y si, además, se le confía una misión más precisa en la Tierra, un puñado de hombres a los que tiene que dirigir e instruir, esto ya es algo secundario. En realidad, un verdadero Maestro está en todas partes, porque participa en el trabajo de Dios, en el del sol y en el del Regente de la Tierra... Pero, ante todo, es dueño de sí mismo, y éste es el sentido primero de la palabra “maestro”.

A veces me he entretenido jugando con las palabras, reemplazando “maître” (maestro) por “mètre” (metro). Un metro permite medir las distancias, la longitud, la anchura, la profundidad, el grosor. Lo sacamos del bolsillo y medimos; sin eso, ¡cuántos errores! Necesitamos, pues, instrumentos de medida, pero no sólo instrumentos de medida que sirvan para evaluar las distancias, el espesor, la longitud, es decir, para hacer cálculos en la tercera dimensión. Hay que poder medir también en la cuarta y en la quinta dimensión, es decir, en el ámbito psíquico, espiritual. Y para eso es necesario un Maestro, gracias al cual encontraremos un día al verdadero Maestro interior, el que llevamos dentro de nosotros y con el que debemos fundirnos, identificarnos. Entonces, sí, llegamos a ser nuestro propio maestro, capaz de dirigir, de gobernar, de iluminar y de educar a todo el pueblo de células y de entidades que albergamos dentro de nosotros. Ser un Maestro es, en primer lugar, poseer el autodomínio y unos criterios absolutos de discernimiento. Muy pocos hombres en la Tierra cumplen estas condiciones. Existe, además, una jerarquía entre los Maestros, no todos han llegado al mismo grado. Hay grados cada vez más elevados hasta el sol, hasta el Señor mismo, y es magnífico tener un lugar en esta escala de los Maestros.

El que quiera llegar a ser Maestro debe reunir tres condiciones. En primer lugar, debe conocer las verdades esenciales, no las que los humanos han escrito, creado o relatado, sino lo esencial según la Inteligencia cósmica. En segundo lugar, debe tener la voluntad de dominarlo y controlarlo todo dentro de sí mismo. Finalmente, esta ciencia y

este autodomínio sólo deben servir para manifestar las cualidades y las virtudes del amor desinteresado. Sí, la ciencia y la voluntad no son más que medios para manifestar el amor y la bondad ¡Veis, qué vuelco de la situación! Aquello que la mayoría toma como objetivo, el Iniciado, en cambio, lo toma como medio, e inversamente. ¿Para qué aprender? ¿Sólo con el objetivo de saber? No. ¿Y para qué trabajar, hacer esfuerzos, desarrollar el poder?... Simplemente para que el amor se manifieste, brote, fluya, alimente al mundo entero, vivifique y haga felices a todos los seres. Sólo hay un objetivo, es el amor. Es el sol quien lo dice.

Para volver al rosario, si queréis poner en él al Maestro, podéis hacerlo. Como por su estado de conciencia es sin duda más vasto y más elevado que un rey o que un presidente, lo colocaréis justo antes que el Regente del planeta. Y después del Regente del planeta vendrá el sol.

Ahora quisiera añadir todavía unas palabras a lo que os dije ayer con respecto a las moradas, a los habitáculos, para que aprendáis a leer en el libro de la naturaleza. La naturaleza le ha dado un sitio a cada criatura. Los pájaros construyen nidos y los demás animales tienen sus cubiles, sus guaridas, sus madrigueras o sus pocilgas (en francés tenéis toda clase de palabras para eso), y se pelean si otro animal trata de quitarles el sitio. Sí, ¡coto privado! Y también sucede así con ciertas especies de peces.

En cuanto a los cucos, no tienen habitáculo, pero se las arreglan siempre para ir a poner sus huevos en el nido de otros.

En general, pues, la naturaleza ha impulsado a todos los seres a reservarse un pequeño sitio en el universo en el que los demás no tengan derecho a entrar, porque ha querido asegurarles la paz y la tranquilidad para traer al mundo su prole o para crear. Es una ley. Por eso ciertas teorías comunistas nunca podrán ser aplicadas, ni siquiera

por los mismos comunistas. Es un gran error querer abolir totalmente la propiedad individual. Diréis: “Sí, pero pertenecer a la Fraternidad Blanca Universal, ¿acaso no es ser abiertos, generosos, y hacer pasar la colectividad antes que uno mismo?” Sí, claro, pero no de cualquier manera. La Ciencia iniciática amplía la noción de comunismo. Nosotros somos verdaderos comunistas. No es normal quitarle a la gente todo lo que posee, ni siquiera con la finalidad de ayudar a los demás, porque esta manera de obrar mata lo esencial en el ser: su libertad de creación. El pájaro ya no puede poner huevos si no tiene un nido propio.

Cada ser ha recibido de la naturaleza el derecho de poseer algo de lo que no pueden disponer los demás como les dé la gana. Y, en primer lugar, por ejemplo, el cuerpo físico: nadie tiene derecho a disponer del cuerpo de otro y de servirse de él a su capricho. Cada uno es propietario de su cuerpo. Tomad también el ejemplo de una chica: tiene un corazón, le pertenece, nadie tiene derecho a disponer de él en su lugar. Pero, si ella le da su corazón a un chico, se queda sin él, y el chico tiene dos; y como es torpe y no sabe llevar dos sandías bajo el mismo brazo, deja caer el corazón de la chica, que se rompe, y entonces ella grita: “¡Me ha roto el corazón! – La culpa es tuya, ¿por qué se lo diste? Hubieras debido guardarlo para ti. – Sí, pero yo le amo, ¡le amo! – De acuerdo, le amas, pero podías darle tu ternura, tu amor, tus canciones... y conservar tu corazón para ti.” Lo mismo sucede con el intelecto y con la voluntad. La naturaleza ha dado a los humanos un cuerpo, un corazón, una inteligencia, una voluntad: pues bien, deben conservarlos y distribuir solamente sus frutos, es decir, los pensamientos, los sentimientos, la actividad, el trabajo, las obras...

En la Ciencia esotérica se dice que allí donde habita un Iniciado ningún espíritu maléfico tiene derecho a entrar. Un Iniciado puede prohibir la entrada de los espíritus a su morada, y hasta con carteles en los que les amenaza con tal castigo si no respetan la

prohibición. Y, cuando quiere hacer una ceremonia mágica, un gran trabajo espiritual, cuando debe evocar a las divinidades, un Iniciado reserva un lugar y lo consagra para prohibir la entrada al mismo a los malos espíritus: lo rodea con un círculo, inscribe en él nombres sagrados, y está tranquilo, puede trabajar. Únicamente tienen derecho a entrar las criaturas superiores, mientras que las entidades inferiores se quedan fuera gritando, amenazando, y, si tratan de entrar, son fulminadas. ¿Por qué actúa de esta manera? Porque, cuando un ser quiere crear, es como una mujer encinta o como una madre pájaro que quiere poner sus huevos: necesita un nido, un lugar apacible y retirado. Y en el mundo invisible sucede exactamente lo mismo: cada espíritu tiene su sitio reservado en el espacio infinito, cada criatura espiritual ocupa un lugar delimitado y protegido por ciertas vibraciones, por ciertos colores o por una quintaesencia particular, un dominio en el que quien posea vibraciones contrarias no tiene derecho a venir a provocar perturbaciones. Sólo los espíritus superiores tienen derecho a pasar por todas partes, porque nunca perturban nada.

Veamos ahora la aplicación práctica: a los lugares en donde los humanos viven y habitan, millones y miles de millones de entidades van, vienen, circulan, sin que aquéllos se den cuenta. Así que, si no ponéis carteles que digan “prohibido entrar” o si no consagráis vuestra casa, las criaturas inferiores, al encontrar la puerta abierta, pueden venir a robaros; y no podréis quejaros a la justicia divina, porque ésta os responderá: “¡La culpa es tuya! Sólo tenías que poner un cartel diciendo “propiedad privada” o, al menos, una pequeña alambrada simbólica.” Si vuestra viña no tiene cercado, no os extrañéis de que vengan a robaros la uva. En Bulgaria decimos: “Cuando el jarro de leche está tapado, el gato no viene a beber en él.”

De la misma manera, si vuestros corazones, si vuestras almas, si vuestros espíritus, están abiertos a los cuatro vientos, sin haber sido consagrados, protegidos,

rodeados por una barrera de luz, los espíritus tienen derecho a entrar, a ensuciar, a saquear y a irse llevándose todos vuestros tesoros. No se les puede castigar, el propietario debía haber tomado sus precauciones. Lo mismo que en el pasado se protegían las ciudades y los castillos con ayuda de fosos llenos de agua, de murallas y de puentes levadizos, el discípulo debe levantar a su alrededor muros, murallas y fortificaciones. Para un discípulo o un Iniciado, la mejor protección contra todas las malas corrientes y los espíritus tenebrosos es el aura. Cuanto más luminosa y más extensa es, cuanto más puros son sus colores, más seguro está el discípulo, porque el aura juega el papel de un caparazón, de una coraza que le protege de todas las malas corrientes. ¿Prestáis atención a eso? No, permanecéis expuestos a las idas y venidas de los indeseables\* y, después, os vais a quejar de haber sido despojados o de que os sentís fatigados, tristes y desgraciados. Mirad, en la naturaleza todos desconfían: los pájaros, las fieras, los insectos, todos levantan obstáculos a su alrededor para impedir que les encuentren o que les capturen. ¿Por qué, pues, el hombre tendría que ser ingenuo y confiado para creer que ningún enemigo le amenaza y que no le pasará nada? Millones de entidades se empeñan obstinadamente noche y día en perder al género humano y han jurado aniquilarle completamente. ¡Menos mal que la humanidad tiene protectores! Gracias a ellos todavía no ha sido aniquilada, ¡pero cuántos sufrimientos y tormentos!

Y ahora, ¿qué conclusión sacar? Que debemos pensar en trabajar con el aura. ¿Cómo? Yendo cada mañana a la salida del sol, mirando cómo se rodea a sí mismo con un aura formidable llena de colores maravillosos, debéis deciros: “Yo también quiero rodearme de los más bellos colores”. Cerrad los ojos e imaginaos que estáis rodeados de violeta, de azul, de verde, de amarillo, de naranja, de rojo... Y, durante mucho tiempo, durante mucho tiempo, os bañáis en esta luz, os imagináis que irradia y que se extiende

---

\* Ver la conferencia: “Los indeseables” (tomo V)

hasta muy lejos, y que todas las criaturas que se encuentran en esta atmósfera se benefician de ella, que todos aquellos que os frecuentan o entran en contacto con vosotros podrán, de una manera u otra, recibir bendiciones. De esta manera vuestra aura os sirve de protección y, al mismo tiempo, es una bendición para los demás, porque gracias a ella podéis ayudar a las criaturas.

Algunos dirán: “Pero no tenemos tiempo de hacer todos estos ejercicios”. Cuando alguien me dice: “No tengo tiempo, estoy demasiado ocupado...” respondo: “Ah, bueno, bueno, comprendo, comprendo. - ¿Qué es lo que comprende? – Comprendo que tendrá tiempo para ser desgraciado, para dar vueltas a derecha e izquierda, para llorar y gemir. Cuando uno no tiene tiempo para el bien, lo tiene para el mal.” Me miráis pensando: “¡Qué duro, qué cruel!” No, así es como suceden las cosas en la naturaleza: si no tenéis tiempo para la luz, lo tendréis para las tinieblas. Sí, mis queridos hermanos y hermanas, es así, es matemático... ¡es absoluto!

Bonfin, 3 de agosto de 1967 (por la tarde)

## Capítulo VII

### El punto de vista heliocéntrico

Ya os expliqué que, cuando venís a meditar a la salida del sol, no debéis concentraros inmediatamente y de forma brusca, sino dejar que vuestros pensamientos vagabundeen, se entretengan un poco... Los vigiláis, claro, para que no se extravíen, pero estáis ahí, tranquilos, distendidos; no tenéis prisa, y miráis al sol... Después de unos minutos, lleváis vuestros pensamientos al tema de meditación que habéis escogido, y el intelecto, que ha saltado, jugado y danzado durante unos momentos, se muestra más dócil. Entonces, suavemente, lentamente, sin prisa, le presentáis unas ocupaciones tan agradables y atractivas que le resultan interesantes y se concentra. De esta manera podéis meditar durante horas... Debemos aprender a ser un poco diplomáticos con nuestro intelecto porque, por naturaleza, es astuto, muy astuto, e insumiso.

Vamos ahora con lo que hoy quería deciros. Os habéis dado cuenta de que el sol no sale todos los días por el mismo sitio del horizonte: estos días, se desplaza hacia el sur, pero, si hubieseis estado aquí en los meses de abril, mayo y junio, habríais visto que se desplazaba hacia el norte. Se produce, pues, una oscilación: desde el 22 de diciembre hasta el 22 de junio el sol va en un sentido, y desde el 22 de junio al 22 de diciembre siguiente va en otro. Se trata de un movimiento de péndulo muy lento que necesita meses y meses para llevarlo a cabo. ¿Y qué quiere decir el sol con este movimiento que determina las estaciones? Durante el verano, recorre en el cielo un inmenso arco de círculo que va hasta muy lejos hacia el Oeste, y durante el invierno un arco de círculo mucho más pequeño y más bajo en el horizonte. Traza así unas figuras geométricas

extraordinarias, muy significativas, muy expresivas. Durante el invierno, el sol tiene demasiado poco tiempo para calentar la tierra y, entonces, todo está frío, helado, petrificado. Mientras que en primavera y en verano, el arco de círculo que describe se agranda y tiene mucho más tiempo para calentar la tierra, para animarla y hacerla fructificar.

En realidad, ya lo sabéis, este movimiento del sol es sólo aparente. El sol sigue su camino en una dirección que, según los astrónomos, le lleva hacia la constelación de Hércules, y es la Tierra la que gira a su alrededor, y unas veces se acerca, y otras se aleja. Son las variaciones del movimiento de la Tierra las que producen la alternancia de las estaciones. Por tanto, si nos fiamos de las apariencias, desde el punto de vista de la Tierra, creemos que el sol sale, se pone y gira alrededor de la Tierra. Eso prueba que los humanos, si se acostumbran a observar al sol desde el punto de vista de la Tierra, desde el punto de vista geocéntrico, no pueden hacer otra cosa que equivocarse. Toda su filosofía es falsa porque está basada en la ilusión de que el sol gira alrededor de la Tierra. Mientras que los Iniciados, que saben que la Tierra gira alrededor del sol, invierten su punto de vista: se sitúan en el sol, lo miran todo desde el sol, y ven la verdad.

Diréis: “Pero todos sabemos que es la Tierra la que gira alrededor del sol.” Sí, lo sabéis teóricamente, pero en la práctica hacéis como si fuese el sol el que girase alrededor de la tierra. Por eso os repito: “Mientras que no tratéis de encontrar el centro, vuestro centro, que es la parte divina de vosotros mismos, y de vivir en él, de mirar y actuar desde él, no encontraréis la verdad, y todo se os aparecerá de forma engañosa.”

Si no me comprendéis, es porque no sabéis que en el hombre también encontramos la Tierra y el sol. La Tierra es el vientre; el sol es la inteligencia, el cerebro. Desgraciadamente, desde hace siglos los humanos han descendido al vientre,

sólo miran a través del vientre, es decir, de la vida material. Para ellos, todo lo demás no tiene ninguna importancia. Por eso, ¡cuántas dificultades para aquél que trata de llevarles hacia el otro centro: hacia la cabeza, la inteligencia, la luz... en una palabra, al punto de vista heliocéntrico! ¿Cómo hacerles comprender que al acercarse al centro del sistema solar se acercan, al mismo tiempo, a su propio centro en torno al cual deben gravitar? Mientras el hombre quiera ser el centro de su propia existencia, será bamboleado, atormentado, y no podrá encontrar la verdad, porque, en realidad, gira alrededor de otras cosas.

Utilizaré todos los medios, todos los argumentos, todos los conocimientos de los que dispongo para llevaros hacia esta verdad deslumbrante: que debéis trabajar para encontrar el centro de nuestro sistema, el sol, esta fuente de donde brota la vida, y después, en el plano espiritual, al más grande, al más poderoso: al Señor, a fin de conectarlos con vuestro propio centro, que es vuestra chispa, vuestro Yo superior, porque sólo entonces os encontraréis, por fin, a vosotros mismos, descubriréis la verdad. Todavía vivís en las ilusiones y los tormentos, porque no habéis llegado a encontrar vuestro centro, a girar en torno a él, a fundiros con él. Todavía son vuestros deseos, vuestros caprichos, vuestros apetitos los que os gobiernan, y giráis a su alrededor. Pues bien, no, de ahora en adelante son ellos los que deben girar en torno vuestro, obedeceros, someterse. Si debéis correr para satisfacerlos, no sólo no lo lograréis, sino que lo perderéis todo. Son ellos los que os deben servir, trabajar para vosotros, que sois el centro, la cabeza, el señor de vuestro propio reino.

Os hablé hace un rato de las cuatro estaciones. Es de una gran sabiduría saber trabajar según las estaciones. El agricultor sabe en qué época debe labrar, sembrar, porque si no, la cosecha no será muy buena que digamos. Salomón decía: “Hay un tiempo para todo... un tiempo para nacer y un tiempo para morir... un tiempo para

plantar y un tiempo para arrancar lo que ha sido plantado... un tiempo para abrazar y un tiempo para alejarse de los abrazos... un tiempo para destruir y un tiempo para construir”. Y muchos, que han leído el Eclesiastés, no han comprendido que se expresaba desde un punto de vista mágico, cabalístico. ¿Cómo encontrar este tiempo para cada cosa? La Cábala lo explica, y es toda una ciencia el saber cómo podemos conectarnos, en el transcurso de las cuatro estaciones, con los cuatro elementos, con los cuatro puntos cardinales, con los cuatro Arcángeles... En este terreno existe un sistema extraordinario de correspondencias. Puedo daros un esquema que representa las cuatro regiones del mundo y la manera en que los elementos, los cristales, las piedras preciosas, las entidades, etc... están repartidos en ellas, pero ¿qué haríais con él? Quizá un día os lo dé, pero de momento lo que quiero es que, al ir a la salida del sol, comprendáis que debéis cambiar de punto de vista, en lugar de vivir en la periferia de vuestro ser, en las apariencias, recogeos, concentraos para encontrar esta fuente que está dentro de vosotros.

Lo que cuenta, lo que ahora importa, es que cambiéis vuestro punto de vista. En vez de refunfuñar: “¡Ah! ¡otra vez tengo que levantarme para ir a la salida del sol! ¿de qué me servirá todo esto, Dios mío? Mi cerebro está bloqueado, no puedo meditar”, ahora que conocéis todos los tesoros que hay por explorar, os levantaréis por la mañana con otra disposición. Quiero aumentar en vosotros el amor por el sol, la convicción de que debe ser lo esencial para vosotros. Si lo consigo, todos seréis unos seres nuevos. ¡Si os dijese cómo considero yo al sol, cómo me comporto con él...! Incluso durante la noche estoy con él... Y cuando me paseo, me acompaña, me habla, me instruye... Además, os lo diré francamente, es a él a quien he tomado como instructor, como Maestro. Cada día me hace revelaciones, y también os las puede hacer a vosotros. Todo depende de cómo le consideréis.

Si estáis influenciados por la filosofía mecanicista, si pensáis que el sol no puede hablaros ni ayudaros, que no tiene inteligencia ni vida, entonces os cerráis el camino: es imposible ir más lejos, sentirle, hablarle, comprenderle. Desgraciadamente, su educación no ha dejado a los humanos más que la muerte en la cabeza; para ellos todo está muerto, únicamente el hombre está vivo y es inteligente, lo demás está muerto. Pues bien: una filosofía así es una filosofía destructiva, hay que reemplazarla. Tenemos que comprender que todo está vivo, que una inteligencia se manifiesta a través de todo lo que vemos, que el sol es una luz viva e inteligente... Entonces, de repente, empieza a hablaros. Si ya me ha revelado muchas cosas es porque lo considero tal como es, es decir, como un espíritu formidablemente elevado, bello, grande, poderoso, inteligente... ¡hasta el punto que todo palidece a su lado! Probad a preguntarle y os responderá. Quizá no seáis capaces de descifrar inmediatamente la respuesta, pero tarde o temprano ésta se presentará en la pantalla de vuestro cerebro. El sol envía las respuestas instantáneamente, como las máquinas electrónicas. El hombre es quien no está suficientemente desarrollado para captarlas inmediatamente.

Ahora, os voy a interpretar otra página del libro de la naturaleza viviente.

Observad a los humanos: instintivamente se sienten impulsados a buscar una buena situación, a ascender en la escala social para mandar y asumir responsabilidades. Para ello se ven obligados a pasar ciertos exámenes y, cuando han dado pruebas de sus méritos, les eligen para desempeñar los más altos puestos. Evidentemente, hay países en los que algunos llegan al poder con la violencia y el fraude, pero hablo para los pueblos civilizados en general. Si los humanos tienen este deseo de elevarse, de tener puestos de mando, es porque saben que así estarán mejor pagados, incluso trabajando menos, tendrán más tiempo libre, más libertad, más posibilidades de imponerse y de cambiar el

orden de las cosas... Consideremos también los concursos, por ejemplo la elección de Miss Mundo. Ahí está, la han escogido, es la más bella (lo que no siempre es verdad, ¡porque las más bellas no se presentan a los concursos de belleza!) y para cumplir el expediente le hacen algunas preguntas que cualquiera podría responder... Y desde que tiene el título recibe dinero, vestidos, peticiones de matrimonio, proposiciones para el cine y la televisión...

Todos saben que el que consigue obtener títulos saca de ellos grandes ventajas. Entonces, ¿por qué no se han dado cuenta de que sucede exactamente lo mismo en el terreno espiritual? Los Iniciados, los verdaderos discípulos, saben que en el plano espiritual hay otros jurados, otros examinadores que están ahí para observar cómo resuelven los problemas que la vida les presenta, y trabajan, trabajan interiormente; y si tienen éxito les dan un puesto más elevado y unos poderes más amplios. Y cuanto más ascienden, cuanto más se acercan a la cima, a la perfección, más diplomas les da el Cielo, les confía puestos importantes, y un día obtienen todos los poderes, gobiernan incluso a las fuerzas de la naturaleza, pero siempre para el bien.

Esto es lo que les sucede, mis queridos hermanos y hermanas, a aquéllos que están instruidos, que saben leer en el libro de la naturaleza y que saben hacer transposiciones a otros planos para descifrar las verdaderas leyes. En vez de querer entrar en competencia con los humanos para obtener puestos de prefecto, de ministro o de presidente, les dejan todo eso a los demás, y consagran sus esfuerzos al dominio interior, y, a fuerza de trabajar, de elevarse sin cesar, reciben cada vez más poderes, y un día llegan a ser reyes, ¡reinan sobre la vida!

Puesto que habéis emprendido esta gran aventura de ir a ver la salida del sol, debéis ir mucho más lejos en la reflexión y en la concentración, en la actividad y en el trabajo, para descubrir que este acto tiene su significado en todos los planos. Cuanto

más amáis y comprendéis al sol, más os eleváis hasta los grados superiores de vuestro ser, más os acercáis a la cima. Porque, representada de forma diferente, la cima no es otra cosa que el centro. Si dibujáis una montaña, podéis representarla, como un cono con su cúspide, o bien como la proyección geométrica del cono, es decir, como un círculo con un punto central, y este punto central no es otra cosa que la proyección de la cúspide. Por tanto, ir hacia el centro de vuestro círculo, de vuestra alma, de vuestro espíritu, o tratar de elevaros hasta el sol, hasta la cima, es lo mismo. Subir o penetrar cada vez más dentro de uno mismo, es lo mismo expresado de forma diferente, y los beneficios que de ello obtenéis son los mismos: el sosiego, la serenidad, el poder, la iluminación, la autoridad, la claridad, el amor... ¡Este es el ideal de la vida!

( dibujo )

Si comprendéis la importancia del sol, podréis crear vuestro futuro; pero debéis comprenderlo. El sol revela lo esencial, los grandes principios de la vida. Subid cada mañana a la salida del sol y, años después, os volveréis como el sol, estaréis muy arriba, estaréis en el centro, ¡seréis un centro de fuerza, de poder, de vida!

Bonfin, 4 de agosto de 1967

## Capítulo VIII

### ¡Amad como el sol!

Desde hace millones de años los hombres viven en la tierra, y han comprendido que es necesario y más ventajoso trabajar juntos y ayudarse mutuamente, porque, gracias a esta solidaridad, la cultura y la civilización pueden progresar. Antaño, cuando se producía un accidente, un incendio por ejemplo, todos los aldeanos se apresuraban para ayudar a las víctimas, ¡y con qué amor trabajaban para reconstruirles una casa! Todavía hoy se ve esta solidaridad, pero se diría que con el progreso técnico los hombres se han vuelto más personales, más egoístas, más pasotas. En casos excepcionales es cuando se organizan ayudass con toda clase de ingenios: paracaídas, helicópteros... para salvar a los que se han extraviado en la montaña, a las víctimas de un naufragio o de un accidente de avión. Así que, aunque nos quejemos de que en nuestros días los hombres se han vuelto más egoístas, en realidad no han perdido el sentido de la bondad, de la generosidad.

Pero si comparamos el amor de los humanos con el del sol todo palidece. Incluso el amor de los Iniciados, que superan a todo el mundo en abnegación y sacrificio, sí, hasta el amor de los Iniciados palidece al lado del amor del sol. Se cuenta que tal santo dio todos sus bienes, que tal benefactor legó grandes sumas de dinero para construir hospitales, orfanatos, institutos de investigación... Evidentemente esto está muy bien, pero ¿puede acaso compararse con el sol? Diréis: “Pero ¿qué hace el sol?...” Sois exactamente como Nastradine Hodja que cuando sus alumnos le preguntaron: “¿Quién es más importante, el sol o la luna?”, respondió: “La luna, claro, porque ¿qué hace el sol

durante el día? ¡No sirve para nada! Mientras que la luna, al menos, es muy útil: es la que nos alumbra por la noche”.

Los Iniciados, que siempre buscan los modelos más elevados, se fijaron en el sol. Observaron que, desde los millones de años que los hombres están en la tierra, el sol, que ya estaba ahí desde mucho antes que ellos, vierte sin cesar tal cantidad de luz y de calor que nadie, ni siquiera un ordenador, puede evaluarlo. El sol es el símbolo del amor divino. Sea cual sea el amor de los humanos, incluso el de los Iniciados, que nos aconsejan que amemos a nuestros enemigos o que cuando nos den una bofetada tendamos la otra mejilla y perdonemos, todo eso no es nada en comparación con el amor del sol. Si comparáis vuestro amor con el amor de otros hombres, vuestra generosidad con la de otros hombres, no llegaréis a encontrar un modelo lo suficiente alto para desencadenar en vosotros los engranajes y los centros más divinos. Mientras que si os concentráis en el sol, y lo tomáis como modelo, pues bien, veréis los resultados.

El sol ilumina, vivifica, da un crédito de vida y de calor a todas las criaturas sin discriminación, lo mismo a los criminales que a los santos y a los justos: ¿cómo es eso? Sí, ¿cómo explicarlo? ¿Acaso es ciego y no ve los crímenes?, ¿acaso no es más que una mecánica sin inteligencia ni discernimiento a la que poco importan la bondad o la maldad, la rectitud o la deshonestidad?...No, el sol ve las faltas y los crímenes de los humanos, mucho mejor que cualquiera, pero, para él, todo esto son detalles minúsculos comparados con la inmensidad de su luz y de su calor. Todo aquello que nos parece monstruoso y terrible, para él sólo son pequeños errores, pequeñas destrucciones, pequeñas manchas. Los lava, los repara, los borra, y sigue ayudando a los humanos hasta que alcancen la perfección con una paciencia ilimitada.

Entonces, os preguntaréis: “Pero ¿qué razón tiene esta generosidad? ¿Qué filosofía puede tener el sol en su cabeza?” Pues bien, justamente, vais a ver. El sol tiene

una cierta concepción del género humano, ve la eternidad y la inmortalidad del alma humana, sabe muy bien que la humanidad es un fruto que todavía está verde, áspero, duro y ácido. Entonces, él, que tan bien sabe hacer madurar los frutos de los árboles, llenarlos poco a poco de azúcar y de perfume hasta volverlos deliciosos, también quiere hacer madurar a la humanidad. Pero ha comprendido que para la humanidad hace falta más tiempo que para los árboles y los frutos y ha decidido tener paciencia. Sabe que calentando incluso a un criminal, éste acabará un día por estar tan cansado y tan asqueado de sí mismo que se abandonará a la influencia benéfica de sus rayos... y se convertirá en un ser adorable, delicado, en un poeta, en un músico, en un benefactor de la humanidad.

El sol no abandona a los hombres porque sabe que si los abandona su evolución se estropeará, ya no habrá frutos maduros, ya no habrá santos, profetas, divinidades en la tierra. El sol sigue calentando e iluminando a los hombres porque conoce las causas y las consecuencias, el principio y el fin, conoce el camino de la evolución... Si no, estaría furioso, se cerraría, se oscurecería, ¡y se habría acabado el género humano! El hecho de que siga brillando prueba que conoce la meta de su trabajo, la finalidad de la creación, y continúa ayudando a los humanos hasta su madurez con una paciencia, con una generosidad y un amor formidables.

El sol es el único que no se cansa nunca. Todos los demás se fatigan, cierran el tenderete y desaparecen de la circulación: ¡enterrados! Pero el sol está siempre ahí, triunfante, radiante. Dice: “Venid, tomad... ¿Habéis hecho tonterías? No estoy enfadado con vosotros. Los humanos son egoístas, malvados, vengativos, y si os ponen la mano encima no respondo de vosotros. Pero yo no os haré ningún daño, venid, exponeos a mis rayos... ¡os daré más todavía!” Y así, el discípulo que toma al sol como modelo se vuelve mejor, y encuentra también el valor para olvidarse de todas las dificultades, de

todas las decepciones que encuentra con los humanos, y nunca pierde la paciencia. Todos los demás capitulan y, al cabo de algún tiempo, dicen: “¡Váyase! ¡No quiero verle más! He hecho todo lo que podía por Vd., y ahora estoy cansado. ¡Venga, váyase!”. Pero el sol nunca está cansado... ¿Comprendéis ahora por qué os llevo hacia el sol?: porque él es el único que puede inspiraros sentimientos nobles y divinos.

Así pues, debéis pensar en el sol, pararos junto a él y preguntarle: “Mi querido sol, ¿cómo consigues ser lo que eres? Explícamelo, quiero parecerme a ti, pero no sé cómo hacerlo. He leído a filósofos, a sabios, pero todos tienen unas medidas ridículas, tan pequeñas, ¡tan mezquinas!... Sólo tú posees las verdaderas medidas: la inmensidad, la abundancia, la riqueza, el esplendor. Díme, ¿cómo lo has conseguido?” Y el sol os responderá: “Porque he bebido el elixir de la vida inmortal. - ¿Y dónde se puede encontrar este elixir? - ¡Yo lo tengo!” Así que, para vivir la misma vida que el sol, debemos ir a buscar el elixir de la vida inmortal que él difunde sin cesar en la atmósfera. Y no os cuento historias, es una verdad verdaderamente verídica.

Si queréis empezar a comprender y a descifrar el sentido de la vida, si queréis liberaros y lanzaros a unas realizaciones cada vez más bellas y gloriosas, debéis tomar al sol como modelo. Procurad verlo todo a través del sol, medirlo todo con las medidas del sol, sentir como el sol, y veréis la pequeñez, la insignificancia, la mediocridad de muchas cosas que hasta ahora creíais importantes. Os llevo a un terreno en el que las medidas superan a todas las que se han utilizado hasta el presente. Eso no quiere decir que vayáis a ser inmediatamente tan ricos, tan pacientes y generosos como el sol, ni que vayáis a vivir miles de millones de años como él; no, pero tomándolo como modelo, iréis ya mucho más lejos. Cuando digo “vivir miles de millones de años” no hablo, claro, de vuestro espíritu, para el que miles de millones de años no son nada, porque

vive eternamente; hablo de vuestro cuerpo físico. El sol vive miles de millones de años en su cuerpo físico porque es puro.

Y ahora, preguntémos al sol: "¿Por qué eres tan puro? – Porque la pureza es la base de todo,\* y la mantengo, la refuerzo sin cesar. - ¿Y por qué eres tan generoso, tan bueno? – Ah... porque sé que mi bondad y mi generosidad van a desencadenar buenas cosas en los humanos, y que un buen día volverán de nuevo a mí con alabanzas, cantos y música. Y me complace ver que algunos ya vuelven a mí, porque ello prueba que son inteligentes y que están llenos de amor”.

Así me habla el sol, porque continuamente le hago preguntas. Y cuando le digo: “¿Por qué eres tan brillante, tan vivo?”, responde: “Porque tengo mucho amor. El amor comunica a todas mis partículas un movimiento tan rápido que ningún aparato puede medirlo. – Ah, digo, ¡procuraré hacer lo mismo! – No lo conseguirás, pero tienes razón, inténtalo de todas formas; es un ejercicio magnífico porque te empuja a sobrepasar los límites humanos.” Y aún le hago otra pregunta: “¿Acaso puede un hombre llegar a ser luminoso hasta el punto de iluminar la noche con su luz? – Sí, responde, es posible. Hace falta, desde luego, mucho trabajo, porque la materia es muy opaca, pesada y lenta. Pero si el hombre llega a sutilizar las partículas de su cuerpo físico, a imprimirles un movimiento muy rápido, entonces puede llegar a ser como una lámpara e iluminar al mundo entero”.

Le pregunté muchas otras cosas aún, pero no es el momento de hablaros de ellas. Le pregunté: “Esta fuerza que tú posees, esta luz que envías a la tierra, ¿se encuentra también en alguna parte del ser humano?” Y me respondió que sí, indicándome exactamente dónde se encuentra esta energía y cómo emana a través de ciertos lugares

---

\* Ver: “Los Misterios de Iésod” (tomo VII).

del cuerpo de los hombres y de las mujeres... Sí, una energía de la misma naturaleza que la energía solar.

Pensad pues en el sol, mis queridos hermanos y hermanas, día y noche, porque al pensar en él os conectáis con un mundo poderoso, puro y luminoso. Pensando en el sol os eleváis, os ennobleceís, os volvéis más abiertos, más indulgentes, más generosos. El sol da, refuerza, vivifica sin cesar, y nosotros debemos imitarle.

Evidentemente, mientras que el discípulo tenga demasiados problemas personales que resolver, no puede abrirse mucho, ni pensar en otra cosa más que en sí mismo: está demasiado preocupado. Pero en cuanto llega a resolver sus problemas, a ver las cosas claras, a ser un poco más libre, empieza a ocuparse de la humanidad entera, y entonces se vuelve como el sol. Y aunque se encuentre delante de veinte, cincuenta, cien personas, es demasiado poco para él, vive en una libertad tal que tiene necesidad de ensanchar el campo de su amor y de sus pensamientos a todo el género humano. Entonces, lo imagina como si fuese una sola persona, y le envía la sobreabundancia de amor que desborda de su corazón, vierte sobre él rayos de todos los colores. Cuando ha llegado a este grado, siente una felicidad y una plenitud indescriptibles... Mientras que el hombre sólo piense en sí mismo, en su mujer, en sus amigos, no puede conocer esta felicidad. Pero el discípulo que empieza a enviar a los humanos todo su amor y su luz, sin preocuparse de cuántos son ni de dónde están, al igual que lo haría si se tratase de una sola persona, se vuelve como un sol. ¿Veis en qué sentido resulta posible a los humanos llegar a ser como soles?

Cuando estéis en la Roca, o incluso en otra parte, y tengáis un momento libre, decíos por ejemplo: “¡Hoy tengo ganas de volar con las alas del amor! Quiero ser más indulgente, más generoso, perdonaré todo el mal que me han hecho”. Y el sol os ofrecerá un modelo formidable de olvido de las ofensas y de perdón. Os sentiréis

entonces tan ligeros, tan felices, que tendréis ganas de cantar y, al acordaros en qué estado lamentable os encontrabais cuando pensabais sin cesar en las injusticias y vejaciones que habíais padecido, lamentaréis el no haber perdonado antes. ¿Por qué mantener y alimentar siempre sentimientos negativos? El sol dice: “¡Vamos, hombre, desembarázate de todo eso lo antes posible! ¿Acaso pienso yo en todos los crímenes, las guerras y exterminios que ha habido en la tierra? Pasa la esponja, bórralo todo, y harás mucho mejor tu trabajo que si estás siempre recordando y refunfuñando. Haz como yo, ¡continúa enviando tu amor y tu luz!”

Cuando tengáis un problema, una dificultad, dirigíos amablemente al sol, como si hablaseis con una persona: “Querido sol, si estuvieses en mi lugar, ¿qué harías?” Sonreirá (ya sabéis que los niños lo dibujan siempre con una amplia sonrisa) y os responderá: “¿Si estuviese en tu lugar? ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!... ¡ya me habría suicidado! Pero si tú en cambio te pones en mi lugar, la cosa irá mejor. Sí, ¿por qué debo ponerme yo en tu lugar? No puedo hacerlo. Eres tú quien debes ponerte en el mío. Así que, si tú te pones en mi lugar, harás esto y aquello...” Y os dará soluciones.

Bonfin, 6 de agosto de 1967

## Capítulo IX

### Lo mismo que el sol, un Maestro debe permanecer en el centro

#### Fórmulas para pronunciar en la salida del sol

¿Veis?, queridos hermanos y hermanas, somos unos privilegiados... De nuevo está ahí el sol y nos sonrío, generoso, vivificante. No hay duda, somos unos privilegiados.

Imaginad que un hombre que tiene grandes responsabilidades entre los humanos, un Iniciado, un Maestro, le pregunta al sol: “Escucha querido sol, muchas personas me aman y desean atraerme hacia ellas ¿Tú qué me aconsejas? ¿Qué debo hacer?” El sol le responderá: “Mírame a mí y haz como yo. Los planetas también me aman mucho, dan vueltas a mi alrededor, pero yo permanezco en el centro, no me desplazo para ir hacia uno u otro. Y sin embargo me dicen: “Querido sol, ¿si pudiera acurrucarme junto a ti, si pudiera abrazarte!... Ven a mi lado...” Pero yo reflexiono y pienso: yo también los amo, incluso más. El amor de todos estos planetas juntos no puede compararse con la inmensidad de mi amor, porque en mi amor no hay ningún interés sino solamente luz, calor y vida. Pero, por su bien estoy obligado a quedarme en mi sitio, no correr tras ellos, porque, si no, se produciría un cataclismo universal. ¿Ves? Debo permanecer en el centro para mantener la armonía, la vida y la felicidad por todas partes en el universo. Así que tú también haz como yo; nada te impide amar a todos los seres humanos, darles luz, inspirarlos, levantarlos y llevarlos hacia las regiones celestiales, pero tú no debes abandonar el centro. – Sí, ¡pero me lo piden! - ¡Bueno!, responderá el sol, si ahora

tienes que contentar los deseos y los caprichos de cualquiera, ¡todo va a desplomarse!...”

Debéis comprender que una Escuela iniciática es como un sistema solar: en ella hay planetas, y desgraciadamente, hasta cometas, que se acercan y después se alejan... Y el Maestro, que como el sol está en el centro, debe permanecer en el centro. Sé que esta cuestión es particularmente difícil, y que muchos Iniciados no la han resuelto. Cuentan que incluso Pitágoras sucumbió y que le costó muy caro. Entre sus discípulos había una muchacha muy bella que le amaba –se llamaba Théano- y cuando ella le confesó su amor, Pitágoras la tomó por mujer; se ha especulado incluso si no fue por eso por lo que otros discípulos habrían prendido fuego a su escuela...

Los verdaderos Maestros, mis queridos hermanos y hermanas, son como el sol, permanecen en el centro, no se desplazan; dan su fuerza, su calor, su luz, sus bendiciones, sus ideas, pero permanecen en el centro. Muchos de ellos, que ignoraban que su decisión podía provocar una verdadera catástrofe, aceptaron a una de sus discípulas por mujer, y los demás discípulos, viendo que su Maestro se casaba, le abandonaban. Los Maestros que actúan así no son verdaderos soles; simbólicamente son más bien... lunas, porque, simbólicamente, la luna es más influenciada, más inestable, más sentimental, y es atraída por la Tierra. Ya ha habido varias lunas en nuestro sistema solar, y algunas cayeron sobre la Tierra... Quizá no me creáis, pero esto está escrito en los archivos de la Ciencia iniciática.

Todos los Iniciados que tienen este aspecto lunar, es decir, una emotividad y un sentimentalismo muy desarrollados, son atraídos por los humanos; cambian de lugar, abandonan el centro y acaban cayendo. Pero los verdaderos soles razonan, reflexionan, y permanecen inmutables. Eso no quiere decir que sean fríos, helados, egoístas, no, dan su amor, su luz y sus fuerzas, pero se mantienen en su lugar, en el centro. Y no se

mueven, ni siquiera ante las muchachas más encantadoras, ni ante las princesas. Dicen: “Os enviaré mis rayos, os daré mi afecto, pero dejadme seguir donde estoy”.

¿Veis cómo responde el sol a una cuestión que no está clara en absoluto en la cabeza de los hombres y de las mujeres? Cuando empecéis a pensar de esta manera, os liberaréis de muchos tormentos, agitaciones y trastornos. Esta es otra lección que nos da el sol: todos para el sol, y el sol para todos.

Y ahora, mis queridos hermanos y hermanas, os daré algunas fórmulas que podréis pronunciar mirando el sol naciente. Esperaréis el primer rayo y, con amor, pronunciaréis dentro de vosotros estas palabras:

“Que así como este sol se levanta sobre el mundo, que el sol de la libertad, de la inmortalidad, de la eternidad y de la verdad se levante en mi espíritu.”

“Que así como este sol se levanta por encima del mundo, que el sol del amor y de la inmensidad se levante en mi alma.”

“Que así como este sol se levanta por encima del mundo, que el sol de la inteligencia, de la luz y de la sabiduría se levante en mi intelecto.”

“Que así como este sol se levanta por encima del mundo, que el sol del gozo, de la felicidad y de la pureza se levante en mi corazón.”

“Que así como este sol luminoso, radiante, se levanta por encima del mundo, que el sol de la fuerza, del poder, de la energía, del dinamismo y de la actividad se levante en mi voluntad.”

“Y que así como este sol luminoso, radiante, vivo, se levanta por encima del mundo, que el sol de la salud, de la vitalidad y del vigor se levante en mi cuerpo entero.”

“Amén. Así sea. Para el Reino de Dios y su Justicia.”

“Amén, Así sea. Para la Gloria de Dios.”

Ésta es una fórmula poderosa, mágica.

Con todos los ejercicios que os doy se puede llenar toda una existencia.

Y así, todos los hermanos y hermanas, resplandecientes, luminosos y bellos como Querubines, como Serafines, como hijos de Dios, caminarán por la vida glorificando al Señor, propagando por todas partes su Gloria, para que el Reino de Dios y su Justicia vengan lo antes posible a la Tierra... Entonces la vida estará llena de alegría, de gozo, de poesía, de música; la humanidad entera se estremecerá y todos vivirán como hermanos... Los ríos fluirán, las flores perfumarán la atmósfera, los pájaros cantarán divinamente... Toda la vida cantará el canto de la Gloria de Dios... Y ya no habrá guerras, ya no habrá devastaciones, miserias, enfermedades ni crímenes, y la Tierra será, al fin, por primera vez, una verdadera Tierra de los vivos.

¿Por qué no trabajar en este sentido? ¿Por qué hundirse noche y día en la tristeza, la oscuridad y el miedo, en vez de dirigir toda nuestra existencia hacia las regiones más bellas, juntos, en esta Fraternidad Blanca Universal, en armonía con el mismo espíritu? ¡Esta es nuestra Enseñanza!

Que los Angeles y los Arcángeles abran ahora las puertas, que derramen su generosidad sobre los hijos de Dios, sobre toda la humanidad... Que haya abundancia de luz y de comprensión, abundancia de gozo y de felicidad para que el hombre realice, por fin, la alta misión para la que ha venido a la tierra: reflejar, expresar al Creador y la belleza del Cielo.

¡Bienaventurados los que tienen esta conciencia!

¡Bienaventurados los que están inflamados por el fuego sagrado!

¡Bienaventurados los que han decidido ser conductores del Padre Celestial!

¡Bienaventurados los mansos!

¡Bienaventurados los que están en paz! ¡Bienaventurados los que quieren trabajar y hacer sacrificios!

¡Bienaventurados, bienaventurados, bienaventurados los hijos de la Fraternidad Blanca Universal!

Bonfin, 12 de agosto de 1967

## **Capítulo X**

### **Subid por encima de las nubes**

#### **La séfira Tiphéret**

Cuando el cielo está despejado vemos el sol; cuando el cielo está cubierto de nubes permanece oculto; pero si subimos en avión hasta mil metros de altura o más, nos encontramos por encima de las nubes, y allí el sol brilla siempre, nunca está oculto... Nada hay más sencillo y evidente que esto, hasta es infantil, pero vais a ver cómo se pueden interpretar estos fenómenos.

Desde el punto de vista esotérico, en el terreno de las correspondencias, las nubes no son otra cosa que pensamientos y sentimientos opacos, densos y apagados, que cuando pasan a través de nuestro corazón y de nuestro intelecto nos ocultan el sol. Un sol brilla siempre dentro de nosotros, un sol que es Dios mismo, la fuente de la vida, la fuente de la luz... Siempre está ahí, en el fondo de nosotros, en el centro de nuestro ser; pero no lo vemos, ni lo sentimos, estamos en las tinieblas, tiritamos, estamos casi moribundos... Sí, en el hombre existen ciertas regiones en las que nubes espesas ocultan el sol casi todos los días, porque no sabe cómo elevarse hasta las regiones límpidas y soleadas. Debe, pues, encontrar el medio de subir por encima de las nubes y de quedarse allí, para ser independiente y libre, porque de lo contrario se verá obligado a esperar mucho tiempo hasta que las nubes se disipen para poder, por fin, calentarse, iluminarse, alegrarse. Las criaturas tienen diferentes condiciones atmosféricas en su fuero interno, y sus pensamientos, sus sentimientos, su manera de vivir son tales que su

cielo está, a menudo, cubierto de nubes muy espesas que impiden que los rayos del sol espiritual penetren en ellos. Viven así en el frío y en la oscuridad y se lamentan; no reciben las bendiciones del sol porque se quedan demasiado abajo.

Un verdadero discípulo es consciente de esta situación. Sabe que a veces el aire está lleno de polvo, de humaredas y de brumas espesas, y que otras veces es límpido y claro. Como lo habéis visto esta mañana, por ejemplo, ¡qué radiante era el sol!... Si sabéis cómo mirarlo, cómo conectaros con él, cómo abrir vuestras puertas y vuestras ventanas, estaréis en éxtasis. En estas condiciones de limpidez, de claridad, de paz, tenéis la posibilidad de ver las cosas claras dentro de vosotros mismos para resolver muchos problemas. Empezáis a comprender cómo habéis perdido, hasta ahora, vuestro tiempo y vuestra salud; cómo, al extraviaros, os habéis vuelto egoístas, rebeldes, dispuestos a pelearos con todo el mundo... Después, poco a poco, encontráis las causas, las razones... y comprendéis que, si cambiáis, si pensáis y vivís de otra manera, si os abandonáis a esta luz divina y la dejáis trabajar en vosotros, todo tomará otro aspecto, todo se volverá claro, límpido y maravilloso.

El aire corresponde al plano mental, al intelecto, y cuando nuestro intelecto se oscurece debemos buscar la causa de este oscurecimiento. En la naturaleza las nubes están formadas por vapores que suben del agua de los lagos, de los ríos, de los mares... El agua representa el plano astral, el corazón, los sentimientos, y cuando la evaporación es excesiva, es decir, cuando el hombre se deja llevar demasiado por el sentimentalismo y la emotividad, estos estados producen en él nubes que ocultan el sol. ¿Qué debe hacer entonces? En primer lugar, comprender que debe purificar su atmósfera, su cielo, su aire, y en vez de quedarse ahí, inactivo, concentrarse para dispersar sus nubes, pedir que desaparezcan, o bien elevarse hasta muy arriba, hasta las regiones en donde reina la

claridad.\* En general, los humanos no piensan en hacer esfuerzos para cambiar de región, se contentan con ser desgraciados, esperan que sean los acontecimientos los que cambien; así, evidentemente, las nubes siguen ahí, ¡y pueden seguir durante años! Mientras que el discípulo, en cambio, dice a las nubes: “Me importa un comino que estéis o no ahí; ¡yo subo!” Y sube, nadie puede impedirselo. Y ahí lo tenéis, por encima de las nubes... Allí siempre brilla el sol. Eso significa que por encima de vuestras tribulaciones, de vuestras agitaciones, de vuestros lloros, de vuestras desgracias, siempre podéis encontrar al Señor. Siempre está presente allí, muy arriba, en un lugar que debéis descubrir vosotros; haced algo, pues, para acercaros a Él...

Cuando era muy joven ya me gustaba ya hacer ciertos ejercicios. Un día estaba con unos amigos en la cima del Moussala, había una niebla muy espesa y no veíamos ni los lagos de Rila, ni las montañas, nada. Apenas nos veíamos entre nosotros. En un momento dado, para divertirme, dije a mis amigos: “Escuchad, si queréis os mostraré un trozo de paisaje. – Ah, dijo uno de ellos, yo quiero ver el tercer lago” (ya no me acuerdo si dijo el tercero o el quinto). Yo había subido tantas veces al Moussala que me sabía la posición de todos los lagos y de las cadenas de montañas: Pirine, Rhodope... Entonces, tendí la mano en dirección al lago, la niebla se apartó y el lago apareció. Todos gritaron asombrados. Retiré la mano y, al cabo de unos momentos, el lago se ocultó de nuevo con la niebla... Luego, alguien quiso ver las montañas de Macedonia. Tendí la mano en su dirección, y de nuevo la niebla se apartó y las montañas aparecieron... Y después, lo mismo con el sol... Mis amigos estaban asombrados y ese día comprendieron el poder del pensamiento. Lo que os cuento es verdad, yo sé que el mundo invisible me escucha y que no puedo engañaros.

---

\* Ver la conferencia: “Subir para encontrar la pureza” (Tomo VII).

Si podemos actuar sobre la niebla y las nubes exteriores, ¡cuánto más podemos hacerlo sobre la niebla y las nubes interiores! Cuando sintáis que ciertos pensamientos negativos asaltan vuestro “cielo”, disminuyen vuestra fe o vuestro amor, y os impiden ver el esplendor de Dios o el esplendor de la Enseñanza, o incluso el valor de vuestro instructor, concentraos, enviad los rayos luminosos más puros en dirección a estas nieblas, y veréis que poco a poco se producirá una limpieza, una purificación, una claridad, y daréis gracias al Cielo. Bueno, han sido unas palabras para incitaros a trabajar cada vez mejor.

Gracias al pensamiento subimos por encima de las nubes. El pensamiento es como un cohete, o un rayo de luz. Con vuestro pensamiento apuntáis hacia un punto: la fuente de vida, el sol eterno, apuntáis hacia vuestro centro interior, os concentráis en el Señor... Unos minutos después, el pensamiento traspasa las nubes, por espesas que sean, y llegáis allá arriba, os bañáis en la limpidez.

Evidentemente, cuando os hablo del sol sólo toco una parte de la realidad; no sólo existe el día, también existe la noche. Cuando el sol se ha puesto, si la noche es clara, vemos la inmensidad, el espacio con miles de estrellas, de constelaciones... Es el infinito, la riqueza, el esplendor... Mientras que cuando aparece el sol, oculta el espacio, nos cierra la inmensidad, limita nuestra visión al mundo material, visible. ¿Cómo resolver este problema? Por un lado el sol nos muestra un mundo real, aporta la visión clara y precisa, lo vivifica y delimita todo; pero, por otra parte, cuando no está ahí, deja paso a la inmensidad, y esta inmensidad, que es de una riqueza prodigiosa, da al alma y al espíritu la posibilidad de viajar y de perderse en el infinito. ¿Acaso no nos muestra el sol toda la verdad?... Pero dejemos todo eso para otra ocasión. Reflexionad sobre ello.\*

---

\* Ver en el capítulo XVII, la conferencia: “El día y la noche”.

A veces se ha hecho de la noche el símbolo del mal, y del día el símbolo del bien. Sin embargo, a menudo es por la noche cuando los Iniciados trabajan, meditan, rezan, y cuando, en el pasado, hacían pasar a sus discípulos las pruebas de la Iniciación. La noche no es, pues, tan mala. Es cierto que cuando hablamos de “tinieblas” sobreentendemos el mal, la ausencia de inteligencia, de amor y de bondad; pero la noche es otra cosa, y la luz del espíritu puede brillar durante la noche, lo mismo que las tinieblas pueden reinar durante el día: todo depende del estado de conciencia. El día y la noche son dos símbolos diferentes de la manifestación divina. Dios, o la verdad, se manifiestan de noche lo mismo que de día, pero bajo un aspecto diferente. Muchas fuerzas tienen necesidad de la oscuridad para trabajar: el niño que debe nacer, la semilla que va a germinar, empiezan a crecer en la oscuridad.

Debemos, por tanto, saber trabajar también con la noche. ¡Ah! ¡Qué condiciones maravillosas de paz, de silencio, de dulzura para fundirse en el espacio!... Os acostáis en la hierba una noche de verano, cuando todo el mundo duerme y, en el silencio apenas turbado por el canto de los grillos y de algunas ranas, miráis, allá arriba, esta inmensidad de estrellas... Tratáis de comprenderlas, de buscar lo que son estos mundos, qué entidades, qué inteligencias los habitan... Porque es imposible que, entre todos los mundos creados, sólo esta mota de polvo que es la tierra esté poblada... poblada de pequeños pigmeos que filosofan mañana y tarde, o de teólogos que se preguntan cuántos diablos pueden caber en la cabeza de un alfiler o ¡qué hicieron con el prepucio de Jesús después de la circuncisión! ¿Veis que cuestiones más interesantes?

Estáis, pues, acostados en la hierba, y tratáis de encontrar vuestra estrella preferida, aquélla con la que tenéis más afinidades, y la amáis, os conectáis con ella, os imagináis que vais hacia ella, o que ella viene a hablaros... Entonces, todas vuestras miserias, vuestros pequeños dramas, vuestras pequeñas pérdidas, os parecerán tan

insignificantes que encontraréis estúpido lamentaros por tan poca cosa. Frente a esta inmensidad en donde todo es solemne, majestuoso, ¿por qué pararse en mezquindades y alertar al mundo entero? Algunos astrónomos reconocieron que sus trabajos habían cambiado completamente su punto de vista: los problemas, las preocupaciones, las luchas de la vida perdían importancia y se asombraban de que los humanos pudiesen hacer tantas historias por tan poco. Si tenéis la posibilidad, os aconsejo que hagáis estas experiencias... ¡y hasta que os durmáis bajo las estrellas!

Cuando era muy joven, a veces dormí en la cima del Moussala.\* ¡Era formidable! Con un hermano, subíamos hasta muy arriba, por encima del campamento de la Fraternidad. Había nieve y hielo, pero esto no nos detenía; nos envolvíamos enteramente con algunas mantas dejando fuera solamente los dos ojos, y mirábamos, ¡mirábamos!... Estábamos en comunicación con el cielo... Y yo no comprendía todo lo que me decían las estrellas, no lo comprendía, pero las amaba, las amaba, toda mi alma estaba maravillada... Centelleaban, me guiñaban el ojo, y yo también, finalmente, les guiñaba el ojo y me dormía... A la mañana siguiente me despertaba completamente cubierto de nieve; entonces me sacudía, bajaba al campamento, me lavaba ¡y me iba a la salida del sol! La noche, el día... Unía a las dos en un mismo trabajo. Y ahora empiezo a comprender que estas estrellas me cuchicheaban cosas que quizá no haya descifrado aún, pero que mi alma captaba, grababa, cuyas huellas ha conservado. Sólo más tarde, poco a poco, empezamos a comprender todas las revelaciones de las estrellas.

Esforzaos en tomar cada vez más conciencia de que, cuando vais a asistir por la mañana a la salida del sol, tenéis grandes posibilidades para avanzar en vuestro trabajo espiritual. Debéis dejar a un lado todas las nubes: las aprensiones, los rencores, los

---

\* El Moussala (3000 m.) es la cumbre más alta del macizo de Rhodope y el punto culminante de Bulgaria (nota del editor).

deseos, las codicias, a fin de estar disponibles para hacer un trabajo formidable. Aquéllos que son capaces de liberarse de las nubes, son capaces de remover el cielo y la tierra, son creadores de la vida nueva y el Señor les aprecia.

¡Cuántos de vosotros me habéis dicho que ibais a la salida del sol sin resultado alguno, porque os asaltaban continuamente pensamientos desordenados que os impedían concentraros! Pero, si tomáis en serio los ejercicios que os doy, tendréis resultados. Con la voluntad debéis llegar a dominar, a yugular todas las fuerzas anárquicas que tenéis dentro, hacer vibrar todas vuestras células al unísono con vuestro ideal, en una única dirección. Si no, seréis débiles, estaréis expuestos a todos los vientos, a todas las penas, las tristezas, las tribulaciones. A veces nos encontramos con gente para la que se diría que nunca ha salido el sol. Si, por fin, unos rayos vienen a iluminar su horizonte, ahí les tenéis con un gozo delirante; pero todo eso no dura, y de nuevo se ensombrecen, se apagan. Es porque no han querido cambiar su filosofía.

Y si considero de nuevo la fórmula de los Iniciados egipcios: “Saber, querer, poder (yo digo a menudo “osar”, pero es lo mismo), y callarse”, la interpreto así: saber significa saber que hay un sol, pero que también hay nubes y que debemos disiparlas. Querer significa amar al sol y desear llegar a él. Poder significa movilizar todas las fuerzas de la voluntad para osar emprender el trabajo: hacer un gesto, pronunciar una fórmula, algo que marque un desencadenamiento de la voluntad. “Saber” concierne al plano mental, “querer” al plano astral, “poder” al plano físico, y debemos, por tanto, hacer descender el saber y el querer hasta el plano físico.

Muchos espiritualistas se quedan tanto en los planos del pensamiento y del sentimiento que se muestran impotentes para realizar, aunque sólo sea con la palabra. Sin la palabra, los pensamientos y los sentimientos tienen dificultades para realizarse en la tierra, en el plano físico, porque les falta un vehículo, un cuerpo; y hasta pueden

producir trastornos psíquicos graves si los acumulamos durante demasiado tiempo sin darles forma. Pero en cuanto llegamos a darles la posibilidad de manifestarse, pronunciando ciertas palabras apropiadas, éstas hacen mover inmediatamente las partículas, los átomos de la materia, porque el sonido actúa poderosamente sobre la materia, y esto ya es un principio de realización. La palabra tiene un gran poder que puede ser comparado con el de una firma debajo de un acta, de un pedido o de un contrato: sin una firma, ya lo sabéis, un acta oficial no es válida.

Os he hablado, A menudo os he hablado del Árbol sefirótico, y en particular, de la séfira más cercana a la tierra, Iésod, que es el dominio de la Luna.\* Esta es una región muy misteriosa, muy rica, pero también muy peligrosa, porque sus capas inferiores están formadas por todos los vapores, las emanaciones y las brumas que suben de la tierra, de los humanos. Si logramos pasar esta zona crepuscular en donde se encuentran las ilusiones, las aberraciones, las mentiras, todo lo que es tenebroso, inquietante y engañoso, para llegar a la parte alta de la séfira, descubrimos la pureza, la limpidez, la vida, la clarividencia, la verdadera poesía... Muchos mediums, videntes, y hasta místicos, pero también muchos poetas, han chapoteado en las zonas inferiores de Iésod; carecían de los conocimientos que les hubiesen permitido superar esta zonas y encontrar la claridad, y por eso muchos terminaron en la locura, el alcoholismo o el suicidio. No sabían que hay que subir, subir muy arriba hasta la región del sol: Tiphéret, en donde todo se vuelve límpido y luminoso.

Tiphéret significa belleza, esplendor. En el Árbol de la Vida es la quinta séfira a partir de abajo y la sexta a partir de arriba. Está en el centro de este Árbol que representa el universo, lo mismo que el sol está en el centro del sistema solar. La región que le corresponde en el cuerpo humano es la del corazón y del plexo solar. Según la

---

\* Leer "Los Misterios de Iésod" (tomoVII).

Cábala, la Divinidad se manifiesta en la séfira Tiphéret bajo el nombre de Eloha ve Daath. Allí, el Arcángel Mikhaël reina sobre el orden angélico de los Malahim, literalmente los Reyes, que corresponden a las “Virtudes” de la religión cristiana. La parte material, visible, de la séfira está representada, como ya sabéis, por el sol, en hebreo *schémech*.

**Pilar  
del  
Rigor**

**Pilar  
del  
Equilibrio**

**Pilar  
de la  
Clemencia**

**Árbol sefirótico**

Si habéis leído el Génesis, habréis advertido que la primera criatura de Dios fue la luz: “Y Dios dijo: hágase la luz, y la luz fue.” Así pues, al principio de todo está la luz. Y la luz es Cristo, el Espíritu solar. Porque el Espíritu de Cristo, que se manifiesta primero en la séfira Hokmah, la primera gloria, el Verbo, de quien dice San Juan en su Evangelio que nada se hizo sin él, se manifiesta también, bajo otro aspecto, en el sol. Tiphéret tiene sus raíces en Hokmah, donde brilla Vidélinata, la luz divina, invisible para nuestros ojos. Para mí, y para todos los Iniciados, el Espíritu solar es el Espíritu de Cristo, porque el sol, ya os lo dije, es mucho más de lo que vemos. El sol es todo un mundo con habitantes, con una organización y una cultura extraordinarias. ¡Todavía estamos tan lejos de saber lo que es el sol...!

Existen varias formas de estudiar el Árbol sefirótico; una de ellas consiste en dividirlo en pilares. Los sefirots Kéther, Tiphéret, Iésod y Malkout forman el pilar central, el pilar del equilibrio, y a una y otra parte, los sefirots Hokmah, Hésed y Netzach forman el pilar de la clemencia, mientras que Binah, Gébourah y Hod forman el pilar del rigor. Cuando descendemos por el pilar del equilibrio, Tiphéret es la primera séfira con la que nos encontramos después de Kéther. En este sentido podemos decir que el sol representa más el Espíritu de Dios que el Espíritu de Cristo. En realidad, sin embargo, representa tanto el uno como el otro, porque el Espíritu de Cristo no es diferente del Espíritu de Dios; se trata simplemente de otra manera de presentar las cosas. Hay que saber servirse de todas estas nociones y saber jugar con ellas.

Cada mañana, al venir a ver la salida del sol, pensad que conectándoos con él os conectáis con su espíritu... Sí, con el Espíritu del sol, que es el Espíritu de Cristo, una emanación de Dios mismo. No basta con exponeros físicamente al sol; para recibir

verdaderamente la luz, la vida y el calor del sol, debe ser vuestro espíritu el que vaya a exponerse, a conectarse con él, a penetrarle. Os sumergís en otro mundo, y allí recibís el conocimiento, la iluminación.

Bonfin, 15 de agosto de 1967

## Capítulo XI

### Los Espíritus de las siete luces

Está escrito en el Libro del Zohar:

*“Siete luces hay en el Altísimo,  
y ahí es donde habita el Anciano de los Ancianos,  
el Misterioso de los Misteriosos,  
el Escondido de los Escondidos: Aïn Soph.”*

Estas siete luces son las luces roja, naranja, amarilla, verde, azul, índigo y violeta. Son los siete Espíritus que están ante el Trono de Dios. Los colores de la luz descompuesta por el prisma tienen también, pues, un valor simbólico. Cuando di mi primera conferencia, empecé hablando del sol y de la fuente. ¿Por qué? Porque la luz es como el agua de una fuente. Sí, el sol, con su luz, es una fuente, y es arriba donde brota la verdadera fuente. La luz es el agua que brota del sol, es el agua de la vida. La luz es blanca y el agua de la tierra es transparente, pero siguen siendo el mismo símbolo.

Cuando miramos la luz del sol a través de un prisma descubrimos una riqueza y un esplendor increíbles. ¿Cómo la luz, que es una, atraviesa el prisma, que es tres, para convertirse en siete? Sí, uno, tres y siete. Este fenómeno me ha preocupado mucho desde mi juventud y me alegraba ver que la luz del sol contenía tantas riquezas, tanta belleza y pureza. Fue entonces cuando comprendí que el ser humano, lo mismo que el prisma, es una trinidad. Para que la luz del sol pueda descomponerse perfectamente en

siete colores, es preciso que las tres caras de la sección del prisma sean transparentes, pero también iguales. Igualmente, es preciso que el ser humano haya desarrollado armoniosamente el triángulo que forman su intelecto, su corazón y su voluntad para que la luz que viene de Dios, la luz del sol, pueda pasar a través suyo y manifestarse en el esplendor de los siete colores. Únicamente los discípulos y los Iniciados que han trabajado para desarrollar su inteligencia, que han ejercitado su corazón para sentir y amar correctamente, y que se han hecho fuertes porque han luchado y han tenido la voluntad de vencer lo negativo, llegan a descomponer la luz en siete colores, y su aura aumenta en extensión, en belleza y en pureza. Los que no han desarrollado correctamente en ellos este triángulo del intelecto, del corazón y de la voluntad, sólo tienen en su aura dos o tres colores, los demás están ausentes. Y si por desgracia deforman este triángulo, su intelecto se vuelve taimado, astuto y agresivo, su corazón se llena de odio, de maldad, de crueldad, de deseo de venganza y de sensualidad, y su voluntad se pone al servicio de la destrucción y de la demolición. Entonces, no sólo el aura ya no tiene sus colores atornasolados y vivos, sino que está cargada de horrores y de monstruosidades.

En la Ciencia iniciática a la luz roja se le llama Espíritu de Vida. El rojo es la vida, y quizá la sangre es roja porque es el vehículo de la vida. Quitadle la sangre a un hombre y le quitáis la vida; dadle sangre, cuando está muy débil, y se reanima. Así se descubrió la transfusión sanguínea. ¿Cómo actúa el color rojo en los seres humanos? Con las vibraciones que produce les conecta con el Espíritu de Vida; gracias a él se animan, su vitalidad aumenta. Pero el rojo tiene miles de matices: el amor, la violencia, la guerra y la cólera, la sensualidad, el dinamismo, la embriaguez...

La luz naranja es el Espíritu de Santidad, el segundo espíritu. Con el color naranja os conectáis, pues, con la santidad. Pero este color tiene también muchos otros

matices: el individualismo, el orgullo, incluso la soberbia; otro matiz mejora la salud, otro aporta la fe y la refuerza. Pero, ante todo, el naranja es el color de la santidad y de la salud.

La luz amarilla dorada es el Espíritu de Sabiduría. Con sus vibraciones incita a las criaturas a leer, a reflexionar, a meditar, a buscar la sabiduría, a mostrarse razonables y prudentes.

La luz verde es el Espíritu de Eternidad y de Evolución. Como los demás, tiene muchos matices, y si tuviese la posibilidad, os mostraría cómo actúa cada uno de estos matices. Pero los colores más auténticos, los que más se acercan a la esencia divina, son los colores dados por el prisma. No toméis otros colores para vuestro trabajo espiritual; pueden representar muchas otras virtudes, pero las virtudes esenciales están en los colores del espectro solar. Os dije cuánto me habitué a contemplar estos colores, a trabajar con ellos; para mí son un alimento. A menudo, oriento el cristal de mi bastón hacia el sol para ver estos siete colores; los contemplo, me alimento, me alegro, bendigo al Cielo y sigo mi trabajo.

El verde es, pues, el color del crecimiento, del desarrollo, pero también el de la riqueza. Está relacionado con la esperanza y da al hombre la posibilidad de evolucionar. Un día os diré cómo cada color, con sus vibraciones, está en relación con un órgano y facilita ciertos procesos.

La luz azul es el Espíritu de Verdad. Está relacionada con la religión, con la paz, con la música. El azul desarrolla el sentido musical, serena el sistema nervioso, cura los pulmones y actúa favorablemente sobre los ojos, que son el símbolo de la verdad.

La luz índigo es el Espíritu de Fuerza, el Espíritu de la Realeza. Presenta casi las mismas propiedades que el azul.

Hablemos ahora de la luz violeta. Es el Espíritu de la Omnipotencia divina y del Amor espiritual; es el Espíritu del Sacrificio. El violeta es un color muy poderoso que protege al hombre. Es también un color muy místico, muy sutil, que le ayuda a desdoblarse para visitar los otros mundos y le permite comprender el amor de Dios. No es nada favorable para la vegetación.

Cuando tenía quince o dieciséis años trabajaba con los colores, y no sólo me los imaginaba y meditaba con ellos, sino que embadurnaba los cristales de mi habitación para estudiar sus efectos. Empecé con el rojo, después el naranja, etc... Yo meditaba en esta habitación bañada por la luz coloreada que traspasaba los cristales y, durante unos días, observaba cómo actuaba sobre mí este color; después lo lavaba todo y pasaba a otro color. En cuanto a mis padres y a los vecinos, ¡inútil decirlos por quien me tomaban! Pensaban que me había vuelto loco, pero yo seguía imperturbablemente estudiando los colores. Con el violeta me iba al otro mundo. Invitaba a amigos para ver el efecto que este color producía en ellos: se dormían, y las flores se marchitaban, el violeta las mataba. Pero el violeta es un color que me gusta mucho.

Cuando el rojo de su aura no es puro ni límpido es porque el hombre se ha dejado arrastrar por la cólera, por la embriaguez o la sensualidad; para cada uno de estos vicios el matiz del rojo es diferente y los clarividentes pueden verlos. Además, en todos los tiempos se ha relacionado el rojo con la sangre, con la guerra. Es un color bello, pero su matiz debe ser tan puro que, mezclado con el blanco, dé un rosa luminoso.

El rosa expresa también un matiz del amor: el blanco le aporta al rojo la pureza, la armonía, algo que serena sin violencia ni egoísmo, y así, el amor se calma, se vuelve ternura. Por eso la rosa es un símbolo de ternura, de delicadeza. A aquél que tenga demasiada vitalidad y sensualidad le aconsejo que se conecte con el color blanco, o que se relacione con seres que tengan mucho blanco, es decir, que sean puros y honestos; así

habrá al menos una mezcla, y el rojo se volverá rosa. Y este hombre ya no será importunado y atormentado por la fuerza del rojo que hay en él. El rosa actúa también favorablemente sobre la inteligencia. Se dice: “Ver la vida de color de rosa”, es decir, ser optimista. El que ve la vida de color de rosa no tiene el espíritu obstaculizado por preocupaciones o pensamientos sombríos y tristes; la existencia se le aparece bajo un aspecto agradable, y es feliz.

Podemos hacer las mismas observaciones para los demás colores. Hay azules que revelan que un hombre ha perdido la fe o que ya no está en la verdad o en la paz. Si el amarillo es impuro o apagado, ello muestra que el hombre no es razonable ni capaz de profundizar y de comprender; no se puede tener confianza en sus facultades intelectuales. Pero no quiero detenerme hoy en este tema, porque tengo otras cosas que decir. Retened solamente que los siete Espíritus que están ante el Eterno son: el Espíritu de Vida, el rojo; el Espíritu de Santidad, el naranja; el Espíritu de Sabiduría, el amarillo; el Espíritu de Eternidad, el verde; el Espíritu de Verdad, el azul; el Espíritu de Fuerza, el índigo, y el Espíritu del Sacrificio, el violeta.

Si queréis crear un color, siempre podéis obtenerlo a partir de otros dos colores: el violeta y el naranja dan el rojo; el rojo y el amarillo dan el naranja; el naranja y el verde dan el amarillo, etc... Cada color es el hijo de otros dos que son como su padre y su madre; pero si no sabéis cuáles hay que mezclar, no obtendréis un buen resultado. ¿Por qué? Porque entre los colores también hay oposiciones y afinidades, y estas oposiciones y afinidades las encontramos igualmente entre los planetas que corresponden a estos colores.

El color rojo corresponde a Marte. Marte es fogoso, violento, destructivo; es el principio masculino por excelencia, pero en un campo determinado, porque el Sol (aunque el Sol no sea un planeta) y Júpiter tienen también un carácter masculino, pero

en terrenos diferentes. El color verde corresponde a Venus. Las personas en quienes domina el rojo son atraídas por aquéllas en quienes domina el verde, porque se realzan mutuamente, y es maravilloso; pero si se unen y se fusionan, darán nacimiento a un monstruo. Que se paseen juntas, que se hablen, que se miren, que se exalten, pero que no se fusionen, porque el verde y el rojo mezclados producen un color sucio. Lo mismo sucede con el naranja y el azul: su mezcla es espantosa, pero puestos el uno al lado del otro son más expresivos, se exaltan. Veis como hemos puesto aquí estos colores (el Maestro señala las vidrieras coloreadas del comedor): uno junto al otro, el azul y el naranja se exaltan, el naranja se vuelve más naranja y el azul más azul; esto también sucede con el verde y el rojo, que veis allí enfrente. Al color azul le corresponde el planeta Júpiter y al naranja el Sol; estos dos planetas son positivos, por eso no deben casarse.

Tomemos ahora el amarillo y el violeta, que tampoco debemos mezclar. El amarillo corresponde a Mercurio y, según la Cábala, el violeta corresponde a la Luna, aunque la mayoría de las veces se le atribuye a la Luna el color blanco. Si dejamos, pues, el color blanco a la Luna, le daremos a Neptuno el color violeta, porque Neptuno es idéntico a la Luna, pero en un registro superior. Igualmente, en un registro superior, Urano es idéntico a Mercurio.

Comprenderéis mejor sus relaciones si las situáis sobre el Arbol sefirótico (ver página ).

Mercurio (Hod) está opuesto a Urano (Hokmah) y, sobre el otro eje, Venus (Netzach) está opuesto a Saturno (Binah). En el pilar central, la Luna (Iésod) está opuesta a Neptuno (Kéther). En el plano horizontal, Marte (Gébourah), en el pilar del rigor, está opuesto a Júpiter (Hésed), en el pilar de la clemencia. Un día os explicaré todas estas relaciones; veréis cómo Venus y Saturno representan casi la misma realidad

manifestada en regiones diferentes. Esto contradirá quizá todo lo que habéis aprendido hasta ahora, pero veréis cómo, en la misma línea del amor, el amor de Venus se convierte en la inteligencia de Saturno, y cómo, en la otra línea, la inteligencia concreta de Mercurio, la de los razonamientos, de la palabra y de los negocios, se convierte, arriba, en la sabiduría de Urano.

Sobre estas correspondencias no se encuentran muchas explicaciones en los libros, pero gracias al Cielo muchas de ellas me han sido reveladas. Los sefirots no han sido colocados así por casualidad; existen entre ellos unas relaciones geométricas que son significativas. Pero todo esto es algo lejano para vosotros, y de momento ni siquiera es necesario que abordéis estas cuestiones filosóficas y abstractas; retened hoy solamente estas pocas palabras sobre los colores para poder trabajar eficazmente en vuestra evolución. Trabajad cambiando cada día de color. Podéis empezar por el rojo, que es el que está más cerca de la tierra, y continuar con el naranja, el amarillo, etc... O bien, podéis empezar, en sentido inverso, por el violeta. Así, descendéis o subís, como queráis, como estéis acostumbrados.

El color rojo es el que está más cerca de la tierra, y por esta razón la base de nuestro comedor está pintada de rojo, mientras que la parte superior está pintada de azul. El cielo es azul y la tierra es roja. En hebreo, el primer hombre se llama Adam, el lugar en el que habitaba Edén, la tierra Adamah, y el color rojo se dice Adom. El color rojo, la tierra, el hombre y el Edén son, pues, en hebreo, palabras formadas sobre la misma raíz. Por eso en la Cábala se llama a Adam “el hombre rojo”. Pero el viejo Adam debe morir y ceder el sitio al hombre nuevo: Cristo, simbolizado por el color azul. Transformar el rojo en azul era, precisamente, el trabajo de los alquimistas. Eso significa que todo lo que en el hombre es grosero, violento, animal, debe ser transformado, sublimado. El rojo y el azul son los dos polos opuestos, y si queréis pasar

del uno al otro, preguntad a los alquimistas; os responderán que debéis saber trabajar con el ácido y la base. Si sabéis trabajar con estos dos principios, masculino y femenino, podéis cambiar los colores, es decir, hacer que el rojo se cambie en azul, poniendo unas gotas de ácido o de base... La química aclara, pues, los preceptos de la religión, pero los religiosos no lo saben... Y los químicos tampoco: para ellos todo eso son fenómenos puramente materiales que no intentan interpretar. La ciencia se limita a constatar los hechos, no busca ni su razón de ser ni su significado. ¡Pero a mí, me gusta interpretároslos!...

Nosotros somos, pues, el Adam rojo que debe ceder el sitio a Cristo. Esta transformación es posible, es la meta de la religión. El viejo hombre Adam, sometido a las pasiones (el rojo), debe ceder el sitio a Cristo, al hombre nuevo (el azul), que vive en la verdad, la paz y la armonía. ¡Bienaventurados los que comprenden! ¡Bienaventurados los que siguen la luz!

Terminaré citando otra vez estas palabras del Zohar que me gustan mucho. Yo las pronuncio a menudo interiormente: “Siete luces hay en el Altísimo, y allí es donde habita el Anciano de los Ancianos, el Misterioso de los Misteriosos, el Escondido de los Escondidos: Ain Soph”. ¡Es magnífico! Vosotros también podéis repetir estas palabras, ¡y que la Luz sea! ¡Que todos trabajen ahora sobre la luz, con la luz y para la luz!

Bonfin, 17 de agosto de 1967

## Capítulo XII

### El prisma, imagen del hombre

Os hablé ayer de la luz del sol que el prisma descompone en siete colores y os revelé que estos colores representan las cualidades y las virtudes de los siete Espíritus que están ante el Trono de Dios, pero no os lo dije todo. Añadiré hoy unas palabras más sobre este tema.

Me acuerdo de haber hecho esta experiencia con el prisma cuando era muy joven todavía; me impresionaba mucho, pero sólo más tarde comprendí toda su riqueza. Por ejemplo, si sumáis los siete colores, las tres caras del prisma, y la luz, obtenéis once. Evidentemente, diréis que esto es una suma de elementos heterogéneos, pero los Iniciados tienen una aritmética completamente especial a la que debéis acostumbraros. ¿Qué representa, pues, este once? En la Cábala son los once sefirots cuando, a los diez sefirots tradicionales, añadimos la séfira Daath, que está oculta y de la que no se habla. Daath es el saber, los archivos, los Registros Akáshicos...

Como ya os he dicho, el prisma, que con sus tres caras descompone la luz en siete colores, es una imagen del hombre con su intelecto, su corazón y su voluntad. El hombre es una trinidad, reflejo de la Trinidad divina. Para que esta trinidad pueda irradiar armoniosamente los siete colores, el prisma debe ser equilátero, transparente, y, tercera condición, debe estar invertido, es decir, con la punta dirigida hacia abajo. Entonces, la luz se descompone en un haz de siete colores que se dirige hacia arriba. Para poder irradiar estos siete colores, es decir, irradiar las siete virtudes, el hombre debe hacer un trabajo interior con el fin de desarrollar armoniosamente las tres caras del

prisma. No tiene que fabricar la luz, ya está ahí, dispuesta a pasar a través de él para producir sus efectos, pero es él el que no está preparado, ni bien desarrollado ni purificado. Dios también está dispuesto a entrar en el ser humano para manifestarse en él con todo el esplendor de los siete colores, es decir, para darle todas las virtudes y todos los poderes, pero el hombre está apagado, desequilibrado o enfermizo, y así, Dios sólo puede manifestarse muy imperfectamente.

Así pues, lo primero que debemos hacer es volver a crear el equilibrio dentro de nosotros mismos; por ejemplo, si hasta ahora habíamos desarrollado solamente nuestro intelecto, debemos encontrar las condiciones para desarrollar nuestro corazón: venir a la Fraternidad para desarrollar la vida colectiva, y no quedarnos solos en alguna parte en un agujero; y después trabajar, hacer ejercicios para desarrollar nuestra voluntad. Cuando este triángulo del corazón, del intelecto y de la voluntad está perfectamente desarrollado, el hombre se da cuenta de que automáticamente la luz entra en él y se descompone en siete colores.

Echemos ahora una mirada a las funciones del organismo físico: cada una reproduce el fenómeno del prisma con la luz que se descompone en siete colores. Cuando coméis, por ejemplo, el alimento representa la luz, el estómago representa el prisma y también debe estar en buen estado para poder digerir los alimentos, es decir, distribuir las siete fuerzas, los siete colores, por todo el cuerpo. ¿Cómo las distribuye? Envía el rojo al sistema muscular, el naranja al sistema circulatorio, el amarillo al sistema nervioso, el verde al sistema digestivo, el azul al sistema respiratorio, el índigo al sistema óseo y, finalmente, el violeta al sistema de las glándulas y los chakras.

A propósito del índigo, olvidé decirles ayer que es el color de Saturno. Generalmente se atribuye a Saturno el color negro, porque se cree que Saturno es un planeta maléfico, lo que es inexacto. Saturno es el planeta de la estabilidad. Por eso el

color índigo, que está relacionado con el sistema óseo, es el color de Saturno: porque el sistema óseo es el más resistente. Saturno es el planeta que corresponde a la séfira Binah. Acordaos de la fórmula que un día os di: “Yo soy estable, hijo de estable, concebido y engendrado en el territorio de la estabilidad.” Estas son, justamente, las palabras que puede pronunciar aquél que ha llegado a la estabilidad de Saturno.

Pero prosigamos. Como hemos visto para el alimento que comemos, el aire que respiramos representa simbólicamente la luz del sol, y la nariz y los pulmones, que son aquí comparables al estómago, representan el prisma. Cuando la sangre purificada y cargada de oxígeno circula de nuevo, distribuye en el organismo siete haces de fuerzas. El mismo fenómeno se produce en la vista y en el oído: las imágenes son recibidas por los ojos, y el sonido por los oídos, como prismas que los descomponen y los transmiten bajo forma de sensaciones. Así pues, todo lo que penetra en el hombre, es decir, todo lo que es absorbido o percibido por él, puede compararse con la luz que entra en el prisma y sale de él descompuesta. Se trata de los mismos procesos.

Veamos ahora como se efectúa la distribución. Cuando el estómago distribuye las energías, envía cuatro partes a la región del vientre y de los órganos sexuales, dos partes a los pulmones y al corazón y solamente una parte al cerebro. Para comprender este reparto debemos acordarnos de otra división en tres que utiliza la Ciencia iniciática: la división cabeza, torso y vientre. La cabeza corresponde al mundo divino, al mundo de la inteligencia, los pulmones y el corazón corresponden al mundo astral, y el estómago, con todos los órganos de la digestión, al mundo físico. Esta es una división tradicional de los esoteristas. Así pues, el estómago, que absorbe el alimento y lo distribuye, se queda cuatro partes para él, envía dos al corazón y a los pulmones y una al cerebro. Del aire que reciben, los pulmones envían dos partes al estómago, dos partes al cerebro, y se

quedan con tres para ellos y el corazón. Finalmente, cuando el cerebro recibe la energía solar, se queda con cuatro partes para él, envía dos al corazón y a los pulmones, y una solamente al estómago. Los elementos espirituales, que producen muy pocas escorias, entran en muy poca cantidad en el estómago, mientras que el sistema nervioso lo recibe casi todo. Inversamente, casi todas las energías producidas por el alimento y las bebidas se van al sistema muscular y al vientre, y muy pocas van al cerebro.

Digamos unas palabras más sobre los colores. El rojo está en relación con la vida, la expansión y la vitalidad, e incluso la guerra, porque la necesidad de espacio vital y de alimento empuja a los hombres a pelearse para tener siempre más. El naranja es el dominio de la salud, de la medicina, de todas las investigaciones que se hacen para curar a los hombres. El amarillo es el dominio de la ciencia, de la observación, de la reflexión, del análisis. El verde, el de la agricultura, y, de una forma general, el de la economía. Toda civilización empieza con la agricultura, de la que derivan automáticamente la economía y las finanzas; por eso, los que saben trabajar con el color verde pueden llegar a ser muy ricos. El color azul concierne al dominio religioso, ético, moral. El color índigo es el de la metafísica y las abstracciones, en donde descubrimos la causa de todas las cosas. El violeta es la expresión del mundo espiritual más sublime. Diréis: "¿con qué color está relacionado el arte?" Con todos, porque el arte pertenece a todos los ámbitos. En cuanto actuamos, en cuanto creamos, entramos en el terreno del arte. No existe un dominio puramente artístico, el arte está en todas partes.

Éstas son algunas palabras con respecto a los colores; pero lo más importante para vosotros es comprender que debéis trabajar sobre vosotros mismos para llegar a ser puros como un cristal y desarrollar armoniosamente este prisma que forman la cabeza,

los pulmones y el vientre. Entonces, la luz en la que estamos sumergidos pasará a través nuestro produciendo los siete colores más bellos e irisados.

Y ahora, veis estos dos triángulos\* : uno con la punta hacia arriba, y otro con la punta hacia abajo. Algunos de vosotros ya sabéis que estos dos triángulos equiláteros son los símbolos del hombre y de la mujer que han desarrollado a la perfección su corazón, su intelecto y su voluntad. El triángulo del hombre, que es azul, tiene la punta hacia abajo porque representa al Espíritu cósmico que desciende siempre hacia la tierra, hacia los humanos, para vivificarles, espiritualizarles y darles una parte de su energía: representa la involución. Y el triángulo de la mujer, que es rojo, tiene la punta hacia arriba porque es el símbolo de la materia que sube para reunirse con su bienamado, el espíritu: es la evolución. Cada uno hace la mitad del camino, y cuando ambos se encuentran, se abrazan, se fusionan, están en la plenitud. Este encuentro del espíritu y de la materia es simbolizado por el sello de Salomón, que también se llama hexagrama. Este símbolo contiene toda una ciencia.

Entre los dos triángulos de nuestra sala veis un pentagrama. El pentagrama representa al hombre perfecto, en el que los dos principios están fusionados y posee las cinco virtudes. El número 6 corresponde al animal. El número 5 representa el hombre perfecto que se ha desembarazado de lo animal simbolizado por la cola. ¿Y qué cualidades son las del hombre perfecto? Ya os las he enumerado: son la bondad, la justicia, el amor, la sabiduría y la verdad. Estas virtudes están representadas en el cuerpo físico. La bondad está representada por las piernas, porque con sus piernas el hombre va por todas partes a hacer el bien. La justicia está representada por las manos, porque las manos distribuyen con equidad. El amor está relacionado con la boca, porque la boca pronuncia palabras que consuelan, serenar y curan. La sabiduría está

---

\* La fachada Este de la sala de conferencias en el Bonfin está iluminada por dos vidrieras que representan dos triángulos y un pentagrama (ver página ).

relacionada con los oídos, porque con sus oídos el hombre comprende y penetra la sabiduría divina. Finalmente, la verdad está relacionada con los ojos, porque con los ojos contemplamos la verdad. Estas cinco virtudes están también representadas en los cinco dedos de la mano. El 5 es, pues, el número del ser perfecto.

Si hemos puesto aquí estos símbolos es para invitaros a reflexionar, para que a través de los dos principios emisor y receptor -los dos principios de la involución y de la evolución, que están representados por los dos triángulos- podáis llegar a ser un pentagrama, un ser perfecto, como Jesús. No le dieron por casualidad el nombre Iechoua, que tiene cinco letras: *iod, hé, schin, vau, hé*. Jesús es el hombre perfecto.

Pero volvamos al prisma. En el ser humano todo está, pues, distribuido en función de los números 1, 3, 7. Y hasta cuando el hombre y la mujer crean un hijo, lo que el hombre le da a la mujer es el 1, la luz, y la mujer, que representa el 3, el prisma, produce las 7 fuerzas: un ser completo. Se trata de la misma ley. Y si la mujer está mal conformada, no producirá un haz de colores perfectos, es decir, un ser humano con todos sus miembros, con todas sus cualidades y facultades, sino un ser minusválido. Depende de la madre, pero también del padre, porque el padre no siempre le da a la madre algo tan puro y luminoso como la luz del sol. Pero seguro que le da algo, y esta luz, brillante o apagada del padre, que pasa a través del prisma más o menos perfecto de la madre, produce un hijo más o menos normal. Pero las correspondencias funcionan de manera absoluta.

Incluso cuando os hablo, las palabras que pronuncio son como la luz del sol, y vosotros sois prismas. Y si mis palabras son tan puras, tan inteligentes y perfectas como la luz del sol, y si vosotros sois buenos prismas, es decir, si estáis bien descansados, atentos y despiertos, con una inteligencia y un corazón bien dispuestos, nacerán hijos

extraordinarios, es decir, descubrimientos, pensamientos y sentimientos constructivos. Pero, aunque os haga las revelaciones más profundas y verídicas, si estáis somnolientos y fatigados o si mis palabras no os interesan, no seréis buenos prismas y no habrá ningún resultado, o incluso se producirán malentendidos, porque comprenderéis otra cosa diferente a lo que os quería decir, como ya ha sucedido muchas veces.

Todo lo que os he dicho sobre los dos triángulos y sobre el pentagrama lo encontraréis en la literatura esotérica, pero las correspondencias que os he presentado entre el prisma y el hombre no las encontraréis en ninguna parte. Os revelaré ahora algo extraordinario que no encontraréis en ningún libro. El Iniciado posee en sí mismo los dos triángulos, los principios masculino y femenino; representa en sí mismo la unión del espíritu y de la materia. Cuando está lleno de bondad, de amor y de compasión para con los hombres, cuando toda su atención está concentrada en ellos, representa el triángulo del espíritu cuya punta está dirigida hacia abajo, es decir, hacia la humanidad. Entonces recibe la luz de Dios, y aunque toda su actividad esté concentrada hacia abajo, hacia los humanos, esta luz sale de él como un haz de siete colores que se proyectan hacia el cielo, y los ángeles, los arcángeles y Dios mismo están maravillados. Y, sin embargo, el Iniciado pensaba en los hombres.

En cuanto al otro principio, simbolizado por el triángulo de la materia, el triángulo de la mujer cuya punta está dirigida hacia arriba, está mucho más próximo al centro de la tierra. Este centro de la tierra proyecta también una luz, pero una luz infernal, una luz tenebrosa que puede tener efectos desastrosos. Por tanto, como os acabo de decir, cuando el Iniciado tiene hacia toda la humanidad un amor totalmente desinteresado y con todas sus fuerzas, con toda su alma, pide que todos los hombres vivan en el gozo, en la abundancia, en la paz y en la plenitud, entonces los siete colores

brotan a través de él. Pero sucede además una cosa muy importante: el Iniciado purifica todas las fuerzas tenebrosas que el Infierno le envía, las transforma y sabe utilizarlas. Para los grandes Iniciados no existe mal que no logren transformar en luz y en gozo. Sólo cuando el hombre no está conectado con la luz, cuando no ha desarrollado su inteligencia y su voluntad, las influencias subterráneas pueden turbarle, e incluso hacerle caer.

Hermes Trismegisto decía: “Abajo es como arriba, y arriba es como abajo”. Por tanto, si el hombre recibe fuerzas y energías de arriba, debe recibirlas también de abajo. La naturaleza de estas fuerzas y de estas energías no es evidentemente la misma abajo y arriba, son las leyes las que son idénticas. En efecto, Hermes Trismegisto no dijo que lo de abajo es de la misma naturaleza y del mismo esplendor que lo de arriba. Al decir “como” Hermes Trismegisto quiso decir que abajo existen las mismas correspondencias, las mismas relaciones y las mismas leyes que arriba; pero la materia de estos dos mundos es diferente: abajo es opaca y tenebrosa, mientras que arriba es sublime y luminosa.

Por las palabras “arriba” y “abajo” podemos comprender, por ejemplo, el cerebro y el estómago, porque en ellos encontramos las mismas leyes. El cerebro digiere los pensamientos igual que el estómago digiere los alimentos, y sin embargo el estómago no es exactamente semejante al cerebro. Vayamos más abajo aún, el sexo es como lo de arriba, el cerebro. Tampoco su naturaleza y su materia son iguales, sino su función, es decir, en este caso, el poder creador. Hermes Trismegisto no dijo que el Infierno, que está abajo, tiene la misma belleza que hay arriba en el Cielo, sino que lo mismo que las fusiones, las penetraciones y las creaciones que existen arriba también

existen abajo, sin que podamos comparar, sin embargo, su esplendor, su amplitud y su poder. ¡Pero no por esto vayáis a creer ahora que el Infierno es idéntico al Paraíso!

En el ser humano hay un arriba y un abajo, y si aplicamos ahora la fórmula de Hermes Trismegisto al hombre y a la mujer que están creando un hijo, vemos que lo que está abajo, la mujer, es como lo que está arriba, el hombre; porque la mujer está construida como el hombre, pero en ella todo está invertido: lo que en uno está lleno está vacío en el otro, como un guante al que le hubiésemos dado la vuelta. Son, pues, idénticos. Pero, además, él está arriba y ella abajo, sus posiciones están invertidas. No os diré más, pero podría daros tantos detalles que estaríais asombrados. Reflexionad. Todavía no os he revelado toda la profundidad de estas palabras de Hermes Trismegisto porque el Cielo me lo ha prohibido; pero cuando recibí esta revelación, me conmoví profundamente. Muchos repiten esta frase sin haberla comprendido jamás. Abajo es como arriba porque entre abajo y arriba hay relaciones y procesos mágicos que ni siquiera podéis concebir.

El cerebro, los pulmones y el estómago distribuyen cada uno siete fuerzas a todos los sistemas del organismo humano;  $3 \times 7 = 21$ , y con el hombre mismo, 22. Ahí tenéis las 22 llaves, los 22 arcanos del Tarot. Y si no queréis contar al hombre, porque ya está implícito en las 21 fuerzas, podéis reemplazarlo por la luz que produce todas estas fuerzas. Encontramos de nuevo en las cartas del Tarot esta misma distribución en siete: siete energías que corresponden al estómago, siete a los pulmones, y siete al cerebro. El sol está también representado: es la carta 19. En esta experiencia con la luz del sol y el prisma volvemos a encontrar las 22 cartas del Tarot y los 11 sefirot. Hay, por tanto, siete cartas del Tarot para la cabeza, siete para los pulmones y el corazón, y siete para el vientre y el estómago, y con el sol suman veintidós.

¿De dónde viene esta palabra “Tarot”? Si permutamos las sílabas y las vocales tenemos las palabras Rota: la rueda, y Thora: la ley de los judíos. Muchos han trabajado con estas tres palabras: Tarot, Rota y Thora, sobre todo el cabalista francés Guillaume Postel. ¿Por qué le han dado este nombre de Tarot a las cartas iniciáticas egipcias? Rota es la rueda que Ezequiel y San Juan vieron girar, una rueda cubierta de ojos: es la séfira Hokmah. La Thora es la ley religiosa de los judíos; Moisés le dio este nombre porque su suegro se llamaba Iotorah (Jethro). Iotorah era un sacerdote de la tierra de Madian, un gran Iniciado. Moisés permaneció cuarenta años con él para estudiar; pasó las pruebas, y, cuando las superó Iotorah le dio a su hija: Séphora. Y, veis, Séphora y Séfira son casi el mismo nombre. Al final de su Iniciación Moisés recibió la misión de ir a liberar a los judíos y partió.

No os lo revelo todo porque debéis meditar vosotros para descubrir ciertas verdades, y si hacéis esfuerzos sinceros, quizá los amigos de arriba vengan a ayudaros. Debéis trabajar para atraerlos, porque sin ellos nada os será revelado. Pero sólo se pueden atraer los espíritus luminosos del mundo invisible con la pureza, el amor y la armonía; a las menores agitaciones interiores, se van. Lo he verificado muchas veces. En Estados Unidos, en el parque de Yosemite, por ejemplo, vimos unos árboles magníficos de cerca de 4000 años, pero ya no estaban habitados: los devas se habían ido porque había demasiados visitantes, demasiado ruido, demasiada agitación; habían abandonado esta región tan bella. En casi todos los árboles vive una criatura, pero en este parque estos árboles gigantescos ya no eran expresivos porque no estaban habitados.

Pero volvamos al prisma. Toda la vida, la multitud de afinidades y de correspondencias que constituyen la vida, está representada en esta imagen de la luz que

el prisma descompone en siete colores. Os daré ahora como norma que busquéis la luz, que os imaginéis que sois un prisma y que lográis orientaros tan bien que dejáis pasar los rayos del sol a través vuestro, y que éstos vuelven a brotar a vuestro en siete magníficos colores a vuestro alrededor.

Si conocieseis la importancia de la luz, no la dejaríais siempre en último lugar. En otra conferencia, acordaos, os decía que cuando encontráis la luz, ésta se manifiesta en vosotros bajo una forma extraordinaria y, en primer lugar, os da el gusto de las cosas. Hagáis lo que hagáis, tanto si coméis, como si bebéis, como si os paseáis o leéis, sentís que todo toma un gusto delicioso, exquisito, sabroso. Pero si perdéis la luz, perdéis el gusto. Porque cuando perdemos la luz lo perdemos todo. Si la sal pierde su sabor, sólo es buena para ser pisoteada. Si perdéis vuestra luz seréis triturados por los acontecimientos, porque habréis descuidado aquello que mejor os podía hacer fuertes e invulnerables. ¿Veis? os instruyen en todo salvo en lo esencial. Cómo tener un oficio, cómo ganar dinero, cómo situarse bien en la sociedad, todo gira alrededor de estas preocupaciones, pero cómo encontrar la luz, ¡jamás! Claro que hay algunos místicos que buscan la luz, pero la gente se burla de ellos. Los compadecen, ¡los encuentran tan ridículos a los pobres!

A menudo me pregunto por qué los humanos dan la espalda a lo esencial para lanzarse a todo aquello que puede aportarles decepciones, enfermedades, sufrimientos. ¡Y eso es lo que llaman cultura y civilización! Además, mirad tan sólo cómo comprenden la inteligencia: de todos aquellos que son astutos, pícaros, capaces de timar a los demás, dicen: “¡Qué inteligencia!” No, la verdadera inteligencia no es eso. La verdadera inteligencia es la luz, y la luz no quiere aprovecharse de los demás ni perjudicarles, quiere darles, iluminar su camino. La propiedad esencial de la luz es hacer ver: ilumina el camino para hacer visibles los peligros, pero también las bendiciones.

Ella es, pues, la que nos ayuda a encontrar la verdad. Cada cosa: la tierra, el agua, el aceite, un árbol, un pájaro... tiene propiedades bien determinadas. Pero únicamente la luz tiene la propiedad de iluminarnos, de mostrarnos el camino. Encendéis vuestra lámpara y os dais cuenta de que hay un precipicio, y decís: “¡si hubiese dado dos pasos más, todo habría acabado!” Cada cosa tiene sus propiedades, sus cualidades, y la luz, claro, no os alimentará ni os dará dinero, pero quizá os muestre dónde se esconde un tesoro, podáis ir a desenterrarlo y os hagáis ricos. Mientras que sin luz, aunque tengáis dinero os lo robarán; porque el que es tonto siempre encuentra quien le desvalije.

Es simple, evidente, elemental. La propiedad de la luz es hacernos ver todo lo que hay a nuestro alrededor, y así nos da todas las posibilidades de tomar medidas en un sentido o en otro, porque en la claridad podemos orientarnos, evaluar las distancias. E incluso, mirad: si queréis correr, la luz estará siempre antes que vosotros, porque es la más rápida. ¿Por qué es la más rápida? Porque ha comprendido que no hay que cargarse, no quiere llevar fardos inútiles, compromisos estúpidos que la retendrían. Pero también tiene mucho amor, por eso se da prisa en ayudar a los humanos; su amor la empuja a ir rápidamente para poder ser útil inmediatamente. Los demás, que se han sobrecargado con toda clase de fardos, llegan cuando el enfermo ya está muerto. Alguien se ha muerto, y un siglo después llegan para salvarle. ¡Esa es la velocidad de los hombres! La luz es la más inteligente porque quiere ser libre, no quiere dejarse sobrecargar; por eso todos aquellos que quieren parecerse a la luz no se cargan, no se hunden en la materia, no echan raíces en ella.

La luz es la que da los poderes, la luz es la que da la riqueza (no el dinero, sino la riqueza), y es también la luz la que da el verdadero placer: cuando tenéis la luz encontráis el gusto a las menores cosas y un simple trago de agua os da la sensación de

beber el elixir de la vida, como si este agua circulara en vuestras venas. ¡Es una sensación indescriptible!

¡Bienaventurados aquellos que han puesto la luz en su cabeza, en su alma, en su corazón, en su espíritu! Y cuando hablo de la luz, claro, no hablo solamente de la luz física, porque todo el mundo puede tener la luz física, basta con encender una lámpara. No, hablo de la luz espiritual, que cuando penetra completamente en el hombre le da la iluminación. Pero la iluminación es el último grado de la Iniciación, cuando la luz ha penetrado tanto cada célula del Iniciado que empieza a brillar por encima de su cabeza. La luz espiritual, la luz interior, es toda la riqueza de los Iniciados. Con esta luz, lo pueden obtener todo.

Alguno preguntará: “Pero, ¿cómo tener esta luz interior?” ¡Qué pregunta! ¿Acaso no sabéis cómo hacen los primitivos para tener fuego? Cogen, por ejemplo, dos pedazos de madera que frotan el uno contra el otro y aparece el calor; siguen frotando y, finalmente, se ven pequeñas llamas, luz. Hay, pues, tres etapas: el movimiento (la voluntad), el calor (el amor, el sentimiento) y finalmente la luz (la inteligencia, el pensamiento). Por tanto, para llegar a esta luz hay que decidirse a actuar, a poner la voluntad en acción hasta que el calor, el amor se apodere de vosotros, y que este calor, este amor se convierta en luz. Así es como se obtiene la luz. Hacemos ejercicios espirituales, meditamos, rezamos, hasta que tomamos verdaderamente gusto a estos ejercicios, hasta el punto de no poder prescindir de ellos, y finalmente la luz brota. También puede suceder lo contrario, se puede transformar la luz en calor, y el calor en movimiento. Cuando poseéis ciertos conocimientos, éstos despiertan en vosotros el amor, y el amor os empuja a actuar. Cada elemento puede transformarse y convertirse sucesivamente en uno de los otros dos. ¡Veis qué sencillo! La gente se pregunta durante

años cómo obtener la luz, cómo vivir la vida espiritual, y no lo consiguen, cuando es tan sencillo, ¡tan claro!

Bonfin, 18 de agosto de 1967

## Capítulo XIII

### El nuevo cielo y la nueva tierra

#### El injerto espiritual

Todos lo habéis constatado: las primeras veces que vais a la salida del sol no llegáis a sentirle como un ser vivo, vibrante. Os resulta lejano, extraño. Lo miráis pero no sentís nada, no forma parte de vosotros o, más bien, vosotros todavía no sois una parte de él. Pero si sois perseverantes, si seguís contemplándolo cada mañana, a pesar de esta sensación de distancia, llegará un momento en que lo sentiréis tan vivo y tan cercano que ya no podréis separaros de él. Son estos unos momentos muy importantes, momentos preciosos, que pueden repetirse cada año.

También puede suceder que el año pasado lograrais entrar en contacto con el sol: se abrió a vosotros y os dio mucho. Pero este año el contacto no se produce. ¿Por qué? Porque no habéis pensado en él durante varios meses... Os habéis alejado de él, habéis tenido otras ocupaciones, os habéis relacionado con otras personas, habéis entrado en otras regiones, habéis recibido otras vibraciones. Por eso percibís el sol más lejano y el contacto con él es más difícil. Pero una vez restablecido este contacto resulta una delicia, una sensación indecible.

En cualquier caso, al principio debéis aceptar pasar por una etapa muy dura, por un periodo muy árido, como si atravesarais un desierto, antes de que el sol se abra y os inunde con su luz, con su inteligencia, con su vitalidad. Muchos de vosotros me habéis dicho qué difícil era al principio entrar en contacto con el sol, pero que ahora no teníais

palabras para expresar vuestro gozo: era como si todo vuestro ser resucitase, comprendiese, sintiese, viviese, por fin, por primera vez. Vale la pena venir cada mañana, aunque algunos días permanezcáis insensibles, somnolientos, con el cerebro bloqueado... Tened paciencia y veréis: si llegáis a sentir al sol vivo y vibrante en vosotros, aunque sea sólo una vez, os sentiréis recompensados por vuestros esfuerzo .

El sol es el símbolo del más alto ideal, y sólo aquellos que poseen un ideal elevado podrán restablecer la conexión con el sol. Sólo aquéllos que quieren trabajar para la luz, el amor, la justicia, aquéllos que quieren perfeccionarse, ser más inteligentes, más fuertes, se sentirán conectados con el sol. En cuanto a los que sólo tienen un ideal prosaico sin ninguna relación con el Principio de la vida, con la Fuente, con el Creador, se aburrirán, claro, y se dormirán ante el sol; no les dirá nada, porque su ser no está al unísono con la vibración del sol.

Esto es, por otra parte, lo que sucede cuando alguien viene a escuchar mis conferencias: sus reacciones dependen de su ideal. Si su ideal es sólo sacar provecho, divertirse, disfrutar, es decir, todo lo ordinario y grosero de la vida, entonces, aunque hable de las verdades más grandes, de las más grandes leyes de la vida, éstas no podrán llegar a su corazón ni a su alma. Pero si busca la perfección, la elevación, veréis cómo vibrará, cómo se conmoverá, cómo estará atento, concentrado... Porque ahí está lo que buscaba, y encuentra su alimento...

Sí, algunos vibran con los rayos del sol, con la vida del sol, y otros se duermen: el sol no les dice nada. Pero si supieseis... Cuando sale el sol no sólo los animales, las plantas y algunos humanos, sino también los espíritus luminosos de la naturaleza están ahí, se alegran y captan fuerzas. Toda la creación, todas las criaturas captan fuerzas del sol. Cada una de ellas, según su grado de evolución, recoge las partículas que le convienen: las plantas para hacer flores coloreadas y perfumadas, los árboles para

producir frutos... Y aunque el hombre no esté construido como el árbol, se le parece mucho de todas formas: él también debe dar frutos. Pues bien, sin el sol sus frutos seguirán siendo ásperos y duros. Lo mismo que los árboles tienen necesidad de estar expuestos al sol para producir frutos deliciosos, también el hombre tiene necesidad de exponerse a los rayos del sol para dejar de ser áspero, malvado, egoísta, y dar frutos deliciosos... La ley es, pues, la misma: hay que exponerse al sol.

Quisiera presentaros hoy otro aspecto nuevo del sol que podréis utilizar para vuestro trabajo espiritual.

Se dice en el Apocalipsis: “Después vi un nuevo cielo y una nueva tierra; el primer cielo, en efecto, y la primera tierra han desaparecido.” ¿Quiere decir eso que los precedentes se han vuelto viejos? La tierra, en todo caso, comprendo que esté un poco vieja, porque está hecha de materiales que no son de la mejor calidad y, con el tiempo, se desmorona un poco. Pero el cielo, que está hecho en principio de una materia pura, luminosa y eterna, que no puede empañarse ni oxidarse, ¿cómo es posible que haya envejecido? Sin embargo, está escrito en el Génesis que después de haber creado el cielo y la tierra “Dios vio que era bueno”, ¿cómo es que ahora descubre que este mundo ya no está en buenas condiciones y se ve obligado a hacer uno nuevo? Eso no habla mucho a favor de su perfección. Y además, hasta que se terminen los trabajos, ¿dónde van a alojarse los habitantes? ¿Acaso no se pondrán furiosos y harán reclamaciones? ¡Vaya trajín en el cielo y vaya preocupaciones para el Señor! No, esto es absurdo, tenemos que interpretar las cosas de otra manera.

## **ÁRBOL DE LA VIDA**

El cielo y la tierra representan una unidad, no están separados, y en el ser humano tampoco: el cielo es la cabeza y la tierra es el vientre. El cielo es, pues, la parte espiritual del hombre, y la tierra sus manifestaciones. En el lenguaje de los Iniciados, el lenguaje de los símbolos eternos, un “nuevo cielo” quiere decir unas ideas nuevas, una comprensión, una percepción, una filosofía nuevas, y una “nueva tierra” significa unas actitudes nuevas, unos comportamientos nuevos; en definitiva, otra forma de pensar y otra forma de vivir. La cabeza está en el cielo y los pies en la tierra. Los pies se mueven en función de la cabeza, porque los pies corren allí donde la cabeza tiene ya algunos proyectos. Así pues, el comportamiento, la conducta, la forma de actuar, cambiarán debido a la cabeza, es decir, a la nueva filosofía.

Este nuevo cielo que Dios está creando ¿es verdaderamente nuevo? No, ya está ahí desde la eternidad, pero será nuevo para los humanos. Está ahí, pero no lo ven, y será nuevo para ellos porque un día, de repente, lo descubrirán. Un nuevo cielo y una nueva tierra... En realidad, ni siquiera sabemos lo que significa la palabra “nuevo”. Consideremos un río, su nombre siempre es el mismo: Sena, Danubio o Támesis, pero el agua que fluye es siempre nueva. Y el sol también es siempre nuevo, porque sus emanaciones, sus radiaciones, son siempre diferentes. Lo que es nuevo es la vida, el contenido; cuando vamos mucho más arriba para entrar en el contenido, en la vida, encontramos que es nuevo sin cesar. El nuevo cielo y la nueva tierra significa, pues, que los humanos irán más arriba, a un lugar en donde descubrirán lo que siempre ha existido, pero que ellos nunca habían visto. Es como el sol, está ahí desde siempre, pero todavía no lo han comprendido. Puesto que no se alegran, que no lo contemplan, que no quieren llegar a ser como él, es que no lo han descubierto y que viven todavía en el antiguo cielo, viejo, carcomido, mohoso.

La nueva tierra será la forma de comportarse, de actuar, una nueva forma de alimentarse, de respirar, de mirar, y ya se acerca. Pero todo debe empezar por el nuevo cielo, es decir, por el sol: ver primero qué luminoso es el sol, qué caluroso, vivificante, bello, puro, grande, poderoso, generoso, y cómo están representados en él todos los esplendores, todas las cualidades, todas las virtudes. ¡Este es el nuevo cielo que va a venir hacia los humanos! Y el sol nos hará descubrir este nuevo cielo, que siempre ha estado ahí y en el que habitan los Iniciados, los grandes Maestros, los Profetas que han dejado la Tierra, en el que habitan también los Angeles, los Arcángeles, las Divinidades, este cielo al que Jesús llamaba “la casa de mi Padre”.\* Muchos seres habitan en este cielo, que no puede ser cambiado, mejorado o renovado, porque ya se renueva sin cesar, nunca es el mismo. Y ocurre igual con el sol, nunca es el mismo, porque esta energía, esta luz, este calor, esta vida que fluye a través de él es siempre nueva, siempre nueva.

Y veamos ahora, ¿ acaso podemos vivir en el sol? Claro, desde hoy mismo, cada día podéis estar en él: cada vez que alimentáis pensamientos y sentimientos puros, que decidís trabajar para un alto ideal, ya estáis en este cielo nuevo, y este cielo nuevo conlleva obligatoriamente una nueva tierra. Porque aquél que abraza una filosofía sublime se ve obligado a cambiar su comportamiento, su forma de actuar. Todos los métodos que estáis aprendiendo aquí relativos a la nutrición, la respiración, los gestos, la palabra, esto es la nueva tierra.

Sí, y la nueva tierra nos obliga a tener otra actitud hacia toda la creación. El invierno pasado en Videlinata traté un poco esta cuestión. Os decía: “¿Queréis que os muestre una partícula pequeñita de la nueva tierra? Mirad: salgo de mi chalet para ir a la sala de conferencias... Miro al sol, miro las montañas, el lago, el bosque, la nieve que

---

\* Ver la conferencia: “Hay varias moradas en la casa de mi Padre” (Tomo IX).

centellea, y me dirijo a ellos, así como a los seres luminosos de la naturaleza, les digo qué bellos son y les saludo con la mano. Este comportamiento no está extendido entre los humanos, porque para ellos todo está muerto, la naturaleza está vacía, así que ¿para qué saludarla?... Están en la antigua tierra, ni siquiera hacen un gesto de amistad a la creación, y sin embargo, ¡si supiesen todo lo que este gesto puede desencadenar y poner en marcha! En la nueva tierra os sentís protegidos, acunados por toda la creación, porque reconocéis que está viva, que es consciente, y la saludáis. Sí, pero para hacer este gesto debemos cambiar nuestro estado de conciencia, vivir en el nuevo cielo...

Y nuestro planeta, la Tierra, esta pequeña mota de polvo insignificante, ha necesitado miles y miles de millones de años para llegar a su estado actual; ella también cambia y se transforma, su cuerpo etérico nunca es el mismo, está en contacto permanente con el sol y las estrellas que le dan elementos siempre nuevos, y un día, a fuerza de trabajo, se volverá transparente, cristalina, límpida y brillará como el sol. De momento la Tierra es un fruto todavía ácido, pero el sol la hace madurar con su calor. Algún día será un fruto maravilloso, como el sol, porque el sol es su padre y los hijos acaban siempre pareciéndose a sus padres. De momento la tierra es una niña pequeñita, pero algún día, brillará como su padre, el sol. En esta época, los humanos vivirán en otros planetas, ya no habitarán en la tierra, se la dejarán a los animales que serán educados, instruidos, cuidados. Sí, los animales serán más inteligentes, más bellos, más expresivos, ¡y algunos hasta tocarán el piano, escribirán libros y harán unos discursos formidables!...

Una nueva luz va a venir, mis queridos hermanos y hermanas, y todo estará lleno de vida, todo será claro, luminoso, armonioso... En esta nueva tierra ya no se verán más peleas, revoluciones ni guerras, habrá tal armonía, tal unidad entre los hombres, que formarán todos una sola familia, y en todas partes reinarán la fraternidad y la paz. Pero

antes de que esto suceda, ya os dije a través de qué catástrofes, de qué tornados va a pasar la humanidad, ¡y todo esto se acerca! Después todo se calmará, y aquéllos que estén vivos verificarán la veracidad de mis palabras. De momento, utilizad los nuevos conocimientos que habéis recibido para perfeccionaros.

Han sido unas palabras sobre el nuevo cielo y la nueva tierra. Ahora debéis entrar en el nuevo cielo, es decir, aceptar la nueva filosofía y aplicarla; y la aplicación, justamente, es la nueva tierra... Pero, ya veis, debemos comprender estas cosas simbólicamente porque, si no, nada tiene sentido. Ocurre como con las profecías de los Evangelios. Algunos cristianos esperan que el sol se oscurezca, puesto que Jesús dijo: “El sol se oscurecerá, la luna ya no dará su claridad, las estrellas caerán del cielo.” Reflexionando, encuentro que nuestra pobre y pequeña Tierra es tan minúscula que ni siquiera habrá sitio para que caigan encima de ella. Una sola estrella ya es miles de veces más grande que esta tierra sobre la que caerá, ¡qué pasaría si todas cayesen al mismo tiempo!... Habrá una señal, ya sabéis, y caerán todas juntas para complacer a los ignorantes. Nunca, jamás; las estrellas se quedarán donde están. Ni siquiera están al tanto de la existencia de una mota de polvo que se llama Tierra, en donde unos pequeños microbios discuten de religión y de filosofía: ¿por qué tendrían que caerle encima? Las estrellas no caerán, pero, simbólicamente sí, caerán muchas estrellas. ¿Y cuáles son estas estrellas? Los hombres famosos, que están puestos sobre pedestales, cuando no lo merecen. Con el nuevo cielo y la nueva tierra, les dirán: “¡Fuera, marchaos, estáis llenos de moho!”

Y el sol que se oscurecerá alude a esta filosofía humana que, supuestamente, ilumina a los hombres; se oscurecerá, es decir, ya no podrá resolver los nuevos problemas que presente la vida. Así pues, este sol al que los humanos se han aferrado, se oscurecerá. En cuanto a la luna, representa las creencias religiosas; éstas perderán su

claridad, porque son nebulosas y vagas, y ya no bastarán. Estas son las predicciones de Jesús, pero no se referían al sol, a la luna y a las estrellas que están en el cielo. La prueba es que los cálculos de todos los supuestos profetas y profetisas nunca se han verificado.

Yo también he recibido algunas cartas de profetisas que me anunciaban que en tal fecha el sol se oscurecería, etc... y que todo se habría acabado. Y yo sonreía porque sabía, claro, que era falso... Y cuando había pasado la fecha, recibía nuevas cartas de la profetisa en las que me decía que se había equivocado en sus cálculos, pero que ahora había encontrado la verdadera fecha. Y yo seguía sonriendo. ¿Qué cuesta sonreír?... Pero de nuevo, en la fecha prevista, no pasaba nada, y llegaban nuevas cartas... ¿Cómo es posible que los cristianos estén aún en eso? Algunos todavía esperan la llegada de Cristo sobre las nubes, y desde hace dos mil años todavía no ha venido. ¿Por qué tarda tanto? Pueden esperar aún, y hasta les aconsejaría que cantasen, como Tino Rossi: “Esperaré...” Están esperando, por eso no se ponen a trabajar: porque esperan. Y cuando llegue el día de la venida del Señor, harán desfiles con bandas militares cantando: “El Señor ha llegado, ¡despertaos!” ¡Y cuántos pavos, pollos y corderos serán sacrificados para festejar la llegada de Cristo! ¡Sólo hay que ver en Navidades, en Año Nuevo, y en Pascua, la cantidad de estos pobres animales que son sacrificados para llenar los estómagos de los cristianos!... Yo no espero a Cristo, porque ya ha venido. Sí, ha venido, viene, y vendrá. Ya ha venido para los sabios, para los Iniciados; viene para los discípulos; ¡y vendrá, no se sabe cuándo, para los demás, que no comprenden absolutamente nada!

Quisiera decir ahora unas palabras sobre el injerto espiritual. Pero antes, acordaos de lo que os expliqué en relación con las improntas y los clichés. Os dije que cuando ensayáis un fragmento musical, por ejemplo, o cuando aprendéis un texto de memoria, no debéis precipitaros en hojear esta partitura o este texto. Todo se imprime en la materia del cerebro, igual que las letras en el papel de imprenta, y debéis, por tanto, estar muy atentos para formar impecablemente el primer cliché en el cerebro. Si cometéis un error en alguna parte, debido a la rapidez o a la falta de concentración, este error se reproducirá siempre en el mismo sitio.

Cuando echamos un vistazo a la vida de los humanos vemos que no son grandes psicólogos: se precipitan sobre las cosas o sobre los seres, sin atención, sin delicadeza ni precisión, y así cometen errores que repiten toda la vida. Después hacen esfuerzos para remediarlos, pero en vano, las mismas tonterías, las mismas debilidades, los mismos vicios se repiten eternamente. Y al final, cuando ven la inutilidad de los esfuerzos que han hecho para corregirse, para reparar, están decepcionados, desanimados, y algunos hasta se suicidan. ¿Por qué este fracaso? Porque son ignorantes; no conocen la estructura del ser humano y las relaciones que existen entre sus sentimientos, sus pensamientos y sus actos, y debido a esta ignorancia no logran corregirse.

Los clichés se graban en el cerebro bajo una forma etérea, y por tanto invisible. Pero lo comprenderéis mejor si os doy un ejemplo. ¿Qué es una semilla? Un cliché. No veis el trazado de las líneas de fuerza, pero poned la semilla en la tierra y regadla: el sol la calentará y pronto veréis aparecer un brote, un tallo... Todo estaba ya dibujado en el interior de la semilla por una mano muy inteligente; porque, de lo contrario, ¿cómo explicar esta proporción, esta medida, toda esta belleza de una planta, si no hubiese un cliché escondido en la pequeña semilla, cuyas líneas de fuerza canalizan las energías? De la misma manera, si ciertos humanos se sienten impulsados siempre a cometer tal o

cual crimen, es porque hay unos clichés depositados en ellos que, como líneas de fuerza, les impulsan en esta dirección. Al principio, no se sabe cuándo, quizá en esta vida o en una vida anterior, tuvieron un pensamiento, un sentimiento o hicieron un gesto que se grabó en la materia etérica del cerebro; y una vez grabado el cliché, repiten siempre este gesto o este sentimiento, porque la naturaleza es fiel. Si empezáis a meter la mano en los bolsillos de alguien, pronto ya no podréis luchar, siempre tendréis el deseo de hacer investigaciones geográficas en los bolsillos de los demás. A eso lo llaman cleptomanía... ¡porque ahora todos los vicios reciben nombres científicos! Como este hombre que fue a ver un médico: “Doctor, dijo, no me siento bien, explíqueme lo que me ocurre, pero digámelo claramente, ni en griego ni en latín, para que lo comprenda”. El médico lo examina unos minutos, le hace unas preguntas, y después le da el diagnóstico: “Bien, Vd. es un borracho y un glotón, eso es todo. - ¡Vaya!, exclama el paciente, ¡dígamelo ahora en griego o en latín para que se lo pueda repetir a mi mujer!”

Todo el mundo quiere hacer todo tipo de experiencias: ver, oír, gustar, tocar; es la moda. Hay que experimentarlo todo: los placeres, las pasiones, las locuras, y una vez que ya se han habituado, una vez que ya se ha grabado el cliché, ya no pueden corregirse. Sin embargo, existe una ciencia que debemos conocer para poder, no sólo poner remedio a nuestros defectos, a nuestras pasiones, a nuestras tendencias inferiores, sino para sacar provecho de ellos. Esta ciencia es la del injerto.

Sabéis que los hombres encontraron esta técnica para obtener de los árboles mejores frutos. Por ejemplo, a un peral salvaje muy vigoroso, pero que sólo produce frutas ásperas, le injertáis un brote de un peral de excelente calidad: de esta manera, el buen árbol aprovechará el vigor del árbol salvaje y tendréis unas peras magníficas. Los humanos se han hecho expertos en estas técnicas, pero cuando se trata del terreno psíquico o del terreno espiritual, ya no son tan capaces ni tan diestros. Vemos a grandes

sabios, grandes escritores, artistas, filósofos, hombres políticos, perseguidos por ciertos vicios, por ciertas pasiones de las que no pueden desembarazarse. ¡Cuántos artistas muy dotados, incluso geniales, bebían, se drogaban, se arruinaban con el juego o con las mujeres! No los citaré... Murieron con estas debilidades. Si hubiesen conocido las leyes del injerto, habrían podido injertar cualidades y virtudes sobre estas debilidades.

Pero ¿cómo proceder? Suponed que tenéis un amor muy sensual. Es una fuerza salvaje, formidable, irresistible. Podéis hacer un injerto sobre él, pero para ello debéis encontrar una rama de otro amor, puro, noble, elevado... e injertarla. Entonces, las savias que produce vuestra naturaleza inferior subirán, circularán a través de estas ramas, es decir, de estas huellas, de estos circuitos nuevos, dibujados en vuestro cerebro, y producirán unos frutos extraordinarios, un amor prodigioso que os aportará unos éxtasis y unas inspiraciones increíbles.

Y si tenéis una vanidad espantosa que os chupa todas vuestras fuerzas, todas vuestras energías, también podéis injertar sobre ella una cualidad. En vez de buscar siempre la gloria ante el mundo, ante los bobos, ante los imbéciles, trabajáis deseando la gloria, pero ante el Cielo, una gloria divina, inmarcitable, que no se extingue nunca.

Si sois coléricos, puede que hayáis destruido ya varias amistades y estropeado buenas condiciones para vuestro futuro. Pues bien, esta fuerza brutal que estalla como un trueno también podéis transformarla, sublimarla, haciendo un injerto, y entonces os volvéis infatigables para luchar, para guerrear, para combatir y vencer todo lo que es inferior, y os convertís en un soldado de Cristo, en un servidor de Dios, invencible. En vez de destruir lo que es magnífico, vuestra fuerza marcial os ayudará a construir. Basta con encontrar injertos.

Diréis: “En la historia existe tal héroe, tal santo, tal profeta que admiro y me inspira. En él encontraré estos injertos.” Sí, es posible, pero como ya están lejos en el

pasado, no podréis hablarles ni entrar en relación con ellos como con un ser vivo. O incluso, si entre los hombres vivos que conocéis escogéis a un amigo, a un filósofo, a un artista al que admiráis, está bien, pero los injertos serán siempre un poco dudosos, porque estos seres tienen siempre algunas debilidades, algunas insuficiencias, y no son absolutamente fuertes, poderosos, generosos, luminosos y calurosos. Sólo existe una criatura que supera todo lo que podamos imaginar en inteligencia, amor, poder, generosidad, inmortalidad, y que tiene un gran almacén de distribución de injertos: es el sol. A él debéis dirigirlos para procurároslos.

De ahora en adelante, cuando contempléis la salida del sol, le diréis: “Querido sol, verdaderamente soy demasiado tonto, no comprendo nada, y cuando debo decir algo, farfullo, no me suceden más que desgracias; pero tú, que eres tan luminoso, que iluminas toda la Tierra, dame unos injertos de tu inteligencia”. Y os los dará gratuitamente, ¡os lo aseguro! Y entonces los injertaréis, en el cerebro. Podrá enviaros incluso a un experto si no sabéis cómo hacerlo. Después podréis pedir un injerto de amor, de salud, de vitalidad, o de cualquier otra cualidad... Todo está en el sol, podéis pedirle todos los injertos que queráis. Pero no los pidáis todos al mismo tiempo, sino uno tras otro, porque si no, mientras que os ocupéis de uno, los demás se secarán y morirán

Varios de vosotros os preguntáis si hablo en serio... Sí, hablo en serio, porque todo lo que os digo lo he verificado durante años; todo lo que conozco lo he practicado primero en mí mismo. Y todavía no os lo he dicho todo sobre esta cuestión, pero lo que yo no os diga, el sol os lo revelará. El sol es el que me ha comunicado todo lo que conozco. Estáis asombrados de saber que el sol puede hacer revelaciones, ¡pero es la verdad!

Un gran Maestro puede daros algunos injertos; es posible, porque es un representante del sol, pero ningún Maestro puede compararse con el sol. Un hombre, claro está, puede parecerse al sol, en cierta medida, cuando su inteligencia empieza a irradiar, cuando salen de él colores luminosos, cuando su corazón arde de amor, cuando por todas partes a su paso anima, resucita y vivifica a los seres... Pero el sol alimenta a la Tierra entera; gracias a él todo crece y madura, anima a todas las criaturas, les da la vida, les hace moverse. El poder de un Iniciado no puede llegar tan lejos, aunque sea benéfico para los humanos; nadie puede compararse con el sol.

Comprendedme bien, mis queridos hermanos y hermanas, únicamente los rayos del sol son capaces de reemplazar en vosotros todo lo que está gastado, es impuro o tenebroso; pero debéis aprender a recibirlos. Si os abris a ellos con todo vuestro corazón, empiezan a trabajar: reemplazan al hombre viejo en vosotros y sois regenerados, renovados, resucitados; vuestros pensamientos, vuestros sentimientos, vuestros actos, todo es diferente. Únicamente los rayos del sol son capaces de producir esta transformación en vosotros, nada más. Desgraciadamente, los humanos, que experimentan sensaciones formidables cuando comen, cuando fuman o se abrazan, no sienten nada cuando están delante del sol. Esto es así porque se encuentran en un nivel de vibraciones demasiado bajo; por ello todo lo que es inferior les impresiona, actúa sobre ellos, mientras que los rayos del sol les dejan indiferentes. Pero cuando el discípulo avanza, cuando evoluciona, se vuelve más sensible a los rayos del sol, y éstos producen en él revelaciones, éxtasis, sensaciones verdaderamente celestiales.

Todo esto es, una vez más, algo completamente nuevo; la psicología todavía no ha descubierto que depende de nosotros el hecho de que los rayos del sol produzcan en nuestra alma, en nuestro corazón, fenómenos de la mayor importancia que pueden regenerarnos, resucitarnos. Pero, claro, debemos prepararnos, porque, si no, seguiremos

estando siempre fuera del sol. Debemos prepararnos con varios días de antelación, con meses de antelación, para estar tranquilos, libres, lúcidos, y sentir lo que son los rayos del sol, qué poderosos son, qué puros y divinos.

Yo he estudiado la naturaleza de los rayos del sol y he visto que eran como pequeños vagones llenos de víveres con todo lo que se necesita para comer, para beber, para comprender, para ser felices, inteligentes, activos. Pero los humanos, que están dormidos, que son ignorantes, los dejan pasar, y después gritan: “Tengo hambre, tengo sed, ¿quién viene a ayudarme?” Y, sin embargo, ¡había de todo en estos rayos de sol! ¡Y si conociérais a los que los envían!... Sí, porque en el sol habitan unos seres que son muy superiores a nosotros; nos miran, a veces nos sonrían, y se dicen entre sí: “¡Oh! Mira a fulano o a mengano, ¡qué curioso es!...” No, no hacen esto porque son muy educados; pero yo sé lo que dicen porque los escuché un día, y decían: “Mirad a estos pequeñitos en la Roca. De momento no son gran cosa pero más tarde se convertirán en divinidades”. Sí, ¡tienen una esperanza, una fe y un amor extraordinarios! Son los únicos que creen que llegaremos a ser divinidades. Aquí en la Tierra, nadie lo cree, pero ellos sí lo creen. También les oí que decían: “Es bonito verlos en la Roca, han venido por nosotros. Están un poco adormecidos, no saben que les sonreímos, que les distribuimos regalos, no se dan cuenta; están inmersos en sus cosas: cómo han comido, bebido, cómo se han peleado o cómo se han abrazado, ¿qué hay que hacer para llamar su atención?... Pero hay esperanzas. De momento no están muy a punto, pero cuando crezcan se convertirán en divinidades”. Y son felices con esta esperanza. ¿No me creéis?... ¡Pues id a verificarlo! Son los únicos que creen que algún día llegaremos a ser verdaderos hijos de Dios.

Tenéis que saber todo esto. Pero debéis prepararos; es la preparación lo que nunca está a punto. Cuántas veces os lo he dicho: “Preparaos para la salida del sol,

acostaos la noche anterior con este pensamiento de que a la mañana siguiente veréis al Señor mismo a través del sol”. Pero no, no, no os preparáis, por eso pasan los años y no habéis comprendido nada, no habéis descubierto nada, ¡y sin embargo habéis mirado al sol! Desde hace mucho tiempo deberíais haber descubierto el sentido de la vida mirando al sol, porque él es el único que puede abriros los ojos sobre el sentido de la vida, el único. ¿Y sabéis, mis queridos hermanos y hermanas, qué es lo que me permite avanzar, hacer progresos?: que cada mañana constato que todavía no he comprendido nada de la grandeza del sol. Cada día me digo: “Ayer creía conocer al sol y hoy me doy cuenta de que no he comprendido nada; es hoy cuando empiezo, por fin, a conocerlo.” Y al día siguiente, me digo lo mismo. Mientras que vosotros decís siempre: “Esto ya lo conozco, ya se sabe, ¡hay que archivarlo!” Sí, cada día encuentro que todavía no he captado nada de esta inmensidad, de este esplendor del sol. Cuando empezamos a pensar que ya no nos queda nada por conocer, nada por descubrir, nos estancamos, nos dormimos, y se acabó. Nunca debemos actuar así, siempre debemos decirnos: “Hoy es la primera vez que lo veo, hoy voy a empezar a comprenderlo”. Y así avanzáis, avanzáis... Ya veis ¡otro nuevo y maravilloso método!

Bonfin, 23 de agosto de 1967

## Capítulo XIV

### El sol puede dar la solución al problema del amor

#### La fuerza Telesma

¿Qué me decís, mis queridos hermanos y hermanas? Esta salida de sol supera a todas las demás... ¡Es extraordinario! Esto es la gloria, hemos visto la gloria, hemos visto la pureza, hemos visto el esplendor... No hay palabras para expresarlo. Verdaderamente, tengo ganas de decir todo el día: “Es extraordinario, gracias, gracias, gracias...” El sol, ya os lo dije, puede resolver todos los problemas, y en particular un problema que atormenta al mundo entero: el del amor y de la sexualidad. Los hombres buscan soluciones por todas partes: se dirigen a los biólogos, a los médicos, a los psicoanalistas; buscan cómo los holandeses, los daneses, los americanos han resuelto el problema, pero, los pobres, no encuentran más que respuestas contradictorias. Por mi parte, os diré que la solución de todos los problemas sexuales se encuentra en el sol. Sí, sólo él puede daros el secreto, y esto es particularmente importante en nuestra época, en la que la gente rechaza todas las antiguas tradiciones morales y se encuentra abandonada a su propio arbitrio.

¿Tenéis curiosidad por conocer este secreto?... ¿Pero qué habéis hecho para merecer este privilegio? No, mis queridos hermanos y hermanas, es un secreto demasiado valioso, no os lo puedo decir, pero si lo buscáis verdaderamente lo encontraréis vosotros mismos. Esta es la mayor revelación que el hombre puede recibir

del sol y debéis pedírsela. Mientras que no aceptéis considerar al sol como un ser inteligente no recibiréis nada de él... De ahora en adelante, cuando vengáis a la salida del sol, preguntadle con todo vuestro corazón, con toda vuestra alma, y después esperad...Os hará sentir la respuesta. Porque, evidentemente, el sol no habla como los hombres, habla en silencio: envía ondas, partículas que hay que descifrar. Si sabéis cómo escucharle e interpretar sus palabras, estaréis asombrados al ver que es capaz de resolver los problemas más arduos, los más insolubles. Pero para eso tenéis que dejar de considerarlo como algo muerto, mecánico, tenéis que creer que es un ser vivo, el más inteligente, el más poderoso, dotado de una conciencia superior, sublime, divina, que posee la sabiduría eterna y los poderes absolutos. Así, entráis en contacto con él, vuestras vibraciones se acercan cada vez más a las suyas y se establece entre él y vosotros una verdadera comunicación, y empezáis a tener revelaciones interiores, nociones nuevas y aclaraciones, sin que ni siquiera sepáis que ha sido el sol quien las ha depositado en vosotros.

Ya os lo he dicho, el yoga más perfecto que he descubierto es el Surya-yoga, porque es el yoga de la inmensidad, el yoga de la plenitud, el yoga de la eternidad, del esplendor absoluto. Podéis practicar los demás yogas, pero corréis el riesgo de perder muchos años sin tener resultados. Mientras que aquí, aunque durmáis, ya tenéis resultados, porque, a pesar de todo, el sol introduce en vosotros algunas de sus partículas. Ve que habéis venido con un objetivo loable, maravilloso. Os habéis dormido en el camino, claro, pero no es grave. El sol es clemente y misericordioso, dice: “Es un niño, duerme, pero démosle algo de todas formas, porque su objetivo era divino”. Mientras que con los otros yogas, por ejemplo con el Hatha-yoga que ahora está tan extendido en occidente, si os dormís, si flaqueáis, nadie vendrá a sosteneros, a ayudaros; estáis abandonados a vosotros mismos. Debéis hacer ejercicios de

respiración, adoptar toda clase de posturas, con la cabeza abajo, con las piernas hacia arriba, y si no lo lográis, si vuestras posturas no son correctas, aunque trabajéis durante años, no sólo no tendréis ningún resultado, sino que corréis el riesgo de desequilibraros. Mientras que el Surya-yoga, como veis, es un yoga muy ventajoso. Nada os impide practicar después todos los demás yogas, de los que también hemos hablado; incluso lo haréis mucho mejor gracias al Surya-yoga.

Cuando salimos de excursión, de viaje, debemos equiparnos un poco: llevamos unos bocadillos, y alguna bebida para echar un trago de vez en cuando, ¡digamos que para darnos ánimos! Pues bien, aquí sucede lo mismo: antes de empezar la jornada, venís a la salida del sol. Es como una tienda especial en donde llenáis vuestra mochila de bocadillos, de agua, o si lo preferís, de rakí o de sake, y después, durante toda la jornada podéis hacer vuestra excursión, porque por la mañana, a la salida del sol, habéis llenado bien vuestras mochilas. Sí, allí hay una fuente que mana, una tienda llena de toda clase de víveres. Si no queréis coger nada, no tendréis nada en vuestra mochila, y entonces, cuando hagáis excursiones lejanas, es decir, a una veintena de metros, para ver a vuestra amada, hablarle, contemplarla, pues bien, será una lástima porque estaréis vacíos, cansados, inexpresivos, no podréis darle nada. Tenéis que venir a la salida del sol para que después podáis mirarla mejor, hablarle mejor, llevarla hacia el cielo.

Pero dejemos todos estos argumentos. Escuchándome, los encuentro tan pobres, tan insuficientes que no quiero continuar... Cuando el sol es tan luminoso, tan radiante y lleno de amor, yo ya no tengo palabras. Me siento feliz, dilatado, pero cuando quiero expresarme con palabras, no las encuentro; han volado hacia el cielo y debo ir a buscarlas, a llamarlas. Hasta mis palabras ¿veis?, están tan maravilladas del sol que se han ido, ¡y no hay manera de hacerlas volver!

Decidme, ¿cómo os sentís? Yo soy más privilegiado que vosotros, porque mi espalda está expuesta al sol, y por la espalda es por donde recibimos las energías. Sí, de vez en cuando debéis exponer vuestra espalda al sol, porque es ahí, a lo largo de la columna vertebral, donde los chakras tienen sus raíces. Y cuando exponéis la espalda al sol, absorben energías solares que los ponen en movimiento.

Esta conferencia de hoy es la más débil que os he dado nunca. Pero, en realidad, para mí es la más sustancial, porque os he hablado con toda mi alma, con todo mi corazón, con todo mi espíritu..."¿Y ese secreto, diréis, ese secreto sobre el amor del que nos ha hablado hace un rato?" Si os lo revelo habrá muchas conciencias cristianas que se escandalizarán. Por eso no me atrevo. Los humanos tienen sus propias ideas sobre ciertos problemas, sin sospechar que Dios mismo piensa de otra manera: Él ha creado el sol, y el sol representa, justamente, un modelo a través del cual nos explica cómo amar, cómo comprender este amor para estar sanos y bien equilibrados... Pero yo desconfío de los cristianos, me parece que serán los últimos que comprenderán este gran misterio del amor cósmico, del amor divino.

Numerosos budistas, hindúes, tibetanos, numerosos sufíes y cabalistas han comprendido desde hace miles de años exactamente lo que había que comprender, y se benefician de una fuerza, de una belleza, de una inteligencia y de una clarividencia increíbles. Si tan sólo los cristianos hubiesen comprendido los Evangelios, habrían encontrado que Jesús conocía este secreto del que os hablo; sí, lo conocía, pero lo reveló solamente a sus discípulos, porque los demás todavía no podían comprenderlo.

Así pues, os aconsejo que le pidáis al sol su secreto sobre el amor. Yo no me atrevo a hablaros de él, porque muchos de vosotros todavía no están instruidos, orientados, todavía no tienen las cosas claras, y sería peligroso hacerles revelaciones tan alejadas de su comprensión: o perderían la cabeza, o se revolverían contra mí para

destrozarme. Sabéis lo que dijo Jesús: “No echéis perlas a los puercos, para que no vengan a destrozarnos.”

El Iniciado más grande, el padre de toda la Ciencia iniciática de Egipto y del mundo entero, Hermes Trismegisto, cuyo nombre significa “tres veces grande”, dice en la Tabla de Esmeralda: “Esta es la fuerza más fuerte de todas las fuerzas, porque vencerá toda cosa sutil y penetrará toda cosa sólida.” A esta fuerza la llama Telesma, y dice aún: “El sol es su padre, la luna su madre, el viento la ha llevado a su seno y la tierra es su nodriza”. Más lejos añade: “Tendrás por este medio la gloria del mundo y toda oscuridad se alejará de ti”. Estas pocas palabras bastan para mostrar la importancia de nuestras salidas de sol. Eso significa que, para el discípulo que ha comprendido que la luz es todopoderosa, las enfermedades, los tormentos, todo lo que es negativo desaparecerá, y emanará de él una fuerza solar que el mundo entero se verá obligado a reconocer.

Diréis: “Sí, pero esto todavía no ha sucedido”... Claro, no sucederá mientras no hayáis comprendido por qué debéis venir cada mañana a presentaros ante el sol. Es la conciencia, la manera de considerar las cosas la que lo hace todo.

Hermes Trismegisto penetró en las mayores profundidades de los misterios de la naturaleza, y en la Tabla de Esmeralda dejó un resumen de toda la sabiduría antigua. Pero ni siquiera los alquimistas lo han comprendido. Cuando Hermes Trismegisto decía: el sol, la luna, el aire, la tierra, hablaba verdaderamente de los cuatro elementos, mientras que los alquimistas, con los términos: sol, luna, etc... tratan de comprender otras cosas en las que Hermes Trismegisto no había pensado. Sin embargo, es muy sencillo y muy claro. Son los cuatro elementos los que producen esta fuerza fuerte de todas las fuerzas llamada Telesma. Todos los magos, ocultistas, brujos, que practican la

talismanía, tratan de introducir en los objetos esta fuerza llamada Telesma (de ahí viene el nombre de talismán), pero no siempre saben de dónde viene, ni cómo captarla y dirigirla. Sin embargo Hermes Trismegisto lo dice muy claramente: el sol es su padre; es, pues, el sol el que la produce, y hay que buscarla en el sol. La luna es la madre... En su aspecto inferior, la luna representa el mundo de las ilusiones, del desequilibrio, de la locura, mientras que en su aspecto superior representa la pureza de la vida divina. La madre es este aspecto superior de la luna. Así pues, el padre, el sol, produce la fuerza, y el viento, es decir, el aire, la transporta al vientre de la madre, la luna, que empieza a trabajar con ella. Pero esta fuerza, presentada aquí bajo la forma de un hijo, hay que alimentarla, y es la tierra la que hace de nodriza.

Hermes Trismegisto lo dice, pues, claramente: hay una fuerza que viene del sol. Y como el sol jugará el mayor papel en el futuro, hay que darse prisa en comprenderlo, en tener una conciencia nueva con respecto a él, y prepararse para recibir todos sus efluvios, todas sus fuerzas. Detrás de la luz del sol hay muchas otras fuerzas y, justamente, Telesma es una fuerza tan poderosa que “vencerá toda cosa sutil y penetrará toda cosa sólida”, como se dice también en la Tabla de Esmeralda. Pero para que esta fuerza sea verdaderamente eficaz en el plano físico, debe ser fijada, debe convertirse en tierra; “su fuerza, o su poder, permanece entero si es convertida en tierra”, dice Hermes Trismegisto. Porque, en su estado original, esta fuerza es fuego; pero el fuego debe convertirse en tierra. El fuego es volátil y la tierra es fija... He ahí los términos “fijo” y “volátil” de los que se sirven los alquimistas. Es preciso, por tanto, que esta fuerza tan sutil sea cristalizada, condensada, materializada; entonces es todopoderosa, no antes. Esto es lo que Hermes Trismegisto sobreentiende, pero está dicho de una manera tan velada que, aún leyendo cientos de veces la Tabla de Esmeralda, podemos no verlo.

Esto es lo que el sol me ha revelado. Diréis: “¿Cómo puede el sol revelarle cosas semejantes?” Sí, puesto que él es la fuente de todo, puede revelarnos todos los misterios. Evidentemente, se trata de un trabajo gigantesco, de larga duración; hacen falta años, incluso siglos, para hacer descender la fuerza Telesma y condensarla en nuestras propias células hasta que sea algo material, tangible. Esta idea también está inscrita en los dos triángulos del sello de Salomón.

(dibujo)

El triángulo inferior, cuya punta está dirigida hacia arriba, es el símbolo de la materia que debe elevarse, utilizarse hasta casi desaparecer en el infinito. Mientras que el triángulo superior, cuya punta está dirigida hacia abajo, es el símbolo del espíritu que descende a la materia del cuerpo físico hasta instalarse en su lugar. En realidad, los dos triángulos siguen existiendo, pero bajo otra forma: la punta del primero toca los cielos, mientras que la punta del otro toca las profundidades del subconsciente. Y los dos triángulos juntos producen la perfección, la plenitud.

Los que puedan comprender me comprenderán. Todo lo que os digo gira siempre en torno a la misma idea: la materia debe espiritualizarse y el espíritu materializarse. La amada recorre la distancia que la separa de su amado que descende de las regiones celestiales; se encuentran en alguna parte en el espacio, y allí se fusionan. El espíritu descende hasta las profundidades del ser humano, y todo lo que

era grosero y pasional desaparece para dejar su sitio a la grandeza, la nobleza, la inteligencia, la luz, la belleza, al amor, la pureza, a la dulzura del espíritu.

Todo el trabajo del discípulo, mis queridos hermanos y hermanas, está resumido en estas pocas palabras. Hagáis lo que hagáis, cualesquiera que sean vuestras ocupaciones, vuestras lecturas, vuestras experiencias, vuestros ejercicios, deben desembocar en lo que os resumo aquí en dos palabras: la espiritualización de la materia y la materialización del espíritu. Yo me ejercito ahora para hacer como la naturaleza: condenso y desarrollo. La naturaleza condensa todo un árbol en una semilla. Pero si plantáis esta semilla ¡saldrán de ella tantas cosas que toda la vida no os bastará para analizarlas! Después, de nuevo, este árbol, con sus frutos y sus flores, puede volver a resumirse y condensarse en una semilla.

Los Iniciados, que imitan a la naturaleza, han logrado condensar todo su saber en las cartas del Tarot, por ejemplo. Pero, para comprenderlas, hay que conocer su método. Estas cartas son como semillas, hay que plantarlas, regarlas, vigilarlas, y saldrán de ellas árboles formidables, animales, seres ¡o mundos!... Entonces comprenderéis que los que crearon el Tarot conocían el arte de los símbolos. Y un símbolo no es otra cosa que el resumen de muchas leyes, verdades, nociones, presentadas bajo la forma geométrica más simple: un triángulo, un círculo, un cuadrado, una cruz, un cono... Los niños nos muestran, por otra parte, que son grandes iniciados: dibujan a un hombre con dos o tres líneas, eso es todo. Si no podéis comprender, es que no sois iniciados. Este niño hace un resumen del hombre, pero hay que comprenderlo...

Bonfin, 30 de agosto de 1967

## Capítulo XV

### El sol, a imagen y semejanza de Dios

#### “En espíritu y en verdad”

Hace algunos días hablaba con un hermano y en el transcurso de la conversación abordamos el tema de la Santa Trinidad. Este hermano es cristiano y, como la mayoría de los cristianos, no tenía muy clara esta cuestión. Pero ¿cómo hacer? ¿Cómo llevar a los hombres a la claridad si se obstinan en no querer estudiar la Ciencia iniciática que es la única que puede darnos unas nociones claras, precisas, coherentes? Por otra parte, la diferencia entre un pensador ordinario y un Iniciado es que un Iniciado tiene en su cabeza un armazón, una estructura, ve el mundo como un gran edificio en donde cada elemento está en su sitio, mientras que en la cabeza de los pensadores ordinarios todo es disparatado y sin conexión. ¿Cómo queréis que tengan, después, una idea justa del cosmos, de las fuerzas y las entidades que trabajan en él?

Desgraciadamente es así como instruyen a los niños en las escuelas y en las familias. Nunca les han presentado la unidad de la creación, la relación que existe en el universo entre el mundo del espíritu, el mundo del alma y el mundo físico. Ni siquiera los espiritualistas tienen una idea clara de lo que significan las palabras de Hermes Trismegisto: “Y por eso me llaman Hermes Trismegisto: porque poseo la ciencia de los tres mundos.” Hermes Trismegisto no mencionó cuáles son estos tres mundos, pero con estas palabras quiso decir que conocía el armazón del universo, que había visto cómo están relacionadas entre sí las diferentes regiones y cómo los espíritus descienden y

suben de una a otra región. Esto es exactamente lo que está expresado en la Biblia con la escalera de Jacob. Esta escalera, que llegaba hasta el cielo y por la que Jacob vió subir y bajar a los ángeles, no es otra cosa que esta jerarquía que existe en el universo desde las criaturas más inferiores hasta Dios mismo. La gente no tiene ni idea de esta jerarquía, y ni siquiera los religiosos la conocen verdaderamente, porque no les han instruido sobre eso.

En la Biblia, en los Evangelios, hay algunas indicaciones que son como jalones, materiales que los Iniciados, los apóstoles o los profetas nos han dejado; y a nosotros nos corresponde reconstruir el edificio con estos materiales. Tomemos la cuestión de los arcángeles, por ejemplo. En la religión cristiana sólo se nombran cuatro: Uriel, Gabriel, Rafael y Mikhaël. Es todo, no se mencionan otros. Y podríamos preguntarnos: “¿Cómo? Para todo este universo, cuyos límites ni siquiera conocemos, ¿sólo hay cuatro arcángeles? ¡Qué miseria!” Pero resulta que en la Cábala todo está indicado, porque en el pasado hubo seres que fueron muy lejos para contemplar esta jerarquía y nos transmitieron sus conocimientos. Hay, pues, una jerarquía, con unas órdenes angélicas que son gobernadas por estos cuatro arcángeles y por otros aún. Pero ya sabéis todo eso, hace ya mucho tiempo que os hablé del Árbol sefirótico con el que ahora podéis trabajar.

Antes os decía que con este hermano abordamos la cuestión de la Santa Trinidad, y yo le pregunté: “Dígame, ¿qué representa el Padre?... ¿y el Hijo?... ¿y el Espíritu Santo?” Evidentemente me respondió lo que responden todos los religiosos: que Dios es el Padre, la Omnipotencia; que Cristo es el Hijo, el Amor; y que el Espíritu Santo es el Consolador. “Bien, le dije, está cerca de la verdad, pero no está claro. Para ayudarle le mostraré lo que sucede en la vida, en la naturaleza. Sí, porque si empiezo por decirle mi opinión usted pensará que no hay razón alguna para que ésta sea más

válida que la suya, y nadie sabrá quién está en la verdad. Para conocer la verdad hay que referirse a una autoridad, a alguien o algo inmutable, eterno, que no se equivoca nunca, y es a la naturaleza misma a la que debemos preguntar lo que piensa”. Esto era algo nuevo para este hermano; nunca había pensado que tenemos que ir a verificar nuestras ideas y nuestras opiniones con esta autoridad que es la naturaleza.

Entonces continué diciendo: Pero, si quiere, dirijámonos primero a las Escrituras y después preguntaremos a la naturaleza. Está escrito en el Génesis: “Y Dios dijo: Creemos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza”. Y más lejos: “Dios creó al hombre a su imagen, a su imagen lo creó.” ¿Por qué, la segunda vez, Moisés repite “imagen” y no dice “semejanza”? Con eso indicó que Dios tenía la intención de crear al hombre a su semejanza, pero que no lo hizo; solamente lo creó a su imagen. Pero ¿qué significa a imagen y semejanza de Dios? ¿Debemos comprender que Dios tiene una nariz, unos ojos, una boca, un estómago, unas piernas, o bien debemos comprender de forma diferente esta palabra “imagen”? ¿Y cómo debemos comprender también la palabra “semejanza”? Tenéis una semilla, no se parece al árbol, pero es a su imagen, contiene su imagen, y si la plantáis empieza a parecerse al árbol.

La imagen y la semejanza son dos cosas diferentes: la semejanza es el desarrollo perfecto de la imagen. Cuando plantamos una bellota, algún tiempo después crece una encina... La bellota, pues, acaba pareciéndose a su padre, la encina, mientras que antes era a su imagen solamente. Pero no debemos imaginarnos que, si Dios nos ha creado a su imagen, eso quiera decir que tiene, como nosotros, ojos, orejas y cabellos; estos detalles no tienen absolutamente ninguna importancia. Lo importante es que hay en nosotros un ser que piensa, que siente y que actúa, y es este ser el que es a imagen de Dios, porque Dios piensa, Dios siente y Dios actúa. Sí, pero como el hombre no tiene ni la omnisciencia, ni el amor, ni la omnipotencia de Dios, solamente es a su imagen, no a su

semejanza. Puesto que él no piensa, no siente y no actúa como Dios, sólo es a su imagen. Además, si allí en el Paraíso hizo tonterías, es que no era a su semejanza. Cuando se haya desarrollado, cuando haya crecido, se le parecerá, pero de momento el hombre no es más que una pequeña semilla, una simiente.

Es como el niño. Cuando el niño es pequeñito, sólo es aún a imagen de su padre o de su madre: no tiene la misma inteligencia, la misma fuerza, el mismo amor, no piensa en los demás, sólo piensa en sí mismo, come, bebe, grita, reclama, exige para él. Pero, al crecer, empieza a parecerse a su padre: reflexiona, trabaja, piensa en los demás, hace sacrificios para ellos.

Pero el discípulo tiene un ideal más elevado que el de parecerse a sus padres terrenales. En el pasado existía la costumbre de que el hijo siguiese el oficio de su padre; si el padre era tonelero, herrero, carpintero... o gángster, el hijo hacía lo mismo. Esto está bien, pero no va muy lejos. Nuestro ideal es el de llegar a parecernos al Padre Celestial o, más exactamente, a la Santa Trinidad, puesto que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son inseparables. Pero ¿cómo, con qué medios llegar a esta semejanza? Los Iniciados buscaron un modelo por todas partes en la naturaleza y no encontraron ninguno tan perfecto e ideal como el sol.

Veamos lo que sucede en la naturaleza con el sol. El sol es luz, calor y vida. Si consideramos que la luz representa la inteligencia, que el calor representa el amor, y que la vida representa el poder y la voluntad, vemos que el sol es a imagen de Dios, pero también a su semejanza, porque no es reducido y limitado como los humanos; al contrario, es tan luminoso, tan caluroso y tan vivificante que puede iluminar, calentar y vivificar planetas. Por tanto, para comprender la Santa Trinidad, hay que interrogar al sol. El Padre es el que crea, es la fuente de la vida que se manifiesta después bajo forma de luz, de calor, de movimiento, etc... ; el Hijo, Cristo, podemos decir que es el calor, el

amor; y el Espíritu Santo es la luz, puesto que hace revelaciones, da la facultad de profetizar, de predecir, de hablar en lenguas.

Podemos también invertir las cosas y considerar al Espíritu Santo como el amor y a Cristo como la luz, puesto que Jesús dijo: “Yo soy la luz del mundo”. Pero lo importante y absoluto es que el Padre Celestial representa la vida con sus dos manifestaciones: el calor y la luz. ¿Ve Vd. cómo la naturaleza puede instruirnos?; en ella todo es absolutamente justo y preciso, no podemos no aceptarlo... Y el hermano me escuchaba, asentía, pero estaba asombrado de ver que aquí existen nuevos métodos de investigación que permiten interrogar a la naturaleza misma sobre los más profundos misterios de la religión.

Después dije: “¿No encuentra Vd. extraño que los hombres aprecien y admiren todo lo que el sol hace, pero que se olviden de él? El ha dado todo lo que vemos en la naturaleza, sí, hasta el oro, tras el que corre la gente sin cesar y por el que son capaces de cometer crímenes; y, sin embargo, todos le vuelven la espalda al creador para ocuparse sólo de lo que ha creado, que no es verdaderamente él”. ¿Veis?, hay algo erróneo en la comprensión de los humanos: se olvidan de la Causa primera y corren tras las cáscaras, las escorias, los residuos de la creación. Mientras que los hombres no cambien de filosofía, mientras sigan abandonando lo esencial por lo secundario, el centro por la periferia, no podrán hacer otra cosa que romperse la crisma. Deben volver a dar prioridad a lo que es la causa de todo: el sol. La situación se corregirá primero en su cabeza, y después en la sociedad, y todo irá mucho mejor. Diréis: “¿Pero cómo puede tener semejantes consecuencias la forma de considerar el sol? Esto no es más que un pequeño detalle”. Sí, parece ser un pequeño detalle, pero, con el tiempo, esta inversión de valores ha acabado produciendo unas consecuencias extremadamente graves en todos los campos de la vida.

Después le pregunté a este hermano: “¿Qué hace Vd. para encontrar a Dios? ¿Dónde le busca?” Y respondió: “El está en todas partes, en los ríos, en los frutos, en las montañas, en todas partes... – Sí, claro, está en todas partes, y Vd. puede encontrarle en todas partes, pero ¿sabe cómo hacer para encontrarle más rápidamente y más eficazmente?...” A esto no pudo responderme, y, por otra parte, esta cuestión es algo muy vago también para la mayoría de la gente, incluso para los que practican una religión. Es cierto, Dios está en todas partes, está en el aire, en el agua, en el corazón de los hombres, en la mirada de los niños... Pero decir que Dios está en todas partes, es situarlo de una forma demasiado vaga, y eso os impide encontrarle rápidamente y eficazmente.

Cuando tenemos necesidad de zapatos o de queso, sabemos dónde encontrarlos, y no vamos a buscar unas gafas en una tienda de sombreros. Pero cuando se trata de encontrar a Dios con todo su poder, su esplendor, su luz y su amor, vamos a buscarle donde no está. Diréis: “¿Pero cómo? ¿Acaso no podemos encontrarle en la iglesia... en la hostia...?” Sí, claro, podemos encontrar a Dios en la iglesia, pero ¿qué iglesia, qué templo puede compararse con la naturaleza?, y ¿qué hostia puede compararse con el sol? Podéis comer vagones de hostias y seguir siendo tan malvados, tan celosos, tan sensuales, tan estúpidos y enfermizos como antes. Mientras que si vais hacia esta hostia inmensa que es el sol, y si comulgáis cada día con ella, os veréis obligados a transformaros. Porque en ninguna otra parte se manifiesta Dios con todo su poder, su luz y su calor como en el sol.

Si Dios nos ha dado una inteligencia y una lógica, debemos servirnos de ellas para encontrarle. ¿Quién podrá contradecirme si con mi razonamiento encuentro que todas las fabricaciones humanas no valen tanto como lo que Dios mismo creó?... ¡Nadie puede negar que las hostias se fabrican con materiales que han sido dados por el sol! Y

ni siquiera le dan las gracias al sol. Toman todo lo que él produce, el trigo, la uva, y se olvidan de darle las gracias. Ni siquiera se dan cuenta de que, sin él, no se podría hacer ni una sola hostia, ni una sola gota de vino. ¿Por qué han extraviado a los hombres? ¿Por qué han querido ocultarles la importancia del sol y hacerles creer que gracias a las hostias y al vino encontrarán a Dios? ¿Qué interés había detrás para que se les escondiese la verdad? Esto no les ha ayudado, puesto que hace ya dos mil años que comulgan con el pan y el vino y siguen siendo tan malvados y tan estrechos de miras como antes. Sí, ¿dónde está el progreso?

¿Cómo no darse cuenta de que es en el sol donde mejor se manifiestan la generosidad, la inmensidad y la eternidad de Dios? De ahora en adelante, mis queridos hermanos y hermanas, es ahí donde debéis buscar la Santa Trinidad: en el sol, y no más en el terreno abstracto y teórico, porque esto no es pedagógico. La pedagogía enseña que hay que empezar presentando a los niños cosas concretas, lo que se toca, lo que se ve, para llevarles después a un terreno más abstracto. Deberían haber utilizado el mismo método para la religión, y en vez de dejar a la Divinidad y a la Santa Trinidad como unas abstracciones de las que nadie (o casi nadie) comprende nada, deberían haber empezado por lo concreto, es decir, por el sol. Y después dejar buscar, a los que fueran capaces de hacerlo, detrás del sol, más allá del sol, al Espíritu, a Dios, al Absoluto. Diréis: “Pero los templos, las estatuas, los cirios, las hostias, son algo concreto.” Sí, claro, son algo concreto, pero algo limitado, frío, muerto. Mientras que, cuando vayáis a ver al sol, veréis su luz, sentiréis su calor, su vida. ¿Por qué prefieren los hombres rezar a un Dios abstracto e inasequible en unas iglesias sombrías y frías? Que vayan primero a ver al sol, a calentarse, iluminarse, vivificarse, a dar gracias a Dios, y después, si tienen posibilidades mentales suficientes para ello, podrán ir hacia un Dios abstracto.

Algún día hasta las iglesias y los templos serán inútiles, porque los humanos empezarán a ir a otro templo, al templo inmenso de la naturaleza viviente, en el que el sol es el sacerdote que oficia y las estrellas son las lamparillas. Esto es lo que sucederá un día, o lo profetizo. De momento los hombres todavía no están preparados debido a su estrechez y sus limitaciones. Y además, no es malo que haya iglesias y templos, es magnífico, tenemos necesidad de ellos, y nunca he dicho que hubiera que destruirlos. Incluso una casa es un templo. Pero, cuando quieran comprender bien la verdad, abandonarán todos estos templos y entrarán en el único templo que ha sido construido por Dios mismo: el universo. Y después comprenderán que el hombre también es un templo del Señor, y que debe limpiarse, purificarse, santificarse, para llegar a ser verdaderamente este templo. Entonces estará, en todas partes y siempre, en un templo para rezarle al Señor, porque estará en su propio templo y, al mismo tiempo, en el gran templo del universo. Esto es lo que simboliza nuestra vidriera: el pequeño pentagrama en el gran pentagrama, el microcosmos en el macrocosmos.

Gracias a su inteligencia, a su pureza, a su fuerza y a su luz, el hombre se convertirá algún día en un templo vivo.

Ahora, con la excusa de que están de viaje, dicen: “No puedo ir a una iglesia, así que Dios no me oirá.” Y no rezan. No es éste un buen razonamiento. Hay que llevarse el templo consigo, ¡lo mismo que el caracol lleva su casa! Pero eso no quiere decir que debamos menospreciar los templos y las iglesias que los hombres han construido con tanto ardor y con tanta devoción. Sé con qué amor se construyeron catedrales en toda la Edad Media, y, en todos los países por los que he viajado, en Italia, en España, en Inglaterra, en Grecia, en la India, en Estados Unidos, he visitado los templos, las iglesias, las mezquitas, porque admiro la devoción de los hombres para con Dios, cualesquiera que sea la forma con la que se presente. Pero me veo obligado a hablar así

para ensanchar vuestras concepciones, para llevaros más lejos todavía en la comprensión de la verdad. Ir a rezar a un templo es magnífico, pero ¿por qué dejar nuestro propio templo sucio, arruinado, asqueroso? Todos los animales y las fieras se pasean por él en libertad y se devoran entre sí. En este estado, aunque vayamos a la iglesia durante años, no servirá de nada. ¿No es acaso mejor purificar primero nuestro propio templo e invitar después al Señor para que lo habite? ¿Por qué dejar que los demás construyan templos y descuidar nuestro propio templo o ensuciarlo?

(dibujo)

Se dice en las Escrituras: “Sois el templo de Dios vivo”. Entonces, ¿a qué esperamos? Estamos acostumbrados a ir siempre a templos de madera o de piedra que no están vivos y no nos ocupamos de nuestro propio templo. Claro que, gracias a las oraciones de los santos y de los creyentes, tienen, sin duda, algo vivo, pero eso no puede compararse con un cuerpo humano purificado, santificado, y que se ha convertido en un verdadero templo. Cuando sois un templo, cuando rezáis en vuestro propio templo, entonces Dios os escucha y os atiende. Y si, al mismo tiempo, tenéis conciencia de estar en este otro gran templo, el universo, os volvéis un ser completo, estáis en la plenitud. Esto es lo que expresa, como ya os lo dije, el símbolo del pequeño pentagrama en el gran pentagrama. El gran pentagrama es Cristo, este Ser cósmico de luz, y el hombre

está en él. El pequeño templo en el gran templo, el microcosmos en el macrocosmos, esto es lo que debéis comprender.

Y para verificar lo que os digo, vamos ahora a buscar en el Evangelio, a ver si no está escrito que el hombre, un día, adorará a Dios sin iglesias, sin estatuas y sin cirios. Acordaos de lo que le respondió Jesús a la Samaritana, que le preguntaba si se debía adorar a Dios en la montaña de Samaria o en el templo de Jerusalén: “Créeme mujer, le dijo, llega la hora en la que no adorareis a Dios ni en esta montaña ni en Jerusalén, sino en espíritu y en verdad”. Evidentemente, los cristianos no comentan demasiado estas palabras, porque deberían suprimir o reemplazar muchas cosas en la religión. Tienen, pues, interés en dejarlas de lado. Pero yo, que no tengo ningún interés, interpreto: “En espíritu y en verdad” significa que ya no se adorará a Dios en formas materiales, exteriores, ni con mentiras. Pero, ¿qué son los edificios religiosos, con sus estatuas? Materia, y ahí os cuentan toda clase de mentiras. Por ejemplo, dos mil años después todavía os dan a venerar un pedazo de la cruz de Jesús. Ya ha desaparecido todo un bosque de cruces, pero siguen dándoos un pedazo de la cruz de Jesús. Es una mentira, y no es la única en la Iglesia, hay otras todavía mucho más graves. Jesús sabía que tenía que ser así durante un cierto tiempo, pero sabía también que llegará un día en el que se adore a Dios en espíritu y en verdad.

Mirad al sol, no miente: no os hace promesas que no cumpla. Os dice: “Venid a mí, yo os daré luz, calor y vida”, y no se contenta con prometerlo, os da, verdaderamente, luz, calor y vida. Nosotros estamos cada mañana en el templo de Dios, y el espíritu de verdad está ahí, ¡tan puro, tan luminoso, tan desinteresado! En los demás sitios, por todas partes hay un interés: hay que echar siempre unas monedas en una bandeja, y es imposible rezar debido al ruido que hacen las monedas. Les da igual si

molesta a los que rezan y meditan, les gusta oír el sonido del dinero. ¡Pero es demasiado prosaico todo este asunto!...

Yo no creo mucho en los escapularios, en las imágenes piadosas, en las medallas, para curar y salvar a la humanidad. Cuando me las ofrecen respondo: “Esto que Vd. me da, ¿es capaz de hacer crecer la uva, el trigo, de alimentar al mundo? No. Entonces es demasiado débil para mí, déjeme ir con el más poderoso”. Yo soy como San Cristóbal.

¿Conocéis la historia de San Cristóbal? Era un mozo muy alto y muy fuerte al que se le había metido en la cabeza ir a servir al hombre más poderoso de la tierra. Se informó y le indicaron un rey de un país muy alejado. Fue allí, se presentó ante el rey y fue aceptado a su servicio. Pero resulta que un día, en el que Cristóbal formaba parte de su séquito, el rey mostró signos de gran temor y dio un rodeo para evitar pasar por un lugar que, según parece, era frecuentado por el Diablo. “¡Ah!, se dijo, así que no es el más fuerte, ¡ya que tiene miedo de alguien que se llama Diablo!”... Y lo abandonó para ir a servir al Diablo, puesto que era más poderoso. Lo buscó durante mucho, mucho tiempo... Y una mañana vio galopar a toda una tropa de caballeros vestidos de negro, montados en caballos negros. El jefe le pregunta: “¿A quién buscas? – Al Diablo. – Soy yo, ¿qué quieres de mí? – Quiero servirte. – Está bien. Ven con nosotros”. Y siguió al Diablo. Le sirvió durante algún tiempo, hasta un día en el que observó que la tropa evitaba un lugar en donde se encontraban unas cruces. Se informó de la razón y le hablaron de un cierto Jesús que había vivido hacía mucho tiempo y que había sido crucificado, lo que explicaba todas esas cruces. Entonces Cristóbal se fue a buscar a Jesús, que debía ser todavía más poderoso que el Diablo, puesto que le daba miedo. El pobre lo buscó durante mucho, mucho tiempo, pero en vano. Se instaló, mientras tanto,

en la orilla del río, y era tan alto y tan fuerte que transportaba a la gente sobre sus espaldas de una a otra orilla, apoyándose en un largo bastón. Una noche que estaba en su pequeña cabaña, se desencadenó una tormenta, una tempestad terrible con rayos y truenos. Cristóbal no dormía... De repente oyó una queja, como el grito de un niño que lloraba. Salió, buscó en la oscuridad, y vio a un niño. “¿Qué haces aquí, pequeño? – Quisiera pasar a la otra orilla, pero no puedo, ¡soy demasiado pequeño! – No te inquietes, yo voy a transportarte”. Lo puso sobre sus hombros y entró en el río... Había llovido tanto que el río había crecido y la fuerza de la corriente le hacía vacilar, pero, sobre todo, sentía que el niño que llevaba sobre sus hombros se hacía cada vez más pesado: “Pequeño, ¿por qué pesas tanto? ¡Pesas tanto como la Tierra! - ¡Ah!, responde el niño, peso más que la Tierra. Soy Jesús a quien has buscado. De ahora en adelante, te llamarán Christophoros, portador de Cristo”. ¡Y Cristóbal estaba feliz!

Así que yo también he buscado al más poderoso para servirle, y he encontrado al sol. ¿Podéis indicarme a alguien más poderoso que el sol?...

¿Veis?, mis queridos hermanos y hermanas, los hombres saben dónde tienen que ir a buscar todo lo que necesitan, y no saben dónde ir a buscar a Dios... ¡Pero está ahí, en el sol! Todo lo demás sólo son sucedáneos. ¡Parece que algunos tienen miedo de que tomemos al sol por el Señor!... No, que se tranquilicen, que no estén inquietos. Dios es inexpresable, es inconcebible, no es cuestión de tomar al sol por Dios. El sol es solamente una puerta que se abre hacia la Divinidad. El sol es un servidor de Dios, uno de sus mejores servidores. A menudo todos los demás están cansados, desanimados, y abandonan; hacen algo para los humanos, pero después de algún tiempo ya no se sabe dónde están. Mientras que el sol está siempre ahí, infatigable, generoso, fiel y verídico. Muchos han quebrado, muchos se han vuelto atrás, han engañado y traicionado; únicamente él está siempre ahí. Esto es algo en lo que no han pensado los humanos.

Siempre van a buscar a criaturas enclenques, vulnerables, engañosas, y nunca a aquél que muestra con todas sus manifestaciones que es el único fiel y verídico. ¡Qué raros son los humanos! Ya no puedo tener confianza en ellos. ¿Cómo tener confianza en unos seres que le dan la espalda al sol?

Diréis: “Pero, si Vd. no tiene confianza en los humanos, ¿a dónde vamos a parar?” Tengo confianza en lo que es divino en el hombre, tranquilizaos, pero no en lo que es humano, porque sé de antemano que lo que en él es humano se echará para atrás, flaqueará y me traicionará. La materia humana no es resistente, se funde como la cera y se empaña como el plomo, sé a qué atenerme sobre ello. Pero también sé que hay en el hombre un lado divino en el que puedo tener confianza porque no me traicionará jamás. En esto tampoco habéis pensado. Los hombres son demasiado ignorantes, no saben de qué se pueden fiar; confían en todo lo que es humano y dudan de todo lo que es divino. Desconfían y se alejan de lo que es divino porque no saben discernir, y por eso siempre son engañados, se sienten decepcionados y desgraciados.

En el hombre, como en todo lo que hay sobre la tierra, hay algo que se oscurece, se debilita y muere; pero también hay algo que, como el sol, es inmutable, eterno, divino. Vosotros debéis ser capaces de discernir y de clasificar todas las manifestaciones humanas, y entonces todo irá mejor en vuestra vida, porque entraréis en el mundo de las verdades cósmicas y eternas; seréis el pequeño templo en el gran templo, el microcosmos en el macrocosmos. Ahí tenéis todavía otra interpretación de este símbolo, pero es más profundo de lo que pensáis y todavía nos os he revelado casi nada de él.

Comprendedme bien. Yo no blasfemo, no destruyo el trabajo de todos los grandes seres del pasado, pero os llevo más lejos, mucho más lejos en la verdad y en el espíritu. Llega el momento de adorar a Dios en espíritu y en verdad, es decir, más

ampliamente, más inmensamente, más luminosamente, y para eso, sólo el sol puede servirnos de modelo.

Los hombres han abandonado al sol porque es tan inaccesible, tan perfecto, que no creían posible trabajar con un modelo semejante y llegar a ser como él. Por eso han tomado unos modelos que son mucho más fáciles de imitar: humanos... o hasta animales, ¡éstos son sus modelos! Diréis: “¿Hasta animales?” ¡Vaya que sí! ¡Cuántos han tomado como modelo el tigre, el cocodrilo, el caballo, el asno, el mono, el oso, la serpiente o el conejo! “Pero no conscientemente”, diréis. Que sea o no consciente es otra cuestión, pero, de todos modos, han tomado a estos animales como modelos. Algunos son miedosos como conejos... Y hay otros que se parecen a los cerdos, ¡es extraordinario! Hacen “grrr...grrr...grrr...” exactamente como los cerdos. Otros comen como las fieras, lanzando miradas a izquierda y derecha para que ningún enemigo venga a quitarles su presa. Gruñen, ladran, rugen, mugen... ¡son formidables los humanos! No toman al sol por modelo porque su perfección es demasiado lejana, demasiado difícil de realizar... ¿Pero, acaso el hombre debe seguir siendo eternamente un animal que se arrastra en el polvo? ¡Ahora es preciso que alce la vista hacia la inmensidad y que vea el sol!

La justicia nos pide que seamos honestos y nobles, es decir, que reconozcamos cómo son las cosas en realidad y que después rectifiquemos, que cambiemos de actitud y que demos toda nuestra gratitud y reconocimiento a aquél que los merece. Pero los hombres son ingratos, injustos, deshonestos. Utilizan todos los días el carbón, el petróleo, la madera, etc... que son productos del sol, sin pensar que es el sol quien se los da. Todo lo que fabrican las industrias, incluso los vestidos que llevamos, es el sol quien los produce. Toda la economía está basada en los productos del sol, y en cambio nos

olvidamos del sol, ¡esto no es justo! Mientras que el hombre sea capaz de semejantes injusticias no podrá tener muchos éxitos.

Poned al sol en su verdadero lugar, como la causa de todo, el centro de todo, como un modelo, como un ideal, y veréis como vuestra vida tomará otra orientación muy diferente. Lo he verificado en muchas criaturas...¡por no hablar de mí! Así que, en vez de bromear o de criticar, hay que estudiar, hay que verificar. Algunos dirán: “lo he intentado, lo he intentado... pero no he encontrado nunca nada de lo que Vd. cuenta.” Y yo os responderé: “Sí, quizá, pero ¿cómo lo ha intentado? ¿Cómo lo ha comprendido?” Los resultados serán buenos o malos según vuestra comprensión de las cosas. Y como todavía no habéis llegado a considerar al sol exactamente como es debido, no tenéis derecho a criticarme. Yo sólo puedo aconsejaros que continuéis, hasta que lleguéis a considerarlo verdaderamente como un centro, como un punto de apoyo, como la fuente de la vida, como un modelo y hasta como un instructor. Pero esto tampoco lo podéis hacer, porque os negáis a admitir que el sol es la más inteligente de las criaturas.

¡Cuántas veces le hago preguntas al sol! Y me da las mejores respuestas, porque es el más lúcido, el más límpido, el más luminoso. Desde allá arriba echa un vistazo sobre todas las criaturas, las conoce, las ve hacer sus trapicheos, sus crímenes; y ellas ni siquiera sospechan que les mira. No desconfían del sol, piensan: “No ve nada, no sabe nada”. Pero en realidad lo sabe todo. Como está ahí desde hace millones de años, conoce la naturaleza humana mejor que nadie. Conoce también la historia de todos los pueblos: asirios, egipcios, babilonios, caldeos, y de otros aún anteriores como la de los atlantes y de los lemures. Puede deciros cómo eran estos monstruos, porque los vio, los observó. Y sabe también cómo va a evolucionar la humanidad en el futuro.

Para terminar, aún os diré otra cosa: mientras que los humanos piensen que el sol no es consciente ni inteligente, es decir, que todas sus manifestaciones y sus

proyecciones obedecen solamente a leyes mecánicas, nunca mejorará su vida. Es algo mágico. ¿Queréis que vuestra vida se vuelva bella, luminosa, sublime? Considerad al sol como el ser más inteligente, el más poderoso, el más generoso, como un ser divino. Estas son las más grandes verdades y nadie piensa en proclamarlas, ¡es una lástima! Os dirán siempre que Durand o Dupont dijeron esto o aquello, y les citarán durante siglos. Pero ¿quiénes eran esta gente para que hablen tanto de ellos? Eran unos pobres humanos de nada, y les erigen estatuas. Pero al sol, nada.

Claro, hablamos del sol cuando estamos enamorados y suspiramos: “¡Ah, querido! eres mi sol”, o: “Tus ojos brillan como el sol”. Y es todo; para que los ojos brillen hay que estar enamorado... ¡o bien un poco alegres! Sí, han bebido unas copas en alguna parte y los ojos brillan. ¡Pero no brillan como los del sol! Mis queridos hermanos y hermanas, debéis comprender que hay luz y luz, y que también hay ojos que brillan como los de la serpiente. Debéis ser capaces de discernir la naturaleza del brillo de los ojos de alguien, si no, cuidado... corréis peligro de ser comidos.

Bonfin, 4 de septiembre de 1967

## Capítulo XVI

### Cristo y la religión solar

Hoy empezaré insistiendo, una vez más, en la importancia de prepararse la víspera para poder asistir al día siguiente a la salida del sol con un pensamiento límpido, vigilante y activo. Procurad no despilfarrar todas vuestras fuerzas durante la jornada, ni acostaros la noche anterior demasiado tarde o contrariados, turbados por toda clase de cosas, porque de lo contrario, al día siguiente no tendréis nada en los depósitos, y os dormiréis en vez de hacer este trabajo, el más útil para vosotros mismos pero también para la sociedad, para la humanidad, para el universo entero. Porque somos una parte del cosmos y no podemos considerar nuestra existencia como algo separado. Si me escucháis, si respetáis ciertas reglas y venís por la mañana con el pensamiento concentrado solamente en este trabajo del que depende vuestro futuro, vuestra felicidad, vuestra salud, vuestro equilibrio, recibiréis esta riqueza que fluye continuamente de la fuente divina, el sol.

La salud, el equilibrio, el enriquecimiento espiritual dependen de pequeñas cosas: la vigilancia, la conciencia despierta, la atención en lo que hacemos. Quizá no veáis aún muy claramente cómo la salud, el equilibrio, la felicidad, dependen de la atención y de la vigilancia... Sin embargo es simple. Cuando queremos conocer tal región o tal entidad en el universo, tenemos que saber vibrar en armonía con ella, y encontrar la longitud de onda exacta de esta región o de esta entidad. Cuando el hombre llega a vibrar en la misma longitud de onda, es decir, a sincronizarse, a identificarse, a fusionarse (todas éstas son palabras que expresan la misma idea) con un ser o un objeto, entonces, los conoce. El conocimiento no es otra cosa que un ajuste, una nivelación, una

fusión con aquello que queremos conocer. Cuando se dice: “Adán conoció a Eva”, significa que se pusieron en la misma longitud de onda.

No podemos conocer a una persona abrazándola sólo físicamente, tenemos que llegar a vibrar, a pensar, a sentir como ella. Y también para conocer a Dios, al mundo invisible, a los ángeles, a los grandes Maestros, debemos sincronizarnos con ellos. No se puede decir: “He visto, he tocado, así que conozco...” ¡Si fuese tan fácil! ¿Acaso conocemos la Tierra porque la tocamos? No, la Tierra es un gran misterio que deberemos estudiar en el futuro para conocer sus talleres y sus laboratorios con las entidades que en ellos trabajan. Nadie tiene idea de lo que es la Tierra, fuera de los grandes Iniciados que descienden a visitarla conscientemente con el pensamiento. ¿Acaso conocemos el agua porque bebemos agua? ¿Acaso conocemos el aire porque respiramos y sentimos los soplos y las caricias del viento? Y tampoco conocemos el calor y la luz del sol, aunque los sintamos y los veamos. Para conocer verdaderamente al sol hay que venir a mirarlo con una atención elevada, clara, límpida, con una atención que hemos sabido desarrollar de antemano para poder sincronizarnos con esta luz, con este calor y con esta vida que emanan de él. Al vibrar cada vez más intensamente, es decir, impersonalmente, universalmente, empezamos a conocer al sol, y con este conocimiento, con este contacto con el sol, comprendemos la verdadera vida.

Han sido unas palabras para recordaros que, para ir a la salida del sol, debéis prepararos desde la víspera. Si no, vais a concentraros en vuestras preocupaciones, en vuestras penas, en vuestros proyectos más o menos “legales”, y en estas condiciones es inútil asistir a la salida del sol, porque no os beneficiaréis de nada: un poco de calor, un poco de luz, y nada más; nunca conoceréis al sol como servidor de Dios, como inteligencia sublime, como transmisor de la voluntad divina, como fuente inagotable de riquezas con las que podéis alimentar todas vuestras células; le conoceréis solamente

como una bola incandescente que calienta a la tierra, que hace crecer los frutos, las flores, los árboles, las hierbas, y esto no es nada en comparación con lo que estáis llamados a conocer.

Cuando Jesús decía: “Nadie puede ir al Padre sino a través de mí”, era Cristo quien hablaba por su boca. Quería decir: nadie puede ir al Padre si no es a través de mí, porque yo soy el espíritu de Cristo que se manifiesta a través del sol. Diréis que es una interpretación arbitraria. No, puedo mostraros cómo situar todas las verdades; se nos presentan de forma deshilvanada y dispersa, pero el Iniciado debe relacionarlas y encontrar el sitio de cada una de ellas en el libro de la naturaleza viviente.

Ya os mostré que, para nosotros en la Tierra, el sol es la mejor imagen de la Santa Trinidad, con la vida, la luz y el calor que nos da. La vida que fluye a través del sol es el Padre. Podemos pensar que la luz y el calor corresponden indiferentemente al Hijo o al Espíritu Santo, pero desde el punto de vista iniciático el Espíritu Santo representa más bien el calor, el amor<sup>\*</sup>, mientras que el Hijo, Cristo, representa la luz, la sabiduría. El Espíritu Santo es un principio femenino. Se dice que la humanidad conoció primero la edad del Padre: era la fuerza, la voluntad, el poder, la severidad; después vino la edad del Hijo, la luz, la inteligencia; y ahora llega la edad del Espíritu Santo, que será la del amor.

Así pues, esta luz que sale del sol y que produce tantas transformaciones en el universo, que distribuye tantos beneficios a todas las criaturas, esta luz cuya naturaleza verdadera no conocemos aún, es Cristo, el espíritu de Cristo. La luz del sol es un espíritu vivo, y a través de esta luz el espíritu de Cristo está siempre ahí, presente, activo, está obrando sin cesar. Si no, ¿cómo interpretar sus palabras: “Yo soy la luz del mundo”... o bien: “Mi Padre y yo somos uno...?” Son uno en el sol, porque en el sol la

---

\* Ver la conferencia: “El pecado contra el Espíritu Santo es el pecado contra el amor” (tomo VII).

vida y la luz son uno. Dice también: “Yo soy la resurrección y la vida.” ¿Quién resucita a los seres?... ¿Quién da la vida?... Cristo, el espíritu de Cristo que vive en el sol.

Los cristianos sitúan siempre a Cristo no se sabe dónde, en Palestina por ejemplo, allí donde Jesús vivió. Pero, si es verdaderamente la resurrección y la vida, no es allá abajo donde vive, es en el sol. Claro que está por todas partes en la naturaleza, pero para nosotros está sobre todo en el sol. Por eso, si os habituáis a mirar al sol por la mañana pensando que es Cristo quien está ahí, ante vosotros si os conectáis con él, si le amáis, todo vuestro ser se estremecerá, vibrará al unísono con esta luz cósmica condensada que se manifiesta a través de él.

Claro que Cristo es una entidad mucho más vasta que el sol, es el Hijo de Dios, la segunda persona de la Trinidad, y no se manifiesta solamente en nuestro sol, porque en la inmensidad del cosmos existen innumerables soles, mucho más grandes y luminosos que el nuestro... Por eso, cuando hablo de Cristo no hablo de Jesús, sino del principio cósmico que no tiene principio ni fin. Jesús es un hombre que vivió en Palestina hace dos mil años, y que era tan puro, tan noble, tan evolucionado, que a los treinta años recibió el Espíritu Santo y, al mismo tiempo, el espíritu de Cristo; por eso fue llamado Jesucristo. Pero Cristo puede nacer en el corazón y en el alma de todo ser humano. Fue él quien se manifestó a través de Orfeo, de Moisés, de Zoroastro, de Buda y de todos los grandes Iniciados de todos los países y de todas las épocas... Ha existido un solo Jesús, pero hay, puede haber miles de Cristos. Jesús es único, y es la cabeza de la religión cristiana como Buda es la cabeza de la religión budista o Mahoma la cabeza de la religión musulmana. Pero Cristo es la cabeza de toda la humanidad y hasta de todo el universo; no es el jefe de una religión sino de todas las religiones, él es quien las ha inspirado. Cuando el rey Gautama alcanzó la iluminación fue llamado Buda, y todos los que llegan a este estado “búdico”, “crístico” diríamos nosotros, son llamados, allí,

budas. Gautama no ha sido el único, hay muchos otros; Buda o Cristo no es un nombre propio de un ser, es el nombre de un principio, de un estado de conciencia. Esto debéis comprender bien. Los cristianos no han sido instruidos con estas distinciones y confunden muchas nociones. En su cabeza todo está mezclado, todo es caótico, inverosímil, salvo, evidentemente, para los que han recibido la luz de la Ciencia iniciática, pero son raros.

No me gusta vivir en las ilusiones; yo soy el primero en demoler las ilusiones, y en primer lugar las mías. Ninguna idea puede subsistir en mi cabeza sin que la haya pesado, verificado y, sobre todo, confrontado con la inteligencia de la naturaleza. Yo también soy como muchos otros, me pasan muchas cosas por la cabeza, pero no las tomo como dinero contante y sonante, las agarro por el cuello diciendo: “Venid conmigo, vamos a verificar sobre el terreno si tenéis razón, si sois justas y verídicas”. Las llevo ante la inteligencia de la naturaleza y pregunto: “Y ahora, veamos, ¿dónde está escrito?, ¿dónde está la prueba de que sois verídicas?” Y miro, me tomo mi tiempo para buscar por todas partes, en las estrellas, en los mares, los océanos, las flores, los insectos, los humanos... Y si no está escrito en ninguna parte, las echo. ¿Para qué queréis que profese idioteces?... Pero la mayoría de los humanos no siguen este método. Conservan todas las ideas que producen sus cerebros enfermizos o calenturientos, las alimentan como si fuesen unos descubrimientos fantásticos. Nunca van a presentarlas ante la Inteligencia de la naturaleza para ver lo que ésta les dirá, no están acostumbrados a este método. Pues bien, ¡que se acostumbren, igual que yo me he acostumbrado! Yo no os digo nada sin que la Inteligencia de la naturaleza haya dado su aprobación. Hay que tener los mejores criterios.

Cuando uno no ha pasado por una Escuela iniciática no tiene criterio, se lo traga todo, lo acepta todo, y esto es muy peligroso mis queridos hermanos y hermanas,

porque así es como suavemente, lentamente, las entidades inferiores del mundo invisible –y las hay de todas clases mencionadas en los libros iniciáticos- empiezan a inducirnos a error, hasta que os perdéis. La gente acepta todo lo que les pasa por la cabeza. No, no hay que hacerlo. Si tuviesen unas antenas infalibles, si fuesen puros, si estuviesen armonizados, sincronizados con las regiones sublimes bueno, lo comprendería. Pero éste no es el caso, sus aparatos interiores no están perfectamente a punto, y así, todo lo que captan está deformado. Se conducen como si fuesen perfectos; no, no son perfectos, deben revisarlo todo: sus ideas, sus sensaciones, sus impulsos, deben verificar el origen y la naturaleza de todo lo que les pasa y les impulsa en tal o cual dirección... Entonces se darán cuenta de que las nueve décimas partes de sus ideas y de sus impulsos vienen siempre de muy abajo, y que muy pocas vienen de las regiones celestiales. Pero cuando uno no tiene criterios no sabe de dónde vienen, y se precipita para satisfacerlos, y así se explican todas las desgracias: por una falta de discernimiento.

Hay que sobrepasar ahora los límites impuestos por todos aquéllos que no se atreven a ir más lejos, a abrirse, a ensanchar sus concepciones porque creen que está prohibido. Han trazado un círculo con tiza o con tinta negra, alrededor suyo y de los demás, diciendo: “¡Imposible superar este límite!” Todos se dejan hipnotizar y repiten después: “Es cierto, es cierto, ¡veo un muro y no puedo franquearlo!” Aquí, mis queridos hermanos y hermanas, vais a ser deshechizados, se os hará pasar por encima de todas las líneas imaginarias, ¡e iréis muy lejos en la inmensidad y la libertad!

Todas las religiones que se han instalado en la Tierra han estado siempre basadas en unas consideraciones limitadas de raza, de nación, de casta, o en principios que no eran universales. Llega ahora la época en que las antiguas tradiciones se desplomarán: es la época de Acuario la que lo quiere. Los hombres deben acabar con lo racial y sectario de las religiones. Incluso el cristianismo es aún una religión sectaria. La única

religión que será universal, y va a venir, es la religión solar. Mientras que no la acepten, los humanos seguirán siendo limitados, atados a sus viejas concepciones, ocupándose eternamente de sus fronteras, de su defensa, de su seguridad, de su triunfo. Y así se preparan las venganzas y las guerras... ¡Hay que acabar con estos viejos métodos! Eran buenos para una época, cuando no se podía hacer otra cosa; entonces el Cielo alentaba y protegía las religiones nacionales. Pero lo que era bueno en el pasado ya no lo es hoy.

Ahora debemos salir de esta estrechez, desembarazarnos de estas concepciones limitadas y tener un alma vasta, ancha, capaz de abrazar al mundo entero con su amor. Como el sol; mirad al sol: no hace ninguna distinción de nacionalidad, de raza o de religión; da su calor a todos: negros, amarillos, blancos, judíos, budistas, cristianos, musulmanes, e incluso ateos. Así que debemos dejar de querer que una raza o una religión domine el mundo e imponga sus ideas. Todos deben caminar juntos hacia la religión universal que es la del amor, que no tiene en cuenta para nada la raza o el color. Los hombres deben comprender que ciertas cosas que han sido escritas en los Libros sagrados no lo son para la eternidad.

Y además, creedme mis queridos hermanos y hermanas, el Señor es como el sol: Le da igual las razas y las religiones, sólo mira las cualidades y las virtudes. Le importa un comino que uno sea judío, católico, protestante, me lo ha dicho a mí personalmente... Sí, un día nos encontramos en una taberna y me lo dijo. Estáis escandalizados ¿verdad?, pensáis: “¡Qué blasfemo!” Sí, pero una taberna especial donde no todo el mundo es recibido y en la que se bebe néctar y ambrosía. Porque arriba hay tabernas, ¡qué os creéis! Y en ellas se bebe el elixir de la vida inmortal. Y allí, precisamente, la gente se puede encontrar... Aunque debo confesar que no fue al Señor a quien vi, sino a uno de sus representantes, ¡porque el Señor no ha concedido a nadie el honor de descender a brindar con Él!

En cualquier caso, os lo digo, el Señor no mira los títulos. Y aunque os presentéis arriba diciendo: “Yo pertenezco a la Augusta Fraternidad Blanca Universal”, os responderá: “Pero, hombre, todavía te peleas, todavía calumnias, todavía timas a los demás, así que este título no quiere decir nada, tú no estás todavía en la Fraternidad Blanca Universal. ¡Vamos, fuera!” Así es cómo ven las cosas arriba. Y también es inútil que mostréis vuestro carnet, vuestras condecoraciones, o incluso vuestro uniforme o vuestra cruz. Porque esto son insignias exteriores, y allí arriba sólo reconocen las insignias interiores: un vestido, una corona, o un sombrero, si queréis, pero interiores. Los signos exteriores son para los humanos, no para el Cielo. A veces son bellos, son necesarios, yo no estoy en contra; incluso los magos y los Iniciados han aceptado estos ornamentos, pero hay que tenerlos también interiormente. El terciopelo, la púrpura, las cruces, todo esto es majestuoso, pero cuando uno está interiormente cubierto de harapos es grotesco ponerse vestidos suntuosos.

Ya sé que, si existiese la Inquisición, me habría quemado varias veces. Pero ahora soy yo el que les voy a hacer arder a todos. Les haré arder con el fuego del sol. ¿Morirán acaso? No, ¡resucitarán!... Porque hay dos formas de arder. Cuando decís: “Ardo en deseos de amor”, no estáis muertos, ¡sólo os habéis vuelto poetas! Hay, pues, formas y formas de arder; y yo tengo una forma especial de hacer arder a la gente...

Confiad en mí, mis queridos hermanos y hermanas, os llevaré tan lejos que pronto amaréis al sol con toda vuestra alma como la más sublime manifestación de Dios. Y, cuando bajéis de la Roca, tendréis todo el día dentro de vosotros un pequeño sol que cantará, que brillará y que os iluminará, incluso durante la noche.

Bonfin, 15 de septiembre de 1967

## Capítulo XVII

### El día y la noche

#### La consciencia y la subconsciencia

##### I

Durante casi tres meses hemos tenido unas salidas de sol con un cielo límpido y transparente. Pero hoy había nubes, un velo, y no hemos podido ver el sol...

Generalmente el mal tiempo pone a la gente de mal humor: se preguntan por qué hay nubes, por qué llueve, por qué nieva y por qué hace viento; quisieran que el tiempo fuera eternamente bueno. Yo también, claro, pero felizmente tengo otra comprensión de las cosas y no estoy tan furioso, lo acepto. Y para haceros compartir mi forma de razonar y de establecer analogías, quiero deciros algunas palabras.

Todos estos fenómenos: el buen tiempo, la lluvia, la niebla, etc... representan la vida de la naturaleza. La naturaleza tiene su vida con sus diferentes manifestaciones; el invierno, el verano y todos los cambios que se producen son un lenguaje que debemos descifrar. Existe el día y la noche, existe la actividad y el reposo, la vigilia y el sueño; en todos estos dominios encontramos estas mismas alternancias. ¿A qué corresponde el tiempo que hace hoy? A la noche. El día y la noche... ¿Qué es el día? La actividad. ¿Qué es la noche? El reposo. Pero por la noche, durante el sueño, también se hace un trabajo. Este trabajo ya no tiene lugar en la consciencia, sino en otro dominio que llamamos subconsciencia.

Así, el día es la consciencia y la noche la subconsciencia; el día es el despertar y la noche el sueño; el día es la actividad y la noche la pasividad. O bien, el día es el gasto (porque la actividad presupone gasto) y la noche es la recuperación, el restablecimiento. El gasto no puede durar mucho tiempo si no hay recuperación, es decir, si no restablecemos nuestras fuerzas, si no nos recargamos. Pero para recargarnos debemos limpiarnos; y, justamente, la actividad que se realiza durante la noche en el subconsciente está relacionada sobre todo con la limpieza: desaparece todo lo que es perjudicial, tóxico, todo aquello que tapona y obstruye, para que las vías respiratorias, circulatorias y eliminatorias queden liberadas y para que todos los fluidos sanguíneos, nerviosos, etc... puedan circular de nuevo.

Así pues, el trabajo que se hace durante la noche, durante el reposo, es extremadamente importante, pero es subconsciente, el hombre no se da cuenta de él; y al despertar ni siquiera da gracias por estar en pie de nuevo, sobre sus pies, sano, consciente y vigilante. ¡Si supiese qué trabajo se ha realizado dentro de él!

Estar activo, consciente, vigilante, representa para el hombre un gasto considerable de materiales y de energías. No os imagináis todas las energías que el cerebro emplea sólo para estar conscientes. Para estar despiertos, simplemente para estar despiertos, ¡qué fantástica cantidad de energías gasta! Si las fuerzas y los materiales que le permiten mantenerse despierto se agotan, el hombre se duerme durante el día, para poder recuperar de nuevo lo que le falta, bastándole a veces dos o tres minutos para sentirse nuevamente restablecido, recargado. Así es cómo trabajamos sin cesar con el día y la noche, con la actividad y el reposo, con la consciencia y la subconsciencia.

Pero el día y la noche podemos encontrarlos en todas partes, en todos los campos, bajo diferentes formas. ¿Qué son la primavera y el verano? El día. ¿Qué son el

otoño y el invierno? La noche: la naturaleza reposa para recuperarse a fin de que la primavera y el verano den de nuevo frutos. Por eso en los árboles y las plantas la actividad se desplaza según las estaciones. Durante el otoño y el invierno el trabajo se efectúa en las raíces, mientras que se detiene en el tronco y en las ramas: el árbol no tiene ya hojas, ni flores, ni frutos. Esto corresponde al trabajo del subconsciente. Mientras que en primavera y en verano la actividad remonta y se sitúa más arriba, lo que corresponde al trabajo de la consciencia. Después la actividad volverá a descender de nuevo, y así sucesivamente...

Esta alternancia la volvemos a encontrar en todos los dominios. En cada mes hay también día y noche: durante catorce días la luna crece, es el día; y durante los otros catorce días la luna mengua, es la noche. Cuando la luna es creciente la actividad se desplaza hacia arriba, hacia el cerebro, y podemos permitirnos gastar y producir más, ser más activos y más enérgicos. Cuando la luna está menguante la actividad se desplaza hacia el vientre, el estómago y los órganos sexuales. Entonces ya no somos tan poderosos en el cerebro, pero somos muy activos, muy poderosos en el subconsciente: somos más sensuales, queremos comer más, dormir más... Así que, ¿Veis?: quince días de día y quince días de noche. Durante el día también puede haber día y noche, y en una sola hora, a veces, hay día y noche.

El día es, pues, el despertar, la actividad, el derroche; pero si no hubiese noche no habría día. ¿Qué es la gestación? La noche. El niño pasa nueve meses en la noche: no es consciente, no ve nada, y, por otra parte, nadie le ve. Apenas siente la madre que se mueve, por momentos. Ya veis: una noche que dura nueve meses ¡y un día que dura noventa años! Mientras tanto, claro, hay otros días y otras noches... pero debéis comprender que aquí hablamos simbólicamente.

Se dice en el Génesis: “Hubo una tarde y hubo una mañana: primer día... Hubo una tarde y hubo una mañana: segundo día.” (Una tarde, quiere decir noche, y una mañana quiere decir día). ¿Por qué el Señor empezó primero por la noche? No es una casualidad: es porque no hay día antes que noche. La noche prepara el día. El día, en cambio, no prepara nada, gasta, derrocha; es la noche la que prepara todas las manifestaciones. Antes de la aparición del sol, de la luna y de las estrellas, se hizo una preparación en la oscuridad, en las tinieblas, en la noche. Según la Ciencia iniciática la noche es la que prepara el día. Mirad el carbón: es negro; precede a la llama que va a brotar a través de él. Primero, pues, están las tinieblas, y a través de las tinieblas brota la luz, porque en las tinieblas se hace un trabajo, una preparación para que la luz pueda brotar.

Las tinieblas representan la materia desorganizada, el caos, el trabajo en el subconsciente antes de que algo surja en la consciencia bajo forma de luz, de comprensión, de entendimiento. Son nociones con las que hay que saber trabajar. Por eso, cuando el cielo está cubierto y no hay sol, es el momento de hacer un trabajo con el subconsciente. Si los demás días habéis logrado hacer el trabajo en vuestra consciencia o vuestra supraconsciencia, porque el sol estaba ahí y había unas condiciones atmosféricas, unas corrientes electromagnéticas favorables, hoy, como las condiciones son diferentes, no podréis hacer el mismo trabajo. Así que debéis cambiar de actividad, porque, si no, tendréis dolor de cabeza o vais a dormiros. Puesto que este tiempo nublado y pesado corresponde a la noche, debéis hacer el trabajo en el subconsciente y no en el cerebro; debéis detener la actividad del cerebro y descender al plexo solar.

Vamos a ver ahora lo que son el plexo solar y el cerebro.\* El plexo solar es la sede del subconsciente, y el cerebro la de la consciencia. Cuando descendéis al

---

\* Leer también la conferencia: “El plexo solar y el cerebro” (tomo VI).

subconsciente, como está conectado con todo el cosmos, con la inmensidad, y representa lo colectivo, entráis entonces en la vida universal, en el océano de la vida universal, os conectáis con ella, os fusionáis con ella; a través del plexo solar vibráis con la inmensidad. Y cuando queréis individualizaros, cuando queréis volver a ser vosotros mismos, un individuo consciente, libre y aislado, subís al cerebro. El cerebro tiene la propiedad de individualizar a los seres humanos, y el plexo solar la de colectivizarlos; con el plexo solar hacéis un trabajo en la noche.

Durante el día os individualizáis, os sentís un ser completamente separado de los demás: coméis, bebéis, os peleáis, calculáis, discutís como un individuo separado, aislado, y de ahí vienen muchas desgracias. Durante el sueño, al contrario, ya no tenéis vida individual, entráis en la vida colectiva, universal, os fundís en la inmensidad. Es la naturaleza la que ha creado estos dos procesos: ora individualiza a los seres, ora les colectiviza. Y así, durante la noche todos se funden en el océano de la vida universal de la que extraen fuerzas para restablecerse, exactamente como los peces que, en los mares y los océanos, nadan y se alimentan de los materiales disueltos en el agua. Los seres humanos emergen y, después, se vuelven a sumergir en el océano, y a eso lo llaman día y noche, consciencia y subconsciencia, vigilia y sueño. Ahí tenéis, mis queridos hermanos y hermanas, unas nociones justas, claras y útiles, gracias a las cuales podréis comprender todos los misterios de la naturaleza. Hasta en unas condiciones desfavorables el discípulo puede hacer trabajos útiles, porque sabe cómo comprenderlo y utilizarlo todo. Mientras que los demás no utilizan nada porque no saben a qué corresponden estas condiciones y lo embrollan todo.

Estáis sin duda asombrados de que os diga que las tinieblas preceden a la luz. Pero los alquimistas lo han comprendido. Cuando hablan de “la luz que sale de las tinieblas”, sobreentienden el resultado de un trabajo gigantesco que se ha hecho en la

oscuridad. Las abejas también trabajan en la oscuridad, porque tienen una luz especial. Podemos trabajar en la oscuridad, porque en realidad no hay oscuridad. Durante la noche reina una luz deslumbrante, pero es una luz astral y no la vemos. Lo que es tenebroso para algunos es luminoso para otros, y hay siempre, en el mismo momento, oscuridad y luz.

Podemos decir que la oscuridad es la madre de la luz, porque el hijo sale del seno de la madre, y no a la inversa. La luz nunca ha traído al mundo la oscuridad, sino que la expulsa; pero la oscuridad hace nacer la luz. ¿Cómo? Es un misterio: con el movimiento. Si no hay movimiento, la luz no aparece. Hay que frotar, golpear, producir un movimiento para que el calor aparezca. El movimiento produce primero calor, y cuando el calor aumenta, brota la llama, la llama que ya es luz. Considerando este fenómeno en el ser humano, podemos decir que la voluntad es la que produce el movimiento; el movimiento produce el calor, es decir, el amor; y después, al intensificarse, el amor se ve obligado a brotar bajo forma de luz, de inteligencia, de sabiduría.

En el origen está la voluntad, el movimiento. La voluntad es algo oscuro; la voluntad son las tinieblas. En las tinieblas hay una voluntad, una actividad, pero no la vemos; cuando esta actividad llega a producir calor, tampoco lo vemos, sólo empezamos a sentirlo y, después, cuando el calor se intensifica, vemos la luz. Este es exactamente el proceso de la creación. En el Génesis se dice: “Y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas”. El agua representa la materia, y el Espíritu de Dios que se movía por encima de las aguas significa que el Espíritu de Dios produjo un movimiento, este movimiento produjo el calor, y el calor produjo la luz: “¡Hágase la luz!” Dios creó el mundo con la voluntad (el movimiento), y con el amor y la sabiduría (el calor y la luz). El hombre puede crear de la misma manera, porque el movimiento está en el plexo

solar bajo forma de vida, el calor está en el corazón bajo forma de amor, y la luz está en el cerebro bajo forma de sabiduría.

Si consideramos la trinidad hindú: Brahma, Vishnou y Shiva, vemos que los Rishis de la India, que penetraron las profundidades de la creación, situaron a Brahma en la región del plexo solar, a Vishnou en el corazón y a Shiva en el cerebro. Pero ahora los hindúes ya no trabajan mucho con Brahma; ya no se ven muchos templos para Brahma, el creador, hay más para Vishnou, el conservador, pero sobre todo para Shiva, el destructor. En otra ocasión os explicaré la razón por la cual los hindúes han situado a Shiva en el cerebro, y por qué dicen que el intelecto es el destructor de la realidad.

Cuando el niño está todavía en el seno de su madre está conectado con ella por el cordón umbilical, y se alimenta a través de él. El ser humano se ha construido a partir del plexo solar y el cerebro ha aparecido en último lugar. Pero en la conducción de su vida el hombre debe seguir el movimiento inverso: primero debe usar su intelecto, estudiar las cosas, profundizarlas, comprenderlas, después bajar al corazón, es decir, desear realizarlas, y finalmente, ponerse a trabajar para realizarlas en el plano físico. La sabiduría debe estar, pues, en primer lugar, después el amor, y finalmente la voluntad, la realización.

Podemos hacer lo contrario, pero sólo si somos perfectos. Para actuar sin reflexionar debemos ser como Dios mismo, y así todo lo que hagamos será perfecto, magnífico, maravilloso, benéfico. Pero, en general, es mejor pensar antes de actuar. ¿Qué sucede a los que hacen lo contrario? Cuando no son como el Señor pero quieren hacer como Él, actúan primero: hacen contratos, asociaciones, matrimonios, y después sufren, interviene el corazón, se lamentan, lloran, gritan; y, finalmente, reflexionan y sacan conclusiones, ¡pero ya es un poco tarde! O sea que, primero actúan, después sufren, ¡y finalmente piensan! Cuando tenían que haber hecho lo contrario: primero

pensar, después sentir y finalmente actuar. ¿Veis qué claro está ahora? Podemos hacer como Dios, es decir, actuar primero, pero sólo si somos perfectos; entonces todo lo que emprendamos estará de acuerdo con las reglas y no hay peligro de que nos desviemos. Pero cuando todavía no estamos preparados, primero debemos reflexionar bien, y después ponernos a trabajar; de esta manera nunca habrá nada de qué lamentarse.

Diréis: “Pero, ¿cómo es que Dios no reflexionó antes de crear el mundo?” ¡Ah! ciertamente que había concebido primero la creación del mundo en su cabeza y sólo después les dijo a sus obreros que ejecutasen su plan. El dio el plano de la casa, y los obreros, los albañiles, los carpinteros, es decir, los arcángeles y sus cohortes celestiales, se pusieron a trabajar. Fueron ellos los que realizaron, los que formaron. Dios creó el mundo y los otros lo formaron. El pensó, también, antes de crear. Pensó, y cuando vió que era bueno, puso en ello su corazón y dijo: “Quiero”. Y después, los otros, partícula a partícula, construyeron el edificio exactamente de acuerdo con los planos. Hay, evidentemente, tradiciones lejanas que dicen que los obreros cometieron algunos errores, y es verdad. No quiero criticarles, pero cometieron, a pesar de todo, algunos pequeños errores aquí y allá; pero ésta es otra historia muy larga de explicar. En la formación se coló algo, porque cada uno decía: “En mi opinión, esto es así; en mi opinión, es así...” Así que hubo un Creador y muchos formadores. Como en la Iglesia, por otra parte, ¡cuántos formadores ha habido! ¿Verdad? Un creador y muchos reformadores...

Mirad, ¡ahora llega el sol!...

Bonfin, 28 de septiembre de 1967 (por la mañana)

## II

Ayer por la mañana, a causa de las nubes que velaban el sol, os dije cómo podíais, a pesar de todo, utilizar semejantes condiciones para vuestro trabajo espiritual. Esto me llevó a explicaros cómo se desarrolla la vida en los dos dominios, consciente y subconsciente: os hablé del día y la noche, de la luz y de la oscuridad, y visteis que, en la naturaleza, la actividad no está únicamente concentrada en un punto, sino que existe una polarización, un desplazamiento –como por ejemplo en las plantas, cuya actividad se centra, unas veces en las raíces, y otras veces en las ramas y las hojas-. También os hablé de la vigilia y del sueño, diciéndoos que la vigilia es una actividad de gasto, mientras que el sueño es una actividad de recuperación, y que el ser humano debe penetrar en este mundo inconsciente del sueño, sumergirse en el océano de la vida universal para extraer fuerzas de él, restablecerse, y después volver, emerger de este océano para gastar, para trabajar, para ser consciente y vigilante. Vimos que estos dos procesos se complementan tan bien que, sin uno u otro, la vida se detiene.

Existe, pues, un mundo luminoso, en el que lo vemos todo muy claramente: las formas, los colores, las dimensiones, las distancias, los peligros, y un mundo oscuro en el que todas estas realidades se difuminan en provecho de otras. El niño, por ejemplo, pasa una larga noche en el seno de su madre, nueve meses, en los que se forma y se prepara para salir, y después toda su vida repite esta alternancia: ora se despierta y sale de la noche, ora se duerme y entra en la noche. Pero si Moisés escribió en el Génesis: “Hubo una tarde, hubo una mañana: primer día”, es porque la tarde, la noche, en el dominio esotérico, precede al día, es decir, a la manifestación.

La manifestación es el día; y la preparación, la construcción, la formación en la oscuridad y el caos, es la noche. La noche precede al día y las cosas más importantes suceden en la oscuridad. ¿Por qué, entonces, los Iniciados, en la filosofía moral, han asociado la noche con el principio del mal, y el día con el principio del bien? ¿Por qué las tinieblas son siempre el símbolo del Infierno, de la maldad, y la luz el símbolo del bien, del Cielo? En realidad, son sólo una forma, un aspecto de todo eso, como veremos más adelante.

Evidentemente, decir que la noche está relacionada con el sueño y el día con la vigilia es una manera simplificada de presentar las cosas. Por la noche, ciertos animales salen de caza en busca de alimento, y los criminales, los ladrones o los asesinos cometen sus crímenes aprovechando la oscuridad. Y los artistas también dan sus espectáculos por la noche. Igualmente, cuando decía que el hombre tiene más fuerzas y energías durante la luna creciente, porque la actividad se desplaza al cerebro, y que durante la luna decreciente se vuelve más sensual y perezoso, porque la actividad se desplaza hacia el estómago y el sexo, también hablaba en general, porque también en eso hay excepciones, pero las excepciones tienen un sentido. Por ejemplo, he conocido a mujeres que durante el día tenían un rostro y unos ojos completamente apagados, pero en cuanto se acercaba la noche, todo empezaba a brillar, y se volvían bonitas, vivas y expresivas. ¿Por qué? Porque tenían algo de animales nocturnos.

Se dice en los Salmos: “El ha puesto el sol para que presida el día y ha puesto a la luna para que presida la noche”. Un día os explicaré lo que son estos dos principios solar y lunar, y que sí, en algunos casos, se ha dicho tanto mal de la luna, del principio femenino, es porque no se ha comprendido profundamente este principio ni su papel.

Cuando el sol sale, en el espacio limitado que ilumina, todo se vuelve visible, preciso: podemos informarnos, dirigirnos, trabajar, hacer cálculos e investigaciones. Pero cuando el sol se pone, todo se desdibuja, ya no vemos ni formas ni colores, pero vemos la inmensidad, el espacio infinito, una multitud de estrellas... Es algo tan grande, tan vasto, que casi perdemos la cabeza: el alma emprende el vuelo, se sumerge en esta inmensidad y se fusiona con otras existencias. El estado de conciencia cambia, la paz, la tranquilidad se instalan, porque muchas pequeñas cosas se esfuman ante esta grandeza, ante esta majestuosidad, y vivimos la vida universal, la vida colectiva. ¿Debemos disminuir, acaso, el valor del sol porque hay muchos otros soles en el universo? No. Pero debemos estudiar el lenguaje de la naturaleza. ¿Cuál es el papel del sol? Nos individualiza, nos alumbra para que podamos estudiar, trabajar y ejecutar todo aquello que es necesario para nuestra evolución. Si el sol no estuviese ahí, todo eso sería imposible, nos perderíamos en la inmensidad. Para que podamos individualizarnos y ser conscientes, el sol es absolutamente indispensable.

El sol, la luna y las estrellas están representados en nosotros. El sol está en nuestra inteligencia bajo forma de luz, y en nuestros sentimientos bajo forma de amor. En nuestro organismo está representado por el corazón, que está en el centro, y que es de donde brota y se propaga la sangre para alimentar a los órganos, lo mismo que el sol alimenta a los planetas. Pero el verdadero centro de nuestra vida es el plexo solar. ¿Por qué se le ha dado este nombre de “solar”? Porque la vida viene de ahí. Los rusos le llaman a esta zona *jivot*, y *jivot*, en búlgaro, quiere decir “vida”. Para los rusos, *jivot* es toda la región del vientre, del estómago y del plexo solar. En el Evangelio se dice que cuando el hombre llegue a purificarse, a ser el templo de Dios vivo, “de su seno brotarán fuentes de agua viva”. Es de ahí, del plexo solar, de donde brota el agua viva, y es de ahí también de donde el niño recibe la vida a través del cordón umbilical.

Si tomamos al sol como símbolo del intelecto, es porque el intelecto es en nosotros esta facultad capaz de iluminar las cosas, de hacérselas ver y comprender. Sin esta luz que proyecta, estamos ciegos, podemos caer en los precipicios. El intelecto, pues, representa el sol, bajo forma de entendimiento, de comprensión, de claridad y de sabiduría. Y ésta es la razón de esta fórmula del Maestro Peter Deunov: “Tened el corazón puro como un cristal, el intelecto luminoso como el sol, el alma vasta como el universo, y el espíritu poderoso como Dios y unido a Dios”. El intelecto es nuestro sol, pero un sol que, por el momento, no siempre nos ilumina muy bien.

¿Qué hace el intelecto? Como el sol, tiene la propiedad de individualizar a las criaturas, de separarlas de la colectividad, de la inmensidad, para poder hacerlas conscientes y capaces de estudiar. Por tanto, es útil, pero al mismo tiempo, corta nuestros lazos con la verdadera realidad, que es la inmensidad. Por eso en la religión hindú se dice que el intelecto es el destructor de la realidad. Sí, podemos decir que destruye la realidad, porque nos la esconde; exactamente como el sol que, al impedirnos abarcar la inmensidad con todas las otras estrellas, nos deja ver solamente una pequeña porción de tierra.

El intelecto egoísta, egocéntrico y materialista que se manifiesta, por el momento, en ciertos pensadores, filósofos y eruditos, es un asesino de la realidad. Es él el que impide ver, y cuanto más trabajo le da el hombre, menos llega a sentir, a creer y a conectarse con el cosmos y con la inmensidad; se vuelve individualista, personal, destructivo. ¿Durará esto eternamente? No, porque en los proyectos del Señor este desarrollo del intelecto no es más que una etapa. Evidentemente, el Señor sabía que si el hombre desarrollaba el intelecto, esto le separaría de todo, le impediría ver la

inmensidad y acabaría volviéndose incrédulo, ateo, materialista... ¡y “positivista”, si queréis! Pero también sabía que esto no duraría eternamente.

El papel del intelecto es el de llevar a los humanos al plano concreto, material, físico, y por el momento, pues, exploran el mundo con violencia, egoísmo y crueldad. Pero esto será pasajero. Por un tiempo es necesario e inevitable; si existe, es que el Espíritu cósmico ya lo había previsto. En el momento actual, el hombre estudia solamente la corteza de las cosas, su apariencia, su aspecto exterior, condensado, petrificado, el lado mecánico y muerto de la naturaleza, y lo estudia con su intelecto inferior. Pero éste está conectado con el intelecto superior, el cuerpo causal.

¿Os acordáis del esquema que representa al hombre con sus siete cuerpos: físico, etérico, astral, mental inferior, mental superior, búdico y átmico? En el centro se encuentran el cuerpo mental inferior (manas, como dicen los teósofos) y el mental superior, que es el cuerpo causal; ambos están conectados. Por eso, gracias a sus actividades, el intelecto inferior acabará un día despertando al intelecto superior. El hombre necesita poseer un intelecto que le permita desarrollarse como individuo y dominar el mundo material. Si trabajase solamente en el ámbito colectivo y universal, sería incapaz de ejecutar los trabajos materiales. Este es el peligro que acecha a los místicos cuando no saben trabajar en los dos dominios y se abandonan solamente al mundo nebuloso y lunar. Evidentemente, tienen algunos gozos, algunos éxtasis, pero sus trabajos terrestres periclitán, y su cuerpo físico también. Para poder desarrollarse armoniosamente, hay que saber trabajar en los dos planos.

**Cuerpo átomico**

**Cuerpo búdico**

**Cuerpo causal**

**Cuerpo mental**

**Cuerpo astral**

**Cuerpo etérico**

**Cuerpo físico**

El sol nos impide ver el resto de la creación que, sin embargo, existe; según los astrónomos, hay incluso soles mucho más grandes y poderosos que nuestro sol. Pero aunque la luz del sol nos impida ver la inmensidad, no por eso debemos reprochárselo; esto es necesario e indispensable, y corresponde al trabajo del intelecto. En el pasado lejano el intelecto no estaba muy desarrollado, y los hombres eran más sensitivos y veían mucho más con sus ojos interiores: vivían en medio de los espíritus, se desdoblaban fácilmente, su conciencia no estaba tan despierta en el plano físico y tenían, más bien, una vida psíquica, una vida astral, visitaban las regiones invisibles en

donde veían a los espíritus de los muertos y hablaban con ellos. Pero, después, la Inteligencia de la naturaleza decidió desarrollar el cerebro de los humanos, y ahora este cerebro está tan desarrollado que todo lo que es intuición, clarividencia, religión y misticismo ha desaparecido. Algunos, claro, han conservado estas creencias, este contacto con las regiones sutiles, pero la mayoría de los humanos está completamente al margen de todo eso, porque trabajan mucho más con el cerebro. La química, la física, las matemáticas, la biología, son los resultados de las investigaciones del intelecto.

Sin embargo, algunos, insatisfechos por los descubrimientos de la ciencia oficial, empiezan a ocuparse de los fenómenos de clarividencia, de telepatía, de mediumnidad, lo que prueba que, cuando el intelecto haya acabado su desarrollo, pondrá en movimiento al intelecto superior, con el que está conectado, y sucederá lo mismo que observamos en los cohetes de varios pisos: cuando el primer piso ha quemado su combustible se cae, pero antes de caer ha inflamado el segundo piso, y el cohete sigue su carrera, y después, cuando el segundo piso se agota, enciende el tercero, y así sucesivamente...

Esto es también lo que se produce en el ser humano. Porque el hombre es un cohete proyectado por el Creador hacia un destino desconocido: cuando el primer piso ya se haya agotado, tened confianza, los demás están intactos, y podréis seguir viviendo si lográis encender el segundo piso, y después el tercero... Pero, como a menudo el encendido no se efectúa convenientemente, el hombre se muere antes de haber agotado todos sus combustibles, y detiene su ascensión. No es porque ya no le queden energías, no, sino porque no se ha establecido el contacto entre los materiales inflamables de uno y otro piso. Constatamos que mucha gente muere cuando todavía tenían muchas células y órganos vivos; aún no estaban agotadas todas sus reservas y por tanto podían vivir,

pero murieron. Y ahora incluso se extraen órganos de los cadáveres, lo que permite que otras personas puedan seguir viviendo.

Pero volvamos a nuestro tema. Lo esencial de lo que quería decirnos es que la alternancia del día y de la noche nos enseña que el hombre debe vivir en los dos mundos: desarrollar su intelecto y ver bien el plano físico con todos sus detalles, pero no quedarse exclusivamente en este plano, porque si no, nunca estará completo, le faltará toda la inmensidad del corazón y del alma. El sabio sabe que debe comulgar con la colectividad de las almas en el universo y, al mismo tiempo, trabajar en el plano físico; así, se beneficia de las riquezas de estos dos mundos. Un materialista no es, en mi opinión, un hombre inteligente, porque no ha estudiado bien las cosas: se ha fiado exclusivamente de su intelecto, y como el intelecto es el asesino de la realidad, esta realidad, la verdadera realidad, permanece oculta para él. El intelecto les impide a los hombres ver lo que es esencial, la causa primera, el lado vivo, la fuente de todas las cosas. Los intelectuales se han concentrado solamente en lo objetivo, la materia, y no tienen noción alguna de lo subjetivo, es decir, de la vida, de las fuerzas, de las corrientes, de los fluidos, de las emanaciones, de las quintaesencias, de las entidades celestiales, de los genios planetarios y de todas las jerarquías angélicas en el universo. No sienten nada: su intelecto ha matado la realidad.

Pero no me comprendáis mal: yo no disminuyo el valor del sol. No, nuestro sol está conectado con el otro sol, y a través de él podemos, pues, entrar en comunicación con esta inteligencia que vive en el otro sol. Nuestro sol, que es el intelecto, está conectado con el otro sol, que es el plano causal, la sabiduría universal, el conocimiento absoluto. Así, nuestro sol es una etapa, una puerta, un grado. No vayáis a decir ahora: “¡Ah!, si es así no iré más hacia el sol, puesto que oculta la realidad”. No la oculta, la oculta solamente a aquéllos que no saben ir más lejos.

Si el día os presenta la importancia de la tierra, de los detalles, de las pequeñas cosas, la noche os presenta su insignificancia. ¿Tenéis problemas, inquietudes? Contemplad las estrellas por la noche y sentiréis que, poco a poco, todo lo negativo empieza a esfumarse, que os volvéis nobles, generosos, clementes y misericordiosos, ¡hasta os reís de las ofensas y de las vejaciones! Cuando se despegas de esta pequeña realidad que es la tierra y se lanza hacia la inmensidad, el hombre se vuelve grande, se fusiona con el Espíritu cósmico. Pero después, para no desaparecer completamente, puesto que debe seguir aún en la tierra y cumplir sus deberes, debe -¡aunque sea con pequeños suspiros!- volver de nuevo y retomar sus trabajos. Pero si no tenéis tiempo para contemplar las estrellas, al menos antes de dormiros, confiaos al Señor y decidle: “Señor, hazme comprender, conocer y visitar todos los demás esplendores de la Creación”. Así, durante la noche, iréis muy lejos, no os quedaréis siempre ahí, estancados en la tierra.

El hombre no está hecho para quedarse enganchado a la tierra, sino para viajar a los otros planetas, a las otras estrellas, porque para el alma no hay obstáculos. El cuerpo, evidentemente, es demasiado denso, no puede volar por el espacio, pero el alma no encuentra obstáculos, ni barreras, ni pantallas. Sólo que, para que pueda viajar, es preciso que sus lazos con el cuerpo no sean demasiado poderosos. Si los apetitos, los deseos, las codicias, atan el alma al cuerpo físico, entonces es su prisionera, y no puede emprender el vuelo para experimentar las cosas de arriba. Y así volvemos a la moral de los Iniciados. Los Iniciados no han inventado la moral, la han encontrado en el universo.

Suponed ahora que queréis ver la salida del sol, pero hay nubes y no lográis meditar. ¿Qué debéis hacer? Puesto que las condiciones no son favorables, debéis desplazar vuestra actividad: en vez de mantenerla en el cerebro, en la consciencia, desplazadla a la subconsciencia. Os dejáis llevar en este océano cósmico de amor y de

beatitud, os abandonáis a Dios con confianza y decís: “Señor, me dejo llevar en este océano de luz, tengo confianza en Ti”. Y, manteniendo solamente en el intelecto una pequeña lamparilla para que nada malo se introduzca dentro, os abandonáis, nadáis en un océano de gozo, estáis en la beatitud. Esto es lo que se puede hacer en días así: no dormirse, claro, sino dejarse acunar solamente, vigilando, de vez en cuando, lo que sucede en nosotros, sin pensar en nada.

Se dice en los Libros sagrados que aquél que llegue a detener el pensamiento saboreará la beatitud y la inmortalidad. Saber detener el pensamiento, ¡es la cosa más difícil! Sí, lo más difícil es lograr el silencio completo en nuestra cabeza, permaneciendo al mismo tiempo vigilantes... No pensar, no dormirse tampoco, sino solamente sentir, sin pensar. Sentimos y comprendemos al mismo tiempo, no se sabe cómo comprendemos ni por qué comprendemos, pero constatamos que no es con el cerebro. El cerebro no es el único órgano de comprensión. Y los sabios todavía no han llegado a descubrirlo, pero yo os lo digo: el cerebro que conocemos no es el único órgano excepcionalmente preparado para comprender, hay otros. Si comparáis el plexo solar con el cerebro, veréis que ambos están hechos de la misma materia gris o blanca, pero dispuestas de forma inversa: en el cerebro, la materia gris está en la superficie y la materia blanca en el interior, e inversamente en el plexo solar. Gracias a la materia gris el hombre comprende, y gracias a la materia blanca siente. En el cerebro, la materia gris está en la superficie e impulsa a los hombres a conocer el lado exterior de la existencia, mientras que en el plexo solar les lleva a comprender el lado espiritual, profundo e interior de la vida... Ahí tenéis, mis queridos hermanos y hermanas, una de las páginas más importantes de la Ciencia iniciática.

## Dibujo del pentagrama

Y ahora, me siento tentado de revelaros otra cosa aún sobre estos símbolos de los triángulos y del pentagrama que siempre tenéis ahí a la vista, cuando estáis en esta sala, pero que todavía no sabéis descifrar.\* Hace ya muchos años os presenté el Arbol sefirótico, que está compuesto por diez sefirots, y os mencioné una undécima séfira, oculta, misteriosa, de la que no se habla mucho y a la que la Cábala llama Daath. Daath en hebreo significa “el saber”. Esta séfira se sitúa en el pilar central, entre el sol, Tiphéret, y Kéther. Todos los cabalistas saben que el Arbol sefirótico está constituido por tres pilares: el del medio es llamado pilar del equilibrio y, a una y otra parte de él, se encuentran los pilares de la misericordia y del rigor. Si el hombre trabaja con los sefirots que están situados en el pilar del equilibrio, llega a desarrollar la consciencia y la supraconsciencia. Los otros dos pilares son los poderes de los que puede disponer: los poderes masculino y femenino, el rigor y la misericordia.

---

\* Ver página .

**Pilar del  
Rigor**

**Pilar del  
Equilibrio**

**Pilar de la  
Misericordia**

**Árbol de la Vida**

En el pilar de la misericordia encontramos, desde arriba, los sefirots Hokmah, Hésed y Netzach; en el pilar del rigor encontramos los sefirots Binah, Gébourah y Hod; Y en el pilar del equilibrio los sefirots Kéther, Daath, Tiphéret, Iésod y Malkout. Estos cinco sefirots corresponden a los cinco brazos del pentagrama que representa las virtudes que el hombre debe poseer para convertirse en el pilar del equilibrio: la bondad, la justicia, el amor, la sabiduría y la verdad. En cuanto a los dos pilares, uno a cada lado, que cuentan con tres sefirots cada uno, corresponden a los dos triángulos que componen el sello de Salomón. Es, pues, el Arbol sefirótico, el Arbol de Vida, el que está representado esquemáticamente por estas tres vidrieras: el pentagrama, en el centro, y los dos triángulos, uno a cada lado. Debéis aprender a trabajar sobre todo con la columna del medio, con el pilar del equilibrio, en el que se encuentran los cinco sefirots Kéther, Daath, Tiphéret, Iésod y Malkout.

Y ahora os mostraré que los Iniciados conocían muchas cosas que han sido expresadas en símbolos, en sentencias, en mitos y leyendas que se siguen utilizando o relatando sin comprender toda su profundidad. Habéis visto que en los libros esotéricos se habla de la piedra filosofal, del elixir de la vida inmortal, de la panacea universal, del espejo mágico y del caduceo de Hermes. Son cinco. ¿Y dónde los situaríais ahora en el pentagrama? ¡Vamos, buscad!... Veréis lo que es el pentagrama cuando llegamos a comprenderlo.

Cuando hayáis desarrollado en vosotros las virtudes del pentagrama podréis transformar los metales en oro, tener la inmortalidad, curar todas las enfermedades, ver todas las cosas ocultas y secretas y hacer todos los milagros. Pero ni siquiera sabéis aún lo que son la piedra filosofal, el elixir de la vida inmortal, la panacea universal, ni dónde se encuentran en vosotros. ¿Y el espejo mágico? Lo poseéis también, pero está en

alguna parte, deteriorado, empañado, manchado, y no podéis ver nada en él. ¿Y dónde está el caduceo de Hermes para hacer maravillas?... Buscad, no puedo decíroslo todo en una sola conferencia. Os he dado algunas aclaraciones sobre ciertas cuestiones: si os ponéis a trabajar, veréis la profundidad de nuestra Enseñanza.

Ahora quisiera sacar una conclusión de todo lo que acabo de deciros. La luz y las tinieblas son, pues, dos principios divinos. La noche no tiene nada de malo, como tampoco el día. El mal existe solamente en la cabeza de los hombres, porque no lo comprenden todo, pero en la naturaleza el mal no existe. Las tinieblas hacen su trabajo, la luz también, y la luz sale de las tinieblas, son las tinieblas las que la producen. Acordaos de lo que os expliqué ayer sobre este tema.

¿Acaso ha disminuido ahora vuestro deseo de ir a ver la salida del sol porque sabéis que el sol impide ver la inmensidad? No ¿verdad? Además, en la vida siempre ocurre algo así: si tenéis un profesor al que admiráis, un instructor, un Maestro, palidece todo lo demás y sólo veis lo que él os muestra. Siempre habrá una luz más grande que hará palidecer otra luz más débil que ella, y así, de luz en luz, acabaremos por encontrar a Dios. Hay que aceptar esta ley. Yo, que la conozco, he tomado precauciones para no extraviar a mis amigos. Nunca les digo que no haya nadie por encima de mí, contrariamente a lo que hacen la mayoría de los espiritualistas, de los ocultistas y de los religiosos, que quieren impedir que sus discípulos vayan a ver a otros Maestros que les sobrepasan. Sólo San Juan Bautista no tuvo esta debilidad. Decía, hablando de Jesús: “Yo no soy digno de desatar la correa de su sandalia”. Él también tenía discípulos, pero un día que pasaba Jesús les dijo: “Este es el Cordero de Dios”, y sus discípulos siguieron a Jesús. ¡San Juan Bautista era un ser extraordinario!

Bonfin, 29 de septiembre de 1967 (por la mañana)

### III

Al regresar esta mañana a mi casa, revisé todo lo que os dije y, como de ordinario, encontré muchas lagunas. Por ejemplo, no os hablé de la luna. En la vida psíquica la luna tiene un papel muy importante que la mayoría de los humanos no conocen. En general subestiman la influencia de la luna. Las expresiones: “es un lunático” o “está en la luna” muestran que no tienen de ella una opinión muy buena. Pero, en realidad, todos están influenciados por la luna, y a veces hasta de forma exagerada, sólo que no lo saben o no quieren reconocerlo. Pero dejemos a la luna tranquila por esta vez...

Os dije que la luz del sol eclipsaba la de las estrellas y sólo nos permitía ver un pequeño número de cosas en la tierra. ¿Cómo es posible que el sol haga palidecer al universo entero?... Porque es muy luminoso. Si os volvéis muy luminosos, muy calurosos, muy poderosos, eclipsáis a todos los que están a vuestro alrededor. En realidad, eso no quiere decir que ocultéis el universo, no, vosotros mismos representáis al universo e impedís que las personas que os rodean vayan a chapotear en la oscuridad. Decís: “¡Aquí estoy yo!” Y con esta luz, con este calor, representáis a todos los demás soles.

Así, por analogía, el sol nos revela todo el universo. Es sólo el intelecto limitado de los hombres el que les impide ver y sentir el mundo divino, porque se detiene en la superficie de las cosas. Pero este intelecto, que de momento ensombrece al mundo divino, tiene también la posibilidad de ir más lejos, y llegará un día en que toque a la inteligencia superior con la que está conectado, a la inteligencia pura, la inteligencia sublime de las causas primeras. Entonces el hombre conocerá el mundo objetivo,

concreto, material, y al mismo tiempo el mundo invisible, sutil, el mundo espiritual, el mundo divino. No debemos suprimir el intelecto porque, entre las facultades que Dios nos ha dado, es la que nos permite encontrarle. Si no tuviésemos esta inteligencia, aunque sea mediocre, aunque sea limitada, nunca podríamos encontrar nada. Dios ha dado el intelecto a los humanos para que éstos puedan encontrarle; de momento es el que les impide ver la verdad, pero más tarde será completamente diferente.

Aunque por el momento el intelecto tenga la facultad deplorable de oscurecer y de ocultar todo lo demás, los filósofos y los pensadores de buena fe, cuando quieren buscar, encuentran. Por eso os digo que este mismo intelecto que vuelve a los hombres materialistas, incrédulos y ateos, puede llevarles, si son guiados e instruidos por Iniciados, a descubrir las más grandes verdades. Incluso los hombres más ordinarios, si saben razonar bien, encuentran pruebas de la existencia de Dios. Como os dije un día, cuando ha sido cometido un crimen en alguna parte, o cuando han venido los ladrones y lo han desvalijado todo, llega la policía para tomar huellas y buscar indicios. ¿Por qué? Simplemente porque está convencida de que todo acto, toda obra tiene un autor. Pero entonces, aplicando el mismo razonamiento, ¿por qué no han visto los humanos que, si el universo existe, con estas leyes, con este orden, con esta armonía, si las estrellas y las constelaciones, los árboles, las montañas, y hasta nuestro cerebro existen, es porque hay también un autor? ¡Ah, no, no!, cada cosa tiene un autor, ¡pero la naturaleza, en cambio, no lo tiene!... Pues bien, éste es un razonamiento catastrófico.

Y sin embargo, esta pequeña inteligencia humana, que hace descubrimientos a pesar de todo, y que ahora ha conseguido enviar hombres a la luna, es también capaz de hacernos comprender los grandes misterios de la vida. Pero necesita que alguien pueda orientarla, y esto es lo que nosotros hacemos en la Escuela divina de la Fraternidad

Blanca Universal. Si no tenéis guía, si no tenéis instructor, no llegaréis a descubrir las verdades más indispensables para la vida.

No hay que subestimar al intelecto; yo nunca he tenido la intención de disminuir su valor, sino solamente explicar cómo se manifiesta por el momento y en qué límites debe permanecer, sin desconocer su papel, que es inmenso, puesto que gracias a él, precisamente, podemos conocer al Creador, al Señor. Pero debemos ser lógicos: si creemos que cada crimen tiene un autor, pero que toda la creación no lo tiene, caemos en el absurdo. Para ciertas cosas, los hombres son incrédulos, y para otras ¡son tan crédulos, que es asombroso! No creen ni en el Creador, ni en la Inteligencia cósmica, ni en el mundo divino, ni en la justicia, ni en la bondad, pero creen que cosecharán frutos sin haber plantado ni sembrado nada. Si conociesen la reencarnación y sus leyes sabrían que no hay que esperar, que debemos haber preparado el terreno para obtener lo que pedimos, y que si hubiésemos trabajado en el pasado tendríamos todo lo que queremos en esta vida.

Así que, ¿veis?, los humanos no creen en la Inteligencia divina, pero creen en la estupidez, en la casualidad, en el absurdo. Algunos materialistas creen que los átomos se han dispuesto entre sí por casualidad, de tal forma que han creado la inteligencia. ¡Pero preguntadle a un agricultor si es la casualidad la que gobierna la naturaleza! Os dirá que no se cosechan higos en una cepa de viña, ni ciruelas en los cardos. Y si sabe esto, sabe también que la inteligencia producirá inteligencia y lo absurdo absurdece. Entonces, ¿cómo pueden creer los sabios que una casualidad estúpida, insensata y caótica haya creado un mundo tan inteligentemente organizado? ¡Es verdaderamente increíble!

Pero volvamos a lo que decía esta mañana a propósito del pentagrama. Os dije que sobre los cinco brazos del pentagrama podemos poner cinco símbolos. El primero

es la piedra filosofal para transformar los metales en oro; corresponde al plano físico, a la séfira Malkout. El segundo es el elixir de la vida inmortal, es la vida pura, es Iésod, la segunda séfira. El tercero es la panacea universal, la séfira Tiphéreth, el sol, la luz con la que se curan todos los males. El cuarto, es el espejo mágico, que hace que lo veamos todo y lo conozcamos todo, es la séfira Daath, en donde están el saber y los archivos del universo. Muchos magos, mediante conjuros, preparan espejos mágicos, pero ¿qué ven en estos espejos? Los horrores, los crímenes, las larvas y los demonios que flotan alrededor de los humanos. El verdadero espejo mágico os hace ver la profundidad de la sabiduría eterna; es la séfira Daath. Finalmente, el quinto símbolo es la varita mágica que da al que la posee el poder de hacer todos los milagros; también está representada por el caduceo de Hermes o el báculo de los pontífices y los jefes espirituales como símbolo de su autoridad; es la séfira Kéther.

En el pilar central, el pilar del equilibrio, se encuentran, pues, estos cinco símbolos que los cinco sefirots pueden dar como regalos al Iniciado que camina por el sendero del equilibrio. Juntos, forman el pentagrama. Si meditáis en el pentagrama, si escucháis lo que os dice, os revelará muchas cosas y descubriréis también por qué contiene el pequeño pentagrama. Nosotros somos el pequeño pentagrama, el microcosmos, en el gran pentagrama. Nosotros somos el pequeño pentagrama en el gran pentagrama, el macrocosmos, porque estamos hechos a imagen del gran cosmos.

**El caduceo de Hermes**

**El espejo mágico**

**La panacea universal**

**El elixir de la vida inmortal**

**La piedra filosofal**

**Pilar central**

Bonfin, 29 de septiembre de 1967 (por la tarde)

## Capítulo XVIII

### El sol es el iniciador de la civilización

#### El discípulo debe desarrollar la clarividencia empezando por los planos superiores

Cuando el sol sale difunde su luz, su calor y su vida, y son esta luz, este calor y esta vida los que impulsan también al hombre a ir al trabajo. Algunos van a la oficina, a la fábrica o a los campos, otros abren sus tiendas. Los niños van a la escuela. Las calles están llenas de griterío, de animación, de gentes y de coches que circulan. Por la noche, cuando el sol se pone, cierran las tiendas, dejan las oficinas, vuelven a sus casas, y después, ¡a la cama! El sol es el que ritma la vida de los seres, todo el mundo lo sabe; pero lo que no saben es que también es el iniciador de la cultura, de la civilización.

A veces nos preguntamos quién fue el primero que enseñó a los hombres la escritura, la agricultura, el uso del fuego o de ciertos utensilios, y decimos que fue tal o cual, pero en realidad, el sol es el que está en el origen de todos estos descubrimientos. Diréis que no es posible, que el sol no es inteligente, que no tiene ni cerebro para pensar ni boca para hablar. Así que, según vosotros, únicamente los humanos son inteligentes, y aquél gracias al cual toda la vida es posible en la tierra ¡no es inteligente!...

En realidad, el sol fue el primero que aportó la ciencia al hombre. ¿Cómo? Es muy sencillo de comprender. Podemos ver los objetos, las formas, los relieves, los colores, las distancias, porque nos da su luz. Gracias a esta luz, podemos orientarnos, observar, comparar, calcular. Sin la luz ninguna ciencia es posible. ¿Qué podemos conocer en la oscuridad? Nada.

Y ahora, si pregunto cómo ha surgido la religión, algunos, que se creen grandes filósofos, me responderán que ha sido el miedo, el miedo de los humanos ante las fuerzas de la naturaleza. No, éste es un punto de vista muy limitado. Es el sol quien ha creado la religión: al dar calor a los humanos ha introducido en ellos la necesidad de dilatarse, de amarse, de adorar. En el frío estamos crispados, helados, sin amor. Pero dad calor a alguien y veréis como se abre, se siente bien y empieza a amar. Así apareció la religión: gracias al calor. Al principio, puede ser que esta religión sólo sea el afecto a un hombre, a una mujer, o incluso a un animal, a un perro, a un gato, a un canario... Poco importa, es un comienzo. Algún día este amor se elevará hasta el Dueño del universo, hasta el Señor.

Finalmente, también ha sido el sol el iniciador del arte: porque aporta la vida. En cuanto un ser tiene vida, empieza a querer moverse, actuar, hablar, expresarse mediante creaciones, y ahí están la danza, el canto, la pintura, la escultura. El arte empieza con la vida. Mirad los niños; se mueven, gritan, hacen garabatos... Sus gritos son el principio de la música; sus garabatos son el principio de la pintura; sus montoncitos de arena son el principio de la escultura; sus pequeñas cabañas son el principio de la arquitectura; y todos sus pequeños movimientos son el principio de la danza. Sí, el arte empieza con la vida, y la vida viene del sol.

¿Cómo podría crear algo un artista si el mundo estuviese sumido en la oscuridad? ¿De dónde tomaría sus modelos? ¿Quién le daría idea de los movimientos, de las formas, de los colores? He dicho a los pintores: “Pintáis cuadros, pero ¿quién os ha dado los colores? ¿Acaso los habéis fabricado vosotros? No. Es el sol quien os ha dado estos colores a través de los minerales y los vegetales de los que han sido extraídos, ¿acaso pensáis en ello?” Los pintores nunca dan las gracias al sol, que les ha proporcionado los colores e incluso es muy raro que lo representen en sus cuadros.

Hace algunos años conocí a un pintor que vivía en el Var; era de edad avanzada, célebre, y sus cuadros tenían siempre unos colores magníficos. Me había invitado a pasar unos días en su casa y fui. Al llegar, me extrañó mucho ver que había construido su casa en un agujero rodeado de montañas, y me pregunté cómo era posible que un artista, que un esteta, no supiese construir mejor su casa. Incluso en verano, veía salir el sol a las diez y lo veía ponerse a las cuatro. Acabé por hablarle de ello; le dije: “¿Cómo puede Vd. vivir sin sol? Los primeros rayos deben venir a iluminar su casa, porque estos rayos son la vida, la inspiración... ¡Todo está en ellos!” No sabía qué responder. Después le pregunté por qué no se veía el sol en ninguno de sus cuadros. Me respondió que era muy difícil pintar el sol. “No, le dije, no es difícil. ¿Cómo es posible que no le rinda homenaje a él, que es la fuente de todos estos colores, que da la vida a estos árboles, a estas flores que hay en sus cuadros? Es él quien se lo ha dado todo ¡y no está representado en ninguna parte!” Después me enteré que se empezó a pintar el sol...

Basta con reflexionar un poco para comprender que el sol es el origen de todo lo que existe en nuestra tierra. Pedidle que os explique cómo ha meditado y trabajado para hacer vivir a los humanos, cómo les ha preparado unas condiciones favorables de atmósfera, de temperatura, cómo ha dosificado la luz y el calor para que la vida aparezca. Primero fueron los vegetales, después los peces, los pájaros, los mamíferos, y finalmente los humanos. El sol lo preparó todo para que naciesen una cultura y una civilización. También fue el sol el primer agrónomo, puesto que de él depende el reparto de la vegetación, su crecimiento y su fructificación. De él dependen la miseria y la riqueza, la hambruna y la abundancia.

Cuando llegué a Francia, en 1937, dije que en el futuro la humanidad ya no utilizaría ni madera, ni carbón, ni petróleo para producir energía, sino únicamente los

rayos de sol. Evidentemente, en aquella época no me creían, pero ahora empiezan a darme la razón, porque se dan cuenta cada vez más de que las fuentes de energía utilizadas actualmente pronto estarán agotadas, y de que se verán obligados a interesarse por unas energías más sutiles que son inagotables. En el futuro los hombres se alumbrarán, se calentarán y viajarán gracias a la energía solar... Incluso se alimentarán de la luz del sol.

Sin la vida del sol los hombres nunca habrían podido existir, actuar, trabajar. Sin su calor nunca hubieran podido experimentar sensaciones. Sin su luz nunca hubieran podido ver, y no sólo ver, sino comprender, puesto que la comprensión no es otra cosa que una luz superior en el terreno intelectual. En cuanto a su calor, ha suscitado todo aquello que es del dominio del corazón: los contactos, los intercambios, el amor, la amistad. Es el origen del matrimonio, de la familia, de la sociedad y de todas las formas de colectividad. Si sois fríos la gente no os ama, se alejan; pero si sois calurosos, vienen a calentarse junto a vosotros y os agradecen este calor. El calor es lo que acerca a los seres, el que les da la capacidad de sentir, de conmoverse, de maravillarse, de rezar... El calor del sol es, pues, el origen de la moral y de la religión.

Claro que, si decís eso a los cristianos estarán indignados, porque no ven la importancia del sol: para ellos lo esencial es la misa. Entonces yo les pregunto: “Pero, si el sol no estuviese ahí, ¿cómo celebrar la misa? ¿Acaso se puede decir misa en la oscuridad y el frío? ¿Dónde se encontraría el pan y el vino de la comunión?” No quiero disminuir el valor de la misa, hasta os diré, francamente, que conozco sobre este tema muchas más cosas que la mayoría de los sacerdotes. Estos han aprendido a decir misa pero no conocen su sentido profundo, mágico. Yo sí lo conozco, por eso tengo por la misa un respeto mucho más grande que el de los mismos cristianos. Sin embargo, les

pregunto: “Sin el sol, ¿quién diría la misa? ¿Y quién asistiría a esta misa?” Veis cómo no reflexionan...

Y ahora, si os digo que es la luz del sol la que, trabajando sobre nuestro cuerpo físico, ha formado nuestros ojos, tampoco me creeréis. Sin embargo es la verdad, es el sol quien ha creado nuestros ojos. ¿Por qué? Para ser visto... Y con su calor ha trabajado sobre nuestro cuerpo para crear los órganos de la sensación: el corazón, la boca, y sobre todo la piel. Ha encontrado que la sensibilidad a la luz debía estar limitada solamente a los ojos, mientras que el calor debía ser sentido en toda la superficie del cuerpo. ¿Veis la diferencia?... Interesante, ¿verdad?

El sol lo dirige todo en el universo; es como un director de orquesta o como un rey en su trono. Cuando toma una decisión, da sólo una señal y todos los espíritus que ha enviado aquí a la Tierra, o a los otros planetas, se apresuran a ejecutar sus órdenes: modifican algo en la atmósfera, en las corrientes electromagnéticas, y de ello se derivan toda clase de transformaciones en los reinos vegetal, animal, humano, en los ámbitos biológico, psicológico, económico, social. Todo lo que ocurre en la Tierra está gobernado por el sol. Las erupciones, las manchas solares, no son otra cosa que señales que da a toda una jerarquía de inteligencias encargadas de ejecutar sus órdenes.

Mis queridos hermanos y hermanas, no busquéis en otra parte: el primero de todos es el sol. Él es el primero y el último, el alfa y el omega. Antes que todas las criaturas, él era, como Cristo que dijo: “Antes que Abraham fuese, yo soy.” Y el sol seguirá existiendo siempre, aunque no quede ningún hombre sobre la Tierra.

Llevándoos hacia el sol, os llevo hacia Cristo, que es el espíritu del sol. El dijo de sí mismo: “Yo soy la luz del mundo”. La luz que ilumina al mundo es el sol. Pero debemos comprender que, más allá de la luz visible del sol físico, existe otra luz, que es la verdadera luz del sol. En búlgaro la llamamos *vidélina*, palabra construida sobre una

raíz que significa “ver”. Ya os hablé de ella, *vidélina* es la luz invisible, interior, por oposición a *svétlina*, palabra formada sobre una raíz que significa “brillar” y que designa la luz visible que viene del sol, del fuego o de una lámpara. Esta luz, *svétlina*, nos permite ver los objetos materiales, pero no las realidades invisibles del mundo psíquico. Para captar la otra luz, *vidélina*, hace falta conectarse con el sol, porque también viene del sol, pero no es visible; es más sutil, más rica que la luz visible y posee una infinidad de otros matices que no conocemos. Se necesitan años y años de trabajo, de meditación, de oración y de contemplación del sol para captar una cantidad infinitesimal de *vidélina*, que nos permite, entonces, ver el mundo invisible y las criaturas que lo habitan.

Muy pocos han reflexionado sobre el hecho de que, para ver, hay que proyectar luz. Cuando deben ir a una cueva, o a un bosque por la noche, saben que tienen que llevarse una vela o una linterna, pero no se han parado a sacar conclusiones de eso. Puesto que son los rayos luminosos los que al chocar con los objetos los hacen visibles, para llegar a ver el mundo invisible, debemos ser capaces de proyectar fuera de nosotros mismos un cierto tipo de luz. Esperamos que estos objetos estén ya iluminados...¡No!, no lo estarán, ¡tenemos que iluminarlos nosotros! En realidad, todos los objetos del plano astral y del plano mental emiten luz, pero su resplandor no puede ser captado por los ojos humanos. El hombre debe desarrollar en él nuevos centros, encender sus lámparas interiores para proyectar unos rayos que, al caer sobre la superficie de los objetos o de las criaturas, los harán visibles.

Existen varias clases de visión. Empecemos, si queréis, por la visión del espíritu. Cuando el hombre capta las cosas con su inteligencia, comprende su significado, y esto ya es una forma de visión (en inglés “comprendo” se dice “*I see*”, “veo”). Esta visión no es material, claro, y a menudo el hombre ni siquiera tiene conciencia de que ve, pero

en realidad ve. Cuando tiene revelaciones es porque proyecta muy arriba, muy lejos, unos rayos de sí mismo que le hacen ver unas leyes, una correspondencia, una estructura. La sensación también es una forma de visión: mediante otras radiaciones que proyectamos sobre las criaturas, vibramos al unísono con ellas, tomamos conciencia de su existencia, de su presencia, de sus sentimientos. Por último, existe un tercer tipo de visión que consiste en percibir ciertas luces o ciertas entidades que se desplazan en el mundo etérico. Está bien, pero de todos modos es la forma inferior de la clarividencia. Muchos han llegado a desarrollarla, ven colores o formas etéricas, pero no las comprenden ni sienten nada: necesitan a alguien para guiarles o interpretar lo que ven. Esta videncia no es muy útil, y a menudo, incluso detiene al discípulo en su evolución.

La clarividencia, pues, tiene grados. Los grados superiores son la comprensión y la percepción del mundo divino; y es por ahí por donde hay que empezar, y después, si queremos, podemos descender hasta la visión del plano etérico. La visión etérica es, de todos modos, de un orden inferior, porque el plano etérico está relacionado con el elemento tierra, pertenece todavía al mundo físico, no al mundo espiritual. Según la Ciencia esotérica, el plano físico está formado por siete divisiones, y cada uno de los otros planos también. Por el momento la ciencia sólo conoce tres estados de la materia: sólido, líquido y gaseoso; pero existen aún otros cuatro estados de la materia, y estos son los que constituyen, precisamente, el plano etérico.\*

Existen, pues, dos escuelas. La primera enseña cómo, partiendo del plano físico, llegamos hasta la visión de las regiones más sublimes. Está bien, pero este método tiene unos inconvenientes que os mostraré. La otra escuela enseña a los discípulos a concentrarse primero en la Causa primera, en la Fuente de la vida, en Dios mismo, para descender después hacia la materia. Este método tiene menos peligros, porque cuando

---

\* Ver la conferencia: “El cuerpo de resurrección” (tomo IX).

os conectais con el Señor, cuando le amáis, cuando trabajáis siempre para Él, Él mismo os hace saber cómo trabajar y con qué trabajar. Incluso puede mostraros el Infierno, pero, como estáis bajo su protección, no corréis ningún peligro.

Los grandes Iniciados tienen la obligación de conocerlo todo, incluso el Infierno. Si evitasen el Infierno por temor a sus peligros, no tendrían la ciencia completa de la Iniciación. Pero sólo cuando han llegado muy arriba, cuando poseen el saber, el verdadero amor, el poder, pueden descender a estudiar el Infierno y sus habitantes sin ensuciarse, sin quemarse, porque tienen un aura que les protege, tienen el rayo, tienen el fuego, que se representa simbólicamente con una espada flamígera; y hasta los demonios tiemblan ante ellos y se mantienen a distancia. Entonces ven cómo funcionan las leyes del Karma, cómo son castigadas las faltas y cómo deben ser reparadas. Jesús también visitó el Infierno: antes de reunirse con su Padre Celestial fue hasta el Infierno en donde produjo conmociones, e incluso liberó almas, y cuando pasaba, todos estaban asustados.

El peligro de desarrollar la clarividencia a partir de los planos inferiores, etérico y astral, se debe a que estas regiones están pobladas de criaturas poco evolucionadas, pero, a menudo, muy seductoras, muy bellas. Incluso en el Infierno hay cosas muy bellas. Ésta es una verdad que los cristianos no mencionan casi nunca, porque no saben lo que es el Infierno, y se lo imaginan lleno de suciedades, de horrores... En absoluto, en el Infierno se encuentran cosas muy bonitas, pero ilusorias, engañosas, para que la gente caiga en las redes.

Siempre representan al Diablo con garras, con cuernos, con pezuñas, con hocico, pero en realidad, el Diablo toma unas formas de una seducción extraordinaria: bien trajeado, con joyas, con anillos, ¡e incluso con una cuenta bancaria formidable! Habla muy bien y tiene relaciones con la mejor sociedad. Se pasea con un bonito bigote; a

veces va con un pequeño bastón que hace girar con elegancia, y con un monóculo, y lleva un bombín o un gran sombrero de mosquetero. Sí, así es cómo se presenta en las reuniones solemnes, en las reuniones nacionales. El Diablo es muy elegante, os lo aseguro. Pero como los hombres lo buscan siempre bajo formas amenazantes, no lo ven, y así, completamente seguro, se introduce, engaña a los humanos. Porque ¡son tan tontos! No tienen ningún discernimiento, esperan que el Diablo se presente con unos cuernos... ¡Ni soñarlo! No es estúpido, sabe muy bien que los cuernos y las pezuñas no son muy seductores, por eso se disfraza de una forma extraordinaria.

Para el discípulo el peligro de desarrollar la clarividencia empezando por los planos inferiores, es que está tentado de quedarse en ellos, seducido por unas formas bellas pero engañosas. Algunos ocultistas tienen unos ingredientes, unos extractos de plantas que hacen tomar a sus discípulos para despertar en ellos unos centros que les harán ver el mundo invisible; pero de esta manera sólo se pueden ver las regiones inferiores de los planos etérico y astral, no más. Y si los que se aventuran en ellas no han desarrollado primero las cualidades de autodomínio y de discernimiento, en las que insisto siempre, si tienen demasiada prisa, si son demasiado curiosos o si quieren tener poderes para engañar a los demás, explotarlos, etc..., no están protegidos y corren grandes peligros.

A las criaturas que habitan en los planos etérico y astral no les gusta mucho ser observadas, y a menudo son hostiles a los humanos. Así que todos aquellos que tratan de verlas despiertan su odio y su maldad. De vez en cuando ven algo bonito, en lo que se paran, y su deseo de ir más lejos ya no es tan poderoso, se quedan pegados a estas regiones en donde estas entidades les atormentan durante la noche produciéndoles insomnios o pesadillas que les obligan a volver atrás. Y, como son ignorantes y no han desarrollado la voluntad de defenderse con medios superiores, están a merced de todas

las fuerzas hostiles. ¡Así encontramos en el mundo a miles de personas que se han convertido en víctimas a causa de unas migajas de conocimiento de las ciencias ocultas!

En la Escuela divina el discípulo recibe otra instrucción. Se le revela que antes de querer aventurarse en las regiones invisibles debe tener una base, unas raíces sólidas, es decir, debe poseer una conexión indestructible con el Creador, con la pura luz celestial. Entonces, nada, ninguna hostilidad es susceptible de quebrantarle o de vencerle. Porque tiene sus raíces hundidas en el Cielo.

Así pues, una vez que ha empezado a captar y a profundizar las cosas con el espíritu y la inteligencia más altos, el discípulo puede descender al plano astral, en donde están las emociones, y allí desarrolla la bondad, el amor, la indulgencia, la grandeza de alma. Después desciende aún más, a la región etérica, en donde empieza a ver las formas, los colores, los espíritus de la naturaleza. Todos aquellos a los que no les gusta ser vistos ya no pueden nada contra él, porque comprenden que posee un poder tal que ya no se atreven a medirse con él, e incluso si les da órdenes, le obedecen, porque sienten que el que les habla desciende del Cielo y tienen la consigna de obedecer a tales seres.

¿Veis?, si no tenéis prisa, todo puede desarrollarse naturalmente, maravillosamente.

Sèvres, 30 de marzo de 1968

## Capítulo XIX

### El sol y la enseñanza de la unidad

#### Como para el sol, el poder de nuestro espíritu está en la penetración

¿Cómo no hablar del sol, mis queridos hermanos y hermanas? ¡Es tan bello, tan puro, tan luminoso, tan poderoso, tan rico!... ¿Cómo no hablar de lo mejor que Dios ha creado? El año pasado hablamos varias semanas de él, y os revelé continuamente aspectos desconocidos, insospechados. Y ahora ¿queda algo por añadir? ¡Sí!, el tema es inagotable: la fuente de la vida, ¿os dais cuenta?, ¡es inagotable!

En las conferencias que os di el verano pasado, primero os presenté al sol, como una fuente de energía, de vida, de calor, y después, como la mejor manifestación de la Inteligencia cósmica, como el Maestro más grande que instruye a todos los demás Maestros, y os aconsejaba que le hicieseis preguntas, porque él da siempre las mejores respuestas, mejores que las de los filósofos o de los sabios. El sol es, pues, la fuente de la vida, pero es también una fuente en el dominio de la moral y del pensamiento. Pudisteis constatarlo cuando hablamos de la Santa Trinidad: el Padre, que es justamente el origen, la fuente de la vida, el Hijo, que es la manifestación de su amor, de su calor, y el Espíritu Santo, que es la manifestación de su luz, de su inteligencia, de su sabiduría. A menudo os he dicho que podemos representar a la Trinidad divina con un triángulo. Y gracias a esta clave podemos descubrir otros muchos triángulos. En filosofía, por ejemplo, podemos distinguir tres disciplinas: la lógica, la ética y la estética, que están relacionadas, respectivamente, con los tres grandes principios que actúan en el hombre: el intelecto, el corazón y la voluntad. A vosotros os corresponde buscar otros ejemplos

en diferentes ámbitos; hoy nos detendremos en algunas cuestiones en las cuales el sol puede aportar el una respuesta.

Cuando miramos al sol, lo primero que vemos es este disco luminoso que tiene siempre la misma forma, la misma dimensión, y que puede ser observado, medido, filmado: es su cuerpo. Pero si queremos estudiar lo que sale de él, esta luz que brota desde el centro hacia la periferia, saber lo que es y hasta dónde se extiende por el espacio, resulta imposible, supera nuestra imaginación.

Pues bien, el ser humano está construido como el sol: tiene un cuerpo físico con unos contornos determinados, pero ¿qué conocemos de lo que sale de él, de sus pensamientos, de sus sentimientos, de sus radiaciones, de sus emanaciones? No gran cosa. Los hombres tienen tendencia a creer que el ser humano no es nada más que su cuerpo físico, pero pronto se verán obligados a revisar todas sus concepciones y a reconocer que únicamente la Ciencia esotérica es verídica, porque siempre ha tenido en cuenta, a la vez, los dos aspectos de la realidad: el aspecto objetivo, mensurable, material, que no hay que descuidar, pero también el aspecto espiritual, vivo, las emanaciones y las radiaciones cuya naturaleza y poder no se conocen aún.

Os decía un día: “Los planetas nos tocan, le sol nos toca...” y estabais extrañados. Sin embargo, es verdad; sin desplazarse, desde lejos, el sol nos toca con sus rayos. La astrología y la magia se explican así: la una por la influencia del sol y de los planetas sobre la tierra, y la otra por el poder que tiene el pensamiento de actuar a distancia y de producir fenómenos independientemente del cuerpo físico. Y como nosotros estamos contruidos con el mismo modelo que el sol, con nuestro pensamiento, con nuestra alma, con nuestro espíritu, tenemos unos poderes que se extienden muy lejos, fuera de los límites de nuestro cuerpo físico. De la misma forma que el sol actúa sobre los minerales, los metales, las plantas, las flores, los animales y los humanos, a los

que penetra, calienta y alimenta, nosotros también, con nuestras emanaciones, podemos, desde lejos, transformar, mejorar, iluminar, vivificar a las criaturas.

Desgraciadamente, la filosofía materialista le ha quitado al ser humano sus posibilidades de actuar en las regiones sublimes, lo ha empequeñecido, debilitado, ha aniquilado su poder espiritual. Exteriormente se vuelve muy poderoso porque tiene cada vez más máquinas, aparatos y armas a su disposición... pero, en su fuero interno, se mortifica, se embota y se apoltrona cada vez más, porque no ha comprendido el poder del espíritu. El día en que todos se esfuercen en dar la preponderancia al espíritu, nacerá una nueva religión. En realidad no será nueva, porque en todos los tiempos la religión ha estado basada en el espíritu, pero si la llamo “nueva” es en el mismo sentido que el “nuevo” cielo y la “nueva” tierra: serán nuevos para aquéllos que dormían y que, al despertarse, los descubran.

No es posible traer una religión nueva desde el punto de vista del espíritu, pero desde el punto de vista cultural, filosófico, científico, psicológico, será una religión nueva porque estará establecida sobre otras bases. Los hombres se darán cuenta, simplemente, de que no son entidades separadas, sino que en los planos sutiles se comunican entre sí, hacen intercambios, y que, en realidad, forman todos una unidad. Es la conciencia de esta unidad la que les obligará a modificar su comportamiento con los demás. La nueva moral estará basada en una ciencia formidable que hará ver, sentir y comprender a los hombres que todos los seres en el universo están relacionados. Mientras que se crean separados de los demás, piensan que pueden exterminarlos sin hacerse daño a sí mismos. Pero, cuando empiecen a desarrollarse, sentirán primero ellos mismos el daño que están haciendo a los demás, y hasta lo sentirán tan fuertemente que se verán obligados a detenerse.

La nueva religión estará basada en unas leyes irrefutables. Mientras que, en la forma en que se presenta actualmente, la religión es ineficaz: la prueba está en que los cristianos no cesan de enfrentarse desde hace siglos. ¿Qué han comprendido? ¿Acaso son sus Iglesias un modelo de unidad? No, viven en la separatividad. Y la separatividad es la enseñanza del materialismo, de los que lo ven todo desde el exterior, mientras que la enseñanza esotérica es una enseñanza de la unidad. Si miramos desde el exterior, evidentemente, vemos a todos los seres separados. Pero existe otra manera de mirar, como ya os mostré a propósito de los planetas: éstos están a miles de kilómetros unos de otros, pero con su cuerpo etérico, que se extiende muy lejos por el espacio, se tocan entre sí, y también tocan a la tierra que es bañada en este inmenso océano fluídico en el que están sumergidos todos los seres. Por eso todos los seres pueden influenciarse, hacer intercambios, comunicarse: porque todos son uno. Una vez que hemos comprendido eso, se acabó, ya no podemos ser malos.

Ahora, para ser más claro todavía, os daré un ejemplo. Imaginaos dos vasos llenos de perfume. Los dos vasos están separados, pero sus perfumes suben y se fusionan arriba, en la atmósfera. Así es el ser humano: el vaso representa su cuerpo y el perfume representa la parte más sutil de su alma, de su espíritu, de su pensamiento. Este perfume, este alma, puede comunicar con otros perfumes, con otras almas en la tierra o incluso en el cosmos. Encontrará a aquéllas que se le asemejan o que le corresponden por su quintaesencia, y harán intercambios, vibrarán al unísono. Así es como se explica que, si el ser humano es consciente, pueda incluso alcanzar al Señor y comulgar con El: simplemente es una cuestión de resonancia. Esta es la razón de ser de la oración, de la meditación, de la contemplación, de la identificación. Estas prácticas permiten al hombre elevarse tan arriba que toca al Alma universal, vibra al unísono con ella y,

entonces, se produce una fusión, una ósmosis: todas las cualidades, todos los tesoros de este Alma universal entran poco a poco en él, y es transformado.

Todas las realizaciones espirituales son posibles, pero sólo si tenéis esta filosofía. Aquéllos que la han rechazado han firmado, sin saberlo, su condena de muerte espiritual. Aquí edificamos la nueva religión, la nueva ciencia, la nueva filosofía, la nueva vida sobre unas bases sencillas y claras. De la misma forma que Dios creó el mundo, nosotros también podemos crear nuestro mundo...

Aprended, pues, de ahora en adelante, a mirar al sol pensando que no se limita a lo que podemos ver de él. Su irradiación se extiende hasta los confines del universo y recorre distancias que los astrónomos calculan en millones de años luz. Nadie conoce aún la naturaleza de estos rayos, ni qué poder los proyecta, ni, sobre todo, lo que contienen. Y yo os digo: lo que el sol nos envía son miradas de amor. Y digo también: son pequeños vagones que desbordan de víveres de todas clases; se descargan sobre nosotros, y enseguida se vuelven a ir muy rápido para llenarse de nuevo y traernos otra vez miles de regalos. Y hasta las piedras, la tierra y los metales reciben de ellos elementos vivos, así como las plantas, los árboles, los insectos, los animales. Toda la creación recibe su subsistencia de estos rayos que visitan toda la tierra, el océano, la atmósfera, el espacio, los otros planetas y las criaturas que en ellos viven.

Por eso, si puedo ahora daros un consejo, os diré: “Dejad todo lo demás; estudiad solamente los rayos de sol y seréis iluminados, calentados, reforzados.” Si supieseis lo que contiene un rayo de sol, ¡qué poder, qué riqueza, qué claridad, qué pureza, qué inteligencia!...Sí, inteligencia, ¿os sorprende eso? Nadie en la tierra es tan inteligente como los rayos del sol, ningún sabio, ningún genio... Por eso, ocupaos de ellos, deseádslos, buscádslos, amadlos, abríos a ellos y comprenderéis el sentido de la creación y vuestra vida se volverá creativa, sensata, maravillosa... ¡una plenitud!

Desgraciadamente los hombres prefieren ocuparse de los microbios, de las suciedades, de los crímenes, de los envenenamientos, de los ladrones, de los asesinos, de todo, salvo del sol, y los pobres sufren porque carecen de luz. Sus sufrimientos no acabarán hasta el día en que descubran el poder y la inteligencia de los rayos del sol. Esta es mi filosofía: es nueva y verídica, y el futuro le pertenece, estoy absolutamente convencido de ello.

La religión está basada en una ciencia, pero como esta ciencia no ha sido ni revelada ni explicada todavía, la religión sólo es buena para aquéllos que creen ciegamente. Llega el tiempo en el que la religión será científica y, lo quieran o no, todos se verán obligados a creer y a trabajar en este sentido. Mientras tanto, un gran número de fieles, e incluso de religiosos, están tan turbados por los descubrimientos contemporáneos que empiezan a abandonar el campo de la religión por el de la ciencia, y hasta utilizan la terminología científica en sus obras. He leído a alguno de ellos.

Incluso me encontré una vez con un pastor protestante que había escrito un libro para tratar de acercar la religión a la ciencia oficial y que presentaba a Dios como una energía... ¡sólo como una energía! No, no estoy de acuerdo: Dios es una energía, por supuesto, pero es mucho más que eso: es una inteligencia, un poder, una bondad, un amor. Una energía, no significa gran cosa. Presentar así al Señor es disminuirle, ¿y para complacer a quién? ¿A los sabios?... Al contrario, es a ellos a quienes hay que llevar más lejos, y esto es lo que yo estoy haciendo: aprecio sus descubrimientos, les admiro, pero les muestro también todo aquello que mis aparatos me han hecho descubrir y que ellos no han descubierto y, tarde o temprano, se verán obligados a aceptarlo. En el átomo sucede exactamente lo mismo que en los humanos, pero en miniatura: hay fiestas, festines, orquestas, músicas y estruendos... ¡Si pudieseis ver cómo se aman estas pequeñas partículas, cómo se abrazan, se divorcian, cantan y danzan! Como todavía no han llegado a verlo, lo niegan y me toman por un insensato. Pero al igual que la ciencia

se ha visto obligada a reconocer que el átomo estaba construido de acuerdo con el mismo modelo que el sistema solar, acabará reconociendo que tengo razón y que voy por delante de ella.

Yo tengo una llave, un método gracias al cual he podido descubrir unas verdades extraordinarias y verificar que las mismas leyes se encuentran en todo el universo: la analogía. Por otra parte, este método es el mismo que el de Newton. Cuentan que Newton descubrió la ley de gravitación universal al ver caer una manzana. Y yo procedo de la misma forma, sólo que le dejo la manzana a Newton y yo tomo como ejemplo... ¡el caracol! Porque el caracol explica cómo creó Dios el mundo. Sí, Dios creó el mundo siguiendo las mismas leyes que el caracol al fabricar su concha: emanó de Sí mismo una substancia que condensó, y entró en ella para habitarla. El universo es su casa, y el Señor está en ella, la habita. En cuanto a nosotros, vinimos aquí, a nuestro cuerpo, siguiendo exactamente las mismas leyes; y si supiésemos cómo entrar en nuestro cuerpo y penetrarlo completamente con nuestro espíritu, podríamos incluso modificarlo. Esto es lo que hace también un Iniciado cuando quiere transformar a los seres: se concentra y, en la medida en que le dejan penetrar en las almas y en los corazones, aporta transformaciones, mejoras... simplemente porque ha podido introducirse en ellos. Cuando los ladrones entran en una casa, también hay cambios... ¡desvalijan la casa! Si supiésemos observar el mundo de abajo nos sería fácil conocer el mundo de arriba.

El verdadero poder reside en la penetración, y si el sol es todopoderoso es porque penetra el universo entero. No hablo de sus rayos visibles, que son detenidos por los cuerpos sólidos, opacos, sino de los rayos X y de los rayos  $\alpha$ ,  $\beta$ ,  $\gamma$ , y muchos otros aún, que pueden atravesar grandes espesores de metales o de minerales y penetrar incluso hasta el fondo de los océanos para alimentar a todas las criaturas. La prueba es

que en las profundidades se encuentran peces fosforescentes. ¿De dónde han tomado esta luz? Si son ellos los que la fabrican, ¿entonces son divinidades! ¿De dónde toman el aceite o el petróleo para encender sus lámparas?... No, reciben esta luz del sol. La naturaleza les ha dado unos elementos químicos apropiados para captar ciertos rayos, para transformarlos y devolverlos bajo forma de luminiscencia.

Nada es más penetrante que los rayos de sol y, de la misma manera, nada es más poderoso que el pensamiento del hombre cuando se identifica con la luz solar. El pensamiento puede penetrarlo todo, y nada puede obstaculizarlo. Pero, evidentemente, si es un pensamiento débil como la llama de una vela, o como un fuego de paja, será detenido por numerosos obstáculos. Así pues, os digo que para comprenderlo todo, debemos tomar como modelo al sol. Algún día llegaréis a creerme.

El padre y fundador de los Misterios, Hermes Trismegisto, dice en la Tabla de Esmeralda: “Esta es la fuerza fuerte de todas las fuerzas... Ella vencerá toda cosa sutil y penetrará toda cosa sólida”. La palabra “penetrará” es muy importante. Esta fuerza que viene del sol (puesto que Hermes Trismegisto dice también: “el sol es su padre”) penetra por todas partes, y cuando el hombre posee esta fuerza, se vuelve tan poderoso que, con los rayos que emana, penetra los seres, los objetos y, evidentemente, “las tinieblas se alejan de él”; las tinieblas, es decir, todo lo que es malo: las enfermedades, las desgracias, la ignorancia... Esto está muy claro, pero para comprenderlo hay que saber asociar y combinar todos los elementos.

Así pues, esta fuerza Telesma de la que habla Hermes Trismegisto viene del sol, y gracias a ella los magos preparan los talismanes, porque un talismán no es otra cosa que un objeto en el que el mago introduce una fuerza, una luz, que él mismo ha emanado; gracias a esta fuerza que se ha introducido en él, el objeto se convierte en un talismán. Sólo aquéllos que logran penetrar las cosas tienen el poder de cambiarlas. Por

ejemplo, si queremos curar un órgano enfermo, tenemos que tratar de concentrar nuestro pensamiento en él y enviarle rayos luminosos que penetren las células, los átomos, los electrones, para inundarlos de vibraciones de luz, de salud, de bondad... Si no penetramos hasta lo más profundo de las células, no podemos actuar ni aportar remedios. Es verdad, ¡cuántas veces podemos verificarlo! Y aunque esto pueda chocar a algunos, añadiré que el mayor secreto de la creación de la vida es la penetración; pero los humanos, que practican eso desde hace milenios sin reflexionar, nunca han sacado de ello ninguna conclusión para otros terrenos, y es una lástima. El mejor trabajo de todo es el de penetrar las inteligencias y los corazones de los hombres para iluminarlos, calentarlos y mejorarlos. Mientras que no hayamos logrado penetrar los corazones y los cerebros, nada podemos hacer por ellos.

Os lo dije, el sol es quien dará las mejores soluciones a vuestros problemas, pero como no sabéis preguntarle, le miráis y decís: “No es más que luz y calor, ¿qué puede responder?” Y sin embargo, precisamente ¡todo está ahí! Son el calor, la luz y la vida los que producen todo lo demás, los que ponen en movimiento los vegetales, los animales y los hombres con su organización política, económica, social... ¡todo! En matemáticas, con el 1, el 2 y el 3, sólo podemos hacer seis combinaciones, pero con las matemáticas vivas de las que os hablo iréis hasta el infinito: con el calor, la luz y la vida, explicaréis todo lo que sucede en la Tierra. Sólo que, explicarlo todo con detalle, ¡exige un trabajo gigantesco! Yo lo percibo, lo veo intuitivamente, pero para profundizar en detalle esta ley: que todo en la vida proviene de las combinaciones y de las variaciones de estos tres factores, harían falta varias existencias. Así que os doy simplemente lo esencial, la ley, el principio, y dejo a otros la tarea de verificar los detalles.

Sèvres, 7 de abril de 1968

## Capítulo XX

### El sol es el mejor pedagogo: da ejemplo

#### El sol, corazón del universo

Cuando miramos al sol, lo primero que vemos, ya os lo he dicho, es este disco luminoso que tiene siempre la misma forma, las mismas dimensiones. Después vemos esta luz que brota de él, sus rayos que irrumpen como si no pudiesen quedarse quietos, como si estuviesen desbocados, encendidos...

¿Qué nos va enseñar aún el sol con sus rayos? ¿Por qué ha decidido enviarlos al espacio, hasta los planetas? ¿Acaso es para molestarlos, para inquietarlos? Se lo he preguntado al sol, y me ha respondido: "¿Cómo quieres que estos planetas, que son tan sombríos, tan apagados y opacos, puedan llegar a ser como yo y a actuar como yo, si no les doy ejemplo? Envío mis rayos para mostrarles cómo ilumino y cómo caliente, ¡para que ellos hagan como yo!" Entonces he comprendido que ésta era su forma de educarlos. ¿Veis la pedagogía del sol? Es el mejor pedagogo, porque da ejemplo sin cesar.

El sol está siempre ahí desde hace miles de años para enseñarles a los humanos cómo calentar, cómo iluminar, cómo irradiar. Pero éstos son tan ciegos, tan inconscientes, que no han comprendido nada de la actividad del instructor más grande, del Maestro más grande. Siempre van a instruirse a otra parte. El día en que al fin quieran transformarse, deberán volver hacia el sol, estudiar cómo actúa, y actuar como él. Mirad: este disco luminoso, que es estable, inmóvil, es el cuerpo del sol. Lo que sale

de él son sus pensamientos, sus ideas, su alma, su espíritu; se van a visitar la periferia. ¿Por qué?... Muy sencillo, ¡porque en el sol hace tanto calor que necesitan ir a refrescarse un poco fuera! Encontraréis que esta explicación se parece a la de aquél mal estudiante que decía: “El calor dilata los cuerpos y el frío los contrae; la prueba de ello es que en verano los días se alargan y en invierno se acortan”. Y yo os doy una explicación del mismo estilo: los rayos del sol tienen demasiado calor, así que van a refrescarse un poco fuera. ¿No es cierto que, cuando habéis estado demasiado tiempo cerca de una estufa, sentís la necesidad de salir, y una vez que os habéis refrescado bien, volvéis de nuevo a calentaros? Pues bien, los rayos también salen porque tienen demasiado calor, y después vuelven tan contraídos, tan ateridos, que ya no los vemos.

Sin duda habéis observado este ir y venir en la vida cotidiana: nos quedamos en casa, decidimos ir a la ciudad para trabajar o para hacer compras, y después volvemos a casa. Salimos del centro para ir a la periferia, y después dejamos la periferia para volver al centro. Al analizar los móviles de esta salida hacia la periferia, encuentro que, o bien es para tomar, ganar o robar algo, o bien para dar, ayudar, hacer regalos. Todas las actividades, las visitas, las gestiones que hacemos cuando salimos de casa, tienen una de estas dos finalidades. Puede haber miles de matices, pero siempre se resumen en la palabra “tomar” o en la palabra “dar”\*: hacer negocios, ganar, o bien dar, ayudar.

¿Cuál es el objetivo de los rayos del sol, cuál es su deseo? Si viniesen para tomar, no serían tan luminosos y resplandecientes. Este es un criterio importante que el sol me ha revelado: el amor genera luz. Los rayos del sol son tan cálidos, tan resplandecientes y puros porque tienen un amor inmenso que les empuja a distribuir por todas partes la riqueza y la abundancia de las que el sol rebosa. Y cuando se han

---

\* Ver la conferencia: “Tomar y dar” (tomo XI).

descargado, vuelven al sol para recargarse y salir de nuevo a visitar a otras criaturas en el universo.

El sol no es el único, también existen en otros planos representantes del sol que tienen las mismas funciones que él. En nuestro cuerpo físico, por ejemplo, el representante del sol es el corazón. Tiene las mismas funciones, la misma actividad incansable, prosigue su trabajo sin cesar, incluso cuando todos los demás órganos se relajan un poco, porque sólo tiene un objetivo: el de ayudar, sostener, alimentar, edificar, reparar. No tiene otro pensamiento más que dar, ser impersonal, generoso y lleno de amor. ¿Acaso se han dado cuenta los humanos de que poseen un órgano, el corazón, que es el representante del sol en su cuerpo físico?

Estos rayos, esta luz que el sol envía, corresponden, pues, a la sangre: lo mismo que ella, están llenos de todo aquello que es útil, provechoso, benéfico y saludable para todas las criaturas del universo. Cuando esta sangre ha depositado su cargamento de materiales nutritivos, reparadores, portadores de curación, y ha tomado, a cambio, todas las impurezas, vuelve. Pero no vuelve directamente al sol, al corazón, sino que pasa primero por los pulmones del universo para desembarazarse allí de estas impurezas. El planeta que juega el papel de los pulmones es Júpiter. Algunos astrólogos atribuyen a Júpiter más bien el hígado; en efecto, el hígado cumple las mismas funciones en otro dominio: también limpia y purifica el organismo de sus venenos. En búlgaro, hígado se dice: *tcheren drob*, que podemos traducir por pulmón negro, y pulmón se dice *bel drob*, pulmón blanco. ¿Veis? Se trata de un paralelismo muy sensato, ya que ambos están encargados de la purificación en dos dominios diferentes.

Aunque la astrología atribuye ordinariamente el hígado a Júpiter, yo se lo atribuyo más bien a Saturno. Además la mitología griega puede ayudarnos a comprender sus relaciones: Originariamente Júpiter se encontraba en el hígado y

Saturno en los pulmones, pero cuando Júpiter destronó a su padre, se apoderó del gobierno de los pulmones y precipitó a Saturno al hígado. Desde entonces Saturno lleva una vida subterránea, en las minas, como el hígado, que trabaja debajo del diafragma, en la oscuridad y los venenos.

Pero dejemos todo eso y volvamos al sol. La luz que sale del sol es, pues, su sangre. Una vez que los rayos han sido utilizados por los planetas, por los seres innumerables que pueblan el universo –porque el espacio está habitado por miles de millones de criaturas que reciben, captan, recogen estos rayos y extraen de ellos un alimento- se ensombrecen, pierden su luz, su calor. Entonces se dirigen hacia Júpiter, que los purifica (la Luna y Saturno participan también en esta purificación) y finalmente vuelven al sol. Después, de nuevo, como una fuerza cargada de amor, de sabiduría y de verdad, parten otra vez hacia el espacio, enviados por el sol.

Existe, pues, toda una circulación formidable en el sistema solar. El sistema solar es un organismo vivo que funciona gracias al sol, a este corazón que late y lo alimenta sin cesar. Por eso el corazón ha sido tomado como símbolo de impersonalidad, de desinterés altruista, de amor: porque ocupa en el hombre el lugar del sol.

Unas palabras aún sobre las relaciones que existen entre los pulmones y el corazón, Júpiter y el Sol. La sangre que el corazón ha enviado a todo el organismo va a purificarse a los pulmones antes de volver al corazón. Toda la vida depende de las relaciones entre los pulmones y el corazón. En el momento del nacimiento, los pulmones ponen en marcha al corazón; si el niño no puede realizar su primera respiración, el corazón no se pone en marcha, y el niño muere. Y al final, en el momento de la muerte, es la parada del corazón la que provoca la parada de los pulmones. Esta relación entre el corazón y los pulmones la encontramos también en las afinidades astrológicas entre Júpiter y el Sol. Lo mismo que el Sol, Júpiter es generoso:

en astrología se le llama la Fortuna Mayor, porque es el que distribuye las riquezas, la gloria y todas las prosperidades. Evidentemente, Júpiter no posee la luz y el calor del Sol, pero es generoso como él.

Todas estas relaciones son interesantes, pero secundarias. Para mí, lo esencial es llevaros a comprender que la luz y el calor del sol vienen de su deseo de dar. Si alguien pierde el amor, la bondad, el deseo de ayudar a los humanos, su rostro se vuelve apagado, tenebroso. En cambio, mirad a un hombre que se va a ir a ver a un amigo enfermo o desgraciado, a llevarle regalos, a decirle palabras de consuelo: su rostro es bello, resplandeciente. Mirad, al contrario, el rostro de un criminal que prepara una mala jugada: es tenebroso, crispado, inquieto, no tiene luz. Debéis comprender este lenguaje. Cuanto más deseo tenéis de iluminar, de instruir a los seres, de ayudarles, más aumenta la luzgr en vosotros y se extiende hasta formar en torno vuestro un aura luminosa extraordinariamente bella e irradiante, que hace que os parezcáis al sol. ¿Comprendéis ahora que es el sol quien posee los verdaderos criterios, las medidas, las leyes absolutas? Yo no voy a buscarlos en los libros. Para mí, el único libro verdadero es el sol.

De ahora en adelante, esforzaos siempre en tomar al sol como modelo, tended hacia él, preguntadle cómo podéis pareceros a él, y os responderá: “Si os despojáis de vuestros pensamientos interesados, de vuestros deseos egoístas, empezareis a irradiar y a calentar a las criaturas.” Todos los seres de élite que han descendido a la tierra a ayudar a los humanos son como los rayos del sol. El trabajo que han hecho sobre la humanidad es exactamente comparable al trabajo del sol sobre la tierra; sin ellos nunca hubiera habido cultura ni civilización. Evidentemente, en el transcurso de su paso por la tierra se cargan con las impurezas y los pecados de los humanos y pierden, por tanto, una parte de su vitalidad, de su brillo, pero cuando vuelven al Cielo han cumplido su

misión, ¡y con qué gloria entran allí!... Todas estas almas elegidas, estos Hijos de Dios, son los verdaderos rayos del sol en la tierra.

Y ahora, ¿no encontraréis asombroso que el sol, que da, da e irradia desde hace miles de millones de años, no se haya agotado? Es porque existe una ley en el amor divino: cuanto más dais, más os llenáis. No hay vacío en el universo. En cuanto se produce un vacío, inmediatamente algo viene a colmarlo. Esta ley actúa en todos los planos. Si lo que dais es luminoso, radiante, benéfico, por la ley de afinidad que entra también en juego recibís, por otro lado, elementos de la misma calidad, de la misma esencia luminosa y radiante. Pero si emanáis suciedades, inmediatamente después, vuestro depósito se llena de suciedades.

Por eso el sol es inagotable. Con su deseo de dar, se llena: nos envía sus rayos, pero al mismo tiempo recibe sin cesar nuevas energías del infinito, de la inmensidad, del Absoluto. Mientras irradia hacia la periferia, absorbe en su centro las riquezas y las energías del Absoluto. Esto es lo que me ha explicado: “Estoy continuamente conectado con la Divinidad y, como tengo los pensamientos y los deseos más puros, también atraigo todas las energías más puras, las más luminosas. Aprended de mí cómo llegar a ser perfectos, inagotables, incansables. Trabajad como yo y os daréis cuenta de que, en cuanto gastáis ciertas energías para el bien de los demás, muy poco tiempo después, de repente, os sentís recargados de energías nuevas.” ¿Cómo sucede? Es algo misterioso, ¡pero tan real! Mientras que si gastáis energías con un objetivo demasiado personal, necesitaréis mucho tiempo para recuperaros, para restableceros, y si por desgracia caéis enfermos, necesitaréis quizá meses y años para curaros. Las criaturas que están inspiradas por los mejores pensamientos y el mejor ideal se restablecen siempre más rápidamente.

Los astrónomos no aceptarán nunca, claro, que el sol es inagotable. Es más, ya han determinado la duración de su vida: unos miles de millones de años más, y se habrá terminado. Este es el destino del sol, lo han enterrado de antemano porque no saben que es un ser vivo, consciente, inteligente, que posee el poder de prolongar su vida tanto como quiera para acabar su trabajo. Dirán: “¡Pero esto es animismo! ¡Es de una mentalidad de niño!” ¿Y si fuesen precisamente los niños los que tuviesen razón? En realidad, todo está vivo.

Todo nuestro trabajo espiritual está basado en el sol, mis queridos hermanos y hermanas. Él es para nosotros el director de orquesta, nosotros miramos los movimientos de su batuta, y cantamos, interpretamos. No sabéis qué descubrimientos se harán pronto... Si tuviese a mi disposición unos aparatos muy perfeccionados, me gustaría ocuparme de captar la música del sol. Porque de él sale una música que se propaga por todo el universo, y es la más bella de todas las músicas. Cuando los sabios se ocupen seriamente de ello, el mundo entero estará maravillado, deslumbrado, dilatado, al oír esta música maravillosa que viene del sol.

Pero el sol no sólo envía música al espacio, también vierte en él perfumes a profusión, todas las quintaesencias de todas las flores. Si no los captamos, es porque nuestro olfato no es lo suficientemente sutil para ello. De entre todos los perfumes exquisitos que vienen del sol, las flores de la tierra escogen el que conviene a su naturaleza. No son ellas las que fabrican su perfume, ellas son solamente capaces de captarlo y de transmitírnoslo cuando las olemos. Al oler los perfumes de las flores, pues, olemos los perfumes del sol, esta es otra verdad que un día será verificada. Pero tendrá que pasar aún mucho tiempo antes de que se capten los perfumes del sol; en cuanto a la música, será más rápido.

Os llevo hacia el sol para que lo toméis como modelo. Quiero convencerlos de que está vivo, de que es inteligente, de que está en el origen de todas las ciencias... Sí, y además es mi jefe, es el mejor pedagogo. Me ha dicho: “Escucha, abandona la vieja filosofía del mundo entero. Los que se dicen pedagogos no conocen la verdadera pedagogía. No saben que para calentar a los demás hay que ser cálidos; que para iluminar a los demás hay que ser luminosos; y que para vivificar a los demás hay que estar vivos. Los educadores quieren imponer a las jóvenes generaciones unas cualidades morales que ellos mismos no poseen y de las que no pueden darles ejemplo. ¿Cómo quieres que los jóvenes no se rebelen? Es normal que ya no les obedezcan. Un verdadero pedagogo debe emanar las cualidades que quiere enseñar, debe salir de él algo contagioso, estimulante, ¡irresistible! Un verdadero poeta, un verdadero músico, arrastran a los demás a convertirse en poetas, en músicos. Un verdadero portador de amor hace que los demás estén llenos de amor. Un general audaz, lleno de valor, influencia a sus soldados que se lanzan al asalto y logran la victoria. Imagínate a un cobarde, a un miedoso que grita: “¡Adelante!” con una voz temblorosa; nadie le seguirá. Los educadores dicen: “Debéis ser razonables, debéis ser honestos, debéis ser generosos...”, pero ellos, ¿lo son? Entonces, ¿cómo quieres que las nuevas generaciones les sigan?”

Y es cierto, creen que la educación se mejora con créditos, con material y con toda clase de instalaciones de estadios, de piscinas, de bibliotecas... No, ¡antes que nada hay que dar un ejemplo vivo! Esta es la verdadera solución. La instrucción actual se queda en la superficie, en la periferia. La verdadera pedagogía es una pedagogía del centro: si interiormente sois nobles, justos, honestos, aunque no digáis nada, hacéis que los seres a vuestro alrededor sean nobles, justos y honestos. Si no, sólo son palabrerías y sermones.

Ahí tenéis, mis queridos hermanos y hermanas, la nueva cultura, es decir, “el nuevo cielo”. ¡Cambio profundo de la situación! Y aquéllos que quieren seguir en los viejos caminos, en las viejas costumbres, las viejas concepciones, pues bien, ¡que sigan en ellos! Tarde o temprano, todo se desplomará, todo se les escapará. Porque se preparan trastornos en el mundo para llevar por fin a la humanidad hacia la verdad.

Y todas las pretendidas verdades humanas, si no son capaces de aportarme el calor, la luz y la vida, las rechazo. La verdad libera, calienta, vivifica, ilumina, mejora. Dadme esta verdad, si no, quedaos con todas vuestras verdades ¡yo no las necesito! ¿La verdad? Cuando la hemos encontrado ya no somos los mismos. ¿Veis qué sencillo es?... Además, no conozco a nadie más sencillo que el sol.

Pero ¿quién se asombra de esta bendición increíble de tener el sol? Debemos alegrarnos y dar gracias de que esté ahí, sin cesar, para sostenernos, animarnos, calentarnos... Yo encuentro eso extraordinario. ¿Qué hemos hecho para merecerlo, para ser dignos de una bendición tan grande?... Todo el mundo encuentra su presencia normal, natural. Sí, está ahí..., está ahí, eso es todo. Comen, beben, trabajan, se divierten, y no se ocupan de él. Está ahí, es normal, ¡es mi asombro el que es anormal! Y ¿sabéis qué es la verdad? Es una cosa que está siempre ante los humanos, que salta a la vista, ¡y que no ven!

Sèvres, 9 de abril de 1968

## Capítulo XXI

### Las tres clases de fuego

Todo el mundo tiene sus manías, y yo también, ¿veis?, no hay excepción. Siempre me oís repetir la misma frase: “Abajo es como arriba...” y las mismas palabras sobre el gran libro de la naturaleza viviente. Pero ésta es una manía verdaderamente muy útil, y voy a daros una prueba de ello mostrándoos una vez más que esta frase es para mí una llave.

Me acuerdo que cuando era joven, hacia los trece o catorce años, me gustaba probar toda clase de oficios. Evidentemente, no duraban mucho tiempo: unos días o unas semanas... Era durante las vacaciones, la escuela se había terminado, y en lugar de pasearme, prefería que me contrataran en alguna parte para aprender oficios, y así fue como me hice sastre. Sí, pero no por mucho tiempo, sólo por un día porque, sinceramente, lo de sastre no me gustó: ¡me dormía! Lo único bueno de este oficio es la postura ¿sabéis? “sentado como un sastre”, con las piernas cruzadas, un poco como los yoguis, en posición de loto. Pero me dormía, porque coser, verdaderamente, no es algo apasionante, ¡no se acaba nunca! Y además me pinchaba los dedos... Así que me dije que este oficio no era para mí, y al cabo de una jornada, lo abandoné.

Pero, de todas formas, coser un día entero deja huellas, y toda mi vida he seguido cosiendo, así, como si nada, a mi manera. No he llegado a abrir una tienda para ganar dinero, pero sigo fabricándome yo mismo mis vestidos: entro en ciertos almacenes que conozco, escojo los mejores tejidos, y me hago yo mismo los más bellos trajes, chaquetas, abrigos extraordinarios... Los vestidos exteriores, materiales, los

encargo o me los compro, pero los otros vestidos, los vestidos interiores, me he dado cuenta de que yo era el único que podía hacerlos a mi gusto. Así que yo soy mi propio sastre... Arregláoslas ahora para interpretarlo.

Otros oficios también han dejado en mí muchas huellas. A menudo, cuando paseaba, miraba las herrerías y me impresionaba ver cómo el herrero martilleaba un pedazo de hierro incandescente para darle una u otra forma. Me gustaba el fuego, siempre me sentía atraído por el fuego. Y, cuando todavía era más joven, hacia los seis o siete años, ¡hasta llegué a prender fuego varias veces en los graneros del pueblo! Yo era feliz mirándolo y no comprendía por qué todo el mundo se asustaba, corría y traía agua para apagarlo. Así que, me presento: ¡un incendiario! Más tarde cambié; comprendí que había que encender otros fuegos, en los corazones, en las almas... Pero me impresionaba mucho el oficio de herrero, y lo aprendí durante varias semanas, me gustaba; pero, como no llevaba sandalias, caían chispas sobre mis pies desnudos y me producían ampollas, eso no lo puedo olvidar. Claro que era todo un aprendizaje: primero accionaba el fuelle observando al herrero... Cuando me acuerdo de todas estas chispas, ¡era magnífico, inolvidable!

Y ahora, quisiera sacar una lección de este trabajo con el herrero para mostraros cómo manejo la llave de la analogía. Todo el mundo sabe que para forjar el hierro es preciso sumergirlo en el fuego y esperar a que se ponga rojo, y después, incandescente. En general, no nos paramos a descifrar el gran secreto iniciático que se esconde detrás de este fenómeno. Sin embargo, se trata de una de las páginas más importantes del gran libro de la naturaleza viviente: ¿cómo puede la llama comunicar al hierro su calor, e incluso su luz? Es un misterio. El hierro se vuelve exactamente como el fuego, luminoso, radiante, ardiente; el hierro, que era gris, apagado, frío, se transforma y adquiere propiedades nuevas...

El hombre es comparable al metal, al hierro por ejemplo, y únicamente un contacto con el fuego puede volverlo radiante, brillante y caluroso. Evidentemente, hablo del fuego espiritual, y no del fuego físico, porque hay varios tipos de fuego. Sólo los místicos conocen bien este contacto con el fuego espiritual: es un ardor, un amor, un éxtasis, una especie de vida intensa. Sí, este fuego es una vida que os quema y os transforma en otro ser...Lo mismo que el fuego físico tiene la propiedad de hacer que el hierro sea suficientemente flexible y maleable para recibir formas nuevas, el fuego celestial, que es el amor divino, puede sumergir al hombre en un estado espiritual en el que se desprende de su antigua forma, que era dura, opaca, fea, para recibir otra nueva, luminosa, radiante. Los verdaderos místicos, los verdaderos profetas, los verdaderos Iniciados siempre han conocido este secreto. Sabían encontrar el verdadero fuego que está en el alma y en el espíritu, sumergirse en él, para llegar así a un estado de perfecta maleabilidad, y después golpear, martillar, para darse una forma nueva y, finalmente, templar el metal para fijar definitivamente esta forma. Este es un detalle que no se ha sabido interpretar: ¿por qué los herreros, después de haber calentado el hierro hasta el blanco, lo sumergen en agua fría? Para que la nueva forma se vuelva dura y resistente.

Existen varios tipos de fuego, que podemos clasificar en tres categorías: el fuego físico, visible, que consume y devora los objetos; el fuego astral, que nos quema y nos hace sufrir; éste es, por ejemplo, el fuego del amor humano, puramente sexual, egoísta; y un tercer fuego, el fuego divino, el fuego del sol, que no consume, que no hace sufrir, sino que nos da la luz, el gozo, el éxtasis, la sensación sublime de estar en comunicación con Dios mismo. Ese es el fuego celestial. Mientras que este fuego que los humanos conocen cuando gritan: “¡Ardo, me consumo...!” no es, a menudo, más que un fuego de paja, y sin embargo les gusta este fuego que les hace sufrir, adelgazar, llorar y tirarse de los pelos... Muy pocos saben ir más arriba, sumergirse en el fuego que llena las regiones

superiores. Yo conozco este fuego, en mi existencia Dios me ha permitido vivir momentos en los que verdaderamente he saboreado este fuego celestial.

Os decía hace un rato que no sabéis interpretar el hecho de sumergir el hierro en el agua fría para templarlo. El agua fría son las pruebas, las dificultades. El fuego licua los metales, y el agua los endurece, mientras que con la tierra sucede lo contrario: el agua la vuelve más mollar y el fuego la reseca. He ahí otro aspecto del lenguaje de la naturaleza viviente.

Pronto os volveré a hablar de la cuestión del agua, del fuego y de los cuatro elementos, pero hoy lo primero que debéis comprender, mis queridos hermanos y hermanas, es que para transformarnos, para remodelar nuestro temperamento, nuestras tendencias, nuestros hábitos, debemos atraer, llamar a este fuego celestial, suplicarle que descienda, y soplar, soplar sin cesar sobre él para que llegue a hacernos fundir; y, después, pedirle a alguien que venga a modelarnos, o bien modelarnos nosotros mismos si somos lo bastante conscientes para hacerlo. Así es como yo interpreto el oficio de herrero. Y como fui herrero, ¡sé algo del asunto! Sí, tenéis ante vosotros a un herrero. Hasta me pagaban por mi trabajo..., pero no mucho, sobre todo en esa época. Si os dijese cuánto, no me creeríais; pero yo estaba contento, tan joven, de poder llevar algo de dinero a casa.

Todo esto que os digo lo he verificado, por eso puedo deciros cómo llegaréis a transformaros completamente. Calentáis, es decir, rezáis, suplicáis para atraer el fuego celestial, y, cuando este fuego entra en vosotros, sentís una efervescencia tal que os fundís. Después de unos momentos así ya no podéis tener interiormente las mismas formas, y hasta físicamente, poco a poco, os transformáis, llegáis a modelaros un nuevo rostro.

Cuando era muy joven (debía tener unos dieciséis o diecisiete años, y, claro, era muy ignorante sobre lo que os hablo), sentía que se producían en mí unos fenómenos extraordinarios, un fuego que me quemaba... y lloraba de arrobamiento, tenía éxtasis; pero como no conocía nada de todo esto, no comprendía lo que era. A fuerza de hacer ejercicios, trabajos espirituales, el fuego había aparecido y empezaba a quemarme. Algún tiempo después, cuando encontré al Maestro Peter Deunov, todavía continuaba este trabajo, y un día me dijo: “Has cambiado de piel.” Tampoco lo comprendí, y me preguntaba: “¿Qué significa cambiar de piel? ¿Tan importante es?” Pero años después, cuando estudié el significado de los menores detalles, comprendí que poder cambiar la piel era extremadamente importante.

Lo que os cuento, lo he experimentado; conocí este fuego, y podría hablaros durante años sobre lo que viví. Muchos de los que leen libros os hablarán mejor que yo de los arrobamientos y éxtasis de los místicos, pero no los han vivido nunca. Yo he tenido esta dicha, este privilegio de haber conocido, de haber experimentado este fuego, y fue entonces cuando comprendí que el fuego podía fundir las antiguas formas. Por eso no debéis desear otra cosa que el fuego celestial, pensar en este fuego, contemplar este fuego hasta que venga a inflamar y remover vuestro corazón, vuestro ser entero. No contéis con las explicaciones o las lecturas, éstas no os servirán de nada hasta que este fuego no se haya encendido en vosotros para haceros vibrar, estremecer, hasta que este fuego no esté ahí para hacer de vosotros un ser vivo como el sol. Porque el sol es un fuego: por eso debéis ir a verle cada mañana, para restablecer el contacto con el fuego celestial. Si os conectáis con el sol, si os dejáis inflamar por el sol, con todo vuestro amor, con toda vuestra inteligencia, las llamas empezarán a rodearos y a brotar de vosotros. El Espíritu Santo no es otra cosa que el fuego sagrado del sol.

Cuando el Espíritu Santo descendió sobre los discípulos de Jesús bajo forma de llamas, de lenguas de fuego, éstos recibieron el don de curar, de profetizar, de hablar en lenguas. Porque el fuego celestial da unas facultades que ninguna otra cosa puede dar. No contéis demasiado con los profesores, las universidades, las bibliotecas... Contad con el sol, porque él es el único que puede comunicaros este fuego, inflamaros, haceros arder, brillar: ocupaos cada día del sol, conscientemente, hasta que venga este fuego que es capaz de revelároslo todo. Esto es lo que dicen todas las Iniciaciones: si no llegáis a este fuego, no llegaréis a nada. Debéis llegar a este fuego sin tener miedo de quemaros, porque este fuego no quema, transforma. Quema, claro, es verdad, pero sólo los desechos, las impurezas, no quema aquello que es puro, noble, divino; un fuego no hace daño a otro fuego, no puede destruir aquello que es de la misma naturaleza que él.

Todo lo que os explico lo he verificado, tocado, experimentado. Y hasta puedo revelaros una experiencia que he mantenido secreta durante más de cincuenta años. Era un poco antes de que encontrase al Maestro Peter Deunov, me habían caído en las manos unos libros hindúes sobre la respiración y durante días y días no hacía más que ejercicios de respiración; respiraba hasta disgregarme. Y como no tenía a nadie para observarme, para guiarme, y en esta edad no conocía la medida, hice tal exceso que caí enfermo y estuve a punto de morir. Pero antes de llegar a este punto, un día, respirando, sentí que entraba en mis pulmones algo como fuego, pero tan delicioso, tan dulce... y que descendió en todo mi ser. Yo no comprendía lo que sucedía... pero a partir de entonces, empezaron a manifestarse unos fenómenos extraños, inimaginables. Fue en esta época cuando oí la música de las esferas. Más tarde comprendí que este fuego era una partícula del éter, del Espíritu cósmico, que yo había recibido.

Si leéis a Ezequiel, a San Juan o a otros profetas, veréis que relatan cómo Dios purificó sus labios con un carbón ardiente, o les hizo tragar un pequeño libro... Bajo

diferentes formas se trataba siempre de lo mismo: a través de la respiración, a través del aire, recibimos un espíritu, llámadle Espíritu Santo si queréis... Los hindúes dicen que es una especie de prana celestial, otros dicen que es fuego o luz... Poco importa cómo se le llame, es un espíritu que recibimos a través del aire, respirando. Por eso algunas Enseñanzas iniciáticas dan tanta importancia a la respiración. Inspirar, espirar, es el principio y el final, es Dios mismo, es la vida eterna. La vida empieza con la primera inspiración; y cuando muere un hombre, decimos que “expira”, la vida acaba con la última espiración.

El discípulo debe comprender bien la importancia de la respiración y estar muy atento. Por ejemplo, durante las comidas los hombres enferman porque hablan, gesticulan, tragan y respiran mal... Sin la respiración la nutrición no puede realizarse correctamente. Esto es otra cosa de la que no se han dado cuenta. Es muy importante no hablar durante las comidas para poder respirar bien, porque, gracias a la respiración, atraéis unos elementos más sutiles y acumuláis reservas para toda la jornada. En general, se diría que la gente escoge justo el momento de la comida para discutir, para pelearse, sin saber que su estado se refleja muy negativamente en ciertas glándulas que se ponen a segregar venenos. Sí, esta cuestión de las diferentes secreciones en el organismo todavía no ha sido bien estudiada ni bien comprendida y, sin embargo, es muy importante.

A veces sucede que algunos de los que vienen por primera vez, al no saber por qué respetamos tal o cual regla de nutrición, nos critican o se burlan de nosotros porque, de acuerdo con la educación que han recibido, todo lo que nosotros hacemos es absurdo. Pero, una vez que hayan estudiado bien nuestros métodos, comprenderán cuántas posibilidades han desaprovechado. Hacer algunas respiraciones profundas durante las comidas es un método insignificante en apariencia, pero en realidad contiene grandes

secretos. ¡Pero la gente está tan lejos de todo eso...! Por eso, a los que vienen por primera vez yo les aconsejo que nunca se extrañen, que no critiquen ni comparen nuestros métodos con la instrucción que han recibido en el mundo. Que tengan paciencia, que estudien, y el día que la luz venga, se sorprenderán al ver la riqueza de nuestra Enseñanza y de nuestras prácticas; en apariencia son insignificantes, pero en realidad dan acceso a otras posibilidades distintas de las que se conocen hasta ahora.

¿Veis ahora de dónde viene mi filosofía? No la saco de mis lecturas, sino de mi experiencia. Yo he practicado sin cesar lo que os revelo y aún hoy sigo conociendo, experimentando, tocando otras verdades, con la esperanza de presentároslas un día, de ofrecéros las como un regalo para que podáis decir como yo: “¡qué bella es la vida, qué rica, qué magnífica!” Porque, en vez de contentaros con pequeñas diversiones o pequeños gozos limitados, la gama de vuestros placeres se ensanchará y empezareis a experimentar unas sensaciones de gozo todavía desconocidas. Así que confiad en mí, decidíos hoy a conocer el poder del fuego celestial, a sentirlo, a poseerlo. Para ello, concentraos mucho más profundamente en el sol, en el fuego que llena el universo. Tratad de comprender su naturaleza, cómo viene hasta nosotros para removernos profundamente y cómo, poco a poco, nos comunica sus propiedades. Debemos llegar a absorberlo para que las viejas formas que ya están endurecidas dentro de nosotros se fundan con su calor y puedan ser remodeladas.

En ciertos dominios debemos trabajar con el agua, porque ella sabe modificar todo aquello que es tierra y piedra en nosotros; pero para todo lo que es metal, debemos emplear el fuego. Un día os hablaré de todos los ejercicios que podemos hacer con el agua junto a los ríos, las cascadas, en el océano... Cuando el año pasado, en primavera estuve en las islas del Pacífico, cada mañana hacía un trabajo con el poder de las aguas en un sentido bien determinado. La mayoría de los humanos no saben lo que

representan las fuentes, las cascadas, los ríos, los lagos, los océanos... Se maravillan, claro, beben, se remojan las manos, se bañan, pero eso es todo. Y esto no es verdaderamente un trabajo. Pueden hacer eso toda su vida sin producir el menor cambio dentro de sí mismos.

El agua tiene grandes poderes, representa el fluido universal, la sangre de la tierra: debemos saber cómo considerarla, cómo hablarle, cómo conectarnos con ella, porque así cambiará ciertos elementos dentro de nosotros diluyéndolos, disolviéndolos. Ella tiene precisamente este poder sobre ciertas sustancias que el fuego es incapaz de modificar. El fuego no tiene todos los poderes: Dios no ha dado todos los poderes a un solo elemento. Los cuatro elementos se complementan... aunque luchando entre sí, puesto que, por ejemplo, los incendios se apagan con el agua. El fuego y el agua son enemigos en apariencia. Son como el hombre y la mujer: siempre se están peleando y, sin embargo, se aman, siempre se sienten atraídos el uno hacia el otro.

Concentraos solamente en el poder del fuego celestial... Demasiado a menudo los humanos se dejan quemar y atormentar por el otro fuego, por el fuego astral, que desprende una gran cantidad de humo y deja muchas cenizas. El fuego celestial no produce humo, no deja desechos, sino solamente luz, calor y vida. Desgraciadamente, los hombres y las mujeres siempre prefieren desencadenar el fuego devorador del plano astral y dicen: “Ardo, me consumo...” Ahí nadie duda, nadie se asombra de que les pregunten lo que es este fuego, porque todos saben cómo suceden las cosas. Pero, para el fuego celestial, no encontraréis muchos candidatos.

Existen tres tipos de fuego; en realidad existen miles de tipos, pero para simplificar yo los clasifico en tres categorías: el fuego físico, que no discierne entre buenos y malos sino que lo quema todo y a todos; el fuego astral o infernal, que tiene

una predilección muy grande por aquellos que desbordan pasiones, deseos, codicias, maldad, y que está siempre presto a lanzarse sobre ellos para consumirles, porque están completamente a punto para servirle de alimento; pero sobre los seres que están conectados con Dios o con los ángeles, no tiene ningún poder. En cuanto al fuego celestial, busca a aquéllos que son absolutamente puros y luminosos y, cuando los encuentra, se lanza sobre ellos, les inflama y los transforma en hijos de Dios, bellos, luminosos, brillantes como el sol.

El fuego físico, pues, no escoge, le da igual que alguien sea justo o injusto, no es asunto suyo, le quema. Pero los otros dos fuegos escogen... El fuego divino no desciende a cualquier sitio, es un rayo que no cae sobre cualquiera. Sí, es una especie de rayo; aquellos que reciben la gracia, las bendiciones del Cielo, son fulminados por un rayo divino. En amor se habla del flechazo: “en cuanto la ví, fue como un flechazo”, dice un muchacho y, desgraciadamente, todo su destino queda ya trazado: sufrir, llorar, quizá incluso cometer algún asesinato... ¿El por qué este flechazo? Para aprender ciertas cosas gracias al sufrimiento. Otros reciben también un flechazo, pero un flechazo celeste, y también ellos están continuamente llorando, pero de éxtasis. ¡Cuántos santos y místicos recibieron esta gracia! Leed sus biografías, veréis cómo San Juan de la Cruz, Santa Teresita y muchos otros recibieron un flechazo de Cristo; hasta algunos poetas o algunos artistas. Para mí nada es más precioso, más raro, más maravilloso, ninguna gracia puede compararse con el flechazo celestial del fuego sagrado; no hay nada por encima de él.

Pero no porque hayamos recibido un flechazo ya lo sabemos todo, ya lo comprendemos todo, no; el fuego celestial no nos hace de un solo golpe omniscientes, todopoderosos, nos da simplemente las posibilidades de llegar a ser una divinidad, pero nos corresponde a nosotros trabajar con él y desarrollarnos idealmente, perfectamente...

Puede ocurrir, desgraciadamente, que perdamos esta gracia, que perdamos el Espíritu Santo, y ésta es la mayor desgracia que existe, la pérdida más terrible que pueda tener un ser humano. Muchos ocultistas, místicos o Iniciados poseyeron este fuego, pero lo perdieron de una u otra forma; algunos lograron reconquistarlo ¡pero a costa de cuántos sufrimientos, de cuántas lágrimas, de cuántos arrepentimientos, de cuánto trabajo! Porque este fuego es tan consciente que se diría que se siente “vejado” de que la persona haya sido negligente hasta el punto de dejarle escapar... El hombre debe humillarse, llorar, suplicar durante mucho tiempo para que el fuego acepte volver; pero, si acepta, se agarra tan fuerte, hunde sus raíces tan lejos en el interior del ser ¡que ya no le abandona más!

He estudiado muchos casos, he vivido numerosas experiencias y hasta estoy sin cesar en conversación con el fuego... Interiormente, exteriormente, interiormente, exteriormente, sólo me interesa el fuego. Desde mi nacimiento siento una predilección por el fuego pero, mientras que en mi infancia prendía fuego a las granjas, después comprendí que no tenía que ocuparme más del fuego exterior y que debía encender en primer lugar mi corazón, y después el corazón de los demás.

Este es el consejo que os doy ahora: no faltéis nunca a la salida del sol, sabiendo que allí hay una chispa, una llama con la que podéis encender vuestro corazón. Como el día de Pascua en las iglesias ortodoxas de Bulgaria. El día de Pascua, por la mañana, la iglesia estaba llena; el pope encendía un cirio y comunicaba su llama al fiel más próximo, éste encendía a su vez el cirio del vecino, y así sucesivamente hasta que toda la iglesia se iluminaba. Un solo cirio, pues, había encendido a todos los demás: se trata de algo simbólico... El sol también es un cirio con el que podemos encender el nuestro. A veces hacen falta años para poder llegar a hacerlo, porque interiormente hay viento y lluvia, pero un buen día ya está, hemos logrado encender nuestra vela y empezamos a

desprender un poco de luz. Entonces, el vecino se dice: “¡Ah!, ¡pero si hay con qué alumbrarse!” y viene también a encender su vela, y después viene un segundo y luego un tercero... Y de esta forma, el mundo entero puede, algún día, llenarse de cirios encendidos.

Os daré otra imagen aún, pero un poco más prosaica: la de un hombre que utiliza el mechero para encender su pitillo. No es algo muy edificante, pero en fin, tomemos esta imagen. Pues bien, el sol es la piedra, el sílex (¡qué cosas tenéis que oír sobre el sol!) y vosotros tenéis el pedazo de hierro. Cada mañana llegáis y golpeáis el pedazo de hierro contra el sílex y, un buen día, brota la chispa. El sílex siempre está ahí, ¡pero el hierro no siempre es fiel a la cita! Debéis, pues, presentaros con este hierro, es decir, trabajar con la voluntad para que la chispa brote; a vosotros os corresponde golpear.

Siempre somos nosotros los que tenemos que espabilarnos, no el sol. El sol se ha espabilado ya desde hace mucho tiempo; somos nosotros los que tenemos que ir a su encuentro. Y si os dijese lo que ganáis haciendo el esfuerzo de levantaros pronto por la mañana, sobre todo durante las vacaciones, ¡qué poder desarrolláis con estas victorias sobre el sueño, sobre la pereza!... No os dais cuenta. Así que, mis queridos hermanos y hermanas, venid a hacer este trabajo, encended vuestro cirio con el gran cirio del sol... ¿Está claro ahora? ¿Veis cómo interpreto las imágenes y los símbolos del gran libro de la naturaleza viviente?

Como estos días hace frío por la mañana, os aconsejo que bebáis una taza de agua muy caliente, una o dos, porque el agua es una excelente conductora de la electricidad, del calor y de la vida, e impedirá que tengáis frío. Todo el mundo tiene mantas, y habréis observado que yo nunca utilizo mantas para la salida del sol. Es porque conozco algunos trucos para no tener frío... También se puede respirar, de vez en cuando, muy profundamente: inspirar, retener el aire el mayor tiempo posible y

espirar... Si lo hacéis tres o cuatro veces, con una pequeña pausa entre cada respiración, podréis resistir así fríos terribles. Ayer hacía un viento glacial, y estando inmóvil más de una hora sin mantas era como para ponerse malo. Hice este ejercicio, puse una capa fluídica de calor a mi alrededor y ya no sentí ni el viento, ni el frío, ni nada. Ejercitaos en hacer lo mismo, ¡pero no vayáis a quitaros todas las mantas de un día para otro! Seguid con ellas, es más prudente; entrenaos primero, y no os las quitéis hasta que vuestro ejercicio haya dado resultados.

De ahora en adelante, al concentraros en el sol, trabajad para encender el fuego en vosotros. Cuando tengáis este fuego os permitirá resolver todos los problemas de la vida. Después os hablaré del aire, del agua y de la tierra: cómo quemar los desechos que hay en la cabeza, cómo purificar con el aire los pulmones y el corazón. Os revelaré también los misterios del agua que lava los intestinos, el hígado, el bazo, los órganos sexuales, y, finalmente, los misterios de la tierra que engulle las impurezas del sistema muscular y del sistema óseo.\* ; La mayoría de la gente está tan lejos de considerar semejantes cosas y de trabajar con los cuatro elementos para obtener la pureza absoluta, la pureza del sol!

Esta es, mis queridos hermanos y hermanas, la ciencia que os espera. Os lleva hacia la verdadera purificación, hacia la verdadera iluminación, hacia el fuego celestial que os inflamará...

Sèvres, 10 de abril de 1968

---

\* Leer la conferencia: “Cómo trabajar con los ángeles de los cuatro elementos durante los ejercicios de respiración” (tomo VII).

## Capítulo XXII

### Hacer converger todo hacia una única meta

En una conferencia anterior os dije que el sol es inagotable porque recibe sus energías del Absoluto. Claro que el Absoluto es una noción incomprensible para nosotros, pero más allá de la séfira Kéther, cuyo nombre significa “corona” y representa al Padre Celestial, se encuentra una región que la Cábala llama Aïn Soph Aur, es decir, luz sin fin. A partir de Aïn Sph Aur entramos en el mundo de la Divinidad no manifestada, mientras que el Arbol de la Vida, con los diez sefirots, representa las diferentes manifestaciones de Dios. El sol recibe sus energías de la región de Aïn Soph Aur, y por eso desde hace miles de millones de años ilumina y calienta todo nuestro universo sin agotarse nunca. Siempre está ahí, brillante, activo, porque sabe gastar y recuperarse al mismo tiempo. Este es un arte que conoce perfectamente. Quizá se haya entrenado con una paja o un canuto, como los sopladores de vidrio que inspiran por la nariz y, a la vez, espiran por la boca... “¡Ah!, diréis, ¡vaya una explicación!” Pero es verídica: el sol ha aprendido a inspirar de esta región infinita y, simultáneamente, a soplar bendiciones sobre todas las criaturas.

Aquí tenéis un ejercicio que también debéis aprender: al mismo tiempo que gastáis energías, esforzaros en absorber otras del mundo divino. Si no nos entrenamos a hacerlo así, nos cansaremos pronto. Ya sé que esto no se enseña en la Universidad, pero aquí, en la Fraternidad, donde queremos llegar a ser infatigables, inmortales, puros y luminosos como el sol, los hermanos y hermanas deben decidirse a ejercitarse en este

terreno. Aunque durante mucho tiempo los resultados no sean muy tangibles, os aseguro que son reales. Todo lo que hacemos en la vida produce resultados.

Así que, ahora, al escuchar todas estas conferencias sobre el sol, procurad escoger un ideal y hacer converger hacia él todas las demás actividades, y que todas las demás ocupaciones vengan a reforzar y a sostener esta idea central. Para los que lo consigan será una gran obra, una gran victoria, serán como el láser: sus energías saldrán como un rayo, como un haz luminoso, porque en vez de dispersarse en todas direcciones, estarán ahí, concentradas. Diréis: “¡Es una contradicción! Vd. nos dice que debemos irradiar como el sol, y ahora nos dice que debemos ir solamente en una dirección.” No, no me contradigo, porque antes de poder irradiar como el sol debéis empezar por hacer converger todos vuestros deseos, vuestros pensamientos y vuestras ocupaciones hacia una única meta. Sólo después podéis irradiar. Primero, debéis utilizar todas las fuerzas, todos los deseos, incluso todos los caprichos, movilizarlos y empeñarlos en realizar una única idea. Y hagáis lo que hagáis: comer, beber, trabajar, pasear, hablar, escribir o leer, todo debe converger hacia esta idea. Nada debe haceros desviar y debilitaros.

No debéis tener más que un deseo, un ideal, no dos ni tres, uno sólo. Seguiréis, claro, con vuestras ocupaciones cotidianas, con vuestra familia, con vuestra profesión, pero todo lo que hagáis vendrá a reforzar este ideal. Debéis, pues, trabajar durante años para liberaros, para desprenderos, para movilizar todas las fuerzas interiores heteróclitas que tiran de vosotros en todos los sentidos, y hacer un examen en todos los terrenos para ver lo que es perjudicial, lo que contradice esta realización vuestra y lo que contribuye a ella, y decidir una movilización en una única dirección. Entonces sí, haréis progresos.

Hasta ahora hacíais muchas cosas sin avanzar, mientras que con este método, de un solo golpe avanzáis a paso de gigante.

Os doy uno de los grandes secretos de la Iniciación: hacer converger todo en una única dirección, unificar todas estas tendencias contradictorias, convencerlas o incluso yugularlas, imponerse a ellas. Y, cuando hayáis hecho una unidad con todas estas energías que están ahí, todavía desconocidas y ocultas, cuando hayáis aprendido a lanzarlas y a proyectarlas en una dirección única, gloriosa, luminosa, saludable, os convertiréis en un foco encendido, tan caluroso y tan poderoso que podréis permitir, después, irradiar en todas direcciones, como el sol. Pero primero hace falta una ascesis, una disciplina que es, en apariencia, lo inverso de esta irradiación.

Por otra parte, si estudiamos las cosas en profundidad, constatamos que la irradiación, la expansión, siempre es precedida por una concentración. Si el ser humano, por ejemplo, no se formase un cuerpo físico, estaría diluido en el universo, no estaría en ninguna parte. Para poder manifestarse hace falta, primero, condensarse. Mirad al sol: porque se ha formado un cuerpo poderoso, estable, puede irradiar y proyectar unas fuerzas increíbles a través del espacio.

Cuando Dios creó el mundo también se limitó. Él era el infinito, estaba no se sabe dónde en la inmensidad... y, cuando decidió limitarse, concentrarse, se recogió sobre Sí mismo en un punto desde el que envía ahora proyecciones al universo entero. ¿Veis? la manifestación es, primero, una concentración y, después, una proyección; la concentración precede a la proyección, a la irradiación. La manifestación tiene, pues, dos direcciones: la primera va del exterior hacia el interior, y la segunda del interior hacia el exterior. La tendencia centrípeta reúne, moviliza, acumula las energías, mientras que la tendencia centrífuga las proyecta hacia el exterior.

Para que un niño pueda nacer en el plano físico, es preciso que los materiales vivos suministrados por la madre se condensen. En el origen no hay más que energías, corrientes, fuerzas, espíritus si queréis; después, todo eso se junta y se condensa para formar el niño. Años más tarde, todas estas fuerzas condensadas empiezan a proyectarse por el espacio, y ahí tenéis la vida psíquica, los pensamientos, los sentimientos; el niño se convierte en un ser extraordinario, en un poeta, un filósofo, un músico. Cuando es pequeñito no es más que un paquete de carne que solo piensa en tomar, en comer, en beber; obedece a la fuerza centrípeta, acumula materiales. Después, las tendencias centrípetas y las centrífugas se equilibran... Los que han observado estos fenómenos y los han comprendido, han podido establecer correspondencias con la manifestación divina. Dios se manifestó condensándose, pero siempre hay una parte de Él que sigue no manifestada, no sabemos lo que es, y la llamamos Absoluto. Todo lo manifestado se polariza en positivo y negativo y tiene un principio y un fin, pero el Absoluto no tiene ni principio ni fin, y tampoco está polarizado.

Y veamos ahora el aspecto práctico. El discípulo debe comprender y darse como tarea el dominar todos los movimientos de su naturaleza inferior; no se trata de que ahogue sus instintos, sus apetitos, no, ¡sino de que los domine!...Que siga sus actividades como antes, pero que lo haga todo con el objetivo de dar, de ayudar, de iluminar, de calentar... Este es el trabajo más grande a los ojos de la Ciencia esotérica. Quien logre no tener ningún otro ideal que el de llegar a ser un ser perfecto, radiante, luminoso, caluroso, vivificante, puro... , aunque los hombres no le comprendan, no le aprecien y no le estimen, el Cielo entero le considera como un poder, como un ser formidable y único, y puede darle todo; el mundo divino se inclina sobre él, porque semejantes seres son muy raros. Pero para obtener este resultado hay que tener un amor

inquebrantable, una inteligencia luminosa y una voluntad inflexible. Con este amor, con esta inteligencia y esta voluntad, sí se puede lograr.

Evidentemente, si no queréis adoptar esta manera de ver las cosas, seguiréis experimentando cualquier cosa, mezclándolo todo y eternamente atascados, sin saber dónde estáis. Ya sé que todo el mundo no va a lanzarse a este trabajo. Apenas algunos encontrarán que es deseable. Estos se decidirán a ampliar su comprensión, a ennoblecer sus actividades, es decir, a consagrarlas enteramente para el establecimiento del Reino de Dios y de su Justicia en la tierra. Verán entonces cómo su vida cambia completamente, porque los poderes celestiales que habrán desencadenado obligarán a las fuerzas inferiores a someterse. Existe en la naturaleza una ley de jerarquía según la cual lo inferior se somete automáticamente a lo superior, y encontramos algunos reflejos de esta ley en la tierra, en el ejército o en la administración, por ejemplo. Basta la sola presencia de los espíritus luminosos para que las entidades tenebrosas tengan miedo y se callen. ¿Por qué los demonios obedecían a Jesús? A causa de esta ley: porque había desencadenado unas fuerzas superiores capaces de dominarlos. Y cuando decía: “¡Sal de este hombre!”, el demonio salía, cuando decía: “Anda”, el hombre andaba, cuando decía: “Levántate”, se levantaba, y cuando les decía a la tempestad y a los vientos: “Callaos”, éstos se callaban.

Por tanto, si el discípulo empieza a trabajar para despertar y poner en actividad unas fuerzas más poderosas que sus debilidades y sus pasiones, éstas se verán obligadas a desaparecer, o a someterse. Es una ley. Pero es imposible darles órdenes a las fuerzas inferiores y forzarlas a obedecer mientras no somos todavía de un rango superior; no obedecen, se burlan y dicen: “A Cristo le conocemos, pero tú, ¿quién eres?” Podéis probarlo, veréis si tendréis resultados. Para tener éxito, las fuerzas de Cristo deben estar ahí, presentes, porque puede suceder que le digáis a un espíritu maléfico: “Sal de este

hombre” y que salga, pero para precipitarse inmediatamente sobre vosotros, y es mucho peor. Hay, pues, leyes que hay que conocer.

Tratad, en primer lugar, de reflexionar sobre cuáles son las ocupaciones, las actividades, las distracciones que se oponen a la realización de vuestro ideal, y lo que conviene hacer: suprimirlas, reducirlas un poco, hacerlas pasar a un segundo plano, o bien combinarlas con otras para que, en vez de salir siempre empobrecidos y debilitados, seáis aún más fuertes y más ricos. Esto es la unificación. No podemos meditar o rezar continuamente, estamos obligados a tener otras muchas actividades, pero todo debe converger hacia la misma meta, y ahí es donde debemos conocernos, analizarnos. Se trata de un trabajo de larga duración que puede llevar años enteros. Y cuando lleguéis a no tener más deseos ni pensamientos divergentes sino sólo un único deseo, os sentiréis increíblemente ligeros, liberados, fuertes, poderosos. Sí, porque lo que debilita y destruye a los humanos son las divergencias entre el corazón, el intelecto y la voluntad; todas estas funciones trabajan cada una para sí misma. Es como si quisierais hacer transportar un fardo por un topo, un águila, un pez y un cangrejo: uno quiere levantarlo por los aires, otro tirar de él hacia el agua, un tercero arrastrarlo bajo tierra y el cuarto ¡llevárselo hacia atrás! Este es el hombre cuando tiran de él fuerzas divergentes y contradictorias, y por eso no logra nada. O más bien, obtiene logros, claro, pero en un terreno que no es exactamente el que aquí os hablo.

Tomad estas ideas y meditadlas a la salida del sol: cómo llegar a la unidad en vosotros, cómo suprimir todo aquello que contradice, retarda, obstaculiza vuestro ideal. Y amplificar todo aquello que os da un impulso formidable, irresistible. ¡Vamos!, ¡trabajad en este sentido! Ya sé que es una empresa muy difícil, casi irrealizable, pero hoy he querido deciros eso. Lo he querido porque es esencial. El camino es largo y

difícil, mis queridos hermanos y hermanas, pero es maravilloso... No nos detenemos, no nos estancamos; día y noche nuevas energías convergen siempre en la misma dirección.

Sèvres, 1 de mayo de 1968

## Contraportada

“¿Qué es más importante, el sol o la luna?”, preguntaron un día los alumnos de Nastradine Hodja, el célebre héroe de los cuentos populares turcos. “La luna, por supuesto, respondió Nastradine Hodja, porque ¿qué hace el sol durante el día?... Mientras que la luna, en cambio, si no estuviese ahí, ¿cómo podríamos ver por la noche?”

Al Maestro Omraam Mikhaël Aïvanhov le gusta contar esta anécdota porque, en realidad, el razonamiento de Nastradine Hodja es el de la mayoría de los hombres que nunca han tomado conciencia de que el sol, centro de nuestro sistema planetario, es de una importancia capital para nuestro futuro y nuestra evolución. Dice: “Desde hace miles de millones de años el sol está ahí para enseñar a los humanos cómo pensar, cómo vivir, pero éstos son tan ciegos que no han comprendido nada de la actividad de su instructor más grande... La ciencia se ocupa del sol, claro, pero para utilizarlo, para embotellarlo, para venderlo. Sólo ven siempre el aspecto material, financiero. Del aspecto espiritual están lejos, ¡tan lejos!... Sin embargo, es justamente este aspecto espiritual el que yo voy a mostraros: lo que representa el sol, sus rayos... Cómo desarrollarse espiritualmente gracias al conocimiento del sol, a la práctica del sol, sabiendo cómo mirarle, cómo contemplarle, cómo entrar en él con el pensamiento...”

Para los científicos: astrónomos, biólogos, médicos, todas las revelaciones que aporta el Maestro Omraam Mikhaël Aïvanhov con su nuevo punto de vista heliocéntrico abren un campo de posibilidades extraordinarias... En el terreno moral, religioso, el lector se asombrará ante todos los ejercicios espirituales que le son presentados como un nuevo yoga: “Surya-yoga”, el yoga del sol... Finalmente, los

artistas se alegrarán de descubrir esta región sublime del sol, que la Cábala llama “Tiphéret”, región de la belleza y del esplendor perfectos...

Con esta obra, el Maestro Omraam Mikhaël Aïvanhov lega a la humanidad entera la herencia inestimable de una nueva cultura basada en el sol y que tiene como ideal la Fraternidad de todos los pueblos.





